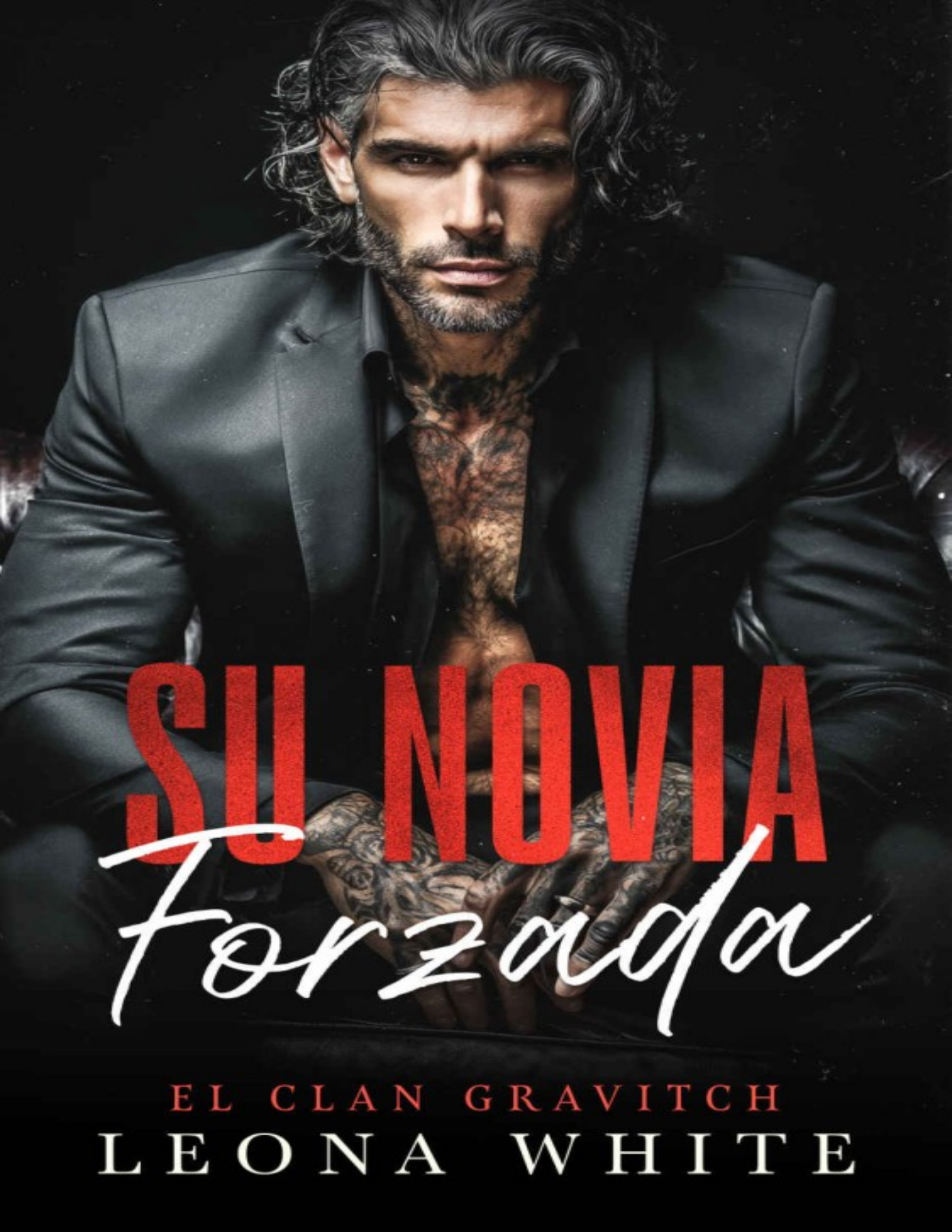

SU NOVIA
Forzada
EL CLAN GRAVITCH
LEONA WHITE

SU NOVIA FORZADA

LEONA WHITE

Copyright © 2025 de Leona White

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Inessa
2. Yuri
3. Inessa
4. Yuri
5. Inessa
6. Yuri
7. Inessa
8. Yuri
9. Inessa
10. Yuri
11. Inessa
12. Yuri
13. Inessa
14. Yuri
15. Inessa
16. Yuri
17. Inessa
18. Yuri
19. Inessa
20. Yuri
21. Inessa
22. Yuri
23. Inessa
24. Yuri
25. Inessa
26. Yuri
27. Inessa
28. Yuri
29. Inessa
30. Yuri
31. Epílogo

También por Leona White

SINOPSIS

Mi boda debía salvarme.

Un matrimonio por contrato.

Un futuro firmado con tinta.

Pero los disparos lo robaron todo.

A mi padre.

A mi prometido.

Mi imperio, cuidadosamente construido.

Y en medio de la masacre se erguía **Yuri Gravitch.**

El padre de mi prometido.

Me doblaba la edad.

El hombre más despiadado de Rusia.

No me pidió matrimonio.

Me puso una pistola en las costillas.

Me robó los votos que eran para su hijo.

Ahora soy su esposa a la fuerza…

atrapada en su fortaleza,

y reclamada por el mismísimo diablo.

Juré que nunca lo desearía.

Pero cuando su contacto me abrasa la piel,

el odio se convierte en algo que no puedo negar.

Mis enemigos incendian mis exposiciones.

Mi madre regresa con mentiras y traición.

Y los pecados inconclusos de mi prometido me arrastran a una guerra sangrienta.

Creen que voy a quebrarme.

Creen que soy una presa.

Pero han olvidado quién es mi marido.

Yuri Gravitch no suplica.

Él quema el mundo para proteger lo que es suyo…

y lo que es suyo… soy yo.

Nota de la autora: *Su Novia Forzada* es un romance oscuro, adictivo y emocionalmente explosivo de la Bratva rusa. ¡Sin continuará! ¡Final feliz garantizado!

1

INESSA

La seda marfil está fría contra mi piel mientras me pongo por última vez mi vestido de novia cosido a mano.

La sala de exposición a mi alrededor resplandece bajo la cálida luz de los focos.

Mi colección se exhibe en maniquíes que permanecen firmes por todo el espacio, todos mirándome como si esta vez la estrella fuera yo.

Cada pieza representa meses de trabajo, incontables noches inclinada sobre mi mesa de dibujo, con los dedos manchados de carboncillo hasta conseguir las líneas perfectas.

Mañana por la mañana, este imperio pasará a formar parte de una maquinaria más grande, construida con sangre y balas en lugar de con hilo y tela, como yo deseaba.

Pero mi padre sabe lo que hace.

Si él cree que este acuerdo es lo necesario para llevar mis diseños al siguiente nivel, entonces elegiré confiar en él.

Además, Dominic no está tan mal.

—Estás absolutamente deslumbrante —dice Alina desde su sitio en el taburete de terciopelo rojo cerca de la plataforma de pruebas.

Sus rizos oscuros captan la luz cuando inclina la cabeza, estudiándome con esos expresivos ojos marrones que me han visto en cada triunfo y desastre desde que éramos adolescentes.

—Dominic no sabrá ni de dónde le ha venido. —Enarca las cejas de forma sugerente, pero estoy cansada de sus bromas.

Me vuelvo hacia el espejo de tres cuerpos y observo cómo el vestido se mueve conmigo.

El corpiño me abraza el torso antes de dar paso a una cola catedral que se extiende a mis pies.

Cada puntada es perfecta, cada costura está alineada para crear la ilusión de una elegancia natural.

Debería hacerme sentir guapa, incluso poderosa.

Pero siento que es un disfraz que me pongo para una obra de teatro en la que he conseguido el papel protagonista.

Mi mirada se desvía hacia mi mejor amiga, que debe de notar mi frustración.

—Es lo bastante guapo como para que todo el acuerdo sea soportable —continúa Alina, pero la forma forzada con que me mira me demuestra que solo intenta ayudar—. Esos ojos azul pálido, esa mandíbula fuerte. Al menos tus hijos serán preciosos.

La palabra «hijos» hace que me tense.

No me he permitido pensar tan a largo plazo.

Intento no pensar en lo que viene después de los votos, de las firmas y de la unión de dos familias a través del matrimonio.

El apellido Gravitch es sinónimo de poder en San Petersburgo.

Mi padre lo dejó claro cuando propuso esta alianza por primera vez hace seis meses.

—La belleza no importa cuando no hay elección de por medio —murmuro, ajustándome el escote con unas manos que se niegan a estarse quietas.

Se deslizan sobre el corpiño y bajan por mis caderas, alisando la tela. —Esto no va de amor ni de atracción ni de ninguna de las cosas con las que sueñan las novias normales.

Alina se baja del taburete y se acerca a mí, con su reflejo uniéndose al mío en el espejo.

Es menuda junto a mi altura en este pedestal, apenas me llega al hombro incluso con tacones.

Su lealtad nunca ha flaqueado, ni siquiera cuando dejé la universidad para centrarme en el diseño.

O cuando decidí impulsivamente abrir mi propio estudio y crear mi propia línea de ropa.

—Tu padre no habría aceptado esto si no creyera que es la decisión correcta —dice con tono suave.

—El apellido Mirova significa moda y elegancia en toda Europa gracias a ti. El apellido Gravitch significa protección y poder. Juntos, seréis intocables.

Quiero creerla y confiar en que los cálculos de Batya son correctos, que Dominic Gravitch será un socio en lugar de un amo, que mi empresa florecerá bajo el paraguas de la influencia de su familia.

Pero la duda me carcome con un dolor persistente que ningún razonamiento puede curar.

El móvil vibra en mi bolso de mano y tengo que bajarme del pedestal y caminar hasta mi mesa de dibujo, donde lo guardé al entrar esta mañana.

Lo cojo, con la esperanza de ver el nombre de Batya en la pantalla.

Habíamos planeado repasar los últimos detalles esta noche, revisar los contratos una vez más, asegurarnos de que cada cláusula protegiera tanto mis intereses como los de la familia.

El identificador de llamada muestra su número y un alivio me inunda.

—Batya —respondo, llevándome el aparato a la oreja.

—Empezaba a preocuparme. ¿Estás de camino?

La línea crepita con estática y luego se corta.

Aparto el móvil, mirando la pantalla que ahora muestra *Llamada fallida*.

Suspiro y frunzo el ceño al móvil.

No tenemos mala cobertura, pero a veces las llamadas se cortan.

—¿Va todo bien? —pregunta Alina, observando mi cara en el espejo.

—Se ha cortado la llamada.

Marco su número y escucho los tonos, que duran demasiado.

—Se suponía que tenía que estar aquí hace veinte minutos —digo por el rabillo del ojo mientras me aprieto el móvil contra la oreja.

No es propio de mi padre llegar tarde, pero todos tenemos muchos preparativos que terminar antes de la ceremonia de mañana.

A veces desearía que mi madre estuviera aquí.

Sé que Batya y ella no se llevan bien y que vive su vida a distancia por una razón, pero toda mujer quiere que su madre forme parte del día de su boda, incluso las que tienen relaciones rotas.

A través de los ventanales que dan a la calle, capto un movimiento que no pertenece al tráfico peatonal habitual de la tarde.

Un SUV negro pasa lentamente por delante de la sala de exposición, con sus cristales tintados reflejando las farolas.

Lo observo un segundo y Alina parece darse cuenta también.

La forma en que se mueve es demasiado lenta, como si el conductor estuviera estudiando el edificio.

Hace que quiera alejarme de los ventanales.

Conozco el mundo en el que vivo, y no siempre es un lugar tranquilo o silencioso.

—¿Qué pasa? —dice Alina, acercándose a mí.

Otro SUV le sigue treinta segundos después, y luego un tercero.

—Chis —digo, mi voz bajando a poco más que un susurro—.

—Mira fuera. Dime qué ves.

Se acerca al ventanal y pega la cara al cristal.

El color desaparece de sus mejillas mientras observa a los vehículos completar otra vuelta a la manzana.

—Esos no son camiones de reparto ni clientes. Están vigilando el edificio. ¿Crees que te están vigilando a ti?

Ella sabe lo peligrosa que será esta boda para todos nosotros.

El matrimonio de dos familias en el mundo del crimen de San Petersburgo a veces atrae una atención muy indeseada.

Batya me advirtió que habría presión de otros sindicatos por nuestra alianza con la familia Gravitch.

Vuelvo a marcar su número, mis dedos temblando contra la pantalla.

Esta vez, la llamada salta directamente al buzón de voz y su voz familiar me dice que deje un mensaje y que me lo devolverá lo antes posible.

La normalidad de su saludo grabado parece surrealista frente al creciente terror que me atenaza el pecho mientras cojo el brazo de Alina y la aparto del cristal.

No es a prueba de balas y no sé para qué están aquí esos SUV.

—Batya, soy yo. Hay coches fuera de la sala de exposición y no consigo localizarte. Por favor, devuélveme la llamada de inmediato.

El tercer SUV se ha detenido en la esquina, con el motor al ralentí.

A través del parabrisas, puedo distinguir la silueta del conductor, pero sus rasgos permanecen ocultos en la sombra.

Mi mente repasa posibilidades, cada una peor que la anterior.

¿Alguien ha descubierto la operación de blanqueo de dinero que Batya creía haber ocultado tan cuidadosamente?

¿Son agentes del Estado preparándose para registrar el edificio?

O peor, ¿están relacionados con uno de los muchos enemigos de la familia Gravitch?

—Deberíamos irnos —dice Alina, siguiéndome lejos del ventanal—. Ahora mismo. Por la salida de atrás.

—No —replico con brusquedad—. Estamos más seguras aquí que ahí fuera con ellos.

—Se supone que Batya tiene que recogerme aquí. Si nos vamos, no sabrá dónde encontrarnos.

Mi razonamiento es débil.

En el fondo de mi corazón sigo siendo solo una niña que espera que su padre la rescate.

Pero incluso mientras lo digo, sé que ella tiene razón.

Cada instinto me grita que corra, que me aleje de este edificio lo más posible antes de que se desarrolle lo que sea que esté a punto

de suceder.

He vivido en la periferia de los negocios de Batya el tiempo suficiente para reconocer las señales de violencia inminente.

Empiezo a levantarme el vestido de novia por la cabeza, desesperada por salir de esa seda que de repente siento asfixiante.

Pero la tela se me pega a las costillas y la cremallera se atasca.

—Toma —dice ella, cogiendo mi ropa de calle de la silla donde la había dejado—. Date prisa.

En mi apuro asustado no consigo hacer mucho, y mi móvil vibra con una llamada entrante.

El nombre de Batya parpadea en la pantalla y respondo antes de que termine el primer tono.

—Batya, gracias a Dios. ¿Dónde estás?

—Inessa. —Su voz suena forzada.

—Escúchame con atención. Quédate dentro del edificio. No salgas, oigas lo que oigas.

—¿Qué está pasando? Hay coches dando vueltas a la manzana y llevo intentando localizarte desde…

—Estoy a dos manzanas —interrumpe—. Algo ha salido mal…

La línea se corta antes de que pueda terminar y me quedo mirando el móvil, con la mente luchando por procesar lo que me ha dicho.

¿Qué podría haber salido mal?

Vuelvo a mirar hacia el ventanal mientras el brazo de Alina se envuelve en mi cintura.

—¿Qué ha dicho?

—Estamos en peligro. Batya está de camino, pero…

El sonido de un motor acelerando interrumpe mi explicación.

A través del ventanal, veo el Mercedes plateado de Batya girar en nuestra calle, moviéndose más rápido de lo que permite el límite de velocidad.

El alivio y el terror luchan en mi pecho mientras lo veo acercarse a la sala de exposición y oigo el chirrido de los neumáticos de su coche en el asfalto.

El primer disparo rompe el aire de la noche.

Los fogonazos brotan simultáneamente de las ventanillas de los tres SUV, convirtiendo la calle en una zona de guerra.

El coche de Batya da un volantazo violento mientras las balas resquebrajan su parabrisas como una telaraña.

El Mercedes se sube al bordillo, se estrella contra la terraza de la cafetería de al lado y se detiene contra una farola.

Grito, aunque no recuerdo haber abierto la boca.

Me fallan las piernas y caigo de rodillas en el suelo de la sala de exposición.

A través del ventanal, puedo ver el coche de Batya acribillado a balazos, con vapor saliendo del motor, la puerta del conductor colgando abierta en un ángulo antinatural mientras los SUV se alejan del lugar a toda velocidad, dejando tras de sí el olor acre a goma quemada.

Las alarmas de los coches aúllan por todo el barrio, y mi pecho martillea.

—Batya —susurro, y luego, más alto—: ¡Batya!

Alina intenta retenerme mientras avanzo a trompicones hacia la puerta, arrastrando el pesado vestido conmigo, pero me la quito de encima.

Mi padre podría estar desangrándose, muriendo, mientras yo me acobardo dentro de este edificio.

Corro hacia la calle donde mi mundo acaba de ser destrozado por las balas y dejo que la seda y el satén se arrastren por el sucio asfalto.

El aire de la noche me golpea la cara y los cristales de las ventanas rotas de la cafetería crujen bajo mis pies.

El Mercedes de Batya yace silencioso y destrozado, su exterior, antes impecable, ahora salpicado de agujeros de bala.

La ventanilla del lado del conductor ha volado por los aires por completo y puedo ver a Kasper desplomado, con la cara empapada en sangre.

El conductor de mi padre está muerto, probablemente antes de saber qué le golpeó, y eso hace que mi corazón grite mientras llego al lado del coche.

—Batya —llamo, con la voz quebrada por la palabra—. Por favor, respóndeme.

Alcanzo la manilla y tiro de ella. La puerta se abre con facilidad, pero al hacerlo, el cuerpo inerte de mi padre cae con ella y se desploma de cabeza sobre el pavimento.

Un grito se me desgarra del pecho, sonando como el lamento de una banshee, y me derrumbo con él mientras su cuerpo se desliza al suelo, dejando un rastro de sangre en la parte delantera de mi vestido.

Rodeo su cabeza con los brazos mientras chillo y sollozo.

—Batya, no… Dios, por favor…

Mi cuerpo es sacudido por los sollozos y apenas registro a Alina detrás de mí, con su mano en mi hombro.

—Dios mío, Dominic —murmura ella, y a través de la neblina de dolor y pena, levanto la vista hacia la puerta abierta del coche para

ver a Dominic sentado allí con un único agujero en el centro de la frente, su sangre salpicada en la ventanilla detrás de él.

¿Qué demonios acaba de pasar?

2

YURI

La sangre sobre el asfalto refleja las luces giratorias de los vehículos de emergencia, creando patrones que cambian y danzan sobre los cristales rotos esparcidos por la calle.

Me encuentro en el borde de la escena, observando a agentes uniformados acordonar con cinta amarilla lo que queda de dos vidas que impactaron mi mundo durante más de veinte años.

El cuerpo de Dominic yace en una camilla, tras haber sido extraído del vehículo de Semyon.

Los pálidos ojos azules de mi hijo miran al cielo sin ver nada, su caro traje oscurecido por manchas que me niego a examinar demasiado de cerca o la rabia se apoderará de mí.

Veintidós años, temerario, arrogante y mío, ahora reducido a una prueba en la escena de un crimen que acaparará los titulares durante semanas.

Semyon Mirov yace boca abajo junto a su Mercedes, inmóvil, pero su cuerpo está casi completamente cubierto por una sábana.

La sociedad que se suponía que aseguraría el futuro de nuestras familias terminó con balas y traición, dejando atrás solo preguntas que exigen respuestas que quizá nunca encuentre.

Mi teléfono vibra contra mi pecho.

Lo ignoro, centrándome en cambio en los detalles que la policía pasará por alto en su afán por cerrar otro asesinato relacionado con la mafia.

Tres vehículos, a juzgar por las marcas de los neumáticos y los casquillos.

Armas de grado militar, a juzgar por los daños en el coche y los edificios circundantes.

Ejecución profesional, sin testigos dispuestos a declarar.

Esto no fue violencia aleatoria ni un trato que salió mal.

Esto fue un mensaje escrito con sangre.

—Señor Gravitch. —Un detective se me acerca; su placa lo identifica como Zhukov.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre las actividades de su hijo.

—Mi hijo está muerto —respondo sin apartar la vista del cuerpo de Dominic—. Sus actividades murieron con él.

—La investigación preliminar sugiere que esto estaba relacionado con una organización criminal… Algo sobre un negocio de armas que salió mal… —Los ojos del detective se centran en mí, entrecerrados con sospecha, y no me gusta.

No tiene ni puta idea de con quién se está metiendo.

Es el tipo de cosas por las que matan a hombres de menos valía.

Me giro para encarar a Zhukov, dejando que sienta todo el peso de mi atención.

Es más joven de lo que esperaba, probablemente asignado a este caso porque sus superiores quieren mantener las distancias con

cualquier cosa que involucre el apellido Gravitch.

Una jugada astuta por su parte.

No tan astuta por la suya.

—Mi hijo tenía veintidós años —le digo con seguridad, y mi tono está cargado de una advertencia que sus cejas captan.

Se levantan mientras continúo—. No sabía nada de tratos de armas internacionales ni de cargamentos desaparecidos. Si alguien le ha vendido esa historia, le ha mentido.

Pero incluso mientras descarto la teoría de Zhukov, sé que está más cerca de la verdad de lo que quiero admitir.

Dominic ha estado inquieto últimamente, ansioso por demostrar que es digno de heredar mi puesto.

Había hecho demasiadas preguntas sobre nuestras conexiones en el extranjero, había mostrado demasiado interés en los negocios rentables que no estaba preparado para entender.

Si había intentado negociar su propio trato con la gente de Kozlov, si había prometido la entrega de una mercancía que no podía proporcionar…

El detective abre la boca para responder, pero un movimiento al otro lado de la calle capta mi atención.

Una mujer de blanco emerge de detrás de la ambulancia, su vestido luminoso contra el caos que la rodea.

Incluso a esta distancia, incluso a través de la neblina de humo y luces parpadeantes, la reconozco de inmediato.

Inessa Mirova.

La novia de mañana, ahora la huérfana de esta noche.

Se mueve con rigidez, los hombros caídos, el rostro descompuesto por el dolor.

Tiene los ojos enrojecidos, la postura encorvada.

La seda marfil de su vestido de novia —el mismo que se suponía que llevaría mientras se prometía a mi hijo muerto— ahora luce manchas oscuras que solo pueden ser la sangre de su padre.

Su pelo castaño oscuro cae suelto sobre sus hombros, enmarcando un rostro que muestra dolor y conmoción, pero ninguna debilidad.

—Disculpe —le digo a Zhukov, alejándome ya de sus preguntas y hacia la mujer que representa la salvación o la ruina para nuestras familias.

Me ve acercarme y endereza la espalda, levantando la barbilla en un gesto de orgullo y desafío.

De cerca, es muy llamativa, incluso después de todo lo que ha llorado.

Es alta y esbelta, con una piel pálida que hace que sus ojos gris verdoso parezcan casi luminosos.

Pero es el acero en su porte lo que me llama la atención, la negativa a derrumbarse a pesar de haberlo perdido todo en cuestión de horas, en el mismo instante en que me ve.

Tal y como su padre habría querido.

—Señorita Mirova. —Me detengo justo fuera de su alcance, respetando la barrera invisible que su postura ha creado a su alrededor.

—Siento su pérdida.

—¿De verdad?

Su voz tiene un deje de acento que se vuelve más pronunciado bajo estrés, las vocales rusas se filtran a través del pulido inglés que

utiliza para los negocios.

—¿O siente su propia pérdida?

La pregunta revela una inteligencia y una percepción que no espero de una diseñadora de moda de veintitrés años, ni siquiera de una criada a la sombra del imperio de su padre.

Entiende que la muerte de Semyon me afecta tanto como a ella le aflige, que nuestra alianza cuidadosamente negociada murió con los dos hombres ahora cubiertos por sábanas blancas.

—Ambas —respondo con sinceridad.

—Su padre era un buen socio. Mi hijo era… —hago una pausa, buscando palabras que reconozcan los defectos de Dominic sin deshonrar su memoria.

—Tenía un potencial que nunca llegará a realizar.

Ella estudia mi rostro con esos ojos extraordinarios, buscando mentiras, manipulación o falso consuelo.

Al no encontrar nada de eso, asiente y luego deja caer la cabeza, un gesto que de alguna manera logra ser tanto de aceptación como de rechazo.

—La boda se cancela —dice, como si yo no hubiera podido llegar a esa conclusión por mi cuenta.

—Sí.

—Los contratos quedan anulados.

—La mayoría.

Esto capta su atención, y veo a la mujer de negocios aflorar bajo la hija afligida.

—¿Cuáles siguen siendo vinculantes?

Miro a mi alrededor, a los policías y al personal de emergencias que podrían estar escuchando, y luego señalo un rincón tranquilo donde podemos hablar sin público.

Ella me sigue; su vestido de novia ensangrentado se arrastra tras ella por el asfalto destrozado.

—La muerte de su padre deja a su empresa vulnerable —empiezo una vez que estamos lo suficientemente lejos de oídos curiosos.

—Sin sus contactos, sin la protección que le proporcionaban sus asociaciones, se enfrentará a desafíos que no puede manejar sola.

—¿Qué desafíos? —Los ojos de Inessa se mueven de un lado a otro como un gatito asustado listo para saltar.

Es realmente adorable, y sería tan apetecible si no tuviera la mitad de mi edad y fuera la casi viuda de mi único hijo.

Encuentro la ingenuidad entrañable, pero también es peligrosa.

Es tan ignorante de todo aquello de lo que Semyon pretendía protegerla.

Y, lamentablemente, la responsabilidad de educarla rápidamente recae en mí antes de que su caída arruine mi vida.

—Su madre se moverá rápidamente para impugnar su testamento. Podría intentar reclamar la mitad de todo lo que usted ha construido.

La posibilidad la golpea visiblemente, aunque intenta ocultar el impacto.

Observo cómo su mente trabaja para comprender mientras sus cejas se alzan y su postura cambia a una más defensiva, entendiendo lo precaria que se ha vuelto su posición en el transcurso de una sola noche.

—Además de las reclamaciones de su madre —continúo—, hay contratos que murieron con su padre esta noche. Relaciones comerciales que requerían su garantía personal. Competidores que

verán su muerte como una oportunidad para destruirlo todo, para usted y para mí. Ahora estamos juntos en esto, le guste o no.

Ella se queda mirando la sangre de su vestido y luego me mira con ira en los ojos.

El acero de su determinación se fortalece y cuadra los hombros.

—¿Qué quiere de mí? —pregunta.

Me gusta el fuego que siento en su espíritu.

Nos vendrá bien a los dos en los próximos días, pero tendré que doblegarlo a mi voluntad o será un verdadero incordio.

—Su empresa proporciona una excelente tapadera para ciertas actividades financieras —respondo con cuidado.

—La moda es internacional, implica grandes transacciones en efectivo y atrae poca atención regulatoria si se gestiona adecuadamente.

—¿Quiere usar mi negocio para blanquear dinero?

Entrecierra los ojos mirándome, como si no se diera cuenta ya de qué clase de hombre era su padre y en qué transacciones comerciales hemos estado involucrados.

—Su padre y yo teníamos acuerdos que beneficiaban a todos los implicados. Esos acuerdos no tienen por qué morir con él.

Se da la vuelta, observando a los paramédicos prepararse para meter el cuerpo de su padre en la ambulancia.

La seda marfil de su vestido capta las luces giratorias de emergencia, creando un brillo casi etéreo alrededor de su esbelta figura.

Incluso con sangre seca en su piel de porcelana, está deslumbrante.

Quizá más aún.

Ella está en este mundo y no le sorprende, así que no hay nada que perder en coger el fruto que pende tan bajo.

—Mi posición es complicada ahora —dice finalmente.

—Sin la guía de Batya, sin la alianza matrimonial…

—La alianza matrimonial no tiene por qué desaparecer.

Se vuelve para mirarme, la confusión reemplaza parte del dolor en su expresión—. Dominic está muerto.

—Sí. Pero la necesidad de una alianza entre nuestras familias persiste. Su empresa sigue necesitando protección. Mis operaciones siguen necesitando negocios legítimos para procesar transacciones. Los beneficios de la asociación no han cambiado.

La comprensión amanece en sus ojos, seguida inmediatamente por la conmoción.

Balbucea un segundo, apretando las manos en su vestido mientras mira a su alrededor frenéticamente.

Sigo su mirada y veo a otra joven mirándonos, quizá una amiga.

Pero las palabras de Inessa me devuelven a la realidad.

—No puede estar sugiriendo…

—Matrimonio —le digo, bajando mi tono a un gruñido—. Conmigo.

Mi sugerencia es audaz y práctica a partes iguales, y me sorprendo a mí mismo de la confianza con la que sale de mi boca, como si la hubiera estado planeando durante días y no acabara de tropezar con ella.

Me mira fijamente, con la mandíbula desencajada, como si le hubiera propuesto algo obsceno, lo que quizá haya hecho.

Pero la desesperación engendra soluciones poco convencionales, y ambos estamos desesperados ahora, o ella lo estará cuando la nube

de dolor pase.

—Usted es el padre de mi prometido muerto —susurra, y da un pequeño paso hacia atrás, tan pequeño que habría pensado que era el viento que agitaba su vestido, pero no hay brisa.

—Soy el hombre que puede mantener su imperio intacto mientras usted está de luto y es vulnerable.

—Esto es una locura. —Inessa niega con la cabeza, dando un paso más grande para alejarse de mí, y aunque me gustaría sacudirla con fuerza para que despierte, no puedo parecer coactivo si quiero que acceda.

Deslizo una mano hasta la parte baja de su espalda y otra en su hombro, atrayéndola a mi estrecho abrazo, como si consolara a una hija afligida.

—La cordura es un lujo que ninguno de los dos puede permitirse esta noche, señorita Mirova, y haría bien en recordar que yo era el socio de su padre, pero sigo siendo un hombre peligroso.

La ambulancia que lleva el cuerpo de su padre se aleja del bordillo, sus luces se desvanecen en la oscuridad.

Inessa se tensa, y siento sus puños presionar contra mi pecho, pero incluso ella es lo suficientemente sabia como para saber que no debe enfrentarse a mí en público.

Con la misma facilidad con la que puedo salvar todo su reino, podría acabar con ella antes de que el reloj marque la medianoche.

Hay una razón por la que tenemos una alianza en negociación.

Pero para mañana por la noche, nuestros enemigos sabrán exactamente lo expuestos que nos hemos quedado.

Seguramente, incluso a sus veintitrés años, es lo suficientemente inteligente como para comprender lo vulnerable que es.

—Necesito tiempo para considerarlo —dice.

—Tiene hasta el amanecer. Después de eso, otras fuerzas comenzarán a moverse, y nuestras opciones se reducirán considerablemente. No confunda este golpe a la vida de su padre con una advertencia. La habrían matado a usted con la misma facilidad. Nuestros enemigos no quieren esta alianza tanto como usted no quiere considerarme una opción viable para la salvación. — La suelto y veo el miedo en sus ojos, capto el temblor de su labio.

Entonces meto la mano en mi chaqueta y saco una tarjeta de visita envuelta en mi pañuelo, extendiéndosela.

La coge sin mirar, su atención centrada en algún punto más allá de mi hombro donde los últimos agentes están documentando la escena.

—Mi número privado está en el reverso —le digo.

—Cuando esté lista para discutir los términos, póngase en contacto conmigo. Estaré despierto, esperando.

Me doy la vuelta para irme, pero algo me dice que esto no va a ser fácil.

Viktoria va a aparecer como un puto buitre y lo arruinará, y si no me muevo para evitar que eso suceda, todo lo que he construido —una puta vida de trabajo duro y sangre derramada— no habrá servido para nada.

Necesito una copa.

Necesito arrancarme del corazón el dolor de haber perdido a mi único hijo.

Y entonces necesito decidir exactamente cómo forzaré a Inessa Mirova a continuar esta alianza, incluso si tengo que ponerle una pistola en el costado para que suceda.

3

INESSA

Las luces fluorescentes sobre la mesa de metal me queman en los ojos.

El detective Zhukov me hace las mismas preguntas por cuarta vez, con su bolígrafo arañando un papel amarillo mientras yo sigo sentada en esta silla de plástico que se me clava en la espalda.

Mi vestido de novia se me pega a la piel, acartonado por su sangre.

La tela me aprieta el pecho cada vez que respiro, recordándome cómo lo abracé mientras moría en el pavimento, fuera de mi estudio, como un delincuente cualquiera.

—Háblemе otra vez del vehículo que apareció.

Apoyo las palmas de las manos sobre la superficie fría.

—Eran tres todoterrenos negros… Ya se lo he dicho. —La impaciencia y el cansancio empiezan a hacer mella en mí.

Quiero una copa y mis lápices de dibujo para calmar los nervios.

—¿Cuántos disparos oyó?

—No lo sé… Muchos. —Mi voz suena monocorde.

Lo he dicho tantas veces que las palabras han perdido todo su significado.

—¿Y está segura de que su padre no tenía enemigos?

La pregunta casi me da la risa.

Batya tenía enemigos por todas partes: competidores que envidiaban su éxito, antiguos socios que se sentían estafados, rivales que querían sus contactos.

Pero no puedo decirle eso a un detective cuya libreta se convertirá en una prueba y cuyos informes leerán fiscales y jueces.

—Mi padre era un hombre de negocios. Tomaba decisiones difíciles.

Zhukov entrecierra los ojos.

Sabe que me estoy guardando algo, pero no puede demostrarlo.

Después de otra hora dándole vueltas a lo mismo, por fin cierra la libreta.

—Necesitaremos que vuelva mañana. No salga de la ciudad.

Asiento y firmo los papeles que me ponen delante.

Mi firma se ve rara, temblorosa, no se parece en nada a como escribo mi nombre normalmente.

Pero, solo unas horas después de la muerte de Batya, creo que lo estoy llevando bastante bien, dadas las circunstancias.

El trayecto en taxi a casa es una sucesión borrosa de farolas y calles vacías.

San Petersburgo duerme mientras yo estoy sentada en el asiento trasero, mirándome las manos.

La sangre de Batya se ha secado bajo mis uñas.

Debería habérmela limpiado en la comisaría, pero no tengo la energía emocional para que me importe.

Así que me la rasco y dejo que las lágrimas me quemen los ojos de nuevo.

Se ha ido… Se ha ido de verdad.

Ahora estoy sola en este mundo, y Yuri Gravitch es el tiburón en el agua, atraído por la sangre, dando vueltas y listo para devorarme.

—Ay, Batya. —Suspiro suavemente y me acurruco más en el cojín de cuero del taxi.

El edificio de mi apartamento se alza oscuro sobre nosotros cuando el taxi se detiene.

El portero asiente con la cabeza mientras atravieso el vestíbulo.

Probablemente ya se ha enterado de la noticia.

En San Petersburgo, las noticias vuelan cuando muere alguien importante, y mi padre era un hombre influyente.

El ascensor sube a la decimoquinta planta mientras me apoyo en la pared de espejo.

Mi reflejo me devuelve la mirada: piel pálida, ojos hundidos, pelo oscuro enredado sobre los hombros.

Tengo exactamente el aspecto que siento: rota, vacía y sin esperanza en este mundo.

No sé qué voy a hacer.

Mi negocio es fuerte, está bien construido, pero Yuri tenía razón.

Los buitres tardarán solo unos días en abalanzarse sobre la presa, y ya no tengo ni una pizca de músculo que me respalde.

Los hombres de Batya seguramente me apoyarían, pero ¿a qué precio?

¿Acabarían ellos también mangoneándome, obligándome a salir de mi propio negocio?

Podría llamar a mi madre, pero hace años que está distanciada.

No estoy segura de querer hacerlo.

Hay tanto secretismo en torno a lo que pasó entre ella y mi padre que no sé qué creer.

Yuri cree que es una parásita.

Y bien podría serlo.

La puerta de mi apartamento se abre para revelar que todo está tal y como lo dejé.

¿Cómo puede mi taza de café seguir en la encimera de la cocina, donde la dejé cuando me fui a trabajar esta mañana?

Batya está muerto.

¿Cómo pueden mis bocetos seguir esparcidos por mi mesa de dibujo cuando todo lo que he construido está a punto de desmoronarse?

No parece justo.

No cuando me quito el vestido de celebración y lo dejo hecho un montón en el suelo de mi habitación.

No cuando me doy una ducha tan abrasadora que me quema la piel mientras me rasco la sangre seca del pecho.

No cuando sollozo bajo el chorro de agua y golpeo los azulejos hasta que me duelen las manos.

No se supone que deba ser así.

Limpia, pero todavía furiosa y llorando, me seco, me pongo un chándal y una camiseta, y me dirijo a mi mesa de dibujo para hundirme en la silla.

Mis manos encuentran un trozo de papel y un lápiz de carboncillo sin pensarlo.

Bajo mi tacto, aparecen líneas en la página, aunque no estoy segura de lo que estoy dibujando.

Un vestido toma forma, algo apropiado para el luto.

Seda negra, corpiño ajustado, escote recatado.

Mis dedos trabajan automáticamente mientras mi mente se queda en blanco.

No puedo pensar en mañana ni en la semana que viene ni en cómo sobreviviré sin Batya.

Es demasiado doloroso imaginar la vida sin él.

Solo puedo poner el lápiz sobre el papel y ver cómo las líneas se funden hasta que el bloc de dibujo es un borrón de carboncillo y sombras, y mis manos están ennegrecidas.

Estoy perdida en la monotonía de todo cuando la puerta de entrada explota hacia dentro.

El sonido desgarra mi apartamento; la madera se astilla contra la pared.

Dejo caer el lápiz y me doy la vuelta mientras unos hombres inundan mi salón.

Tres de ellos, todos vestidos con trajes oscuros, todos con armas.

Se dispersan por mi espacio sin decirme una palabra, pero no parecen agresivos.

Después del día que he tenido, no estoy segura de que mi sistema nervioso sepa siquiera cómo responder.

Entonces entra él.

Yuri Gravitch llena el umbral de mi puerta, su enorme figura oscureciendo la luz del pasillo.

Hilos de plata surcan su pelo oscuro, y los tatuajes le trepan por el cuello desde debajo del cuello de la camisa.

Inspecciona mi salón con unos ojos oscuros a los que no se les escapa nada.

Hasta que su mirada se posa en mí, y me siento inmovilizada.

—Inessa.

Me obligo a levantarme, con las piernas temblorosas.

—¿Qué hace aquí? —espeto, rodeándome el vientre con los brazos de forma inconsciente.

Estoy aquí sentada, preocupada por cómo los enemigos de Batya me presionarán en los próximos días y su aliado es el primero en derribar mi puerta.

Es vergonzoso.

Él hace un gesto a sus hombres, que guardan sus armas, y utiliza el pie para cerrar la puerta de una patada.

Aunque el pestillo ahora está roto y tendré que llamar al conserje antes de poder dormir.

—Tenemos que hablar —gruñe, pero yo no tengo nada más que hablar con él.

Me dio hasta la medianoche para responder a su propuesta ridículamente absurda, y yo no necesité ni un segundo.

No voy a casarme con él.

Es un hombre bestial, un matón con ínfulas.

—Fuera de mi casa.

Uno de sus hombres —un gigante con cicatrices y unas manos del tamaño de platos llanos— da un paso hacia mí.

Yuri levanta un dedo, deteniéndolo sin apartar la vista de mi cara.

—Tuviste tu oportunidad de devolverme la llamada. —Me habla como si fuera mi padre.

Tiene la jodida edad suficiente para ser mi padre.

Dominic era de mi edad. Yuri está fuera de lugar.

—Y elegiste no hacerlo.

—Estaba en una comisaría.

—¿Durante cinco horas? —Se adentra en mi apartamento, pero sus ojos permanecen fijos en mí.

—Tuviste tiempo para pensar. Tiempo para tomar la decisión correcta.

Retrocedo hasta que mis piernas chocan con la mesa de dibujo, y mi mano la encuentra, apoyándome.

—No hay ninguna decisión que tomar. Dominic está muerto. No puedo casarme con un cadáver. Y no me casaré con usted.

—Sí. Mi hijo está muerto. —Las palabras salen secas, sin emoción.

Si siente dolor, no se le nota en la cara—. Lo que cambia nuestro acuerdo.

—Ya no hay ningún acuerdo.

Se detiene a un metro de mí, lo suficientemente cerca como para que pueda oler el humo de tabaco que se aferra a su abrigo, la colonia cara que no consigue enmascarar del todo el olor.

De cerca, es aún más imponente.

Su cara es todo ángulos duros: pómulos afilados, una mandíbula que podría cortar cristal, unos ojos que han visto demasiada sangre.

Es un hombre apuesto, probablemente de donde Dominic sacó su belleza, pero el físico no lo es todo.

Al menos con Dominic, teníamos una pequeña posibilidad de tener algo en común.

Con Yuri, no tendría nada.

Sería una prisionera, una esclava sexual, y si tenía suerte, me dejaría trabajar.

—Te equivocas. —Se mete la mano en el abrigo y saca un sobre de manila.

—Los contratos que firmó tu padre siguen siendo vinculantes. La alianza entre nuestras familias sigue en pie.

—La alianza era entre Dominic y yo.

—La alianza era entre la familia Gravitch y la familia Mirov.

Deja caer el sobre sobre mi mesa de dibujo, esparciendo los bocetos de mi vestido de luto.

—Tu padre se aseguró de eso en la letra pequeña.

Agarro el sobre con manos temblorosas y saco los papeles que contiene.

Documentos legales, repletos de cláusulas y subcláusulas escritas en el denso lenguaje que usan los abogados para ocultar su verdadero significado.

Pero las secciones relevantes están resaltadas en amarillo, imposibles de pasar por alto.

El acuerdo matrimonial no es entre Dominic y yo, específicamente.

Es entre el heredero de la familia Gravitch y el heredero de la familia Mirov.

Si un heredero muere, el otro entra en su lugar para cumplir el contrato.

—Esto no puede ser legal —murmullo mientras mis ojos repasan las páginas.

—La firma de tu padre dice lo contrario.

Yuri da otra calada a su cigarrillo—. Al igual que la tuya.

Mi firma está ahí, al final, justo al lado de la de Batya.

Recuerdo haber firmado este documento hace tres meses, apenas leyéndolo porque confiaba en que mi padre se encargaría de los detalles.

Me centré tanto en los preparativos de la boda, en las pruebas del vestido y en la reserva del lugar, que nunca me molesté en entender a qué estaba accediendo realmente.

—No me casaré con usted —espeto, y tiro los papeles sobre la mesa, haciendo que más bocetos salgan volando al suelo.

—Entonces lo perderás todo. —Se acerca a la ventana y mira la ciudad a sus pies—. Tus salas de exposición, tus almacenes, tus empleados, tu marca. Todo desaparecerá en una semana.

—No puede simplemente quitarme mi negocio.

—No necesito quitártelo. —Se vuelve hacia mí, sus ojos oscuros reflejando las luces de la ciudad—. Tus competidores lo harán por mí. Sin protección, sin respaldo, no eres más que un objetivo.

Sé que tiene razón.

La moda es una industria brutal incluso para los que tienen poder detrás.

Para una mujer joven y sola, es una sentencia de muerte.

Los buitres probablemente ya se están reuniendo, listos para despedazar mis contratos y robar mis diseños.

—Tienes tres días. —Los ojos de Yuri se oscurecen hasta adquirir un color tinta que amenaza con consumirme.

Es un hombre aterrador, y cuando quiere algo —al igual que mi padre y cualquier otro hombre en este negocio—, lo coge—. Nos casaremos el jueves.

—Necesito más tiempo—

—Tiempo es lo que no tienes.

Hace un gesto a sus hombres, y ellos se mueven hacia la puerta.

—El jueves, o puedes explicarles a tus empleados por qué están todos en el paro.

Está casi en la puerta cuando recupero la voz.

—¿Por qué? ¿Por qué querría casarse con alguien que le odia?

Se detiene en el umbral de mi puerta y, por un momento, su expresión cambia, revelando algo que no acierto a descifrar.

—El amor no es necesario en los negocios.

Cuando se da la vuelta, cojo un bolígrafo de mi mesa y lo lanzo en esa dirección, pero se queda corto cuando él sale por la puerta.

—¡Preferiría morir antes que casarme con usted! —chillo, pero la puerta se cierra tras ellos, dejándome sola en mi apartamento.

El olor a humo de cigarrillo persiste en el aire, extraño e invasor en mi espacio cuidadosamente controlado.

Me hundo de nuevo en mi silla y me quedo mirando los documentos legales esparcidos por mi mesa.

Tres días.

Cojo mi teléfono con manos temblorosas y marco el número de Alina.

Contesta al segundo timbre, con la voz adormilada.

—¿Inessa? ¿Qué hora es? ¿Cuándo has llegado a casa? Siento que no me dejaran quedarme a esperarte.

—Ha estado aquí. —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas—. Yuri Gravitch ha estado aquí. En mi apartamento.

—¿Qué? —Oigo un crujido mientras se incorpora en la cama—. ¿Qué quería?

—Quiere casarse conmigo. En tres días.

La línea se queda en silencio.

Luego: —¿De qué coño estás hablando?

Se lo cuento todo: el contrato, el lenguaje legal, el ultimátum.

Se me quiebra la voz dos veces, pero me obligo a seguir hablando.

Alina escucha sin interrumpir, aunque puedo oír cómo su respiración se acelera.

—Ese cabrón —dice finalmente—. No puede obligarte a casarte.

—Pero los contratos… Perderé mi negocio, Alina. No puedo… Ya he perdido a Batya. ¿Qué más debo dejar que me quiten?

Mi corazón se está partiendo por la mitad.

Estoy desesperada por encontrar una salida a esto, pero ¿qué puedo hacer? ¿Renunciar a lo único que me queda?

¿Solo para no tener que casarme con un hombre que me dobla la edad?

¿Y entonces qué?

¿Adónde iría?

¿Quién me acogería?

No tendría forma de mantenerme.

—Los contratos se pueden romper. Contrataremos abogados, lucharemos contra esto en los tribunales—

—¿Con qué dinero? ¿Y cuánto tiempo llevaría eso? —resoplo y me froto la cara—. Para cuando consigamos una sentencia, mi empresa estará desmantelada.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

Cierro los ojos y me reclino en la silla.

—Estoy diciendo que puede que no tenga elección.

—Siempre hay una elección.

—¿La hay? Puedo casarme con él y conservar todo lo que he construido, o puedo huir y perderlo todo. Esas son mis opciones.

—Estarías casada con un criminal —protesta débilmente.

Lo sé. Es algo que consideré mucho antes de aceptar el acuerdo con Dominic.

Pero mi padre era un criminal. ¿Y eso en qué me convierte a mí?

—Iba a casarme con su hijo.

—Dominic no era… —Alina se detiene.

Ambas sabemos lo que era Dominic.

Joven, temerario, probablemente no muy diferente de su padre.

—Inessa—

—Tengo que colgar. —Cuelgo antes de que pueda discutir más conmigo.

El apartamento vuelve a quedar en silencio.

Recojo los papeles del contrato y los apilo ordenadamente, luego los empujo a una esquina de mi mesa.

Los bocetos de mi vestido de luto yacen esparcidos por el suelo, las líneas de carboncillo emborronadas por donde se agitaron.

No sé lo que voy a hacer, pero tengo que hacer algo.

Casarme con Yuri Gravitch suena tan apetecible como beber ácido, pero puede que no tenga otra opción.

Cuando salga el sol, llamaré a mi madre y le preguntaré qué opina.

De todos modos, no tengo a nadie más a quien recurrir, y puede que ella tenga una solución que yo no veo.

De lo contrario, en tres días, volveré a estar en un vestido de novia, y esta vez, tendrá que ser a punta de pistola o no lo haré.

4

YURI

La adrenalina me quema en las venas mientras camino de un lado a otro sobre el suelo de pizarra de mi despacho, y cada uno de mis pasos resuena en las paredes revestidas de madera.

El sabor de la victoria me resulta amargo en la boca porque la he conseguido acorralando a una mujer cuyo mundo se derrumbó hace doce horas.

Cuando me escupió que prefería morir a casarse conmigo, sus palabras encendieron un fuego que creía extinto desde hacía años.

Quise rodearle el cuello con las manos y demostrarle que se equivocaba, quise enseñarle lo muy equivocada que estaba al preferir la muerte a mis caricias.

El impulso fue inmediato y brutal; surgió de un lugar que mantengo enterrado bajo capas de control y cálculo.

Su desafío despertó un hambre que no tiene cabida en los negocios.

Pero esto es un negocio. Nada más.

El teléfono vibra sobre mi escritorio de caoba.

El número de Oleg aparece en la pantalla y respondo, preguntándome qué demonios querrá a estas horas de la noche.

—Sí…

—El clan de los Kozlov ha hecho un movimiento en los muelles esta noche. Tres de nuestros hombres han sido hospitalizados.

El cansancio en su voz me indica lo grave que ha sido la cosa.

—Nos están poniendo a prueba, jefe. Para ver cómo respondemos.

Cierro los ojos y me presiono el puente de la nariz con el pulgar.

La muerte de Dominic ha abierto grietas en nuestros cimientos, y todas las familias rivales de San Petersburgo pueden oler la debilidad.

Se acercan cada día más, buscando puntos débiles en nuestras defensas.

No tengo heredero.

Si me eliminan, ¿cuál será mi línea de sucesión ahora?

—Dobla la seguridad en todas nuestras ubicaciones. A cualquiera que se acerque a menos de cincuenta metros de nuestro territorio, le rompéis las rodillas.

—Ya está hecho —dice, y yo gruño en señal de aprobación.

—Entonces, mantén la posición. Dame esta noche para pensar.

Me palpita la cabeza y tengo la voz ronca.

Necesito una copa.

La llamada se corta y vuelvo a dejar el teléfono sobre el escritorio.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde la pantalla negra: el pelo cano alborotado, las arrugas más marcadas alrededor de los ojos.

A mis cuarenta y cuatro años, aparento más edad de la que tengo, desgastado por décadas de violencia y la presión de mantener un imperio intacto.

Entra otra llamada, esta vez desde San Petersburgo.

El nombre de Dimitri parpadea en la pantalla y aprieto la mandíbula antes de responder.

—Hermano —digo con brusquedad. No estoy de humor para esto y, después de todo lo que ha pasado hoy, estoy listo para hacer sangre. Mi paciencia pende de un hilo tan fino que podría usarlo como alambre de cuchillas para rebanar gargantas.

—Yuri. —Su voz transmite su calidez habitual, pero no me anima en absoluto.

Mi hermano es un encantador de serpientes—. He oído lo de Dominic… Una pérdida trágica.

—Sí.

—Estas cosas pasan en nuestro trabajo. Los jóvenes asumen riesgos.

Abro el cajón del escritorio, saco una botella y un vaso de cristal tallado, me sirvo tres dedos de vodka y me lo bebo de un trago largo antes de responder.

—¿Qué quieres, Dimitri? —Es mi forma de calmar a la bestia furiosa que llevo dentro antes de soltarla contra mi propio hermano.

—Quiero hablar del futuro. Ahora que Dominic no está, hay dudas sobre la sucesión. Las otras familias se preguntan quién te sucederá.

No lo dirá abiertamente, pero es una amenaza directa a mi liderazgo.

Dimitri siempre ha sentido resentimiento por mi posición como cabeza de familia; siempre ha creído que el liderazgo debería haberle correspondido a él cuando nuestro padre murió.

Ahora, sin un heredero claro, ve una oportunidad para desafiar mi autoridad.

—La cuestión del liderazgo está zanjada.

—¿Lo está? No tienes hijos, Yuri. Nadie que continúe con el apellido.

Su voz baja a casi un susurro.

—Quizá sea hora de considerar otras opciones.

Cuelgo bruscamente y me sirvo más vodka.

El licor transparente me abrasa la garganta, pero no hace nada para aplacar la rabia que se acumula en mi pecho.

Dimitri hará su movimiento pronto, probablemente en menos de un mes.

Otros rivales lo seguirán, intuyendo la discordia en nuestras filas.

El matrimonio con Inessa ya no se trata solo de cumplir contratos.

Se trata de la supervivencia de mi estirpe y de mi imperio.

Abro el cajón de mi escritorio y saco una pequeña caja de terciopelo.

Dentro, los gemelos de Dominic descansan sobre terciopelo negro: platino con incrustaciones de ónix, comprados para la boda como regalo mío para él.

Ahora nunca los llevará, y yo no me atrevo ni a sacarlos, y mucho menos a ponérmelos.

Dominic era temerario.

Impulsivo.

Tomaba decisiones sin pensar en las consecuencias, y esas decisiones le habrían pasado factura tarde o temprano.

Pero era mío, la única persona en este mundo que llevaba mi sangre y mi apellido.

La pérdida me desgarra con uñas y dientes, pero me la trago, porque el duelo es debilidad, y la debilidad te mata.

La puerta del despacho se abre y Oleg entra. Es uno de los pocos hombres de mi organización que puede entrar en mi despacho sin llamar, y sabe cuándo ser precavido.

Lleva una carpeta de cartón bajo el brazo.

—Los informes de las reuniones de esta noche.

Cierro la caja de terciopelo y la guardo de nuevo en el cajón.

Los ojos de Oleg siguen el movimiento, pero no dice nada.

Entiende el peso de la pérdida mejor que la mayoría, pues ha enterrado a dos hijos suyos en este negocio.

—¿Qué has averiguado?

—La familia Kozlov se está movilizando. Están reclamando deudas, consolidando recursos.

Pone la carpeta sobre mi escritorio y la abre para mostrar fotografías e informes mecanografiados.

—Creen que la muerte de Dominic nos hace vulnerables.

Estudio las imágenes: hombres con trajes caros reuniéndose en restaurantes oscuros, dinero cambiando de manos, alianzas forjándose en rincones sombríos.

Los Kozlov siempre han sido ambiciosos, pero nunca han tenido la fuerza para desafiarnos directamente.

Ahora ven una oportunidad en nuestro duelo.

—¿Cuántos soldados tienen?

—Cuarenta, quizá cincuenta. Pero están reclutando.

Cierro la carpeta y me recuesto en la silla.

El cuero cruje bajo mi peso mientras considero nuestras opciones.

Podríamos atacar primero, eliminar a la cúpula de los Kozlov antes de que ganen impulso.

Pero eso significaría la guerra, y la guerra atrae la atención de las autoridades que llevamos años evitando.

—El matrimonio estabilizará las cosas.

Oleg asiente lentamente—. ¿La chica ha aceptado?

—Lo hará.

—¿Y si no lo hace?

Cojo la botella de vodka y me vuelvo a llenar el vaso.

—Entonces la convenceré.

La expresión de Oleg no cambia, pero veo comprensión en sus ojos.

Lleva conmigo el tiempo suficiente para saber en qué consiste mi persuasión, hasta dónde estoy dispuesto a llegar para proteger lo que es mío.

—Es joven. Inexperta.

—Es más dura de lo que parece.

La imagen de Inessa con su vestido manchado de sangre acude a mi mente: la forma en que se mantuvo erguida incluso cuando sus cimientos se desmoronaban, la furia en sus ojos gris verdoso cuando le di mi ultimátum.

—Creó su empresa de la nada mientras otras mujeres de su edad jugaban a las muñecas. Para eso hace falta ser de acero.

—El acero puede romperse bajo suficiente presión.

—Entonces me aseguraré de que la presión venga de la dirección correcta. La doblegaremos a nuestra voluntad.

Oleg cierra la carpeta y se la vuelve a colocar bajo el brazo.

—¿Los preparativos para la ceremonia?

—El jueves por la mañana. Daria ya ha enviado el aviso a los invitados de Dominic sobre el cambio. Habrá muchos testigos.

Me bebo lo que queda de vodka y dejo el vaso sobre la mesa con determinación.

—Prepara los documentos. Contrato matrimonial completo, cláusulas de fusión de empresas, acuerdos de protección.

—¿Y si las otras familias se oponen?

—Pueden oponerse desde la tumba.

Oleg asiente y se dirige hacia la puerta.

Se detiene con la mano en el pomo, todavía de espaldas a mí.

—Me recuerda a Yelena.

El nombre de mi difunta esposa todavía me provoca una punzada de dolor.

Yelena, que murió hace años de un cáncer que le devoró los huesos mientras yo observaba impotente.

Yelena, que nunca se echó atrás en una pelea, ni siquiera cuando la pelea era conmigo.

—No sigas.

—El mismo fuego en sus ojos. La misma negativa a doblegarse.

—Fuera —ordeno, y siento el calor del alcohol que empieza a extendérseme entre los omóplatos.

Oleg se va sin decir una palabra más, cerrando la puerta tras de sí.

El despacho queda en silencio, salvo por el tictac del reloj antiguo de la repisa de la chimenea, un regalo de mi padre antes de morir, cuando aún creía en los legados y el honor.

El dolor intenta abrirse paso por mi garganta, pero lo ahogo con otro trago de vodka.

Los mafiosos no lloran.

Planificamos.

Ejecutamos.

Sobrevivimos.

Dominic murió porque fue descuidado, porque confió en las personas equivocadas y se convirtió en un objetivo.

No cometeré el mismo error.

Cada decisión a partir de ahora será calculada, cada movimiento diseñado para fortalecer nuestra posición.

Incluido mi matrimonio con Inessa Mirova.

Ahora cree que me odia, pero el odio puede transformarse en otras cosas con la aplicación adecuada de presión y paciencia.

He visto su fuego, la forma en que arde bajo ese exterior frío.

Cuando la toqué frente a su estudio, con esas luces intermitentes rodeándonos, no se apartó de inmediato.

Por un breve instante, se inclinó hacia el contacto antes de contenerse.

El jueves por la mañana, Inessa Mirova se convertirá en mi esposa.

Estará a mi lado y pronunciará las palabras que la unirán a mí legal y permanentemente.

Y una vez que la ceremonia haya terminado, una vez que los documentos estén firmados y archivados, comenzaré el lento y cuidadoso proceso de hacerle entender que su odio es energía desperdiciada.

Podría aprender a desear mis caricias en su lugar.

5

INESSA

Llega la mañana, lo quiera o no, y me obligo a vestirme y a ir al taller para rematar algunas cosas antes de tomarme unos días libres para llorar la pérdida.

Todo parece estar exactamente como lo dejé ayer: los maniquíes cubiertos con mis últimos diseños, las muestras de tela ordenadas por color y textura, los tableros de bocetos apoyados contra las paredes mostrando la colección de la próxima temporada.

Pero ahora esa familiaridad se siente extraña, vacía.

El espacio que una vez vibró con energía creativa ahora tiene el silencio de un mausoleo.

Atravieso las puertas de cristal y la suave campanilla que suele darme la bienvenida hoy suena lúgubre.

Mis empleadas levantan la vista de sus puestos de trabajo con expresiones que nunca les había visto: una mezcla de compasión, curiosidad y miedo.

Las noticias vuelan, sobre todo cuando se derrama sangre a plena luz del día.

Saben lo de Batya y Dominic.

Saben que sus trabajos dependen de una chica de veintitrés años cuyo mundo se vino abajo hace doce horas.

—Buenos días, Inessa —dice Marina, mi jefa de costura, acercándose con cuidado.

Su sonrisa, normalmente radiante, está apagada y tiene los ojos enrojecidos. —Sentimos mucho lo de tu padre.

Las condolencias se sienten necesarias, pero dolorosas.

Cada una me recuerda que Batya no volverá a cruzar esas puertas.

Nunca volverá a inspeccionar mis últimos bocetos con ojo crítico, nunca discutirá conmigo sobre los márgenes de beneficio mientras, en secreto, se siente orgulloso de lo que he construido.

El dolor se me asienta en el pecho como una roca, pero me obligo a asentir y a murmurar respuestas apropiadas.

—Gracias. Tenemos que seguir trabajando. Batya querría que siguiéramos trabajando —le digo, pero, incluso al pronunciar las palabras, veo la duda en sus rostros.

Han oído rumores sobre la familia Gravitch, sobre lo que les pasa a los negocios que se enredan con hombres que resuelven los problemas con violencia.

Se preguntan si cobrarán sus sueldos, si sus trabajos sobrevivirán a la tormenta que se avecina.

Me dirijo a mi despacho, un espacio acristalado con vistas a la planta de trabajo principal.

Mi mesa de dibujo está cubierta de bocetos.

Los recojo y los meto en un cajón, no sin que antes uno de ellos me llame la atención.

Un vestido de novia, uno de los diseños alternativos que dibujé para mi vestido cuando la idea de casarme con Dominic me parecía más

una imposición.

Lo odio.

El recuerdo de haberlo dibujado me trae de vuelta el sabor de la derrota, el momento en que me di cuenta de que Yuri Gravitch me tiene atrapada.

—¿Inessa? —Alina se asoma por la puerta.

Su joven rostro está pálido y aprieta una tableta contra su pecho. —Tengo que hablar contigo sobre los pedidos.

Me hundo en la silla de mi escritorio y le hago un gesto para que continúe.

Pero su expresión ya me dice todo lo que necesito saber.

—Ha llamado Bergdorf Goodman esta mañana. Retiran su pedido de primavera. —La voz de Alina tiembla—. Han alegado problemas de seguridad para trabajar con nosotros durante este… periodo de transición.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago.

Bergdorf Goodman representa el treinta por ciento de nuestras ventas en Estados Unidos, una relación que tardé dos años en construir a base de llamadas nocturnas e innumerables revisiones para cumplir con sus exigentes estándares.

—¿Y Harrods?

—Han llamado veinte minutos después. Por la misma razón.

—¿Y las Galerías Lafayette? —El corazón se me hunde más con cada anuncio, desmoronándose hilo a hilo.

Alina asiente con tristeza.

—Los tres compradores principales. Dicen que no cancelan de forma permanente. Solo lo posponen hasta que las cosas se estabilicen.

Cierro los ojos e intento calcular lo que esto significa.

La retirada de tres grandes compradores representa más de la mitad de nuestros ingresos previstos para el próximo año.

Sin esos ingresos, no puedo pagar a los proveedores, no puedo pagar las nóminas, no puedo mantener las luces encendidas.

El efecto dominó ya ha empezado, tal y como predijo Yuri.

—Hay más —continúa Alina.

—He intentado llamar a nuestro abogado esta mañana por los asuntos de la herencia, pero en su despacho me han dicho que ya no nos representa. Algo sobre un conflicto de intereses.

Abro los ojos de golpe.

—¿Qué conflicto de intereses?

—No me lo ha querido decir. Pero cuando he insistido, su secretaria ha mencionado que todas nuestras cuentas corporativas han sido congeladas a la espera de que se resuelva el asunto.

La habitación se inclina.

Me agarro al borde de mi escritorio, sintiendo la madera pulida bajo mis palmas, usando la sensación física para anclarme.

La gente de Yuri ha estado ocupada.

Mientras yo dibujaba vestidos de luto y me ahogaba en mi dolor, él desmantelaba sistemáticamente mi capacidad para contraatacar.

—¿Qué? Esta es mi empresa. No lo entiendo.

Mi mente da vueltas.

El hecho de que mi padre haya muerto no significa que no pueda mantener mi negocio en funcionamiento.

Llevo más de dos años por mi cuenta.

Esto es ridículo.

—No lo sé. La secretaria solo dijo que todos los activos están congelados hasta que el asunto se resuelva por las vías legales pertinentes.

Vías legales pertinentes controladas por jueces que se pueden comprar, abogados que saben de qué lado sopla el viento, burócratas que entienden la diferencia entre una firma y una sentencia de muerte.

Yuri lleva décadas jugando a este juego.

Yo soy una niña que no sabe manejar las armas.

Alina se retira, dejándome a solas con la magnitud de mi situación.

Abro nuestras cuentas financieras en mi ordenador, pero todas las pantallas muestran el mismo mensaje: *Acceso a la cuenta restringido pendiente de revisión legal*.

Mis cuentas bancarias de la empresa, mis ahorros personales, los fondos de emergencia que reservé para exactamente este tipo de crisis… todo fuera de mi alcance.

La rabia crece lentamente, empezando como un ardor bajo en mi pecho y extendiéndose hacia afuera hasta que mis manos tiemblan con ella.

He pasado tres años luchando por pasar de ser una chica con una máquina de coser a una diseñadora cuyo trabajo ha desfilado en pasarelas internacionales.

He luchado por cada contrato, cada cliente, cada metro cuadrado de esta sala de exposición.

Y ahora un hombre al que apenas conozco me lo está robando todo porque tiene más armas y menos escrúpulos.

Cojo el pisapapeles de cristal de mi escritorio, un regalo de Batya cuando firmé mi primer gran contrato.

Siento bien el peso en la palma de mi mano y, por un momento, me imagino lanzándoselo a la cara a Yuri, viendo cómo su sangre salpica uno de esos trajes caros.

Pero los ojos se me llenan de lágrimas y mi mano temblorosa deja caer la maldita cosa, que cae al hormigón y se hace añicos, arrancando de mi vida una cosa más que Batya me dio.

Doy un salto hacia atrás, sobresaltada, y dejo que las lágrimas me broten de los ojos.

—¡Inessa! ¿Estás herida?

Miro fijamente los fragmentos brillantes esparcidos a mis pies.

Cada trozo capta la luz de forma diferente, creando diminutos arcoíris entre la destrucción.

Hermoso, roto y completamente inútil.

—Estoy bien. Solo… torpeza —digo entre sollozos, secándome los ojos.

Esto no puede estar pasando.

Parece una pesadilla, y todo lo que quiero es que Batya entre por esas puertas y me diga que es una broma.

Marina no me cree, pero coge una escoba de todos modos y no me hace preguntas.

La observo barrer los restos del regalo de mi padre, y cada esquirla desaparece en el recogedor.

Otro trozo de mi antigua vida borrado.

A través de la pared de cristal de mi despacho, puedo ver a mis empleadas acurrucadas, susurrando.

No dejan de mirar hacia las ventanas delanteras y, cuando sigo su mirada, veo por qué.

Tres coches negros están aparcados al otro lado de la calle, con figuras oscuras visibles tras los cristales tintados.

Los hombres de Yuri, asegurándose de que no huya ni haga ninguna estupidez.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo y lo saco para ver el número de Yuri en la pantalla.

Se me encoge el estómago y dejo que suene cuatro veces antes de contestar.

—¿Qué quiere?

—Buenos días a usted también, esposa.

La palabra «esposa» hace que se me erice la piel.

Es un hombre repugnante sin derecho a hacer lo que está haciendo.

—No soy su esposa.

—Un tecnicismo que corregiremos mañana.

Se oye un crujido de papeles al fondo.

—Confío en que haya tenido tiempo para considerar su situación.

—¿Se refiere a la situación en la que me ha robado mi empresa y ha sobornado a mi abogado?

—No he hecho más que proteger nuestros intereses mutuos. Sus cuentas están congeladas para evitar cualquier… decisión impulsiva durante estos momentos difíciles para usted.

—¿Mis momentos difíciles? Usted es quien ha creado este desastre.

—Yo no apreté el gatillo, Inessa.

Su voz baja a un registro grave que me hace estremecer.

—Pero yo soy el que le ofrece una salida.

Por supuesto que Yuri no mandó matar a su propio hijo.

Puede que sea la encarnación del diablo, pero sintió la pérdida de su hijo igual que yo siento la pérdida de mi padre.

Lo vi en sus ojos, aunque no lo admita.

Cierro los ojos y me aprieto la frente con la mano libre.

Mis empleadas me están mirando, esperando a ver si su jefa mantiene la compostura o se derrumba por completo.

—¿Qué quiere? —repito.

—Venga a verme esta noche. Tenemos que hablar de los preparativos de la boda.

—No pienso acercarme a usted.

—Entonces supongo que esos compradores tenían razón al cancelar sus pedidos. ¿Quién quiere trabajar con una empresa inestable dirigida por una mujer irracional?

La rabia violenta que sentí hace unos momentos al saber que mis principales compradores se echan atrás surge en mi pecho con renovado vigor.

Más compradores se retirarán.

Más contratos desaparecerán.

Mi empresa morirá lentamente mientras yo observo impotente.

—Maldito bastardo.

—Quizá. Pero soy un bastardo que puede salvar su negocio.

Su tono cambia, se vuelve casi coloquial.

—A las siete de esta noche. Mi chófer la recogerá.

—No voy a….

—Lo hará. Porque la alternativa es ver cómo todo lo que ha construido se convierte en polvo.

La línea se queda en silencio por un momento.

—Prefiero tener una compañera dispuesta que una rota, Inessa. Pero dispuesta o rota, el jueves será mi esposa.

La llamada termina, dejándome mirando el teléfono en mi mano temblorosa.

La rabia se ha transformado en algo más frío ahora, más calculador.

Me está acorralando, cortándome todas las vías de escape hasta que el matrimonio se convierta en el único camino a seguir.

Marco el número de Alina con dedos torpes y, antes de que suene tres veces, ya está en mi despacho.

Sus ojos se desvían hacia Marina, que está agachada recogiendo el cristal.

Veo un breve destello de reconocimiento y luego se vuelve hacia mí, dejando que Marina se levante y pase a su lado hacia el despacho exterior antes de cerrar la puerta y hablar.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta.

—No lo llevo.

Las palabras salen entrecortadas.

—Lo está destruyendo todo. Los compradores se han ido, las cuentas están congeladas, mi abogado no me coge las llamadas. Ni siquiera puedo pagar a mis empleadas.

—¿Puedes luchar contra él? ¿Llevarlo a los tribunales? —Alina cruza hasta mi escritorio y se sienta en el borde mientras yo me hundo de nuevo en mi silla y escondo la cara entre las manos.

—¿Con qué dinero? ¿Y a qué tribunal? Probablemente es dueño de la mitad de los jueces de San Petersburgo.

Me reclino en mi asiento y miro al techo.

—Quiere que vaya a su casa esta noche. Para hablar de los preparativos de la boda.

—No puedes ir allí sola… —Su voz es apenas un susurro.

Hasta ella está nerviosa por esto.

El criminal más poderoso de la ciudad exige una audiencia conmigo esta noche.

Tengo motivos para estar aterrorizada.

—No tengo elección. Si me niego, se asegurará de que lo pierda todo. Si voy… —dejo la frase en el aire, incapaz de terminarla.

—Si vas, quizá encuentres una forma de negociar. De salvar algo de este desastre.

—O puede que no vuelva.

El silencio de Alina es doloroso.

Ambas sabemos cómo acaba esto.

Si no aparezco, vendrá a por mí.

Cuando por fin habla, su voz es suave.

—Construiste tu empresa una vez. Podrías construir otra.

—No de la nada. Batya me dio el capital inicial. No tengo inversores. —El agotamiento me golpea de repente, profundo y abrumador—. Tengo veintitrés años, Alina. No tengo otra década para pasarla luchando por volver a donde estoy ahora.

Además de que todo mi dinero, incluidos los fondos personales que no tienen nada que ver con mis negocios, ha sido congelado.

No puedo mantenerme sin acceso a mis recursos.

—Entonces, ¿cuál es la alternativa? —pregunta, y yo me enderezo.

Miro a mi alrededor, observando los bocetos de las paredes, las muestras de tela esparcidas por mi escritorio.

Todo ello representa años de trabajo, miles de horas inclinada sobre mesas de dibujo y máquinas de coser, innumerables noches soñando con construir algo que perdurara.

—La alternativa es aceptar que, a veces, la supervivencia tiene un aspecto diferente al que habíamos planeado.

—Te refieres a casarte con él.

—Me refiero a hacer lo que sea necesario para proteger lo que es mío.

Las palabras suenan extrañas, pero son ciertas.

La idea de casarme con ese cabrón me revuelve el estómago.

Tiene que haber otra manera, pero la única forma de saberlo es si me presento en su casa a cenar tal y como ha pedido.

—Inessa… —me advierte, pero me levanto y me aliso los pantalones.

De luto o no, tengo que luchar por lo que es mío o perderlo.

—Estaré bien. Te lo prometo. Ahora, vamos a poner este sitio en orden. Necesito tomarme unos días libres para planear el velatorio.

El nudo en la boca del estómago se me aprieta al pensar en verme obligada a recibir a los dolientes y a enterrar a mi padre.

—Y tenemos que pensar en el personal.

Alina asiente, pero su expresión es tensa.

Sabe que me estoy pintando la cara para la guerra y no hay nada que pueda decir para hacerme cambiar de opinión.

Iré a cenar con Yuri Gravitch y lucharé por desenredar mi mundo del suyo, de una forma u otra.

Y si no funciona, llamaré a mi madre para que me apoye.

Si no lo hago, acabaré llamándole mi marido, y ese es un futuro que no creo que pueda sobrevivir.

6

YURI

El comedor privado del Beluga está bañado por la luz de los candelabros de cristal, con las paredes revestidas de cuero importado y caoba pulida.

El restaurante satisface a hombres que valoran la discreción por encima de todo: sin dispositivos de grabación, sin personal entrometido, sin ventanas que puedan permitir la vigilancia.

Perfecto para conversaciones que podrían dar comienzo a guerras o poner fin a vidas.

Me siento a la cabecera de la larga mesa mientras mis hombres de mayor confianza ocupan las sillas a cada lado.

Oleg está a mi derecha; su enorme corpulencia hace que los caros muebles parezcan delicados.

Alexei está frente a él, con sus gruesos dedos rodeando una copa de vino georgiano.

Kirill está en el extremo más alejado, con su complexión delgada cargada de energía nerviosa.

Estos son los hombres que han sangrado conmigo, que han matado por mí, que han construido este imperio una jugada cuidadosamente calculada tras otra.

Esta noche cuestionan mi juicio.

—El matrimonio con la chica Mirov hace que parezcamos desesperados. —La resistencia de Alexei a mis planes es atrevida.

Sé que solo busca lo mejor para la familia, pero está en la cuerda floja.

—Deberíamos dejar que su empresa se hunda y quedarnos con las partes rentables.

—La alianza era con Dominic, no con ella. —Oleg se inclina hacia delante, con sus manos llenas de cicatrices planas sobre la mesa.

—Su muerte anula cualquier obligación que tuviéramos. Encontraremos nuevas formas de blanquear nuestro dinero.

Corto el venado de mi plato, dejando que expresen sus preocupaciones antes de responder.

Estos hombres se han ganado el derecho a hablar libremente, pero sus dudas revelan lo poco que entienden de poder y percepción.

—La alianza era entre nuestras familias —digo sin levantar la vista de la comida.

—Los contratos especifican herederos, no individuos.

No voy a poner toda la operación patas arriba cuando tenemos una opción perfectamente viable.

Inessa será mi esposa y sus operaciones pasarán a ser mías.

Es lo más sencillo.

—Los contratos se pueden reescribir. —El tono de Oleg es diplomático.

—O ignorarse por completo si ambas partes están de acuerdo.

—No hay dos partes. Estoy yo, y hay una mujer que posee algo que necesito.

—¿Necesitas una empresa de moda? —Alexei enarca las cejas—. ¿Desde cuándo nos importa la ropa de mujer?

Dejo el cuchillo y el tenedor en la mesa y lo fulmino con la mirada que ha hecho que hombres hechos y derechos confiesen sus pecados.

—Me importa la consolidación. Demostrar a nuestros rivales que no retrocedemos cuando se derrama sangre. Demostrar que la familia Gravitch se hace más fuerte, no más débil, cuando se la desafía.

La mesa se queda en silencio.

Estos hombres entienden la fuerza.

Me han visto aplastar a competidores que confundieron el duelo con la debilidad, que pensaron que la muerte de Dominic me haría vulnerable.

—La chica tiene agallas —admite Alexei.

—Levantar esa empresa de la nada requirió una habilidad considerable.

—También es guapa. —Kirill sonríe, mostrando unos dientes de oro.

—Mucho más agradable a la vista que la mayoría de los socios comerciales.

No respondo a eso.

La belleza es temporal, una cualidad superficial que se desvanece con el tiempo y las circunstancias.

Pero la negativa de Inessa a doblegarse bajo presión, su determinación a luchar incluso rodeada de enemigos… eso habla de algo más profundo.

Algo que podría ser útil de formas que estos hombres no pueden comprender.

—¿Y qué hay de Dimitri? —pregunta Oleg.

—Tu hermano no aprobará el nuevo acuerdo.

—Mi hermano no aprueba nada de lo que hago. Su opinión es irrelevante.

Dando otro bocado al venado, saboreo el gusto y considero qué hará realmente mi hermano.

Tiene las manos atadas por la vía legal, pero nosotros no somos de los que operan dentro de la ley.

—No si actúa contra nosotros durante la transición. Una boda nos hace vulnerables, crea oportunidades para que los rivales ataquen —dice Kirill.

Me sirvo vino en la copa, observando cómo el líquido oscuro se arremolina contra el cristal.

Dimitri ha estado tanteando los límites durante meses, buscando debilidades en mi autoridad.

La muerte de Dominic le dio la esperanza de que la sucesión recayera en él, de que cuarenta años de rivalidad pudieran finalmente resolverse a su favor.

Se equivoca.

—Que venga —digo.

—Que vengan todos. Aprenderán lo que les pasa a los que confunden un cambio de planes con debilidad.

Alexei se remueve en su silla.

—¿Estás seguro de esto? No es demasiado tarde para encontrar alternativas.

—Estoy seguro —digo, porque lo estoy.

Lo que no puedo decirles es que mi certeza no tiene nada que ver con la estrategia empresarial.

Cuando vi a Inessa en su apartamento anoche, de pie con fuego en los ojos, algo que creía muerto con Yelena despertó en mí.

El oscuro impulso de reclamar algo hermoso y doblegarlo a mi voluntad.

Aprenderá a someterse. Al final, todas lo hacen.

Cuando suena mi móvil, los hombres guardan silencio mientras lo saco del bolsillo y veo un número que reconozco.

Mis hombres fueron enviados a recoger a Inessa y traerla a mi casa para lo que ella cree que es una cena.

Pienso dejarle muy claro esta noche que no tiene más opción que hacer lo que le digo o ser arrojada a los lobos.

—Jefe, soy Pavel. —La voz es tensa, urgente—. Tenemos un problema con la chica.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa. —¿Qué pasa?

—Las grabaciones de seguridad muestran que intentaba salir por la entrada de servicio de su edificio. Se dirigía al garaje cuando la interceptamos. Exige llamar a su madre.

Una lenta sonrisa se extiende por mi rostro.

Los otros hombres en la mesa observan cómo cambia mi expresión, reconociendo la mirada de un depredador que acaba de oler a su presa.

—¿Dónde está ahora?

—Asegurada en el coche. No está… nada contenta.

—Me lo imagino.

Miro mi reloj. Las seis y media.

Se suponía que vendría voluntariamente a las siete, para sentarse frente a mí y discutir los arreglos de la boda con la pretensión de que podía elegir.

En lugar de eso, ha intentado huir y, para colmo, contactar a esa zorra de Viktoria.

—Traedla al complejo inmediatamente.

—Jefe, está pidiendo llamar a su abogado…

—Ya no tiene abogado. ¿Y, Pavel? Asegúrate de que entienda que huir ha sido un error. No con violencia —añado rápidamente—. Pero necesita comprender su nueva realidad.

La llamada se corta, dejo el móvil sobre la mesa y vuelvo a mi comida, con un apetito repentinamente renovado.

—¿Algún problema? —pregunta Oleg.

—Una oportunidad.

Bebo un largo trago de vino, saboreando el calor que se extiende por mi pecho.

—Mi futura esposa acaba de demostrar exactamente por qué necesita una supervisión más estrecha.

—¿Ha intentado escapar?

—Como una conejita asustada. Pero los conejos que se escapan de sus jaulas aprenden lecciones valiosas sobre el mundo exterior.

Kirill se ríe con un sonido ronco, revelando lo que décadas de fumar cigarrillos le hacen a las cuerdas vocales.

—Siempre te han gustado más las que tienen carácter.

—El carácter se puede redirigir. Canalizar hacia propósitos más productivos.

Termino el venado y aparto el plato.

—Las cosas rotas no tienen valor. Pero las controladas… las controladas se convierten en extensiones de tu voluntad.

Los otros hombres intercambian miradas.

Me han visto destrozar a la competencia, han observado cómo destruía sistemáticamente a cualquiera que amenazara nuestros intereses.

Saben de lo que soy capaz.

—¿Cuándo la conoceremos? —pregunta Alexei.

—Mañana por la mañana, en la ceremonia. Estará a mi lado y pronunciará las palabras que la unan a esta familia para siempre.

Me pongo de pie, alisándome la chaqueta.

—Esta noche, aprenderá lo que le pasa a las cosas que me pertenecen cuando intentan irse.

Oleg también se levanta, con expresión preocupada.

—Ten cuidado, Yuri. Los animales acorralados se vuelven impredecibles.

—Entonces, es una suerte que sepa cómo manejar animales impredecibles.

Nos damos la mano formalmente; cada hombre ofrece su apoyo a pesar de sus reservas.

Seguirán mis órdenes porque la lealtad lo exige, pero también estarán atentos a las señales de que mi juicio se ha visto comprometido.

En este negocio, los sentimientos personales son una debilidad, y la debilidad se extiende por las organizaciones más rápido que la peste.

Salgo por la puerta privada del restaurante, donde mi chófer espera junto al Mercedes negro.

El aire nocturno es fresco y trae el olor de la nieve que caerá antes del amanecer.

—Al complejo —le digo mientras me acomodo en el asiento de cuero.

Durante el trayecto, imagino el rostro de Inessa cuando se dé cuenta de que escapar es imposible.

La furia en sus ojos gris verdoso, la forma en que sus manos temblarán de rabia y miedo.

Pensó que podría escabullirse en la oscuridad, desaparecer en la ciudad y empezar de nuevo en algún lugar fuera de mi alcance.

Está a punto de descubrir lo equivocada que estaba.

Quería huir de mí, rechazar el futuro que le he ofrecido.

Pero huir solo retrasa lo inevitable, y yo ya he esperado bastante para reclamar lo que es mío.

7

INESSA

El Mercedes negro serpentea por las oscuras calles de San Petersburgo.

Voy sentada junto a dos de los hombres de Yuri.

Sus enormes cuerpos ocupan la mayor parte del asiento trasero mientras yo me aprieto contra la ventanilla e intento no pensar en lo que va a ocurrir.

Me han quitado el móvil, me han prohibido llamar a Alina o a mi madre y ni siquiera tengo idea de lo que Yuri me va a hacer.

Pavel, el hombre que me interceptó en el aparcamiento, me mira por el retrovisor.

Sus ojos son fríos, no revelan nada de lo que piensa de esta situación.

El otro guardia, cuyo nombre nunca supe, mira al frente como si yo no existiera.

—¿Adónde me llevan? —exijo, aunque supongo que me están entregando en persona a Yuri Gravitch, esté donde esté.

Pensé que salir del trabajo treinta minutos antes de que fueran a recogerme sería suficiente, que podría llamar a mi madre y ella haría

que sus hombres pasaran por allí o se reunieran conmigo en algún sitio.

No es que tuviera la intención de saltarme la reunión con Yuri; nunca la tuve.

Aunque habría llegado tarde.

Quería que alguien supiera adónde iba para que, si no aparezco mañana, sepan quién ha sido.

Los hombres han permanecido en silencio desde que me metieron a la fuerza en este coche, comunicándose solo con sutiles asentimientos y miradas significativas, por lo que su falta de respuesta no me sorprende.

La ciudad da paso a los suburbios, y luego al campo, salpicado de fincas ocultas tras altos muros.

Giramos a través de unas puertas de hierro que se abren automáticamente, revelando un largo camino de entrada flanqueado por árboles desnudos.

Al final se encuentra el complejo de Yuri, una fortaleza de piedra negra y cristal oscuro que parece más medieval que moderna.

Unos focos iluminan el terreno, dejando ver un césped bien cuidado y unos setos con formas geométricas que están en reposo invernal.

Pero nada puede ocultar los elementos de seguridad: cámaras montadas en cada esquina, sensores de movimiento a lo largo de la valla.

Esto no es un hogar.

Es una prisión diseñada para parecer un palacio.

El coche se detiene en la entrada principal, donde más hombres con trajes oscuros esperan.

Se mueven en cuanto el coche se estaciona, rodeando el vehículo antes de que Pavel me abra la puerta.

El aire nocturno me cala la ropa y me aprieto más el jersey sobre el pecho.

Miro a los hombres, todos armados con pistolas y radios, y sé que no voy a salir de aquí corriendo.

Sin embargo, nadie me ha puesto la mano encima para hacerme daño, así que, en ese sentido, estoy a salvo por ahora.

—Por aquí —dice Pavel; sus primeras palabras desde que me capturó.

Quiero correr, pero no hay adónde ir.

El complejo se extiende en todas las direcciones, rodeado por muros que requerirían equipo de escalada para superarlos.

Más allá se extienden kilómetros de campo vacío, e incluso si llegara tan lejos, el alcance de Yuri se extiende por todo San Petersburgo y más allá.

Un nudo se me forma en el pecho mientras lo sigo a través de las puertas principales.

La entrada principal da a un vestíbulo que podría pertenecer a un palacio.

Los suelos de pizarra reflejan la luz de las arañas de cristal mientras tapices y óleos recubren las paredes, pero toda esa belleza resulta fría y estéril.

Esta es una casa sin calidez, sin amor, sin ninguna suavidad que pueda hacerla sentir viva.

Me detengo en el vestíbulo, negándome a moverme cuando Pavel me señala un pasillo.

Dice con voz neutra: —El ala de invitados está en esta dirección. Sus aposentos han sido preparados.

Habla como un mayordomo cuando sé que es un soldado.

La pistola que lleva en la cadera lo demuestra.

—¿Aposentos? —me río con amargura.

—Querrá decir una celda. No soy una invitada a la que está dando la bienvenida. Soy una prisionera, y ambos lo sabemos. —Me tiembla la voz, pero le sostengo la mirada.

—Creo que no lo entiende —responde Pavel con un tono muy neutro.

—Esto no es una prisión. Se la tratará bien.

—¿Que se me tratará bien? Me han quitado el móvil, me han traído aquí contra mi voluntad y ahora me están encerrando. Eso no es tratar bien a alguien, ¡es un cautiverio!

Aprieto los puños a mis costados.

—Quiero irme.

Vuelve a señalar hacia la derecha.

—El ala de invitados, señorita Mirova. Hasta que el señor Gravitch hable con usted, aquí es donde permanecerá.

Esta vez, sus ojos se oscurecen hasta volverse de un color desalmado.

Me mantengo firme, con la furia creciendo en mi pecho, pero la certeza en su tono no deja lugar a elección.

Cuando él empieza a moverse, yo también tengo que hacerlo.

Lo sigo por pasillos repletos de más obras de arte y muebles antiguos.

El ala de invitados está separada de la casa principal por una pesada puerta que se cierra tras nosotros con el sonido de las cerraduras electrónicas al activarse.

El mensaje es claro.

No soy una invitada.

Soy una prisionera en una jaula de oro.

Cuando nos detenemos junto a una puerta abierta, se vuelve para mirarme, de pie en el umbral con las manos cruzadas.

Echo un vistazo al interior y veo más de los mismos muebles y decoraciones caros, y él me empuja suavemente para que entre en la habitación.

—La cena se servirá a las ocho —me informa Pavel.

—Alguien vendrá a acompañarla.

La puerta se cierra con otro clic electrónico, dejándome sola en mi hermosa prisión.

Corro hacia las ventanas e intento abrir los pestillos, pero no se mueven.

El cristal es lo suficientemente grueso como para detener balas, lo que significa que mis puños no le harán ni un rasguño.

Reviso la puerta del pasillo: cerrada desde fuera, como era de esperar.

El cuarto de baño no ofrece mejores opciones.

La ventana es más pequeña y está demasiado alta para alcanzarla, incluso con una silla.

El espejo está montado a ras de la pared, imposible de quitar.

Incluso los toalleros están atornillados, eliminando posibles armas.

Me dejo caer en la cama y permito que la realidad de mi situación se apodere de mí.

Hace menos de cuarenta y ocho horas, estaba planeando una boda con Dominic, preocupada por la disposición de los asientos y la elección de las flores.

Ahora estoy atrapada en el complejo de su padre, preparándome para casarme con un hombre que me aterra y me enfurece a partes iguales.

La rabia crece lentamente, empezando en mi pecho y extendiéndose hacia fuera hasta que las manos me tiemblan a causa de ella.

No es así como se suponía que iba a ser mi vida.

Se suponía que me casaría por una alianza, sí, pero con alguien joven y manejable.

Alguien a quien pudiera controlar, o al menos influenciar.

En cambio, me enfrento a un futuro con un hombre que hace proposiciones de matrimonio a punta de pistola y que nunca respetará mis deseos ni me tratará bien.

Definitivamente, esto no es lo que mi padre habría querido para mí, y Yuri no es ni ha sido nunca un amigo de esta familia.

Además, ¿quién va a venir a una boda como esta?

Toda la familia de Dominic cree que iba a casarme con él.

Si me ven preparada para caminar hacia el altar para casarme con su padre, sabrán que estoy siendo coaccionada.

Ese pensamiento me tranquiliza un poco, y soy capaz de ponerme de pie junto a la ventana y observar cómo la brisa mece los árboles de fuera.

A las ocho en punto, se oyen pasos en el pasillo.

La cerradura se desactiva con un suave pitido y la puerta se abre para revelar al enorme guardia de antes.

Su rostro lleno de cicatrices no revela nada mientras espera a que lo siga, pero no me muevo de inmediato.

—No tengo hambre —protesto, dándole la espalda.

—El jefe la espera —gruñe, y luego se hace crujir los nudillos con mucha fuerza.

Pillo la idea rápidamente.

Puedo ir andando a cenar o me pueden llevar a rastras.

Ninguna de las dos opciones me atrae, pero al menos caminar preserva algo de dignidad.

Cuando entramos en el comedor, Yuri está de pie cerca de las ventanas, con las manos entrelazadas a la espalda mientras examina sus dominios.

Ha cambiado su traje anterior por unos pantalones oscuros y una camisa blanca arremangada, dejando al descubierto los tatuajes que trepan por sus antebrazos.

La ropa informal no lo hace menos intimidante.

En todo caso, acentúa el depredador que acecha bajo su civilizado exterior.

—Inessa. —Se vuelve cuando entro, y sus ojos oscuros me devoran con la mirada.

Me hace removerme incómoda. —Confío en que sus aposentos sean de su agrado.

—¿Se refiere a mi celda?

Una leve sonrisa asoma a las comisuras de sus labios.

—Su residencia temporal. Hasta mañana, cuando la trasladen a aposentos más permanentes.

Aparta una silla en un extremo de la mesa, indicándome que me siente.

La otra silla está lo suficientemente cerca como para obligarnos a tener una conversación íntima.

Me quedo de pie. —Quiero volver a casa.

—Ahora, este es su hogar.

—Esto es una prisión.

—La prisión es un estado mental.

Se acerca a su propia silla y se sienta en ella.

—Puede elegir ver las limitaciones o puede elegir ver la oportunidad.

—¿Oportunidad? —espeto.

—¿Qué oportunidad hay en ser secuestrada y obligada a casarse?

—La oportunidad de preservar todo lo que ha construido en lugar de verlo arder.

Coge la botella de vino y sirve dos copas de un líquido de color rojo intenso.

—Su empresa, sus empleados, su futuro… Todo depende de las decisiones que tome en las próximas horas.

Una mujer mayor entra con platos cubiertos.

Los pone en la mesa con cuidado, pero sus ojos amables evitan los míos como si entendiera la naturaleza de esta cena.

Cuando se va, estoy tentada de salir corriendo tras ella, pero él dice en voz baja: —Siéntese.

—Le he dicho que no tengo hambre.

—Y yo le he dicho que se siente.

El tono áspero de su voz hace que me ponga tensa.

Nunca he reaccionado bien a las órdenes, sobre todo de hombres que creen que su tamaño y su reputación les dan derecho a controlar a los demás.

Pero la alternativa —que me obligara a sentarme— sería aún más humillante.

Me siento, pero mantengo las manos en el regazo y la espalda recta.

Una postura de desafío incluso en la obediencia.

Yuri destapa las fuentes y revela una comida que normalmente haría que se me hiciera la boca agua: pato asado con salsa de cerezas, patatas a las finas hierbas y verduras que relucen con mantequilla.

El aroma llena el espacio entre nosotros, pero mi estómago sigue hecho un nudo por la ansiedad y la rabia.

—Necesita comer.

Miro el plato sin moverme.

—No soy una niña —le digo, aunque me doy cuenta de que me estoy comportando como tal.

Quizá porque siento que necesito que mi padre arregle esto, y eso es algo que nunca va a pasar.

—Entonces deje de ser tan cabezota y cuídese.

Como no respondo, alarga el brazo por encima de la corta distancia que nos separa.

Sus dedos encuentran mi mandíbula y me giran la cara hacia la suya.

Me sorprende lo delicado que está siendo, sabiendo lo fuerte que es.

—Necesita comer.

Esas palabras envían un calor por mi cuerpo que no quiero sentir en absoluto.

Su pulgar me roza el labio inferior y tengo que reprimir el impulso de morderle o, lo que es peor, de entreabrir los labios y aceptar lo que sea que me ofrezca.

—Suélteme —digo con brusquedad.

—Cuando coma.

Destapa mi plato y coge mi tenedor, luego clava las púas en un trozo de carne y me acerca el tenedor a la boca, cargado de pato y salsa.

Sus ojos oscuros no se apartan de los míos en ningún momento, atento a cualquier señal de sumisión o rebelión.

La intimidad del momento es aterradora y exasperante, pero mi cuerpo responde a su contacto de formas que hacen que la vergüenza me arda en el pecho.

Quiero apartar la cara, negarme, mantener el poco control que me queda.

Pero la parte práctica de mi mente sabe que necesito comer.

Entreabro los labios y dejo que me dé de comer, odiando que un acto tan simple me resulte a la vez degradante y extrañamente excitante.

Los ojos de Yuri observan cómo mis labios se cierran alrededor del tenedor y retiran la comida.

Veo cómo me devora de la misma manera, absorbiendo cada inflexión de mis músculos faciales, bebiéndose el odio de mis ojos mientras aparto la mirada de su contacto visual.

¿Por qué tengo el cuerpo tan caliente?

¿Por qué su cuidado autoritario hace que se me derritan las entrañas?

—Buena chica.

El cumplido hace que me arda la cara de vergüenza, y me da otro bocado. Su pulgar se detiene en mi labio más tiempo del necesario.

—¿Por qué hace esto?

—Porque necesita comer y es demasiado cabezota para hacerlo usted misma.

—No me refiero a eso. Me refiero a todo esto. La boda, el complejo, tenerme prisionera.

Me aparto de su contacto, poniendo distancia entre nosotros.

—Podría tener a la mujer que quisiera. ¿Por qué forzar a alguien que le odia?

Deja el tenedor a un lado y se recuesta en su silla, estudiándome con esos ojos oscuros y penetrantes.

—El odio es sincero. El odio es real. La mayoría de la gente miente sobre lo que siente, especialmente con hombres en mi posición. Pero usted…

Alarga la mano hacia su copa de vino.

—Usted me muestra exactamente lo que piensa, incluso cuando es peligroso hacerlo.

—Eso no responde a mi pregunta —gruño, pero tomo esas palabras como un cumplido.

—¿Ah, no?

Le da un sorbo al vino sin apartar la mirada.

—No quiero una esposa que finja amarme por mi dinero o mi protección. Quiero a alguien que se defienda, que me desafíe, que

no se quiebre bajo presión.

—¿Así que me obligará a casarme con usted para poder quebrarme usted mismo?

—Para poder moldearla en algo más fuerte.

Quiero discutir, echarle en cara su arrogancia, pero parte de mí reconoce la verdad en lo que está diciendo.

Soy fuerte.

Creé mi empresa de la nada, luché por cada contrato y cada cliente.

Pero la fuerza sin libertad es solo otra forma de encarcelamiento.

—Mi padre nunca estuvo de acuerdo con esto. Él quería que me casara con Dominic, no con un viejo.

—Su padre era un hombre práctico. Entendía que los acuerdos comerciales requieren planes de contingencia.

La mirada de Yuri se clava en mi cara y trago saliva para deshacer el nudo que se me está formando en la garganta.

Ni de coña Batya permitiría esto.

—No lo haré.

—Sí, lo hará.

La certeza en su voz enciende la rabia que se ha ido acumulando toda la noche.

Me levanto de un salto, y la silla raspa el suelo.

—No puede obligarme a casarme con usted. Me da igual los papeles que tenga o lo que mi padre escribiera. No diré esos votos.

Yuri también se levanta, y su mayor altura me obliga a estirar el cuello para mirarlo a los ojos.

—Dirá los votos, Inessa. Y lo hará cuando yo se lo diga.

—¿Y si me niego?

Me cruzo de brazos y miro más allá de él, todavía incapaz de sofocar el calor de mi vientre, y fijo la vista en la ventana, donde el cielo tiene el color del plomo y se acercan nubes espesas.

—Entonces verá cómo sus empleados pierden su trabajo uno por uno. Sus proveedores cancelarán sus contratos. Sus compradores encontrarán otros diseñadores. Su empresa morirá lenta y dolorosamente mientras usted se sienta aquí sabiendo que podría haberlo evitado.

Golpeo la mesa con el puño con fuerza suficiente para hacer sonar las copas de cristal.

—¡Será cabrón!

—Quizá. Pero soy un cabrón que cumple sus promesas.

Se inclina hacia mí y baja la voz a un volumen peligroso.

—Cásese conmigo mañana y su empresa sobrevivirá. Sus empleados conservarán sus trabajos. Sus sueños seguirán vivos. Niéguese y me aseguraré de que no le quede nada más que el arrepentimiento.

—¿Para qué quiere la empresa?

Podría encontrar una docena de otros lugares para hacer sus negocios sucios.

—Se trata de usted.

La confesión sale cruda y sucia, como si estuviera confesando un crimen que nadie sabe que ha cometido, pero que está orgulloso de haber logrado.

—Se trata de tener algo hermoso que me pertenezca por completo.

Las palabras envían otra emoción no deseada por mi cuerpo.

Debería sentir asco por su posesividad, por la forma en que habla de propiedad en lugar de asociación.

En cambio, siento un oscuro aleteo de atracción que me hace odiarme a mí misma.

—No soy una posesión —murmuro, pero, de alguna manera, me descubro deseando ser poseída tan plenamente que no pueda ni pensar.

Pero no por este hombre…

—Mañana será mi esposa. Eso la convierte exactamente en lo que yo diga que es.

Se levanta y rodea la mesa hasta que se para justo delante de mí, tan cerca que puedo oler su colonia y el aroma subyacente a peligro que siempre se aferra a él.

Cuando alarga la mano hacia mí, me quedo helada mientras su mano me ahueca la cara.

—Su futuro está conmigo, Inessa. Que lo acepte voluntariamente o que la convenza por otros medios es su elección.

—¿Otros medios?

Su pulgar me recorre el pómulo tan ligeramente que casi no lo siento.

—Puedo ser paciente cuando es necesario. Pero la paciencia tiene límites, especialmente cuando se trata de novias cabezotas.

Por un momento, el único sonido en la habitación es el de mi pulso retumbando en mis oídos.

—La boda es mañana a las diez de la mañana —continúa—, Rosa la ayudará a prepararse. Su vestido ha llegado. Haré que lo limpien.

Mi vestido de novia.

La seda marfil manchada con la sangre de mi padre…

—Ni se te ocurra tocar ese puto vestido —siseo, y él se ríe entre dientes.

—Como usted desee. Pero el rojo no es su color, querida.

La sonrisa de sus labios es seductora, haciendo que lo odie y que, a la vez, me sienta atraída por él en el mismo aliento.

Esa sonrisa diabólica, el brillo de sus ojos.

—Lo odio —le digo sin rodeos.

—Lo sé.

Se inclina hasta que sus labios casi me rozan la oreja.

—Pero el odio puede transformarse en otras cosas, con tiempo y el estímulo adecuado.

—No lo hará.

—Ya veremos.

Se aparta, liberándome de su proximidad, pero no de su influencia.

El espacio entre nosotros se siente cargado de tensión y de un conflicto sin resolver.

—Rosa la acompañará de vuelta a su habitación. Le sugiero que descanse. Mañana será un día exigente.

Quiero discutir más, encontrar algún fallo en su lógica o debilidad en su determinación, pero las amenazas me dejan sin esperanza.

Batya me vinculó a este matrimonio antes de su muerte, dejándome sin base legal ni moral para negarme.

Rosa aparece como si la hubieran convocado, su rostro amable cuidadosamente neutral mientras espera junto a la puerta.

La sigo sin decir una palabra más, dejando a Yuri solo con su victoria y su vino.

Abre la puerta de mi habitación con una tarjeta y espera a que entre para hablar.

—¿Necesitas algo para esta noche?

Casi me río ante la pregunta.

Lo que necesito es libertad, elección, un padre diferente que no me hubiera vendido para asegurar sus intereses comerciales.

Lo que necesito es un mundo en el que las mujeres de veintitrés años no sean objeto de intercambio para saldar deudas y forjar alianzas.

—No. Gracias —mascullo mientras camino hacia la cama, donde quiero derrumbarme y llorar ahora que él no puede verme quebrarme.

Ella asiente y vuelve a encerrarme para que me consuma en la furia y el miedo.

Me hundo en la cama y contemplo mi reflejo en la ventana oscurecida.

La mujer que me devuelve la mirada parece frágil, derrotada, nada que ver con la imagen que tengo de mí misma.

Pero las apariencias pueden engañar.

Si Yuri quiere una esposa, la tendrá.

Pero también tendrá todo lo que conlleva casarse con alguien que lo odia: la rebeldía, la resistencia, la batalla constante por el dominio que definirá cada día de nuestro futuro compartido.

Él cree que puede moldearme para convertirme en algo más fuerte. Mañana descubrirá de qué estoy hecha ya.

8

YURI

Firmo el último manifiesto de envío y lo aparto.

Las cifras cuadran: el territorio está asegurado, los ingresos son estables y no ha habido pérdidas inesperadas en los muelles.

Todo como siempre, salvo por la boda programada para dentro de tres horas.

Dimitri entra en mi despacho y se deja caer en la silla frente a mi escritorio.

Mi hermano tiene toda la pinta de un hombre de negocios con su traje a medida, pero a mí no me engaña.

Esas cejas pobladas, esa mirada calculadora... No ha venido a darme la enhorabuena.

Viene con segundas intenciones y sé que me van a enfurecer, pero no puedo echarlo sin más.

—Pareces cansado —dice, acomodándose en la silla de cuero y desabrochándose la chaqueta del traje.

Se parece tanto a mi padre que, si no supiera que es imposible, temería que el viejo cabrón se hubiera reencarnado.

—He estado trabajando.

Ignoro su mirada penetrante, apilo los papeles y los cuadro, solo para tener algo que hacer y no perder los estribos todavía.

—¿El día de tu boda?

Echa un vistazo a la pila de papeles y luego vuelve a mirarme. —¿Qué romántico.

No respondo.

Dimitri no ha cogido el primer tren desde San Petersburgo para hablar de mis horas de sueño o de mis hábitos de trabajo.

Está aquí porque las viejas familias están haciendo preguntas, porque los cambios de poder ponen nervioso a todo el mundo, porque casarme con Inessa parece un intento desesperado por sobrevivir.

Puede que en cierto modo sea verdad, pero si sobrevivo a esto con mi imperio intacto, me importará una mierda lo que digan.

—La situación de los Kozlov está controlada —le digo antes de que pueda preguntar.

—¿Lo está? —Se inclina hacia delante.

—Porque desde San Petersburgo esto parece un caos. Tu hijo muere en un negocio de armas que salió mal y ahora te casas con su prometida para salvar la alianza. Las familias se preguntan si has perdido tu toque.

Ahí está.

La verdadera razón de su visita.

—El matrimonio sirve a los intereses de la organización —digo.

—Su empresa proporciona flujos de ingresos legítimos. La moda mueve dinero a través de las fronteras con eficacia. Y la muerte de Dominic no tuvo nada que ver con el negocio de armas. Están

tratando de detener la misma alianza que este matrimonio aseguraría.

Dimitri enarca una ceja como si fuera una novedad para él, pero no es tan tonto.

Está haciendo teatro mientras la verdad se entierra solo para hacerme quedar mal.

—¿Y la chica?

Se me tensa la mandíbula.

La noche anterior vuelve a mi mente: Inessa en mi mesa, su pulso acelerado bajo mi palma, la forma en que sus labios se entreabrieron cuando le recorrí la boca.

El recuerdo me abrasa por dentro, nublándome el juicio.

Tiene la misma edad que tenía mi hijo.

Es inapropiado, pero Dios, cómo la deseo.

—Ella es parte del acuerdo.

Dimitri se ríe.

—Parte del acuerdo... Claro.

Se levanta, alisándose la chaqueta.

—Espero que sepas lo que haces, hermano. A la menor señal de debilidad, al menor indicio de que tomas las decisiones con la polla en vez de con el cerebro, te harán pedazos.

Su advertencia viene acompañada de una risa siniestra mientras sale de mi despacho.

Vuelvo a los informes, pero las palabras se desdibujan en la página.

Solo puedo ver los ojos gris verdoso de Inessa, desafiantes y asustados.

El interfono crepita.

La voz de Rosa transmite una preocupación que rara vez le oigo.

Normalmente es tan constante como el amanecer.

—¿Señor Gravitch? Necesito hablar con usted sobre la señorita Mirova.

—Por supuesto, Rosa. Pase. —Mis hombros se enderezan mientras la puerta se abre de nuevo.

Entra, con el pelo plateado ligeramente alborotado y sus amables ojos marrones tensos por la preocupación.

Rosa lleva quince años dirigiendo esta casa, ha visto sacar cadáveres en plena noche y nunca ha hecho preguntas.

¿Qué podría haberla alterado tanto ahora?

—No quiere comer —dice Rosa.

—Ha tirado la bandeja del desayuno contra la puerta. La peluquera ha venido y se ha ido; la señorita Mirova le ha gritado hasta que se ha marchado. Ahora se ha encerrado en el baño y no responde. Temo que vaya a hacerse daño.

Tiene sentido.

Lo único que me molestaría más que mi hermano intentando arruinar mis planes sería que alguien le hiciera daño a Inessa e imposibilitara llevarlos a cabo, incluso si fuera ella misma.

Ya estoy en marcha, atravesando la casa como una furia hacia el ala de invitados, que se mantiene bajo llave.

La habitación se encuentra al final del pasillo, con pesadas cortinas corridas que impiden el paso de la luz de la mañana.

El agua corre tras la puerta del baño, pero por debajo oigo un rasguño: metal contra metal, rítmico y decidido.

—Inessa.

Normalmente, la autoridad en mi voz hace que hombres hechos y derechos lloren y se meen encima, pero esta mujer está decidida y endurecida contra mí.

No hay respuesta al otro lado de la puerta y el rasguño continúa.

Pruebo el pomo, pero está cerrado con llave.

Un nuevo sonido se une al rasguño: el chirrido de las bisagras bajo presión, el gemido del metal al ser forzado, y sé lo que ha hecho.

Golpeo la puerta con el hombro, haciendo que la madera alrededor de la cerradura se astille.

El segundo impacto la abre de golpe hacia dentro y la sobresalta.

Inessa está agachada en el suelo de baldosas con una combinación blanca, su largo pelo oscuro cayéndole sobre los hombros.

La ventana del baño, aunque pequeña y enrejada, está parcialmente abierta.

Ha quitado dos de los barrotes de metal con lo que parece una horquilla, con los nudillos manchados de sangre donde el metal le ha cortado la piel.

Me mira, con los ojos encendidos de furia contenida.

—Fuera —sisea, y apoya la espalda en la pared de azulejos de la ducha.

—Aléjate de la ventana.

—No.

Se vuelve hacia el tercer barrote, los dedos manipulando los tornillos mientras mancha el metal con su propia sangre.

Cruzo el baño en dos zancadas y mi mano se cierra alrededor de su muñeca antes de que pueda reaccionar.

Su piel está helada y tiembla.

—Suéltame.

Las uñas de su mano libre se clavan en mi piel, pero aprieto más fuerte y tiro de ella para ponerla en pie.

Su cuerpo choca con el mío mientras intenta zafarse, la combinación de seda es tan fina que siento cada una de sus curvas contra mi pecho.

Su pulso martillea bajo mi palma y su respiración es corta y rápida.

Un calor me recorre el cuerpo.

Está casi desnuda, con la piel sonrojada donde roza la mía, y puedo oler a jabón y a algo floral que hace que me duelan las manos por las ganas de explorarla.

Quiero estamparla contra la pared, mostrarle exactamente lo que significará este matrimonio, reclamarla aquí y ahora, antes incluso de que la ceremonia lo haga oficial.

En cambio, doy un paso atrás, manteniendo mi cuerpo entre ella y la ventana.

Le suelto la muñeca, pero la mano todavía me arde, los dedos me pican por tocarla de nuevo.

—El coche se va en una hora —gruño—, con o sin tu cooperación.

Se frota la muñeca donde mis dedos han dejado marcas, sin apartar los ojos de mi cara.

—Prefiero morir antes que casarme contigo.

—La muerte es permanente. El matrimonio puede ser un acuerdo.

Su risa atraviesa el pequeño espacio que nos separa.

—Un acuerdo. Quieres decir que una vez que consigas lo que quieres, te desharás de mí.

—Lo que quiero es estabilidad. El testamento de tu padre asegura una transición de activos sin problemas. Mi dinero mantiene en funcionamiento tus líneas de moda mientras mis operaciones proporcionan flujos de ingresos legítimos.

—Tus operaciones.

Se acerca un paso, con la furia brillando en sus ojos.

—Te refieres a tu imperio criminal. Blanqueo de dinero, tráfico de armas, y lo que sea que hagas en esas trastiendas.

—Hago lo que es necesario para mantener el poder, y el poder protege lo que me pertenece.

—Yo no te pertenezco.

La luz de sus ojos se apaga mientras me fulmina con la mirada.

Las palabras me atraviesan, encendiendo algo oscuro y posesivo en mi pecho.

—Lo harás. Dentro de una hora, estarás delante de un juez y prometerás honrarme y obedecerme. Tomarás mi apellido. Vivirás en mi casa. Dormirás en mi cama.

El color le inunda las mejillas.

Sus manos se cierran en puños a los costados.

—Prefiero verlo arder todo. Mi empresa, el legado de mi padre, todo; lo veré convertirse en cenizas antes de dejar que lo controles.

El desafío en su voz debería enfadarme.

En cambio, hace que el calor me recorra la sangre, despertando algo que enterré hace años.

Está magnífica en su rabia, letal y hermosa y completamente intacta a pesar de que le han arrebatado todo.

—Tu padre no construyó nada —le digo, acercándome hasta que puedo ver las motas doradas en sus ojos gris verdoso.

—Él gestionaba lo que tú creabas. Cada diseño, cada línea, cada éxito... eso fuiste tú. ¿Y crees que dejaría que ardiera?

Se le corta la respiración.

Por un momento, la incertidumbre parpadea en su rostro.

—He visto tus bocetos —continúo, bajando aún más la voz—, los que escondes en tu habitación, los diseños en los que trabajas cuando crees que nadie te mira. Tienes una visión, un talento que va más allá de lo que tu padre llegó a entender. No dejaré que eso desaparezca porque seas demasiado testaruda para ver lo que este matrimonio protege.

—¿Proteger? —La palabra sale afilada y burlona.

—Esto no va de protección.

—Kozlov quiere que el negocio de armas de Dominic se complete, y no es el tipo de persona que acepte un fracaso con elegancia. Mi propio hermano cuestiona si esta alianza muestra debilidad. Sin el matrimonio, sin mi respaldo, tu empresa se convierte en un objetivo porque Dominic fracasó y porque tu padre estaba dispuesto a meterse en la cama con él. Los Kozlov irán directos a por tu bonito cuello, y no habrá nadie que se interponga entre tu carne y su cuchillo.

Me acerco más, acorralándola contra la pared hasta que su espalda se presiona contra la fría superficie.

—¿Crees que eres lo bastante fuerte para enfrentarte a todo eso sola? Tu empresa será descuartizada por los acreedores en cuestión de meses. Kozlov se asegurará de que no puedas reconstruirla.

Levanta la barbilla en señal de desafío.

—Entonces, deja que pase.

Estamos a centímetros de distancia, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia su piel, para ver el rápido subir y bajar de su pecho bajo la fina seda, la presión de sus pezones a través de la endeble tela.

Sus labios están ligeramente entreabiertos y recuerdo cómo los sentí bajo mi pulgar anoche, suaves, cálidos y temblorosos.

Ve el hambre en mis ojos; no intento ocultarla.

Su respiración se entrecorta, el rubor se extiende por su garganta y desaparece bajo el profundo escote de su combinación.

—Esto es lo que quieres, ¿verdad?

Su voz es apenas un susurro, pero está cargada de acusación.

—Ni la empresa, ni la alianza. Me quieres a mí.

No puedo negarlo cuando está tan cerca, cuando cada vez que respiro mis pulmones se llenan de su aroma, cuando la visión de sus hombros desnudos y la curva de su garganta hace que me duelan las manos por tocarla.

—Lo que quiero —digo, con voz ronca por la contención—, es mantenerte con vida. Todo lo demás es secundario.

—Mientes.

La palabra es suave, pero me cala hondo.

—Quieres poseerme.

—Sí.

Ni siquiera dudo en admitirlo.

—Quiero poseerte. Quiero marcar cada centímetro de tu piel. Quiero que lleves mi apellido y mis hijos y que nunca vuelvas a mirar a otro hombre como me miras a mí.

Sus ojos se abren de par en par, las pupilas se dilatan a pesar de la dura luz del baño.

—Pero primero —continúo, retrocediendo antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepentiremos—, te quiero viva, a salvo y libre para crear los diseños que te hacen ser quien eres. El resto puede esperar hasta esta noche.

La distancia entre nosotros se siente cargada de electricidad.

Apoya las palmas de las manos en la pared detrás de ella, como si necesitara el apoyo para mantenerse en pie.

—Te odio —susurra.

—Lo sé.

—Nunca te perdonaré por esto.

—No necesito tu perdón. Necesito tu cooperación.

Se aparta de la pared con movimientos agresivos y pasa a mi lado hacia la puerta del baño, su hombro rozando el mío al pasar.

El breve contacto me provoca un escalofrío que me recorre la espalda, y me agarro al borde del lavabo para no alargar la mano y cogerla.

Esta noche, compartirá mi cama.

Esta noche, le mostraré exactamente lo que significa este matrimonio, lo que implica pertenecerme.

La idea hace que la expectación me recorra las venas.

Pero primero, la ceremonia.

Primero, los lazos legales que la atarán a mí permanentemente.

Me arreglo la corbata y bajo, dejando atrás su aroma, pero llevando conmigo el recuerdo de su piel contra la mía.

Inessa Mirova se convertirá en Inessa Gravitch.

Esté lista o no.

9

INESSA

Me miro en el espejo de la habitación de invitados.

El vestido se ajusta a mi cuerpo a la perfección, pero las feas, oscuras y amoratadas cicatrices que lo recorren arruinan su aspecto.

Las toco ligeramente, sabiendo que es lo más cerca que estaré de tener a Batya conmigo el día de mi boda.

No me parece justo.

Todavía no he tenido ni un solo momento para llorar su muerte.

No hay ningún velatorio planeado que yo sepa.

Madre, desde luego, no organizará uno para él.

Y heme aquí, obligada a recorrer el pasillo hacia el altar para casarme con un hombre al que no amo, sin nadie que me rescate.

Rosa ha llamado antes a la puerta con un vestido nuevo, de seda color crema con una delicada pedrería, pero lo he rechazado.

Este vestido dice la verdad.

Todo el mundo verá exactamente lo que es este matrimonio: una mujer arrastrada al altar.

Pues que miren.

Que entiendan que no voy a recorrer este pasillo por voluntad propia.

Me tiemblan las manos mientras me pinto los labios.

El color es demasiado vivo para mi piel pálida, pero sin mi maquillaje y mi tocador, me estoy apañando como puedo.

De todos modos, no quiero llevarlo.

Cuando junto los labios, noto un sabor a cobre; me los he mordido hasta hacérmelos sangre.

Unos nudillos golpean la puerta.

—Es la hora, señorita Mirova —la voz de Oleg llega a través de la madera, respetuosa pero firme.

Sé lo que me espera tras esa puerta.

Guardias que me escoltarán escaleras abajo, un coche que me llevará a la iglesia, una ceremonia que me unirá legalmente a Yuri Gravitch.

Abro la puerta y el hombretón está de pie en el pasillo con las manos cruzadas por delante, su cráneo afeitado brillando bajo las luces del techo.

Detrás de él, dos hombres más de Yuri esperan con los hombros rectos y la mirada fija al frente.

Todos llevan trajes que parecen más elegantes que su atuendo de trabajo habitual y, por alguna razón, eso me molesta.

Que estos tres hombres estén participando en una puta farsa simplemente porque Yuri Gravitch se lo ha ordenado.

¿No saben que me están obligando a hacer esto?

¿Que no quiero casarme con ese hombre?

—Señora Gravitch —se corrige Oleg, y el nombre me revuelve el estómago.

Noto el sabor a bilis en la garganta.

Todavía no soy la señora Gravitch. No lo seré hasta dentro de una hora.

Los sigo por el pasillo y salgo por la puerta principal para sentarme entre dos guardias en el asiento trasero de una berlina negra, observando la ciudad pasar tras las ventanillas tintadas.

Pero no hay un solo segundo en el que no esté buscando una vía de escape o una forma de salir de esto.

¿Pero con qué propósito?

Yuri solo me daría caza si huyera.

Los coches se alinean en la calle: berlinas y todoterrenos caros que pertenecen a las mismas personas que asistieron a mi fiesta de compromiso con Dominic hace solo unas semanas.

Están aquí para ser testigos de la continuación de una alianza, de la transición sin problemas de un varón Gravitch a otro.

Para ellos, esto tiene todo el sentido del mundo desde un punto de vista empresarial.

Para todos ellos, esto es una celebración y un acontecimiento feliz, e incluso si corriera hacia uno de ellos, suplicándole que me ayudara y me sacara de esto, no lo entenderían.

Me verían a mí como el problema.

Los guardias me escoltan hasta la iglesia a través de una puerta lateral donde Oleg monta guardia, y los otros dos desaparecen para anunciar mi presencia, estoy segura.

Encuentro la única silla de la sala y me siento, pero mi culo apenas se ha posado un segundo antes de que la puerta se abra de golpe y

aparezca Rosa, ataviada con un precioso traje sastre azul de raso.

No es uno de mis diseños, pero le queda espectacular.

—Oh, bien, señora Gravitch. Venga, venga…

Me hace un gesto con la mano mientras camina hacia mí con un velo. —El señor Gravitch está esperando.

¿Por qué siguen llamándome así?

Odio ese nombre.

No es mi nombre.

Soy Inessa Mirova y es quien seré siempre.

—Deje de llamarme así —digo con voz ausente mientras intenta colocarme el velo en la cabeza.

Lo aparto de un manotazo, y cuando lo intenta de nuevo, se lo arranco de las manos y lo tiro al suelo con rabia, fulminándola con la mirada.

—Solo intento seguir mis órdenes, señora…

—¡No me ponga sus sucias manos encima! —siseo, y me pongo en pie de un salto, dispuesta a empujar a la mujer, cuando los dedos de Oleg se cierran alrededor de mi bíceps y siento la fría presión del acero en mis costillas.

—Vamos a casarnos, ¿le parece? —gruñe con un tono áspero.

Su agarre es tan fuerte que me duele, y mi brazo está doblado en un ángulo extraño, pero no me resisto.

Por lo que sé, Yuri ya ha hecho que mis empresas se pongan a su nombre ilegalmente y un trágico asesinato el día de su boda parecería otro intento de dañar a su familia.

Su pobre esposa…

Rosa se adelanta a toda prisa, y el monstruo corpulento me arrastra hasta las puertas de la nave central, las abre y me empuja para que entre.

La sala está llena, aunque solo reconozco unas pocas caras mientras se ponen de pie y se giran hacia mí.

Los invitados murmuran con apreciación mientras recorro el pasillo.

Sus voces se mezclan en un ruido sin sentido, pero capto fragmentos.

«Preciosa ceremonia», «la pareja perfecta», «qué romántico…».

Romántico.

La palabra me revuelve el estómago.

Llego al frente de la sala y Yuri extiende su mano.

No la cojo.

Me quedo ahí mirándolo fijamente, sintiendo cómo más bilis sube por mi garganta.

¿Pero quién se cree que es?

—Cariño —dice con dureza, y cuando su mano se mueve, es hacia la solapa de su chaqueta, donde deja ver la pistola metida en una sobaquera contra su pecho.

Encuentro sus ojos, luego barro la sala con mi mirada y sé que ninguna de estas personas pestañeará si me dispara aquí mismo.

Todos simplemente le seguirán el juego a la historia de un pistolero misterioso y un trágico asesinato el día de la boda de Yuri.

Temblando, mis dedos encuentran su palma.

Su piel es cálida, firme y completamente opuesta a la violencia con la que me está amenazando. Subo los escalones y me coloco frente a él, pero estoy hueca por dentro, no soy más que un cascarón.

El sacerdote empieza a hablar, pero apenas oigo las palabras.

Solo puedo concentrarme en la pistola bajo la chaqueta de Yuri y en el hombre que me está robando la libertad.

Parece surrealista.

Esto no puede estar pasando.

Mi corazón grita para que alguien detenga esta locura, para que cualquiera me salve.

—¿Toma usted, Yuri Mikhailovich Gravitch, a Inessa Semyonovna Mirova por su legítima esposa?

—Sí, quiero —gruñe Yuri, y el monótono zumbido de la voz del sacerdote se rompe.

Mi pulso se dispara y veo su sonrisa sardónica.

El sacerdote se vuelve hacia mí, hablando ahora en ruso.

—¿Toma usted, Inessa Semyonovna, a Yuri Mikhailovich por su esposo, para amarle y obedecerle hasta que la muerte los separe?

No digo nada, mirándolos a ambos con los ojos muy abiertos y el corazón a punto de salírseme del pecho.

Mis ojos se dirigen a la primera fila, donde Oleg se sienta ahora con su arma sobre la rodilla como un presagio de lo que ocurrirá si huyo.

La mano de Yuri vuelve a dar una palmadita en su pecho, donde bajo la tela cara él también tiene un arma.

Trago saliva con fuerza contra el nudo que se me está formando.

—Sí, quiero —las palabras tienen un sabor amargo en mi lengua.

El sacerdote sonríe, levantando las manos en señal de bendición.

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Hace un gesto a Yuri. —Puede besar a la novia.

Espero algo breve y ceremonial, un beso educado para satisfacer al público.

En cambio, la mano de Yuri encuentra la parte de atrás de mi cuello, sus dedos se enredan en mi pelo y me atrae hacia él.

Su boca reclama la mía con una intensidad que me roba el aliento, exigiendo en lugar de pedir, posesiva en lugar de gentil.

Es un choque de dientes y lenguas, a pesar de que intento mantener la boca cerrada.

Un calor no deseado me inunda, confundiendo aún más mis sentidos.

Sus labios son firmes y cálidos, y cuando su lengua traza la comisura de mi boca, casi se me doblan las rodillas.

El beso dura una eternidad y un instante a la vez, y cuando finalmente se aparta, estoy mareada.

Tengo que agarrarme a su mano para no tambalearme y caer de los escalones.

La multitud estalla en aplausos.

El arroz vuela por el aire, aterrizando en mi pelo y en mi vestido manchado de sangre.

La gente se abalanza para felicitarnos mientras la marcha nupcial empieza a sonar, y la alegría fingida en cada una de las caras solo hace que me sienta peor.

—Una ceremonia tan bonita —dice alguien, agarrando mi mano.

—Estás radiante —añade otro, aparentemente ciego a las manchas de mi vestido.

Sonrío, asiento y digo las cosas apropiadas, pero me siento desconectada de mi cuerpo, como si estuviera viendo a otra persona interpretar el papel de novia feliz.

La mano de Yuri descansa en la parte baja de mi espalda, cálida y posesiva, y todavía puedo saborearlo en mis labios.

Busco, pero no encuentro, las emociones que estoy buscando: rabia, miedo, furia.

Lo único que hay dentro de mi pecho es un pesado entumecimiento, una sensación de vacío que lastra cada paso y dura horas.

La celebración que sigue se desdibuja: brindis que no recuerdo, conversaciones que me pasan de largo, una tarta que no puedo comer.

Durante todo el tiempo, Yuri se mantiene tan cerca de mí que nadie puede dirigirme la palabra sin que él lo oiga, y cuando alguien parece dudar o cuestionar, lo despide antes de que yo pueda reaccionar.

Finalmente, por suerte, termina.

Los invitados se van marchando, volviendo a sus propias vidas y dejándonos solos.

Yuri me ayuda a subir a la berlina, su mano gentil en mi codo, y conducimos de vuelta al complejo en silencio.

La casa se siente diferente cuando llegamos, más oscura de algún modo, más opresiva.

Rosa nos recibe en la puerta con felicitaciones y ofrecimientos de comida que rechazo.

Mi apetito desapareció hace horas.

No sé si volveré a comer alguna vez.

—Te mostraré nuestra habitación —dice Yuri, y las palabras me caen como un jarro de agua fría.

Nuestra habitación, no la de invitados en la que me he estado quedando.

Me guía escaleras arriba y por un pasillo.

Nos detenemos ante unas puertas dobles cerca del final del corredor.

—Nuestra suite —dice, abriendo las puertas.

Se hace a un lado mientras se abren de par en par, y veo mi nueva prisión.

La habitación de más allá es enorme, fácilmente tres veces más grande que la habitación de invitados.

Una cama *king-size* domina el espacio, cubierta con ropa de cama de color burdeos intenso que combina con las pesadas cortinas.

Las ventanas están oscuras, el cielo carboncillo no proporciona ninguna luz, y una zona de estar con sillones de cuero ocupa una esquina.

Es hermosa y lujosa y completamente equivocada.

—Esta no es mi habitación —le digo, negando con la cabeza.

—Lo es ahora. —Yuri se acerca a un pequeño carrito de bar cerca de las ventanas, sirviendo champán en dos copas de cristal.

—Eres mi esposa. Aquí es donde dormimos.

—No compartiré la cama contigo.

Me tiende una de las copas.

Como no la cojo, la deja en la cómoda cercana.

—Lo harás. Con el tiempo.

La certeza en su voz enciende algo ardiente y salvaje en mi pecho.

—No, no lo haré.

—Inessa...

—No.

Retrocedo, poniendo espacio entre nosotros.

—He dicho las palabras. He firmado los papeles. He interpretado mi papel en tu pequeño teatrillo. Pero eso es todo lo que es: una actuación. Nunca seré tu mujer en el sentido estricto de la palabra.

Agito los brazos mientras hablo, inflexible en mi negativa a hacer lo que él quiere.

Sin embargo, su forma de mirarme me recuerda a aquel beso, y el calor vuelve a subirme a las mejillas al pensar en lo posesivo que es.

Me estudia la cara, luego mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una llave, que deja junto a la copa de champán.

—¿Qué es eso?

—La llave de esta habitación.

Y de la puerta principal, la puerta del jardín y el garaje... una llave maestra.

Ya no eres una prisionera, Inessa.

Eres mi mujer.

Puedes ir a donde quieras en esta casa.

Me quedo mirando el pequeño trozo de metal. Libertad, o al menos la ilusión de ella.

—¿Puedo irme?

—Puedes.

Su voz es tranquila, objetiva.

—Pero ¿adónde irías? Tu empresa necesita mi respaldo para sobrevivir. Kozlov sigue buscando un sustituto para Dominic en el negocio de armas. Tu madre...

Se interrumpe, negando con la cabeza.

—Hay amenazas por todas partes. Aquí, al menos, estás protegida.

—Protegida —me río, y el sonido sale agudo y amargo.

—Por el hombre que me obligó a casarme con él a punta de pistola.

—Por el hombre que matará a cualquiera que intente hacerte daño.

Sus palabras deberían aterrorizarme.

En cambio, envían un confuso torrente de calor por mis venas.

Aparto esa sensación, centrándome en la rabia que es más fácil de entender.

—Fuera —le digo.

—Esta es mi casa.

—Y esta es mi habitación, por lo visto. Así que fuera de ella.

No se mueve.

—Tenemos que hablar...

—No.

La palabra estalla desde mi interior, cargada de toda la furia, el dolor y el terror que he estado conteniendo.

—No tenemos que hablar de nada. Me lo has quitado todo: mi libertad, mi capacidad de elegir, mi nombre. Me has convertido en tu propiedad, tu mujer trofeo, tu solución de conveniencia para un problema de negocios. Pero nunca lo aceptaré.

Cojo la copa de champán y la lanzo contra la pared.

El cristal estalla contra el yeso, esparciendo añicos por el suelo.

El sonido es satisfactorio, catártico.

Voy a por la segunda copa, de la que él bebió un sorbo y dejó junto a la mía.

—Inessa, para —gruñe.

La lanzo de todos modos, viéndola hacerse añicos cerca de la primera.

Luego me dirijo al carrito de las bebidas, barriendo botellas y vasos al suelo en una cascada de cristales rotos y licor derramado.

—Para.

Yuri cruza la habitación en tres zancadas y me agarra las muñecas antes de que pueda coger el decantador.

—Te vas a hacer daño.

Lucho contra su agarre, intentando liberarme. —¡Suéltame!

—No hasta que te calmes.

—Nunca me calmaré. Nunca aceptaré esto. Romperé todo lo que hay en esta casa si hace falta.

Me acorrala contra la pared, usando su cuerpo para enjaularme.

Estoy atrapada entre su pecho y el yeso, respirando con dificultad, con el corazón acelerado por la adrenalina y la furia.

—Se acabó —dice en voz baja.

Lo miro y veo mi propio reflejo en sus ojos oscuros.

Tengo la cara sonrojada, el pelo revuelto, el pintalabios corrido.

Parezco salvaje, desesperada, exactamente como me siento.

Y entonces le escupo en la cara.

La saliva le da en la mejilla y, por un momento, ambos nos quedamos completamente quietos.

Espero que me golpee, que muestre su verdadera naturaleza, que demuestre que debajo de los trajes caros y los modales civilizados, es exactamente el monstruo que sé que es.

En lugar de eso, se limpia la cara con el dorso de la mano y aplasta su boca contra la mía de la misma forma que lo hizo en la iglesia.

El beso no tiene nada de casual o gentil.

Es posesivo y exigente; su lengua se abre paso entre mis labios, sus dientes mordisquean mi labio inferior hasta que jadeo.

Le devuelvo el mordisco, saboreando sangre, pero no se aparta.

En todo caso, parece que lo excita aún más, incluso cuando lo empujo contra el pecho para contenerlo.

Sus manos me enmarcan la cara, sujetándome mientras me besa una y otra vez.

Cada uno es más profundo que el anterior, más desesperado, y me encuentro respondiendo a pesar de todo.

Mi cuerpo me traiciona, derritiéndose contra el suyo, y cuando se acerca más, puedo sentir cuánto me desea.

El gran bulto de sus pantalones se frota contra mi muslo, y me encuentro con las manos aferradas a las solapas de la chaqueta de su traje.

Todo esto debería asquearme y hacer que lo odie más, pero el calor en mi entrepierna y el fuego en mis venas hacen que mis dedos tiren de sus botones.

Lo odio.

Odio esto.

Odio lo bien que sienta su boca en la mía, cómo sus manos me hacen temblar, cómo mi cuerpo traidor responde a su tacto.

Pero no puedo dejar de devolverle el beso.

Su lengua todavía está en mi boca cuando gruñe contra mí, bajo y áspero: —Me casé contigo para poseerte, Inessa. Y esta noche, voy

a follarte hasta que recuerdes qué apellido llevas.

Sus palabras envían una llamarada directa a mi centro.

Lo empujo contra el pecho, pero mi cuerpo me traiciona, contrayéndose y doliendo, desesperado por la fricción.

Aprieto los muslos, la punzada entre ellos es insoportable.

Me sujeta las muñecas por encima de la cabeza, sujetándolas a la pared con una mano enorme, mientras que la otra rasga el corpiño de mi vestido manchado de sangre.

La tela se rasga, las cuentas se desparraman por el suelo.

El aire fresco golpea mi piel desnuda y tiemblo, con la respiración entrecortada.

—Mírate —gruñe, con la boca en mi garganta, los dientes rozando con la fuerza suficiente para marcarme.

—Has recorrido el pasillo hacia mi altar hecha unos zorros, intentando avergonzarme. Y ahora estás temblando porque necesitas que te destroce.

—No —jadeo, pero la negación se derrumba bajo la forma en que mis caderas se inclinan hacia él.

Su muslo se encaja entre los míos, frotándose contra la punzada que no puedo ocultar.

Mi cuerpo se frota contra él sin permiso, el calor me inunda.

Su risa es oscura, satisfecha.

—Tu cuerpo sabe la verdad, mujercita. Quieres que tu *Pakhan* te dome.

El pulso me martillea en los oídos.

Me baja el vestido hasta la cintura, me ahueca un pecho y hace rodar mi pezón hasta que se endurece contra su palma.

—Vuelve a decir que me odias mientras hago que gotees por mí.

—Te odio —digo con voz ahogada, pero el sonido sale entrecortado, sin aliento.

Su boca se cierra sobre mi pecho, succionando con fuerza, mientras su mano libre se desliza bajo mi falda.

Las bragas se hacen trizas de un tirón salvaje, y él gime cuando sus dedos se hunden en mi interior, gruesos e inflexibles.

Mi espalda se arquea contra la pared, cada nervio gritando mientras él embiste.

—Ya estás mojada —murmura, frotando su pulgar contra mi clítoris.

—Joder, qué estrecha. Este coño estaba hecho para mí.

Mis caderas se balancean contra su mano.

Un gemido agudo se me escapa antes de que pueda ahogarlo.

Estoy jodidamente necesitada.

—Eso es —respira contra mi piel, sus dientes rozando mi mandíbula.

—Gime para mí. Que todo el mundo oiga las ganas que tiene mi mujer de que la follen.

La vergüenza es como metal fundido, retorciéndose con el hambre que me empuja con más fuerza contra su mano.

Quiero arañarlo, escupirle de nuevo, cualquier cosa para resistir... pero la inundación que se acumula en mi interior ahoga todo excepto la necesidad de más.

El vestido destrozado ya me cuelga a medias, y Yuri arranca el resto de mi cuerpo de un tirón salvaje.

Las cuentas se desparraman por el suelo, la seda hecha jirones a mis pies.

Ni siquiera lo mira.

Sus ojos están fijos en mí, desnuda y temblorosa contra la pared.

—Mía —gruñe, abriéndose el cinturón de un tirón.

Su polla salta libre, congestionada de oscuro deseo.

—Este coño es mío para destrozarlo.

Abro la boca para escupir veneno, pero las palabras se desvanecen cuando me levanta por las caderas y me embiste.

Mi grito rasga el aire, mitad furia, mitad placer desesperado, mientras se entierra hasta el fondo.

Mis uñas se clavan en sus hombros, aferrándome a él mientras la pared tiembla detrás de mí.

—Joder —gruñe, embistiéndome con fuerza y rapidez, cada estocada brutal, despiadada.

—Qué estrecha, mujercita. Estabas hecha para esta polla.

—Bastardo —jadeo, aunque mis paredes se aprietan ávidamente a su alrededor, traicionándome con cada chasquido húmedo de nuestros cuerpos.

Su mano se enreda en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para poder morder mi garganta, sus dientes dejan marcas que me señalarán como suya.

—Ódiame todo lo que quieras. Aun así te correrás en mi polla. Ya estás goteando por ella.

Mis caderas se agitan contra él, la vergüenza y el hambre se enredan hasta que no puedo separarlas.

El estiramiento quema, la presión es insoportable, cada embestida salvaje me lleva más cerca del límite.

Mi cuerpo me traiciona, palpitando, húmedo, desesperado por liberarse.

—Tómalo —gime, penetrando más profundo, la cabeza de su polla golpea ese punto dentro de mí hasta que las estrellas explotan detrás de mis ojos.

—Córrete para mí. Déjame sentir cómo te rompes, joder.

Mi grito se desgarra de mi garganta mientras el clímax estalla en mi interior, mi coño tiene espasmos a su alrededor.

Mi cuerpo se retuerce contra el suyo, apretando, succionándolo más profundamente, ordeñando cada centímetro.

—Joder, sí —gruñe, sus dientes rozando mi mandíbula mientras sus embestidas se vuelven entrecortadas.

—Córrete en mi polla mientras te lleno.

Una última embestida brutal y se estremece, gimiendo en mi boca mientras me inunda.

El calor se derrama dentro, su polla se contrae mientras me llena.

Mi cuerpo se agarrota a su alrededor, atrapado en las réplicas, y todo lo que puedo hacer es aferrarme mientras él se vacía en lo más profundo de mí.

Ambos estamos jadeando, sudor y sexo entre nosotros, mi cuerpo temblando en su agarre.

Su pecho presiona el mío, su polla todavía enterrada en mí, e incluso con el sabor a sangre y bilis en mi boca, no puedo negar las ganas que tenía de liberarme.

Cuando vuelvo en mí y me doy cuenta de lo que he hecho, lo aparto con manos temblorosas.

Respira con dificultad, con el pelo alborotado y la camisa abierta.

Parece satisfecho y peligroso y no se arrepiente en absoluto.

—Fuera —susurro.

La vergüenza me quema las mejillas y siento humedad en ellas.

Estoy llorando.

Me estudia la cara, observando las lágrimas que no puedo detener, los moratones que su boca dejó en mi garganta.

—Inessa...

—¡Fuera!

Las palabras se escapan de mi garganta en un rugido crudo y desesperado.

Se arregla la ropa, pasándose una mano por el pelo.

En la puerta, se detiene.

—Esto no cambia nada —le digo antes de que pueda hablar—. Fue un error. No volverá a pasar.

No discute.

Solo me mira durante un largo momento, luego se va, cerrando la puerta suavemente detrás de él.

Me hundo en la cama y finalmente me permito llorar, grandes y feos sollozos que sacuden todo mi cuerpo, llorando por todo lo que he perdido: Batya, mi libertad, mi propia identidad.

Pero debajo del dolor hay algo más, algo que no quiero reconocer.

La forma en que me hizo sentir, el hambre oscura en sus ojos cuando me miraba... eso no lo odié.

10

YURI

Llevamos tres días casados e Inessa se mueve por mi casa como un fantasma.

Come lo que Rosa le prepara, habla cuando se le habla y desaparece en el estudio de arte que he acondicionado para ella en la segunda planta.

Pero no me mira ni reconoce lo que pasó entre nosotros en nuestra noche de bodas.

Me digo a mí mismo que es mejor así, una esposa dócil que no desafía mi autoridad, que no crea problemas con mis hombres.

Pero cuando la entreveo por los pasillos —pálida y etérea con los vestidos vaporosos que Rosa insiste en que lleve—, algo hambriento y desesperado me araña el pecho.

Quiero que vuelva a enfrentarse a mí.

Quiero que eche pestes, que rompa cosas, que me obligue a acorralarla contra la pared hasta que recuerde cómo responde su cuerpo al mío.

En cambio, es una aparición que atormenta mi casa.

Oleg llama a la puerta de mi despacho, interrumpiendo los informes de envío que tengo esparcidos por el escritorio.

—Señor, ha habido un incidente en una de las propiedades de su esposa.

—¿Qué propiedad? —pregunto mientras irrumpe en el despacho.

—El almacén de la avenida Nevski. Ardió anoche.

Deja una foto sobre mi escritorio. Le echo un vistazo, pero no necesito verla para saber qué aspecto tiene.

Me reclino en la silla y estudio su rostro. —¿Un accidente?

—No, señor. Incendio provocado. Ha sido un trabajo profesional, sabían perfectamente lo que hacían.

Cierra las manos en puños y me siento honrado al ver su reacción emocional.

Solo hace tres días que es mía y su lealtad ya se extiende a ella de forma automática.

—Pérdida total. El edificio, el equipamiento, toda su colección de primavera.

Cojo la foto: una imagen de la escena del crimen que muestra los restos calcinados del almacén de Inessa en la zona industrial de San Petersburgo.

Vigas de metal retorcidas, telas carbonizadas, maquinaria derretida.

Meses de su trabajo reducidos a cenizas.

—¿Víctimas? —pregunto, levantando la vista hacia él.

—Ninguna. Ocurrió de noche, cuando el edificio estaba vacío. Pero dejaron un mensaje.

Señala una fotografía de un grafiti pintado en la pared exterior.

Las palabras están en inglés, son toscas pero claras.

RESPETAD EL TRATO.

Aprieto la mandíbula. —Kozlov.

—Tiene que ser él. Un acelerante de uso militar, del tipo que se usa en zonas de guerra. Y hemos encontrado esto.

Desliza otra fotografía sobre el escritorio, sacada del bolsillo interior de su traje.

Las imágenes de seguridad del otro lado de la calle muestran a un hombre corpulento con la cabeza rapada y unas cicatrices faciales distintivas.

El mismísimo Mikhail Kozlov, observando cómo ardía el almacén desde el asiento del copiloto de un todoterreno negro.

—Está intensificando las hostilidades —dice Oleg—. Es obvio que no se ha tomado bien su negativa a cerrar el trato de armas de Dominic.

Me reclino en el sillón de cuero mientras estudio las fotografías.

Kozlov es un problema que he estado evitando, con la esperanza de que encontrara otros proveedores y dejara en paz a la organización Gravitch.

Pero los hombres que trafican con la muerte y la violencia no aceptan una negativa con elegancia.

—¿Cuál será su próximo movimiento?

—No lo sabemos, señor. Pero atacar el negocio de su esposa envía un mensaje claro. No va a por usted directamente..., todavía. Está atacando lo que usted valora.

Lo que valoro.

Hace tres días, la empresa de Inessa era un activo comercial, un medio para blanquear dinero y legitimar flujos de ingresos.

Ahora es algo completamente diferente: una extensión de ella, una parte de lo que la convierte en quien es.

Y Kozlov lo ha reducido a cenizas.

—Duplique la seguridad en el recinto —le ordeno a Oleg.

—Quiero hombres armados en cada entrada, en cada ventana. Nadie entra sin autorización.

—Ya está hecho, señor.

—Averigüe todo lo que haya que saber sobre Kozlov antes de que esto estalle —le digo, y él gruñe en señal de asentimiento antes de darse la vuelta.

Cuando se va, me quedo solo con las fotografías.

El almacén es una pérdida total, pero Inessa aún no lo sabe.

Está arriba, en su estudio de arte, dibujando nuevos diseños, probablemente planeando su próxima colección.

Tiene que saberlo.

Y yo necesito ver su reacción cuando se entere de lo lejos que está dispuesto a llegar Kozlov.

La encuentro en la habitación que he acondicionado para su uso: ventanas orientadas al norte para que entre buena luz, una mesa de dibujo, estanterías para los materiales y las muestras de tela.

Está sentada de espaldas a la puerta, con su larga melena oscura cayéndole sobre el hombro mientras trabaja.

El bloc de dibujo que tiene delante muestra el comienzo del diseño de un vestido, de líneas limpias y proporciones elegantes.

No acusa mi presencia, pero sus hombros se tensan cuando entro en la habitación.

—Ha habido un incidente —digo.

Su mano se detiene sobre el lápiz, pero no se da la vuelta.

—¿Qué incidente?

—Tu almacén de la avenida Nevski. Ardió anoche.

Ahora se gira, con los ojos de un gris verdoso muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué?

—Pérdida total. El edificio, el equipamiento, toda tu colección de primavera.

Se pone de pie, se dirige a la puerta, pero le bloqueo el paso.

—Tengo que verlo. Tengo que llamar a Alina. Puede ayudar a coordinarlo todo con el seguro...

—No.

—¿Cómo que no?

—No vas a salir de este recinto. Y no vas a hacer ninguna llamada.

Su rostro se sonroja de ira.

—Es mi negocio. Mi empresa. Tengo todo el derecho a...

—No tienes más derechos que los que yo te conceda.

La mueca de dolor en su rostro me duele, pero no pretendo que estas cosas sean grilletes.

Intento mantenerla a salvo.

—No ha sido un accidente, Inessa. Ha sido un incendio provocado, un trabajo profesional, y está relacionado con amenazas contra esta familia.

—Amenazas contra tu familia —corrige.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Tiene todo que ver contigo. Eres mi mujer. Eso te convierte en un objetivo.

Se ríe con amargura mientras niega con la cabeza.

—Tu mujer. Claro. La mujer a la que tienes encerrada en tu casa, rodeada de hombres armados, que ni siquiera puede hacer una llamada sin permiso.

—La mujer que está viva gracias a esos hombres armados.

Se acerca al pequeño escritorio de la esquina donde hice que Rosa instalara un teléfono.

Sus dedos encuentran el auricular y empieza a marcar.

Cruzo la habitación en tres zancadas y pulso el botón para colgar antes de que pueda establecer la llamada.

—No lo hagas —le advierto.

—Voy a llamar a Alina. Tiene que contactar con nuestros proveedores...

Vuelvo a colgar.

Esta vez, le quito el auricular por completo y lo aparto de sus manos.

—Devuélvemelo.

—No.

—¡Devuélvemelo!

Se abalanza sobre el teléfono y tengo que sujetarla por las muñecas para evitar que me arañe la cara.

Tiembla de furia, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Cabrón. Maldito cabrón, déjame llamar a mi amiga.

—Tu amiga no puede ayudarte. Nadie puede ayudarte salvo yo.

—¿Ayudarme?

Lucha contra mi agarre, intentando liberarse.

—Tú eres el que me ha destrozado la vida. Tú eres el que me ha obligado a este matrimonio, el que me mantiene prisionera en esta casa. ¿Y ahora ni siquiera me dejas intentar salvar mi negocio?

—Estoy intentando mantenerte con vida.

—Preferiría estar muerta.

Sus palabras son como una bofetada después de lo que he hecho por ella.

La estampo contra la pared y la inmovilizo con mi cuerpo, mi cara a centímetros de la suya.

—No vuelvas a decir eso.

—¿Por qué?

Me mira con rabia, desafiante a pesar de las lágrimas.

—¿Porque así perderías a tu esposa de conveniencia? ¿Tu activo empresarial?

—Porque eres mía —gruño.

—Porque la idea de que estés muerta hace que quiera reducir esta ciudad a cenizas.

Sus ojos se abren de par en par, sus pupilas se dilatan a pesar de su enfado.

Siento cómo se le acelera el pulso allí donde mis dedos le rodean las muñecas, veo el rubor extendiéndose por su garganta.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada más, suena mi teléfono.

La suelto, retrocediendo mientras compruebo el identificador de llamadas.

Número desconocido, pero el prefijo me resulta familiar.

Contesto y pongo el altavoz.

—Gravitch.

—Señor Gravitch. —La voz es femenina, culta, con un ligero acento que no logro identificar—. Mi nombre es Viktoria Mirova. Creo que conoce usted a mi hija.

Inessa se queda completamente inmóvil, con el rostro desprovisto de color.

—Señora Mirova.

Mantengo un tono de voz neutro, pero esta mujer me da ganas de matar algo. —¿Qué puedo hacer por usted?

—Puede liberar a mi hija y permitirle que vuelva a casa, que es donde pertenece.

—Su hija está exactamente donde debe estar. En casa de su marido.

La risa de Viktoria es un sonido cruel y nasal.

—Su marido. Sí, he oído hablar de su... acuerdo. Muy creativo, obligar a una chica de luto a casarse para salvar un negocio.

—Inessa se casó conmigo voluntariamente.

—A punta de pistola, según tengo entendido.

Inessa se lleva la mano a la boca, mirando el teléfono con horror.

Si dice una sola palabra, me veré obligado a terminar la llamada, pero averiguar qué trama Viktoria merece este pequeño riesgo.

—No sé qué cree que sabe...

—Sé que mi hija nunca habría aceptado casarse con usted en circunstancias normales. Sé que la ha aislado de sus amigos, de su red de apoyo. Y sé que, legalmente, todavía tiene opciones.

—¿Como cuáles?

—Como la anulación. El divorcio. La transferencia de los activos de su empresa a miembros de la familia que puedan protegerlos adecuadamente.

La amenaza es clara.

Viktoria no solo exige el regreso de Inessa.

Se está posicionando para tomar el control de la empresa.

—Inessa es mayor de edad —le digo—. Puede tomar sus propias decisiones.

—¿Puede? ¿Cuando está atrapada en su recinto, sin poder comunicarse con el mundo exterior? —La voz de Viktoria se agudiza —. Déjeme hablar con ella. Ahora.

Miro a Inessa, que tiene los labios fruncidos y me mira con los ojos entrecerrados, con recelo.

Es como si me estuviera poniendo a prueba para averiguar si de verdad soy tan vengativo como cree.

Pero no tiene ni idea de quién es realmente su madre.

—No está disponible.

—Entonces no me deja otra opción. Mañana por la mañana presentaré la demanda en el juzgado. Un procedimiento de anulación por coacción y una impugnación legal de los contratos comerciales firmados bajo presión.

La comunicación se corta, e Inessa gruñe y da una patada en el suelo.

—¡Es mi madre! —sisea, y yo me guardo el móvil en el bolsillo mientras me alejo de ella.

—Y tú eres mi esposa. —El auricular del teléfono cuelga del cable que aún sostengo en la mano.

—Y te quedas aquí. Yo me encargaré del almacén. Solo he pensado que debías saberlo.

Salgo, pero en cuanto cierro la puerta, oigo que algo estalla contra la pared detrás de mí.

Le gusta tirar cosas.

Bueno, pues que tenga una rabieta.

Quizá la próxima vez ni siquiera le informe de la amenaza.

No tiene ni idea de lo que la estoy salvando.

INESSA

Estoy mezclando carboncillo con fijador cuando una llamada a la puerta me sobresalta.

La puerta del estudio de arte se abre antes de que pueda siquiera girarme, y Kirill entra.

Su habitual expresión serena vacila cuando me ve encorvada sobre el caballete, con las manos manchadas de negro por el dibujo.

Es mi forma de sobrellevarlo, perderme en el arte, y ahora me están interrumpiendo.

No me gustan las interrupciones.

—¿Qué? —No levanto la vista del boceto: el diseño de un abrigo de invierno que nunca se confeccionará, para una colección que quizá nunca exista.

Quizá sea mi yo interior intentando decirle al mundo lo frío que parece este lugar.

—Ha habido otro incidente, señora Gravitch.

La barrita de carboncillo se desmorona entre mis dedos cuando pronuncia ese nombre.

Todavía me enfurece que me llamen así.

No es mi nombre y no pienso aceptarlo.

—¿Otro incidente? —pregunto, dejando caer los trozos rotos y volviéndome hacia él.

—Su segundo almacén. El de Nevsky. —Cambia el peso de un pie a otro, pareciendo incómodo por tener que dar malas noticias.

Aunque conozco a los hombres de Gravitch. No huyen de las cosas horribles.

—El incendio empezó sobre las tres de la mañana y ha sido siniestro total.

El caballete se inclina cuando me aparto de él, haciendo que el bloc de dibujo se deslice hasta el suelo.

—¿Y la gente? ¿Los empleados? —Mi primer pensamiento no es para mi mercancía ni para mi negocio, sino para los hombres y mujeres que trabajan incansablemente para mí para construir nuestro sueño.

Verme envuelta en este lío con la familia Gravitch ha puesto mi negocio en el punto de mira, y estoy muy enfadada por ello.

—Tres hospitalizados por inhalación de humo y quemaduras. Están recibiendo tratamiento médico.

Me fallan las piernas.

Me hundo en la silla que tengo detrás, con la mirada fija en el boceto arruinado y esparcido a mis pies.

Dos almacenes han desaparecido, y ahora mi gente —gente de verdad con familias, con un alquiler que pagar, con vidas que dependían del trabajo que les daba— yace en camas de hospital por culpa de Yuri Gravitch.

No me cabe la menor duda de que esto nunca habría ocurrido si me hubieran dejado en paz.

—Necesito verlos.

Me levanto y cojo mi abrigo, que está colgado del respaldo de la silla —. El hospital...

—No va a salir del complejo.

Levanta una mano en un gesto para detenerme, y yo lo fulmino con la mirada, enfadada.

—Son mi responsabilidad. Mis empleados. Confiaron en mí para mantenerlos a salvo, y ahora...

—Órdenes del jefe. Usted se queda aquí.

Junta las manos delante de él e hincha el pecho como si él mismo fuera la puerta por la que debo pasar y no tuviera intención de permitir que eso ocurra.

Me muevo para rodearlo en dirección a la puerta, pero me bloquea el paso.

Su cuerpo larguirucho parece más grande en el umbral, y su mano descansa cerca del arma que lleva en la cadera.

—Apártate de mi camino.

Doy una patada en el suelo, y él levanta una comisura de los labios con una sonrisita divertida.

—No puedo hacer eso.

—Esto no es una petición. Es mi gente la que está en esas camas de hospital.

Agito las manos con rabia, pero su respuesta es la misma sonrisita testaruda y gilipollas.

—Y usted es la mujer del jefe. Eso tiene prioridad.

El título me sienta mal en mis pensamientos, y aprieto los dientes contra el deseo de escupirle.

Ya no soy solo Inessa, la mujer que construyó algo de la nada, que luchó por cada contrato y cada venta.

Soy la mujer del jefe.

Una propiedad.

Una puta pieza de ajedrez que se mueve por el tablero para el beneficio de otros.

Y lo odio.

Tanto que pienso ponerle fin ahora mismo.

—¿Dónde está? —suelto, dejando que mi mirada se oscurezca hasta convertirse en una mirada asesina.

—En el despacho —dice, pero apenas ha terminado cuando ya estoy en movimiento.

Paso junto a Kirill, y esta vez no me detiene.

Salgo al pasillo de lo que Yuri llama «nuestro hogar», pero este es el lugar menos hogareño en el que he estado nunca.

Lo odio casi tanto como odio la situación.

Rosa sale de la cocina con una bandeja de té, me mira a la cara y se retira.

Hasta ella se da cuenta de que estoy en pie de guerra, y nadie, ni siquiera Oleg, se interpone en mi camino mientras me acerco.

No llamo a la puerta del despacho de Yuri.

Entro de golpe y dejo que la puerta se cierre de un portazo detrás de mí.

Está sentado detrás de su enorme escritorio, revisando archivos en dos monitores.

Las imágenes del sistema de seguridad parpadean en una pantalla: vistas del perímetro del complejo, la puerta principal, los senderos del jardín.

No acusa mi entrada ni levanta la vista de cualquier asunto que consuma su atención, y la tormenta en sus ojos me atormenta, pero me acerco de todos modos.

—Otro almacén quemado —espeto, y voy directa hacia su escritorio.

Sigue sin levantar la vista hacia mí.

Sus dedos continúan moviéndose por el teclado—. Soy consciente.

—Hay tres personas en el hospital.

—He tomado medidas para su cuidado.

Finalmente, sus ojos se clavan en mí, pero solo por un segundo, y mis dedos se curvan en puños bajo mis brazos.

—Medidas.

La palabra tiene un sabor amargo.

—No son mercancía, Yuri. Son personas que trabajaban para mí, que joder, confiaban en mí.

Aprieto tanto las manos que las uñas se me clavan en las palmas, pero todavía no estallo.

—Y ahora son víctimas del mundo con el que te casaste.

Ahora sus ojos recorren mi cuerpo y se clavan en mi cara, pero la sonrisita divertida que vi en la cara de Oleg no está en la de Yuri.

Todo lo que veo ahí es ira.

Me acerco más a su escritorio, con la rabia creciendo en mi pecho—. Quiero verlos.

—No.

Se vuelve hacia su monitor como para ignorar mi petición.

—Están asustados. No entienden lo que está pasando. Lo menos que puedo hacer...

—Lo menos que puedes hacer es seguir con vida.

Vuelve a levantar la vista, sus ojos oscuros recorriendo mi piel.

Me sonrojo de ira y un toque de atracción cuando sus ojos se detienen en mi pecho por un segundo.

—Visitar hospitales te convierte en un objetivo.

—Ya soy un objetivo. Mis almacenes lo demuestran.

El impulso de estallar es extremo, pero me controlo porque sé que pelear con él solo hará esto más difícil.

—Tus almacenes no son el objetivo. Lo eres tú.

—Porque tus enemigos piensan que ahora soy presa fácil. Si me hubieras dejado en paz, no estaría sufriendo estos ataques.

Ahora echo humo, incapaz de contener más mi rabia.

—¿O es cosa tuya? ¿Para mantenerme bajo control?

—¿Crees que he orquestado ataques a tus propiedades?

Se ríe con un sonido oscuro y morboso que odio, y quiero abofetearlo.

Rodeo el borde de su escritorio porque no voy a quedarme aquí parada y dejar que me falte al respeto sin hacer algo al respecto.

—Creo que harías cualquier cosa que sirviera a tus intereses. Y una esposa con su propio imperio es más difícil de controlar que una a la que no le queda nada más que tú.

Mis manos cuelgan sueltas a mis costados, y él se levanta lentamente, su altura completa elevándose sobre mí.

La temperatura de la habitación desciende, y me doy cuenta de que quizá he presionado demasiado.

—¿Crees que quemaría edificios y hospitalizaría a gente inocente para hacerte más dócil?

La forma gradual en que se inclina hacia mí y el pequeño y medido paso que da me hacen estremecerme.

—Creo que sacrificarías a cualquiera si eso significara consolidar tu poder.

—¿Incluyéndote a ti?

Sus manos se apoyan a cada lado de mí, atrapándome contra el borde de su escritorio.

—Si quisiera destruirte, ya serías cenizas.

El dulce aroma a whisky me roza las mejillas mientras habla.

—Quizá prefieras verme rota. Más fácil de manejar.

Estoy incómoda aquí, sintiendo el calor de su mirada irradiando por mi piel.

Me hace sentir cosas que no quiero.

No debería sentirme atraída o excitada por este hombre.

Pero aquí estoy, con mi cuerpo casi temblando por él de nuevo.

—Te quiero viva.

Sus ojos me miran fijamente, y giro la cabeza hacia un lado para no tener que mirar sus oscuras profundidades.

—¿Para qué? ¿Para poder pasearme como prueba de tu exitosa alianza? ¿Para poder señalar a tu obediente esposa y mostrar al mundo lo completamente que has domado al imperio Mirova?

—Porque la alternativa es verte morir.

Su voz tiene un matiz que no había oído antes; algo crudo bajo el control habitual.

Pero estoy demasiado enfadada para analizarlo, porque si me permito relajarme de esa postura airada, podría desmoronarme y dejar que me tocara de verdad.

—Mejor muerta que enjaulada —suelto, y él chasquea la lengua.

—No lo dices en serio.

—¿Ah, no?

Me tiemblan los dedos y se me oprime el pecho.

—Al menos los muertos no tienen que ver cómo la obra de su vida se convierte en cenizas mientras se sientan en bonitas habitaciones sin hacer nada.

La forma amenazante en que se inclina sobre mí es demasiado, demasiado cerca para estar cómoda.

Levanto la mano y le doy una fuerte bofetada, y él se ríe entre dientes.

Se ríe de mí, el muy cabrón.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa, preparado para atacar, y la sonrisita desaparece de su cara.

Sus manos capturan mis muñecas, inmovilizándolas detrás de mi espalda mientras me presiona contra el escritorio.

El borde se clava en mis muslos, y puedo sentir cada línea de su cuerpo a través de la fina tela de mi vestido.

—Suéltame —siseo.

—No —gruñe, y sé que no hay forma de que pueda liberarme.

Lucho contra su agarre, pero él es inamovible.

—No puedes tenerme encerrada para siempre.

—¿Ah, no?

Su boca flota a centímetros de la mía, su respiración es calmada mientras que la mía sale en jadeos cortos e iracundos.

Es demasiado fuerte para luchar contra él.

Demasiado poderoso para manipularlo.

Demasiado peligroso para huir de él.

Y mi cuerpo se derrite ante la idea de lo profundamente que me satisfizo la última vez que le escupí en la cara.

Mi mente es un yoyó, debatiéndose entre el impulso de morderlo y la necesidad que se hincha entre mis piernas.

—Te odio —gruño.

—Lo sé.

—Nunca dejaré de luchar contra esto.

—Bien.

El agarre en mis muñecas se tensa.

—No te quiero rota. Me gusta la Inessa Gravitch peleona.

Sus palabras hacen que el fuego corra por mis venas.

En mi vida he conocido a un hombre más exasperante, y este, que casi me dobla la edad, parece creer que soy suya.

Y, joder, cómo deseo que me posea.

Cualquier pensamiento racional sobre mi negocio o mis empleados ha desaparecido, y lo único coherente a lo que puedo aferrarme es a la desesperación con la que necesito que me toquen.

Su aliento caliente en mi piel, el latido de mi pulso en el cuello y la presión de su polla en mi muslo son hipnóticos.

¿Qué coño me está haciendo?

Es como si me hubiera drogado y no pudiera resistirme a él.

—No tenemos nada más que hablar.

Intento apartarme, pero no me suelta.

Sus ojos escudriñan los míos, buscando algo que no estoy segura de querer que encuentre.

—¿Ah, no?

El calor entre nosotros es sofocante, innegable, aterrador en su intensidad.

No puedo recuperar el aliento.

Ni siquiera quiero parpadear.

Lo odio y, en el mismo puto instante, lo necesito.

Entre mis piernas, dentro de mí, sobre mí.

Joder, si no me odio a mí misma ahora también por desearlo.

Me suelta las muñecas y me enmarca la cara con las manos.

—Dime que pare.

Debería.

Cada pensamiento racional me lo exige.

Pero la racionalidad me abandonó en el momento en que Oleg me habló del almacén, de mi gente herida por decisiones que tomé, por alianzas que acepté.

—No puedo.

Sus dedos se aprietan en mi mandíbula, sus pulgares rozan mis pómulos, y la oscuridad de su mirada quema más que el fuego.

—No puedes —repite, y la comisura de sus labios se curva en señal de triunfo.

—Bien. Porque no pienso parar.

Su boca aplasta la mía antes de que pueda devolverle el insulto.

El beso es duro, casi doloroso, su lengua se abre paso más allá de mis labios como si reclamara algo más que mi cuerpo, como si reclamara mi propio aliento.

Mis manos, ahora libres, se aprietan en puños contra su pecho.

Lo empujo, pero es inamovible, y el sabor a whisky mezclado con él hace que me trague mi resistencia en lugar de expresarla.

Estoy jadeando cuando arranca su boca de la mía, solo para deslizarla por mi cuello.

—¿Me odias, Inessa? —Su voz vibra contra mi piel.

—Pues demuéstramelo. —Sus dientes mordisquean el lugar donde mi pulso se acelera, y mis rodillas casi ceden.

—Sí —jadeo, aunque la palabra se quiebra cuando su mano se cierra en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para poder devorar más de mi garganta.

Su otra mano sube el bajo de mi vestido, empujando la tela sobre mis caderas hasta que el aire fresco golpea mis muslos desnudos.

Mis uñas se clavan en la parte delantera de su camisa, tirando hasta que los botones se desparraman por el suelo.

Suelta un gruñido de aprobación, apretándome con más fuerza contra el escritorio para que la madera se clave cruelmente en mi espalda.

Ahora tiene el pecho desnudo, los músculos se flexionan mientras se restriega contra mí, el calor de su polla tensa contra sus pantalones una marca ardiente en mi muslo.

—Dilo otra vez. —Su mano se desliza entre mis piernas, sus dedos ásperos acariciando la seda húmeda de mis bragas.

—Te odio —mascullo, pero el sonido se deforma en un gemido cuando aparta la tela y me mete dos dedos dentro.

Mi cuerpo me traiciona al instante, contrayéndose a su alrededor y desmintiendo mis propias palabras. No odio esto tanto como querría.

—Odias lo mucho que necesitas esto. —Su pulgar rodea mi clítoris, y me arqueo sobre el escritorio, con gemidos ahogados escapándose de mis labios a pesar de la furia en mi lengua.

Le clavo las uñas en los hombros.

Estoy desesperada, furiosa, excitada más allá de toda razón. —Que te jodan.

—Lo harás. —Su gruñido es grave y peligroso; sus dedos me dejan vacía un segundo antes de que se desabroche el cinturón.

El sonido del cuero al deslizarse hace que la sangre me ruja en los oídos.

Entonces, sin previo aviso, me baja las bragas, las amontona en un tobillo y se baja los pantalones lo suficiente para liberarse.

Mis ojos se fijan en su gruesa longitud, y maldigo a mi propio cuerpo por el torrente de calor entre mis muslos.

—Mírate —murmura, arrastrando la cabeza de su polla por mis pliegues húmedos, embadurnándome con mi propia excitación.

—Ardiendo por el hombre que juras despreciar.

Intento soltar una réplica, pero se me corta la respiración cuando, en lugar de penetrarme, se retira de repente.

Mi culo apenas toca el escritorio antes de que tire de mí hacia delante, arrastrándome hasta que quedo sentada en el mismo borde.

El áspero roce de la madera me muerde los muslos, pero entonces sus rodillas golpean el suelo, y la visión de él arrodillado entre mis piernas me roba todo pensamiento.

—Yuri… —Mi protesta se disuelve cuando sus manos me agarran la parte posterior de los muslos, abriéndolos más.

Su boca me encuentra sin dudarlo, la lengua se clava en mi empapado calor antes de subir hasta mi clítoris.

Mi cabeza se golpea hacia atrás y un grito se me escapa.

—Sabes a furia —gruñe contra mí, y luego sella su boca sobre mi clítoris, succionando con fuerza.

Sus dedos me clavan moratones en los muslos para mantenerme abierta mientras su lengua trabaja sin piedad.

Me agarro a su pelo, con la intención de apartarlo, pero mis caderas me traicionan, moviéndose contra su cara, persiguiendo cada movimiento y rizo de su lengua.

—Joder… para —jadeo, aunque mi cuerpo pide lo contrario.

Me ignora; la lengua da vueltas, lame, succiona hasta que mis piernas tiemblan contra sus hombros.

—Te correrás para mí —murmura, con los labios húmedos contra mi carne—, porque no puedes evitarlo.

—Maldito seas —jadeo, y entonces la ola me arrolla.

Mis muslos se cierran alrededor de su cabeza mientras su boca me arrastra hacia el fondo.

El placer me hace pedazos, y grito su nombre.

No me suelta hasta que estoy convulsionando, temblando, suplicando sin palabras un descanso.

Cuando por fin levanta la cabeza, tiene la boca reluciente y los ojos encendidos.

—Deshecha —dice simplemente, y luego se levanta y, antes de que pueda recuperarme, despeja el escritorio.

Los papeles se desparraman, los monitores traquetean y su mano me obliga a tumbarme de espaldas.

Con una embestida salvaje, se hunde en mí, llenándome hasta la empuñadura.

El sonido que hago está quebrado, pero ya me está jodiendo con fuerza, sus caderas golpeando las mías, el escritorio gimiendo bajo nosotros.

Su mano me agarra la nuca, sujetándome contra él mientras la otra se cierra en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás lo justo para que sus palabras quemen contra mi oído.

—¿Sientes lo que odias? ¿Sientes quién te posee?

Cada embestida es un castigo, el estiramiento brutal y perfecto, llevándome al límite de nuevo.

—Te odio —sollozo, pero mi cuerpo se contrae a su alrededor con avidez mientras clavo desesperadamente las uñas en su pecho.

Él gruñe, un sonido ronco y profundo en su garganta.

—Entonces ódiame mientras te corres en mi polla.

Su mano abandona mi pelo y se desliza por mi cadera para encontrar mi clítoris.

El roce áspero contra el botón hinchado es demasiado. Me rompo, haciéndome añicos con otro orgasmo que me atraviesa tan violentamente que casi me derrumbo.

Él lo sigue, sus caderas martillean más rápido, los gemidos roncos contra mi hombro hasta que se entierra profundamente y su liberación se estrella con la mía.

Su calor me inunda, su agarre me aplasta, su cuerpo aprisiona el mío mientras ambos convulsionamos entre los escombros de todo aquello.

Sin aliento, destrozada, todavía temblando, me doy cuenta con una claridad enfermiza… Puede que lo desprecie, pero mi cuerpo le pertenece de todos modos.

La vergüenza de mi absoluto fracaso me aplasta en el instante en que se retira y usa el dorso de su mano para limpiarse la cara.

Su polla aún goteante se yergue orgullosa mientras me incorporo, me ajusto el vestido y evito su mirada.

Sigo odiándolo… creo.

Y sigo queriendo que se mantenga alejado de mis negocios.

De eso estoy segura.

—Me das asco —gruño.

—¿Ah, sí? —pregunta con una sonrisita.

Me levanto, alisándome el pelo con manos temblorosas.

—Tú y aquello en lo que me has convertido.

—No te he convertido en nada que no fueras ya.

—Yo no era alguien que se olvidaba de sus responsabilidades en cuanto un hombre la tocaba.

—Tampoco eras alguien cuyas responsabilidades se usaban como armas en su contra.

Esas palabras me detienen a medio camino de la puerta.

—¿Qué significa eso?

Pero Yuri ya se ha vuelto hacia sus monitores mientras se hunde en su silla y se guarda la polla.

—Significa que estás aprendiendo.

—¿Aprendiendo qué?

—Que en este mundo, preocuparse por la gente te hace vulnerable. Y la vulnerabilidad hace que te maten.

Pienso en mis empleados tumbados en camas de hospital, probablemente preguntándose por qué su jefa no ha venido a ver cómo están.

Pienso en las familias que dependen de unos sueldos que tal vez no pueda pagar, en los clientes cuyos pedidos nunca se entregarán.

—No me convertiré en alguien como tú.

—Ya lo eres.

Las palabras me siguen al salir de su despacho, por el pasillo, subiendo las escaleras hasta mi habitación.

Resuenan en mi cabeza mientras me quito la ropa arrugada, mientras me meto en la ducha y dejo que el agua hirviendo limpie su olor de mi piel.

Pero nada puede borrar el recuerdo de lo completamente que me rendí a él.

Nada puede borrar la devastadora comprensión de que cuando me tocó, cuando me reclamó en su escritorio, dejé de preocuparme por todo lo demás.

Mi gente está herida.

Mi negocio se desmorona.

El trabajo de toda mi vida se está convirtiendo en cenizas mientras estoy atrapada tras estos muros, jugando a ser la prisionera de un hombre que puede estar orquestando mi destrucción.

Y durante aquellos minutos desesperados en su despacho, nada de eso importó.

Apoyo la frente contra los azulejos de la ducha y dejo correr el agua hasta que se enfría, esperando que arrastre la verdad que no quiero afrontar.

Que mi cuerpo reconoce algo en Yuri que mi mente se niega a admitir.

Que a pesar de todo —el matrimonio forzado, el encarcelamiento, la destrucción sistemática de mi independencia—, lo deseaba con una desesperación que me aterra.

El agua corre fría, pero la vergüenza sigue ardiendo bajo mi piel.

12

YURI

Mikhail Kozlov llega a las siete de la tarde, cuando el complejo adopta su rutina nocturna.

Lo observo a través de las cámaras de seguridad mientras Oleg lo acompaña a la sala de reuniones privada: un hombre con cicatrices, la cabeza rapada y unos hombros lo bastante anchos como para asustar a los hombres más débiles.

Su nariz rota y torcida descansa sobre su rostro; nunca se la colocaron bien después de la paliza que se la dejó así.

Lo hago esperar veinte minutos.

En nuestro mundo, el respeto no se regala.

Se extrae mediante el poder, la sincronización y la aplicación cuidadosa de la presión.

Cuando por fin entro en la sala, Kozlov está sentado a la mesa de roble con las manos entrelazadas, estudiando los mapas de las rutas de envío que cubren las paredes.

—Llega tarde —dice sin volverse.

—Usted ha llegado pronto.

Se encara conmigo, y me fijo en detalles que los informes de inteligencia de Kirill pasaron por alto: la cicatriz fruncida que va de su oreja izquierda a la mandíbula, el grueso anillo de oro en su mano derecha grabado con letras cirílicas, la forma en que sus ojos pálidos se mueven constantemente, como una comadreja que busca una vía de escape.

—Tenemos asuntos que tratar —masculla mientras junta los dedos cuidadosamente sobre la mesa, delante de él.

Me sirvo un vodka de la botella que hay en la mesa auxiliar.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Su hijo no pensaba lo mismo.

Le lanzo una mirada.

Ha pasado más de una semana desde su muerte y todavía no lo he asimilado.

Estoy seguro de que no tardará en afectarme, y la rabia que he contenido se desatará sobre alguna víctima desprevenida.

Pero, por ahora, lo único que consigo decir es: —Mi hijo ya no está.

—Pero sus acuerdos siguen en pie.

Kozlov se lleva la mano a la chaqueta y saca un trozo de papel que estoy seguro de que tiene algún tipo de validez, pero no tengo intención de respetarlo.

No toco el papel.

Apenas lo miro.

—Yo no autoricé ningún acuerdo.

—Dominic tenía autoridad para actuar en nombre de su familia.

—Dominic tenía autoridad para respirar. Y eso se acabó cuando alguien le metió una bala en la cabeza.

El vodka me quema al bajar y me sirvo otro vaso antes de volverme para encararlo.

La boca de Kozlov se curva en una sonrisa siniestra en un rostro incapaz de expresar suavidad.

—Así que está dispuesto a cumplir con sus compromisos.

—Estoy dispuesto a discutir por qué cree que quemar los almacenes de mi mujer me motivará a cerrar tratos que nunca aprobé.

La temperatura de la sala desciende.

Los ojos pálidos de Kozlov se entrecierran, y por un momento veo al depredador bajo la fachada de hombre de negocios.

—Los intereses comerciales de su mujer son desafortunadas bajas de un conflicto mayor.

—Los intereses comerciales de mi mujer ahora son míos. Vuelva a atacarlos, y descubrirá lo desafortunados que pueden volverse sus propios intereses.

El segundo vaso se une al primero y, una vez vacío, lo dejo a un lado y me inclino sobre mi escritorio.

—¿Se niega a cumplir los contratos que su hijo hizo de buena fe?

—Me niego a respetar los acuerdos hechos por un muerto que se excedió en su autoridad.

Kozlov se pone de pie y oculta el volumen de su rotunda barriga tras la chaqueta del traje.

—Entonces tenemos un problema.

—No tenemos nada. Usted tiene un problema con un inventario que tendrá que conseguir en otro sitio.

Enarco las cejas y él me clava la mirada.

—Tengo compradores que esperan una entrega. Compradores que no aceptan las decepciones con elegancia.

Se acerca y huelo el tabaco y la colonia barata que impregnan su ropa.

—Quizá debería explicarle las consecuencias de las promesas rotas.

—Quizá debería explicarme por qué cree que amenazarme cambiará mi postura.

Odio repetirme, y me doy cuenta de que acabo de hacerlo.

Este hombre me está sacando de quicio.

Va a sangrar antes de que esta conversación termine.

—Porque el pequeño imperio de la moda de su mujer es un objetivo idóneo. Los almacenes arden con mucha facilidad. A los empleados que trabajan hasta tarde les ocurren accidentes. Las salas de exposición pueden ser vandalizadas hasta quedar irreparables.

Su rostro lleno de cicatrices se tuerce en una sonrisa de satisfacción.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que no le quede nada que proteger?

Cojo el vaso, pensando que quizá me lo rellene, pero se hace añicos en mi mano porque no me doy cuenta de lo furioso que estoy.

La sangre corre entre mis dedos, mezclándose con el alcohol que se encharca sobre la mesa mientras se derraman las últimas gotas de mi última copa.

Pero no siento los cortes, no registro el dolor.

Solo está el rugido en mis oídos y la repentina e irrefrenable necesidad de mostrarle a este cabrón lleno de cicatrices lo que les pasa a los que amenazan lo que me pertenece.

—Repita eso.

Kozlov da un paso atrás, reconociendo finalmente el peligro en el que se ha metido.

—Los negocios son los negocios, Yuri. Nada personal.

—Todo lo que tiene que ver con mi mujer es personal.

Apenas contengo el aluvión de insultos que este hombre se merece, pero están al llegar, subiendo por mi garganta mientras aprieto las manos en puños y siento el pinchazo de los fragmentos de cristal en la palma.

Rodeo la mesa, y él retrocede hasta que su espalda choca contra la pared.

—Los almacenes fueron advertencias. Recordatorios amables de lo que supone la cooperación.

Ahora gimotea, con las manos extendidas —las palmas hacia fuera— en señal de defensa.

—¿Recordatorios amables?

—Su hijo entendía lo que estaba en juego. Sabía lo que costaría una negativa.

—Mi hijo era un necio que hacía promesas que no podía cumplir.

Agarro a Kozlov por el cuello y lo estampo contra la pared con la fuerza suficiente para que los mapas tiemblen y se suelten algunas chinchetas.

—Pero nunca amenazó lo que era mío.

Las manos de Kozlov arañan mi muñeca, pero llevo treinta años desarrollando la fuerza necesaria para aplastar tráqueas. —Los contratos…—

—Son nulos.

—Mis compradores…—

—Pueden buscarse otro proveedor.

Gruñe, incapaz de hablar con claridad.

Aprieto más fuerte, sintiendo su pulso revolotear contra mi palma.

Su cara se vuelve roja, luego morada, sus ojos pálidos se desorbitan por el pánico y la rabia.

—Última advertencia —le susurro al oído.

—Vuelva a tocar algo que me pertenezca, y lo enviaré de vuelta a sus compradores hecho pedazos.

Lo suelto, y se desploma contra la pared, boqueando y agarrándose la garganta.

La sangre de mi mano herida ha dejado vetas en el cuello de su camisa.

—Está cometiendo un error.

Su voz sale como un graznido.

—Estoy dejando las cosas claras.

Se aparta de la pared, enderezándose la chaqueta con manos temblorosas.

—Esto no ha terminado —gruñe.

—Sí, ha terminado. —Me dirijo a la puerta y la abro de un tirón.

Oleg espera en el pasillo, bloqueando cualquier ruta de escape.

—El señor Kozlov se va. Acompáñalo a la puerta.

Oleg asiente y se hace a un lado para dejar pasar a Kozlov.

El traficante de armas se mueve con cuidado, con una mano aún apretada en la garganta y sus ojos pálidos prometiendo venganza.

—El negocio de su mujer arderá —dice desde el umbral.

—Todo entero. Hasta que no queden más que cenizas y arrepentimiento.

—Entonces le construiré uno nuevo con los huesos de usted.

Oleg se lo lleva, dejándome solo en la sala de reuniones con las manos ensangrentadas y el sabor de la violencia en la boca.

Me sirvo otro vodka y me limpio los cortes con unas gotas del alcohol y el extremo de mi corbata.

Los errores de Dominic siguen multiplicándose, incluso después de muerto.

Tratos de armas con traficantes psicópatas, promesas que no podía cumplir, contratos que nunca deberían haberse firmado.

Cada revelación destapa otra capa de su imprudente estupidez.

Pero es la amenaza contra Inessa lo que me arde en el pecho.

La forma displicente en que Kozlov describió atacar sus almacenes, herir a sus empleados, destruir todo lo que ella había construido.

Como si no fuera más que un punto de presión que explotar.

Mi teléfono vibra con una llamada de un número desconocido y, aunque preferiría no tener que lidiar con más gilipolleces, contesto.

Necesito quitarme a ese cabrón de la cabeza antes de ir a por él y empeorar las cosas.

—¿Yuri Gravitch?

La voz es melosa, culta, familiar.

—Soy Viktoria Mirova.

La madre de Inessa.

La mujer que abandonó a su hija y traicionó a su marido, ahora saliendo a rastras de debajo de la piedra donde se haya escondido.

—¿Qué quiere?

—Hablar sobre el futuro de mi hija. Y su herencia.

—No tiene ninguna herencia de usted.

Esta mujer está jugando a juegos a los que no deseo jugar, pero me mantengo en línea solo para averiguar si trama algo.

—En realidad, creo que sí. He estado revisando los documentos de negocios del querido Semyon y he descubierto algunas… irregularidades.

Sí, definitivamente trama algo.

Dejo el vaso de vodka y le presto a Viktoria toda mi atención.

—¿Qué irregularidades?

—Ah, los descuidos habituales. Firmas falsificadas, fechas falseadas, documentos que despojan a una esposa legítima de sus justos derechos.

Su risa es suave y venenosa.

—Semyon fue minucioso, eso se lo concedo. Pero no lo suficiente.

Aprieto la mandíbula.

—¿Qué es lo que busca?

—Una reunión. Una conversación civilizada entre familiares sobre cómo rectificar los errores del pasado.

—Usted no es de la familia, mujer —gruño, frotándome la frente.

—Soy la madre de Inessa. Eso me convierte en su suegra. Qué deliciosamente modernos nos hemos vuelto.

—Los documentos a los que se refiere son legales y vinculantes.

Siento el pecho oprimido mientras pienso cinco pasos por delante, en cómo voy a autentificar esos documentos y cómo puedo arreglar

cualquier error que Semyon haya podido cometer.

—¿Lo son? Tengo peritos calígrafos que no están de acuerdo. Analistas forenses que pueden demostrar que las firmas fueron falsificadas. Abogados especializados en destapar fraudes.

Su voz se vuelve fría.

—¿Le gustaría poner a prueba esos documentos en un tribunal?

La amenaza es clara.

Si Viktoria puede demostrar que Semyon falsificó los papeles que la despojaban de sus derechos sobre el negocio, puede impugnar la herencia de Inessa.

Atar a la empresa en batallas legales que podrían durar años y destruir el imperio que Inessa construyó de la nada.

—¿Qué quiere?

—Una reunión. Mañana por la tarde. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos.

—¿Y si me niego?

—Entonces descubrirá lo caros que pueden llegar a ser los litigios. Lo exhaustivamente que los tribunales pueden diseccionar las prácticas comerciales de un muerto. El tiempo que se tarda en resolver disputas de herencia cuando la documentación es… cuestionable.

Cuelga la llamada antes de que pueda responder, y me quedo mirando el teléfono, sintiendo que los muros se cierran desde múltiples direcciones.

Kozlov amenazando con quemar los negocios restantes de Inessa. Viktoria preparándose para impugnar su derecho legal a heredar lo que ha pasado su vida construyendo.

Dos frentes en una guerra que no empecé, pero que tendré que terminar.

Llamo a Oleg por la radio y empiezo a hablar antes de que haya respondido del todo.

—Duplica la seguridad en todo el complejo. Barridos completos del perímetro cada hora. Nadie se acerca a la casa sin autorización.

—Recibido. ¿Nivel de amenaza?

—Máximo.

Me sirvo otro vodka y camino hacia la ventana que da al jardín.

La luz de la habitación de Inessa está encendida, y puedo ver su silueta moviéndose detrás de las cortinas.

Probablemente está dibujando, perdiéndose en diseños para colecciones que tal vez nunca existan si no puedo neutralizar las amenazas que nos rodean.

Kozlov irá a más.

Los hombres que se ganan la vida con la violencia no aceptan una negativa con elegancia.

Volverá a atacar sus negocios, probablemente de forma más violenta que antes.

Y Viktoria usará los tribunales para atacar desde un ángulo diferente, cuestionando los cimientos mismos de la herencia de Inessa.

Ambos la ven como una debilidad que explotar, un punto de presión que me hará ceder.

No entienden que amenazarla no me hace más razonable.

Me hace letal.

Pero el control es una ilusión cuando los enemigos se reúnen a tus puertas.

Y ahora tengo enemigos que creen que el dolor de mi mujer comprará mi cooperación.

Están a punto de descubrir que no es así.

13

INESSA

Me despierto en un complejo vacío.

La ausencia de Yuri se siente diferente; no es el alivio que esperaba, sino más bien una inquietud.

Los guardias siguen en sus puestos, pero su tensión habitual ha cambiado.

Ya no parecen tan controlados, y eso me asusta.

Intento decirme que Yuri los masacraría si se atrevieran a mirarme, pero ese consuelo no me sirve de nada.

Rosa me encuentra en el comedor, picoteando un desayuno que no quiero.

—Volverá pronto —dice, rellenándome la taza de café, aunque apenas la he tocado.

—No he preguntado.

—No hacía falta.

Se sienta en la silla de enfrente y me estudia el rostro con amabilidad.

—Tienes la mirada de alguien que se preocupa por él.

Resoplo y niego con la cabeza, y el gesto se convierte en una risa genuina.

—No estoy preocupada. Estoy atrapada.

—Ambas cosas no son incompatibles.

Rosa lleva más tiempo que nadie trabajando en esta casa: veinte años, según Oleg.

Ha visto el ascenso de Yuri al poder, ha sido testigo de la transformación del hombre que se casó con su primera mujer en el estratega frío que me obligó a ir al altar.

Sabe algunas cosas sobre él y yo probablemente podría aprenderlas de ella.

Lo que hace que se me ponga en marcha la cabeza.

—¿Cómo era ella, en realidad?

La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla. —Su primera mujer.

La expresión de Rosa se suaviza.

—Yelena era luz. Pura luz en un mundo que para él se había vuelto oscuro.

Recorre con el dedo las vetas de la mesa de roble.

—Se conocieron en la universidad, antes de todo esto. Antes de que él comprendiera en qué esperaba su padre que se convirtiera.

Dejo la taza de café, con una necesidad repentina de saber más.

—Ella estudiaba Literatura. Quería ser profesora. ¿Te lo imaginas? Nuestro Yuri, enamorándose de una mujer que leía poesía y creía en los finales felices.

La sonrisa nostálgica que se dibuja en su rostro me hace detenerme y preguntarme qué demonios ve ella en ese depredador que a mí se

me escapa.

Porque, sea lo que coño sea, mi cuerpo lo siente cuando se me acerca, aunque mi mente no pueda percibirlo.

La imagen no encaja con el hombre que conozco.

—¿Qué le pasó?

—Cáncer. Tardó tres años en matarla, y cada día de ese tiempo, ella siguió sonriendo, siguió creyendo que se pondría bien. Él contrató a los mejores médicos, la llevó a especialistas en Suiza y Alemania. Nada funcionó.

La voz de Rosa se vuelve queda.

—Se quedó con ella durante cada tratamiento, cada noche en vela. Cuando ella murió, él enterró esa parte de sí mismo con ella. Lo que ves ahora —la frialdad, el control— es lo que quedó después de que el dolor acabara con él.

La revelación es casi un peso aplastante en mi pecho.

No quiero pensar en Yuri como alguien capaz de mostrar ternura, alguien que una vez amó tan profundamente como para ser destruido por la pérdida.

Complica el odio que necesito mantener, enturbia las líneas claras entre captor y prisionera.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque necesitas entender contra quién luchas. Y a quién estás salvando.

—No estoy salvando a nadie.

Confundida, me enderezo y me recuesto en la silla.

—¿Ah, no?

Rosa se levanta, recogiendo mi plato de desayuno intacto.

—Ha estado distinto desde que llegaste. Más enfadado, sí, pero también más vivo. El duelo es una forma de muerte, niña. A veces, hace falta la furia de otra persona para resucitar lo que fue enterrado.

Me deja sola con pensamientos que no quiero y con una información que no cambia nada, pero que lo colorea todo.

Paso la tarde explorando habitaciones que no he visto: la biblioteca, con sus volúmenes encuadernados en piel y un ajedrez preparado para una partida que nunca terminó; el invernadero, donde la luz del invierno se filtra a través de paneles de cristal sobre plantas moribundas que nadie cuida.

El atardecer llega pronto, trayendo consigo el sonido de vehículos que regresan.

Observo desde la ventana del comedor cómo unos coches negros atraviesan las puertas.

Yuri sale del vehículo principal, e incluso desde la distancia puedo ver que algo va mal.

Se mueve con rigidez, cargando el peso sobre el lado derecho.

Su ropa oscura parece aún más oscura en algunas zonas que captan la luz del porche; manchas que podrían ser suciedad, pero que probablemente no lo son.

Me encuentro con él en el vestíbulo y me doy cuenta inmediatamente de la sangre en sus manos y en su camisa.

Por alguna razón, se me da un vuelco el corazón.

—Estás sangrando.

Se detiene al pie de las escaleras, consciente de mi presencia, y casi pasa de largo.

—No es mía.

—Tienes las manos cortadas —le digo, señalando donde sus dedos están cortados e hinchados, pruebas de una violencia que me revuelve el estómago.

—La reunión de negocios se ha alargado más de lo previsto.

—Déjame ver.

Voy a cogerle la mano y él frunce el ceño.

Veo que mis palabras le sorprenden.

Me acerco más antes de que pueda negarse y le cojo la mano derecha entre las mías.

Los cortes son profundos, pero limpios.

—Hay que limpiar esto.

Con el ceño fruncido, le suelto la mano y señalo el pasillo.

—Rosa se….

—Rosa está ocupada en la cocina. Yo estoy aquí ahora.

Lo llevo a su despacho, donde guarda un botiquín en el cajón inferior de su escritorio.

No se resiste ni se aparta cuando lo guío para que se siente en el sofá de cuero.

El silencio mientras le limpio las heridas empieza siendo cómodo, pero se vuelve más tenso por segundos.

¿Qué coño estoy haciendo, cuidándolo ahora mismo?

De alguna manera, las palabras de Rosa me han afectado.

Estoy siendo amable con un hombre que, de otro modo, me destruiría.

Sus manos son más grandes de lo que recordaba, llenas de cicatrices por años de violencia que solo ahora empiezo a

comprender.

Pero se mantienen firmes mientras trabajo con la toallita de alcohol y un toque suave para limpiarlas.

—El traficante de armas.

Habla en voz baja, observándome la cara.

—Kozlov. Ha estado atacando tus negocios.

Dejo de pasar la gasa por sus dedos para quitar más sangre.

—¿Qué?

—Dominic hizo promesas que no podía cumplir. Kozlov quiere que yo respete acuerdos que no aprobé.

—Así que te negaste.

—Me negué.

—¿Y me amenazó?

Mis manos detienen su trabajo cuando nuestras miradas se encuentran.

La mandíbula de Yuri se tensa.

—Amenazó lo que me pertenece.

Ese lenguaje posesivo remueve algo en mi pecho.

La misma calidez que sentí la semana pasada mientras me sujetaba contra su escritorio vuelve a aflorar.

Trago saliva, aparto los ojos de los suyos y sigo trabajando.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, sinceramente desconcertada por mis propias reacciones a su cercanía.

Este hombre me está arruinando, a mí y a mi buen juicio.

Me estoy comportando como una maldita niñita indefensa, a él le está poniendo.

—Ahora aprenderá lo que cuestan las amenazas en nuestro mundo —dice Yuri en voz baja, y le creo.

Por razones que no entiendo, este hombre ha decidido guerrear en mi nombre, y estoy agradecida.

Sí, fue por su culpa que me metí en este lío, pero al menos lo está solucionando.

Termino de vendarle las manos, muy consciente de sus ojos en mi cara, del calor que irradia su cuerpo, de la forma en que el espacio entre nosotros parece contraerse con cada respiración compartida.

—Podrías habérmelo dicho antes. Por qué ardieron los almacenes…

Mientras guardo el botiquín y tiro las toallitas y gasas sucias a la basura, él se endereza y se afloja la corbata.

—¿Habría cambiado algo?

—Podría haber entendido que no eras tú quien me estaba destrozando la vida.

—¿Solo el que la controlaba? —replica, y me estremezco al pensar en lo horrible que he sido con él.

En realidad, no ha sido tan terrible.

—Sí —admito con un gruñido y luego me estremezco al sentir su mano en mi cintura. Me giro lentamente, y él levanta su mano vendada y me traza la línea de la mandíbula.

—No dejaré que te hagan daño, Inessa. Cueste lo que cueste.

Algo está cambiando dentro de mí.

Independientemente de si los ataques de Kozlov a mi negocio están relacionados con él o no, Yuri es el hombre que me protege ahora

que Batya no está.

Tengo que reconocerlo.

—Lo sé —susurro, y no me aparto cuando su mano se desliza por mi brazo hasta mi muñeca.

Tira de mí hacia él y luego me sienta en su regazo.

No estoy segura de por qué se lo permito, pero lo hago, y ni siquiera intento resistirme.

Mis piernas se colocan a horcajadas sobre sus muslos y me tenso, apoyando las palmas en el respaldo del sofá para mantenerme estable.

Me agarra la cintura con firmeza, pero sin apretar, y eso me inquieta más que si simplemente me hubiera forzado.

—Deberías descansar —le digo, aunque las palabras salen con suavidad.

No soy para nada una mujer delicada, pero hasta mi carácter áspero parece de seda en comparación con el suyo, tan violento.

—¿Descansar?

Su mirada recorre mi cara lentamente.

—¿Cuando lo único que me mantiene en pie eres tú?

Se me corta el pulso. —No soy tu muleta, Yuri.

—Eres más que…

Su voz se vuelve más grave y su dedo dibuja una línea invisible en mi antebrazo.

—Eres lo único que Kozlov no puede tener. Eso te convierte en mía.

Me pongo rígida cuando me muerde la piel cerca de la muñeca.

—Jamás he aceptado pertenecerte.

Sus dientes envían una sacudida a mi centro que me hace sentir como si fuera a derretirme sobre sus pantalones.

—¿Crees que el consentimiento importa?

Sus manos se deslizan sobre mis caderas y siento su calor a través de los pantalones.

—Si de verdad quisieras librarte de mí, no seguirías aquí.

Mi risa suena quebradiza.

—Estoy aquí porque tus guardias no me dejan salir.

—Entonces, ¿por qué te tiemblan las manos?

Su tono me atraviesa y, antes de que pueda responder, su pulgar me roza el lado de la muñeca.

El gesto parece casi tierno, lo que solo me confunde más.

—Te odio —susurro, aferrándome a la única verdad que parece segura.

Pero empiezo a preguntarme si sigue siendo la verdad.

Porque, mientras lo digo, algo dentro de mí siente la disonancia.

—Lo sé.

Se acerca, y el roce de su barba me raspa la mejilla.

—Pues demuéstramelo.

Su boca encuentra la curva de mi garganta y mis dedos se aferran a sus hombros.

Sus labios se deslizan por mi piel sin prisa hasta que tiemblo por el calor que se acumula en la parte más profunda de mi centro.

—Yuri —respiro, pero no suena en absoluto como una advertencia.

Me estoy deshaciendo, y todo lo que ha hecho falta es una puta conversación con su asistenta para que piense en él como un tonto sentimental.

¿Qué me pasa?

—Dilo otra vez —murmura contra mi cuello.

—Di que me odias…

Mi cuerpo me traiciona cuando su mano se desliza entre nosotros, rozando la parte delantera de mis pantalones.

Me arqueo instintivamente y se me corta la respiración.

Forcejea con el botón, baja la cremallera y sus dedos se cuelan por la tela suelta, encontrándome ya mojada a través de la fina barrera de seda.

—Estás empapada —gruñe, su mano presiona con más fuerza, frotándome a través de la tela hasta que no puedo quedarme quieta.

—¿Por curarte las heridas o por saber que eres mía?

Me muerdo el labio con fuerza, negándole una respuesta, pero mis caderas se alzan contra su mano a un ritmo que no puedo disimular.

Sus ojos arden en los míos mientras desliza la mano más allá de la última barrera, piel contra piel.

La primera caricia de sus dedos me hace gritar sin poder contenerme.

Esta vez no sonríe con suficiencia.

Me observa con una concentración implacable e intrigada mientras su pulgar rodea mi clítoris y sus dedos se hunden más.

—Dilo —ordena, con voz ronca.

—Te odio —gruño, y mis caderas siguen moviéndose, pero me doy cuenta de que no lo odio en absoluto.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y expongo mi cuello a sus dientes mientras él continúa jodiéndome.

—Bien. —Su mano se acelera.

—Entonces ódiame mientras te corres para mí.

La presión aumenta rápidamente y mis muslos tiemblan contra sus caderas, mi pecho se contrae.

Y cuando el orgasmo me atraviesa, me desgarra la voz, su nombre se arranca de mi garganta por mucho que intente reprimirlo.

Me derrumbo contra él, jadeando, pero no me deja descansar.

Sus dedos se deslizan fuera, resbaladizos con mi líquido, y los arrastra hasta mi boca.

Me saboreo cuando los presiona contra mis labios.

Sus ojos son oscuros y exigentes, me observan con lujuria.

Los chupo en un acto de desafío, fulminándolo con la mirada, y su gemido retumba en mi pecho. Parece que eso lo enciende.

Le gusta cuando me resisto, cosa que puedo hacer con mucho gusto.

—Fuera —ordena, tirando de mi blusa.

Los botones saltan por los aires cuando la abre de un tirón, dejando al descubierto mi sujetador.

Me lo quito yo misma de un tirón, conmocionada por estar ayudándolo, pero también desesperada.

Se deshace rápidamente de mis pantalones, empujándolos por mis piernas hasta que me libero de una patada.

Ahora estoy desnuda, a horcajadas sobre él, vestida solo de piel sonrojada y vergüenza.

Su cinturón tintinea, la cremallera sisea, y luego se la saca.

Está grueso, duro y ya resbaladizo en la punta mientras me agarra por las caderas, colocándome sobre él.

—Cabalga sobre mí, Inessa —gruñe con avidez antes de morder la cara interna de mi pecho derecho.

—Maldito arrogante…

El insulto muere en un gemido cuando me baja sobre él de un solo movimiento brutal.

Jadeo, con las uñas clavándose en su cuero cabelludo y la nuca mientras me abre de par en par.

La plenitud me deja sin aliento, pero sus manos vendadas me mantienen firme hasta que encuentro el equilibrio.

—Muévete —gruñe.

—Demuéstrame cuánto me odias.

Me apoyo en su pecho y me elevo, para luego dejarme caer de golpe.

La sacudida arranca otro grito de mi garganta.

Él gime, un sonido profundo y áspero, mientras empiezo a cabalgarlo.

Cada subida y bajada lo clava más profundo, la fricción es insoportable, adictiva.

—Buena chica —murmura, echando la cabeza hacia atrás.

—Coge lo que es tuyo. Cógelo todo.

Mi cuerpo obedece antes de que mi mente pueda protestar, rebotando con más fuerza sobre su polla, persiguiendo el orgasmo que se acumula de nuevo en mi interior hasta que apenas puedo respirar.

Sus manos vendadas aprietan con más fuerza mis caderas, arrastrándome hacia abajo con más ímpetu, guiando cada embestida, usándome con una brusquedad que deja mis muslos temblando.

El chapoteo húmedo de nuestros cuerpos al chocar llena la habitación, sucio e implacable, y aun así no me importa.

Estoy demasiado perdida, moviéndome y jodiéndolo con abandono, como si hubiera necesitado este castigo y placer toda mi vida.

La presión culmina hasta que me estremezco, mi clímax me atraviesa en oleadas.

Mis gritos se derraman en su boca cuando me acerca a él y me besa, tragándose cada sonido desesperado.

Él empuja hacia arriba con un ritmo salvaje, sus caderas impulsándose contra las mías hasta que me sigue al abismo.

Su gemido es gutural, su cuerpo se sacude mientras se vacía dentro de mí.

El calor me inunda mientras su agarre me bloquea contra él, sujetándome con fuerza como si pudiera fundirnos.

Me desplomo contra su pecho, todavía temblando, y su aliento resuella caliente en mi oído.

Durante un largo momento permanecemos así, unidos, ambos temblando, ambos reacios a soltar al otro.

Finalmente, su mano acaricia mi columna vertebral, firme y posesiva.

—Luchas contra mí —murmura, sus labios rozando mi sien—, pero siempre te corres para mí.

—Eres insufrible —susurro, aunque mi voz no tiene fuerza.

Mi mejilla descansa contra su hombro, mi cuerpo todavía contrayéndose débilmente a su alrededor.

—Y, sin embargo, estás aquí.

Me levanta la barbilla, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Sigo odiando lo que representas —le digo, depositando un beso en el lado de su cuello mientras me derrito un poco.

No he hablado con mis amigos ni con mi familia, ni con mi personal, ni siquiera con mi abogado, así que puede que me esté volviendo un poco loca.

Pero estoy más cómoda con este acuerdo de lo que jamás pensé que estaría.

—Lo sé.

—Sigo queriendo mi libertad —le digo mientras mi mano se levanta y se posa en su pecho.

—Eso también lo sé.

Pero mis palabras tienen menos convicción ahora, y ambos reconocemos el cambio.

Sea lo que sea que esté creciendo entre nosotros —atracción, obsesión, la retorcida intimidad de un cautiverio compartido—, cada vez es más difícil de negar.

—Háblame de Yelena.

Su mano se detiene en mi pelo.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Rosa. Dijo que antes eras diferente.

Giro la cabeza hasta que puedo verle la cara.

—Entonces era más débil —gruñe Yuri, pero no le creo.

Esta repentina brusquedad es impostada.

—¿Lo eras? ¿O simplemente eras humano?

No responde, pero su brazo se tensa a mi alrededor, atrayéndome más cerca de su calor.

Su silencio es mejor que un sermón por haber estado curioseando en su historia personal, así que me lo tomaré como su acuerdo para que podamos coexistir en paz en este momento.

Pero eso no significa que sea feliz aquí.

Solo significa que ya no estoy furiosa.

14

YURI

Los escalones del juzgado están resbaladizos por la escarcha matutina mientras subo hacia la entrada principal.

El distrito judicial de San Petersburgo despierta a mi alrededor: coches negros de los que bajan hombres con trajes caros, con los maletines aferrados al cuerpo para protegerse del frío; la familiar coreografía del poder que se ejerce a través del papeleo y los procedimientos.

Mi abogado me espera dentro con una expresión lo bastante sombría como para confirmar lo que ya sospecho.

Viktoria ha estado haciendo de las suyas y estoy a punto de descubrir lo grave que es la situación.

—Ha presentado diecisiete recursos distintos —dice Ian Ivanov en cuanto me acerco.

Es un hombre delgado, de pelo plateado y con unos instintos depredadores que justifican sus desorbitados honorarios.

—Fraude en la herencia, falsificación de documentos, testimonio de testigos improcedente. Todos los ángulos que se le han ocurrido.

Caminamos por pasillos de mármol hacia su despacho, a paso lento para hablar del asunto.

El juzgado respira poder antiguo.

Las decisiones que se han tomado aquí han forjado fortunas y destruido vidas.

—¿Hasta qué punto son sólidas sus acusaciones? —le pregunto, apartándome mientras saca la llave.

—Lo bastante como para causar problemas.

Ian abre la puerta de su despacho y me indica que entre con un gesto.

—Tiene peritos calígrafos dispuestos a testificar que Semyon falsificó las firmas en los documentos de exclusión. Analistas forenses que pueden demostrar que los papeles fueron antedatados.

Me siento en la silla frente a su escritorio y estudio los expedientes esparcidos sobre la mesa.

Hay documentos legales, informes periciales, declaraciones de testigos... La munición que Viktoria ha reunido para destruir la herencia de su hija.

—¿Y qué hay de la prescripción?

pregunto, con la sensación de que tiene que haber alguna defensa que pueda sacarme de la manga.

—No se aplica a los casos de fraude. Si puede demostrar que Semyon falsificó documentos para despojarla de sus legítimos derechos, no hay plazo para impugnar los resultados.

El hombre rodea su escritorio con paso de pato y se sienta mientras las implicaciones se cristalizan.

Viktoria puede bloquear la herencia de Inessa en los tribunales durante años, agotar los recursos de la empresa con las costas legales, crear la incertidumbre suficiente para hundir el negocio por completo.

Incluso si al final pierde, el proceso en sí se convierte en el arma.

—No le interesa ganar —me doy cuenta en voz alta.

—Le interesa tener una baza para negociar.

—Exacto. No es por el dinero. Es para forzar un acuerdo.

Me reclino en la silla y pienso en qué resultado podría desear de todo esto.

Lo abandonó hace más de una década y no quería saber nada ni de él ni de su hija.

—¿Qué quiere?

—Acceso a su hija. Y controlar las condiciones del acuerdo.

Se encoge de hombros mientras se afloja la corbata y suspira profundamente.

—No está en su sano juicio, Yuri. Si va a por la chica, significa que…

—Lo quiere todo.

—A la larga, sí. Inessa le cede su herencia para evitar años de litigios, y Viktoria se va con un imperio que nunca construyó.

Ian se pasa una mano por la cara.

Luego saca su pañuelo y se seca la frente.

La brillantez depredadora de la estrategia me impresiona a mi pesar.

Viktoria ha encontrado la única arma que no puede contrarrestarse con la violencia: la capacidad del sistema legal para la tortura burocrática.

Apuesta a que Inessa sacrificará su herencia para no verla morir lentamente en los tribunales.

—Concierte una reunión —gruño, y él se anima.

—¿Con el abogado de la parte contraria?

—Con Viktoria directamente. En un lugar neutral. Hoy, si es posible.

No pienso andarme con gilipolleces con esta zorra.

Si viene a por mí a través de Inessa, necesito saberlo.

Y si solo viene a destruir el negocio de Inessa para quedarse con el dinero, también necesito saberlo.

Ian asiente, cogiendo ya el teléfono. —¿Qué va a ofrecerle?

—Nada. Quiero ver qué cree que puede sacar.

Durante los siguientes veinte minutos, Ian hace su magia, llamando y organizándolo todo para concertar la reunión. Viktoria llega con una puntualidad exquisita, con su pelo rubio miel ingeniosamente peinado.

Ha envejecido bien.

Tiene cincuenta y nueve años, pero los lleva con elegancia.

Si no supiera la víbora que hay bajo la máscara, podría haberme encandilado.

Sus ojos verdes —tan parecidos a los de Inessa— estudian cada detalle de mi aspecto como si me estuviera midiendo.

—Yuri…

Extiende una mano enguantada.

—Qué civilizado por su parte aceptar esta reunión.

No le doy la mano.

No tocaría a esa mujer ni con un palo de tres metros.

—¿Qué quiere, Viktoria?

—Qué directo. Ya veo por qué mi hija lo encuentra… fascinante.

Se acomoda en su silla con la misma pretenciosidad con la que ha entrado en la sala, quitándose los guantes dedo por dedo.

Todos sus movimientos son puro teatro, diseñados para proyectar control y sofisticación.

—Ya ha visto mis demandas legales.

—Sus amenazas, querrá decir.

—Las demandas legales no son amenazas. Son recursos. Mi difunto marido cometió fraude al despojarme de mis legítimos derechos sobre el negocio. Simplemente busco justicia.

Se coloca los guantes sobre la rodilla y junta las manos en una pose.

—Justicia veinte años después… —resoplo.

—Más vale tarde que nunca.

Su sonrisa podría cortar el cristal.

—Aunque entiendo que esto crea complicaciones para su… acuerdo.

La palabra tiene varias capas de significado.

Por supuesto que es un acuerdo.

¿Qué otra cosa iba a ser?

—¿Mi matrimonio no crea ninguna complicación? —pregunto, pero ya sé a qué se refiere.

Simplemente presenta un obstáculo que tiene que superar.

—¿Acaso no lo hace? ¿Qué pasará con su alianza cuidadosamente construida cuando mi hija no herede nada? ¿Cuando el imperio Mirov se disuelva en costas legales y batallas judiciales?

El argumento de Viktoria está bien fundado.

Los cuerpos de mi hijo y Semyon aún no están bajo tierra, atrapados en una investigación que mis colegas de la policía no han podido

sortear lo bastante rápido.

Cuando los entreguen, celebraremos un velatorio en condiciones para cada uno, pero por ahora, hasta que las aguas vuelvan a su cauce, ni siquiera han leído el testamento.

Viktoria está intentando impugnarlo todo más rápido que un chacal a su presa para asegurarse de que nadie se entere.

Llama al camarero y pide vino sin consultarme: un Burdeos caro.

Y luego se vuelve hacia mí con ojos de víbora.

—Usted apuesta a que la presionaré para que lleguemos a un acuerdo.

—Apuesto a que es usted un hombre práctico que entiende el análisis coste-beneficio.

Prueba el vino y asiente en señal de aprobación después de que el camarero le sirva una copa.

—Este litigio consumirá años y millones de rublos. Incluso si pierdo —cosa que es poco probable—, la empresa no sobrevivirá al proceso.

—¿Y cuál es su solución propuesta?

—Déme acceso a mi hija. Déjeme explicarle la situación directamente, ayudarla a entender los beneficios de un acuerdo negociado. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo que sirva a los intereses de todos.

La petición suena razonable, incluso maternal.

Pero reconozco la manipulación cuando la oigo.

Si le doy a Viktoria tiempo a solas con Inessa, utilizará todas las armas psicológicas a su alcance —culpa, miedo, falso afecto— para convencer a su hija de que lo ceda todo.

Y si eso no funciona, simplemente la aislará del mundo y hablará por ella, o algo peor.

El asesinato no es algo que ella descarte.

—No.

—¿No? —Enarca las cejas con fingida sorpresa—. ¿Se niega a dejar que una madre hable con su hija?

—Me niego a dejar que una depredadora se acerque a mi esposa.

Su expresión flaquea ligeramente, revelando la fría ambición que se esconde bajo la preocupación maternal.

—Mi hija es una mujer adulta capaz de tomar sus propias decisiones.

—Su hija está bajo mi protección.

—¿Su protección o su control?

Viktoria se inclina hacia delante, con sus ojos verdes brillantes de inteligencia maliciosa.

—No sabe nada de esto, ¿verdad? De las demandas legales, de las reclamaciones sobre la herencia, del hecho de que todo lo que ha construido podría desaparecer entre batallas judiciales y honorarios de abogados. La está protegiendo de la verdad.

—La estoy protegiendo de usted.

—Qué noble. El gran Yuri Gravitch, protegiendo a su inocente esposa de las duras realidades.

Su voz se vuelve burlona.

—O tal vez tiene miedo de lo que elegirá cuando conozca el alcance total de sus opciones.

Me levanto, señalando el final de nuestra conversación.

—Esta reunión ha terminado.

—Piense con cuidado su postura.

Permanece sentada, agitando el vino en su copa.

—Tengo documentación, testimonios de expertos, pruebas forenses. ¿Qué tiene usted? Un certificado de matrimonio firmado bajo coacción y una esposa que no conoce el alcance de los engaños de su marido. ¿O el certificado de matrimonio también fue falsificado?

—Yo tengo abogados que desayunan depredadores —gruño mientras me meto la corbata y me abotono la chaqueta del traje.

—Usted tiene abogados que pueden retrasar lo inevitable. Pero la verdad siempre acaba saliendo a la luz.

Toma otro sorbo de vino.

—Y cuando lo haga, mi hija entenderá exactamente quién le ha estado mintiendo.

La dejo sentada en el comedor privado, rodeada de las apariencias de una riqueza que nunca ha ganado y un poder que nunca ha ejercido.

Pero sus palabras me siguen a través del vestíbulo del hotel, por las calles de San Petersburgo y durante todo el trayecto de vuelta al complejo.

Tiene razón en una cosa: la verdad siempre acaba saliendo a la luz.

Y cuando Inessa se entere de las artimañas de su madre, de los documentos falsificados y las impugnaciones de la herencia, de las batallas legales que podrían destruir todo lo que ha construido, tendrá que elegir entre luchar por su legado o aceptar las migajas que sobrevivan al litigio.

15

INESSA

La caja de madera está en un rincón de la habitación de invitados donde Rosa la ha dejado esta mañana, intacta desde que la descubrí hace horas.

Está llena de material de arte profesional: óleos, pinceles, lienzos, un caballete.

Todo lo que no he tocado desde que Batya murió, todo lo que creí que no volvería a querer.

Pero sí lo quiero.

Y el deseo de volcarme de nuevo en mis bocetos y diseños parece la única forma de encontrar alivio al dolor que arrastro.

Ni siquiera he podido darle el último adiós a Batya y la vida se ha convertido en una zona de guerra.

Levanto la tapa y saco un tubo de azul ultramarino, haciéndolo rodar entre las palmas de mis manos.

Su peso es familiar y reconfortante en cierto modo, casi nostálgico.

¿Cuándo fue la última vez que mezclé colores en una paleta?

¿Cuándo fue la última vez que me perdí en el fluir de la pintura sobre el lienzo?

He estado tan ocupada creando mis líneas de moda que casi he olvidado la magia de crear arte de verdad.

—Veo que los has encontrado.

La voz de Yuri ya no me sobresalta.

Sus pasos se han vuelto tan familiares como los latidos de mi propio corazón en este lugar.

Me vuelvo y lo encuentro llenando el umbral de la puerta, todavía con el traje oscuro que ha llevado a sus reuniones de la mañana.

Las hebras plateadas de su pelo negro captan la luz de la tarde que se filtra por las ventanas, y recuerdo la gran diferencia de edad que hay entre nosotros, algo que a veces me parece extraño y otras no tiene la menor importancia.

Tiene edad para ser mi padre, pero no es mi padre.

Y es una tentación y un placer disfrazados de animal peligroso al que se supone que debo temer.

Pero cada vez veo más claro por qué no tengo que temerle.

Por qué ya no quiero temerle.

—No me has preguntado qué necesitaba —digo.

—No necesitaba preguntarlo.

Su respuesta no es más que otro ejemplo de su presunción de que me conoce mejor que yo misma.

Sin embargo, algo cálido se despliega en mi pecho.

Se fija en las cosas. Pequeños detalles, como que me gusta pintar y necesito un espacio para crear porque me ayuda a procesar mis emociones.

—Gracias —digo, y lo digo de verdad.

Él asiente y retrocede un paso.

—Rosa ha preparado té en la cocina. El jardín tiene buena luz a esta hora del día si quieres pintar al aire libre.

—Aquí está bien —le digo, demasiado ansiosa por sumergirme en la creación como para preocuparme por la hora que me llevaría montar un caballete y prepararlo todo fuera.

Así que me lanzo a la caja y, al poco tiempo, tengo un caballete extendido con un lienzo y paletas con pintura.

Yuri merodea a mi lado, pero no dice nada mientras me observa prepararlo todo. No me importa.

Me pierdo en la tarea, mezclando colores, sintiendo cómo el pincel responde a la presión y al movimiento, viendo cómo las formas emergen del lienzo en blanco.

Los guardias pasan durante sus rondas por la casa, e incluso Kirill ralentiza su patrulla para echar un vistazo a mis progresos, ofreciendo un brusco asentimiento de aprobación.

—Tienes buen pulso —retumba Yuri desde su sitio, a mi espalda.

No me vuelvo hacia su voz, aunque mi pincel se detiene un brevísimo instante.

—Otra vez estás observándome.

—Sí.

Esta vez, dejo el pincel y me encaro con él.

Está sentado cerca del escritorio, con las manos entrelazadas en el regazo y sus ojos oscuros fijos en el lienzo.

Hay algo intenso en su expresión, casi hambriento, como si estuviera memorizando cada pincelada.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Por qué, qué?

—Todo esto. Las pinturas. Los guardias que has apostado en las casas de los empleados que me quedan. La financiación de emergencia que has enviado al hospital para atender a los empleados que resultaron heridos.

Me acerco un paso más, estudiando su rostro.

—No me digas que es para proteger tus inversiones.

Su mandíbula se tensa de forma casi imperceptible.

—Tus empleados son activos valiosos. Tus negocios generan flujos de ingresos que benefician a nuestra alianza.

—¿Y las pinturas?

—La gente inquieta toma malas decisiones.

La evasiva le sale con fluidez, pero percibo algo más en su expresión.

La forma en que su mirada regresa al lienzo.

Cómo me trajo el té ayer por la mañana sin que se lo pidiera, dejándolo en la mesita junto a mi cama mientras yo fingía dormir.

La forma en que se colocó a mi lado en la cama el martes por la noche cuando las pesadillas me arrancaron gritos de la garganta.

Me desperté con sus brazos a mi alrededor y sus suaves besos en la frente, pero él no sabe que estuve despierta en algún momento.

—Esa no es toda la verdad —digo.

—La verdad es una mercancía peligrosa.

Me acerco más, lo suficiente como para ver las tenues líneas alrededor de sus ojos, la pequeña cicatriz a lo largo de su mandíbula que desaparece en la sombra de su barba.

—Me abrazaste cuando tenía pesadillas. Crees que no me doy cuenta, pero sí lo hago.

—Estabas gritando. Era molesto.

—¿Molesto para quién? A los guardias no les va a afectar una mujer que chilla. Rosa duerme en el lado opuesto de la casa.

No pienso ceder.

Es excelente quebrantando a los hombres, y a lo mejor yo quiero intentarlo con él.

Sus ojos se entrecierran ligeramente.

—Termina tu cuadro.

Pero no me deja.

Se queda sentado allí después de aflojarse la corbata y observa cómo vuelvo a mi trabajo, hiperconsciente de su presencia y de la forma en que mira mis manos moverse sobre el lienzo.

—Puedes irte si te aburres —digo después de varios minutos de tenso silencio.

—No estoy aburrido.

—Entonces, ¿qué estás?

No responde, pero cuando miro por encima del hombro, su expresión es de fascinación.

Está estudiando mi arte como si no tuviera precio cuando, en realidad, ni siquiera es tan bueno.

La luz empieza a desvanecerse para cuando limpio los pinceles.

Me duele la espalda de estar de pie, pero el cuadro capta lo que yo quería: el juego de luces sobre el agua de la fuente que se ve por la ventana, la forma en que la brisa levanta las hojas y la pasión de un alma que anhela ser libre.

Y mi arte es la única forma que tengo de expresarlo.

—Está bien —dice Yuri mientras cubro el lienzo húmedo.

—Estoy oxidada. Llevo años sin pintar.

—Desde que tu madre se fue…

No es una pregunta y no la trato como tal. —Sí.

Caminamos hacia la cocina juntos sin hablar, algo tan raro entre nosotros que me encuentro saboreándolo.

No hay discusiones ni luchas de poder.

Solo dos personas compartiendo un espacio sin el constante trasfondo de conflicto.

La cena continúa la inesperada paz.

Rosa ha preparado cordero asado con verduras del jardín, y el comedor parece menos cavernoso con la cálida luz de la lámpara de araña.

Yuri se sienta frente a mí en la larga mesa de roble en lugar de en la cabecera.

Sé que solo intenta colocarse para mirarme de frente.

Es un poco desconcertante, sobre todo teniendo en cuenta mis recientes observaciones.

No consigo entenderlo.

No estoy segura de a qué juego está jugando.

El mismo hombre que blandió una pistola para obligarme a casarme con él se ha convertido en una especie de refugio y consuelo, y no estoy segura de qué pensar de eso.

—Tus negocios se están estabilizando —dice mientras corta el cordero en cuidadosos trozos del tamaño de un bocado.

Levanto la vista de mi plato.

—Gracias a la financiación que tú organizaste.

—Gracias a una gestión competente y a unos empleados leales. La financiación simplemente ha evitado el colapso inmediato.

—¿Por qué te importa, de verdad? No la excusa de la inversión. La verdadera razón.

Dejo de comer con un trozo de carne en el tenedor y observo su rostro.

Sus ojos oscuros se encuentran con los míos a través de la mesa.

—Tu padre construyó algo importante de la nada. Tú seguiste sus pasos. Destruir eso no serviría de nada.

—Pero preservarlo sí te sirve a ti.

—Todo sirve a un propósito, Inessa. La cuestión es si ese propósito se alinea con la supervivencia.

Me encuentro inclinándome hacia delante, atraída por la naturalidad con que disecciona problemas complejos en sus partes.

—Lo ves todo como una estrategia, ¿verdad? Cada acción está calculada con tres jugadas de antelación.

—Cuatro, por lo general.

—¿Cómo? ¿Cómo eres capaz de seguir todas las variables, todos los resultados posibles?

Él deja los cubiertos y considera la pregunta seriamente.

—La gente es predecible. Quieren poder, dinero, venganza, seguridad. Una vez que entiendes su motivación principal, sus actos se vuelven inevitables.

—¿Y el amor? ¿La familia? ¿La lealtad que no se compra ni se coacciona?

—Existen. Simplemente son menos fiables que el interés propio.

Su cinismo me horroriza, pero también me parece fascinante.

La vida le ha enseñado cosas devastadoras y ha encontrado una forma de manejarlo todo.

Su mente funciona de maneras oscuras y siniestras, y me alegro de que ahora mismo esté trabajando para mí.

—Disfrutas con ello —me doy cuenta en voz alta.

—La complejidad. Manejar todas las piezas del tablero.

—Se me da bien.

—No es eso lo que he preguntado.

Coge su copa de vino, y noto que me está distrayendo, ganando tiempo para pensar en algo que decir que no me moleste ni sea una mentira directa.

—Disfrutar es un lujo. La supervivencia requiere acción.

—Pero sí que disfrutas. Puedo verlo en tu cara cuando hablas de estrategia, de burlar a tus oponentes.

Por un momento, algo casi parecido a una sonrisa asoma por las comisuras de su boca.

—Quizá.

Seguimos comiendo, pero la conversación se apaga.

La tensión que normalmente crepita entre nosotros ha sido reemplazada por una atmósfera más cálida.

Lo observo comer y me encuentro preguntándome por el hombre que hay bajo esa dura fachada.

Me pregunto qué versión de él vio su primera mujer.

Qué versión de él crio a Dominic, y si Dominic me habría parecido igual de curioso o interesante.

—Tu madre llamó el otro día y me reuní con ella.

Las palabras caen en la tranquila atmósfera de la noche, haciéndola añicos por completo.

Mi tenedor se congela a medio camino de mi boca.

—¿Qué?

—Quiere verte.

Mi pulso se acelera, la esperanza y el pánico luchan en mi pecho.

—¿Qué dijo?

—Afirma que le importa lo que le ocurra a tu negocio y quiere hablar de los detalles. Detalles que podrían cambiar tu comprensión de lo que pasó.

Dejo el tenedor. Mi apetito se ha desvanecido.

—¿Qué clase de detalles?

—No quiso especificar, pero exige una reunión.

Odio la forma en que sus hombros se cuadran y se ponen rígidos al decirlo. Noto al instante que está en contra de la idea.

Ya ha dejado claro que la considera una amenaza, y eso me enfada.

Mi madre nos abandonó, pero si quiere volver a mi vida, él no tiene derecho a impedírselo.

Quizá necesite verla para ajustar cuentas con ella y averiguar cuál fue su razón para abandonarme.

—Quiero verla —le digo.

—No —gruñe él.

La negativa es inmediata, y lo miro fijamente a través de la mesa, sintiendo cómo el calor se acumula en mi pecho.

Ha sido tan rotundo e inmediato que no tengo más remedio que rebelarme contra él.

Es como si quisiera enfadarme e incitar una discusión.

—Es mi madre.

—Es una amenaza para todo lo que has construido, Inessa. Estoy intentando protegerte, lo veas o no.

Me aparto de la mesa, la silla arañando el suelo de pizarra.

—¿Manteniéndome encerrada y alejada de todos los que he conocido? ¿Decidiendo a quién puedo ver y a quién no?

—Asegurándome de que sobrevivas el tiempo suficiente para heredar aquello por cuya protección murió tu padre.

Ahora se sienta más recto, la voz tensa por la ira y los ojos desorbitados por la furia.

—Quizá necesite saber la verdad por ella. ¿Has pensado en eso?

Estoy temblando, furiosa de que crea que puede controlarme.

Yuri se levanta lentamente, su sola altura es intimidante.

—La verdad es que tu madre te abandonó cuando más la necesitabas. Solo ha vuelto cuando ha visto una oportunidad en tu dolor.

—Eso no lo sabes.

—¿Ah, no? No está aquí por preocupación maternal. Está aquí porque ve una debilidad que puede explotar.

Su pecho sube y baja ahora, las manos cerradas en puños que reflejan los míos.

Si no lo conociera mejor, diría que podría pegarme, pero es demasiado amable para hacer eso.

O eso espero.

—Sigo queriendo verla.

—Ya lo sé.

—Entonces déjame.

—No.

Su única palabra es como una condena.

Siento que algo se quiebra dentro de mi pecho, un dolor más profundo que me pilla con la guardia baja.

Por un momento, esta noche, durante nuestra civilizada conversación, había empezado a olvidar la verdadera naturaleza de nuestra relación.

Había empezado a imaginar que esto podría convertirse en algo más que un cautiverio.

Pero me equivocaba.

—Me voy a la cama —digo, y él no intenta detenerme mientras me alejo, pero siento sus ojos siguiendo mi movimiento hasta que desaparezco en el pasillo.

Arriba, cierro la puerta con llave y me apoyo en ella; mi corazón late con una mezcla de rabia y decepción.

Me tiemblan las manos mientras me las miro sin ver, todavía cubiertas de pintura del maravilloso regalo que me ha ofrecido.

¿Cómo puede la misma persona que se da cuenta de lo que necesito antes de que se lo pida ser la que me retiene aquí contra mi voluntad?

¿Cómo puede alguien que protege a mis empleados y se asegura de que mis negocios sobrevivan ser también alguien que me trata como una posesión que hay que gestionar?

Me deslizo por la puerta hasta que me quedo sentada en el suelo de madera, con las rodillas pegadas al pecho.

La contradicción amenaza con desgarrarme por dentro.

Me estoy enamorando de este maldito cabrón al que quiero odiar, y no consigo odiarlo.

Se supone que no debo amarlo.

Quiero no amarlo con todo mi ser, porque no me gustan las decisiones que toma por mí.

Porque los prisioneros no eligen a sus captores, por muy cómoda que se vuelva la jaula.

Al menos, no deberían…

Y yo sigo siendo, a todos los efectos, su prisionera.

16

YURI

Oleg aparece en el umbral de mi despacho sin llamar, y ya he visto esa misma expresión sombría en su cara en otras ocasiones, en días en los que tenía que darme malas noticias.

Nunca entra sin permiso a menos que la noticia no pueda esperar, así que, sea lo que sea, no debe de ser nada bueno.

Dejo de trabajar para mirarlo. Él camina directo hasta mi escritorio y se detiene.

—La exposición de Inessa en Primorsky… —dice.

—Ha desaparecido.

Junta las manos delante de la cintura y siento cómo me hierve la sangre al instante.

Dejo el bolígrafo y le sostengo la mirada.

—Explícame qué ha pasado.

—Ha sido una bomba, señor. Hay clientes y personal heridos. Los equipos de emergencia están en el lugar de los hechos.

Kozlov está intensificando las hostilidades más allá de su anterior disputa comercial con mi hijo.

Tiene que ser una represalia por mis amenazas y no pienso tolerarlo.

—¿Cuántos heridos hay?

—No se sabe, señor. Los paramédicos todavía están sacando gente del edificio.

Su postura cambia al cuadrar los hombros.

Su expresión también cambia, como si ahora esperara órdenes como un buen soldado.

Yo ya me he puesto en pie y avanzo hacia la puerta.

—Que traigan el coche y llama para que despejen el tráfico.

Inessa espera en el pasillo, frente a su habitación, con el rostro pálido pero sereno.

Rosa ya debe de habérselo contado y, a juzgar por la chaqueta que lleva, insistirá en venir.

Esta vez no me molesto en intentar detenerla.

Camina a mi lado, comprendiendo que las respuestas llegarán cuando estemos en Primorsky.

El trayecto dura treinta y ocho minutos con el tráfico de la tarde.

Inessa está sentada rígidamente en el asiento, con la mirada fija en la carretera a través del parabrisas.

Tiene las manos cruzadas en el regazo, pero percibo un ligero temblor en sus dedos.

Quiero decirle que está a salvo, que mis hombres se asegurarán de que nadie la toque, pero me contengo y dejo que el silencio hable.

—¿Cuántos?

Su voz es temblorosa.

—Necesito saber quiénes han resultado heridos.

—Siete heridos. Tres de ellos están en estado crítico. Podría haber sido peor.

Respondo con calma, aunque me mata verla sufrir.

Aprecio el hecho de que conozca personalmente a cada uno de sus empleados.

Es algo que me llena de humildad: que esté más entregada a su personal de lo que yo podría estarlo jamás.

Ella cierra los ojos, con una mueca de dolor ante la cifra, y cuando los vuelve a abrir hay un dolor puro en su mirada.

Pongo mi mano sobre la suya para calmar el temblor.

Un instinto protector me consume al ver su dolor.

Si pudiera, cargaría con él por ella.

Pero no puedo.

Así que haré lo segundo mejor: haré arder al hijo de puta que ha hecho esto.

El humo se eleva desde el distrito de negocios en columnas negras que manchan el cielo gris.

Lo olemos antes de verlo: el olor acre del plástico y los tejidos sintéticos derretidos, el regusto metálico de la sangre derramada.

La exposición está en ruinas.

Donde una vez los diseños de Inessa llenaban los escaparates, ahora hay armazones de metal retorcido que sobresalen de los montones de escombros.

Los cristales cubren la acera en fragmentos relucientes.

Los vehículos de emergencia abarrotan la calle con luces giratorias que proyectan haces de luz roja y azul sobre la destrucción.

Inessa sale del coche antes incluso de que se detenga.

La sigo y la agarro del brazo mientras corre hacia los escombros.

—No —le digo—.

No te acerques ahí.

Lucha contra mi agarre con una fuerza sorprendente.

—Tengo que ayudarlos. Mi gente está ahí dentro.

Hay pánico en su voz mientras se debate.

Los sollozos brotan de su garganta y me golpea el puño con la mano libre, intentando soltarse.

—Mi gente se encargará de ello —le digo, pero está fuera de sí y siento que se me parte el corazón.

Aun así, la sujeto con fuerza y no la suelto.

Un paramédico se acerca con el uniforme manchado de sangre y el agotamiento en los ojos.

—¿Es usted la dueña del negocio? —pregunta, quitándose una mascarilla de tela de la cara. Veo la clara diferencia entre la piel limpia y la piel manchada por el humo.

—Sí, soy yo —responde Inessa.

—Siete trabajadores están heridos, tres de ellos, en estado crítico. La mayoría evacuaron antes de que el edificio se derrumbara. Una de sus empleadas pregunta por usted.

Con una sacudida de cabeza, se da la vuelta para marcharse.

Nos conduce a una ambulancia donde Alina Petrova está sentada en una camilla, con sus rizos oscuros apelmazados con sangre y polvo de yeso.

Sus expresivos ojos marrones encuentran a Inessa de inmediato y se le llenan de lágrimas.

—La colección de primavera —dice, con voz ronca—.

Todo en lo que hemos trabajado durante seis meses. Ha desaparecido todo.

Inessa coge la mano vendada de su amiga y un sollozo se le escapa del pecho mientras se la besa.

—La gente importa más que la ropa, Lina. Dios mío. Mírate.

—Pero los diseños no existían en ningún otro sitio. Tus bocetos, los prototipos…

—Se pueden recrear.

La repentina fuerza y calma de Inessa me impresionan.

Veo que mi mano se dirige a la parte baja de su espalda como una forma de apoyo, pero por la manera en la que está reaccionando, no sé si lo necesita.

Este es un lado de ella que no había visto.

Se aguanta las ganas de llorar y aprieta con fuerza la mano de su amiga.

Alina niega con la cabeza.

—Debería haberlo visto venir. Ayer vino un hombre que hacía preguntas sobre la seguridad, sobre cuándo había más gente en la exposición. Pensé que era un posible inversor.

Mi atención se agudiza y me inclino más hacia Inessa, atrayéndola hacia mi costado.

—Descríbeme a ese hombre —le digo.

—Mayor, de unos cincuenta años. Pelo canoso, ropa cara. Acento extranjero, no ruso.

El hombre de avanzadilla de Kozlov.

El atentado ni siquiera fue espontáneo.

Fue planeado, sincronizado para causar el máximo número de víctimas durante las horas de mayor actividad comercial.

Estos cabrones están cruzando todos los límites y me está haciendo hervir la puta sangre.

A regañadientes, me alejo de las mujeres.

Inessa se mantiene firme ahora que se ha convertido en la líder de su gente en lugar de en la víctima que se aferra a mí.

Tengo que encargarme de esto. Llamo a Dimitri.

Responde al primer tono.

No pierde el tiempo en saludos.

—Lo he oído —gruñe, y ya percibo el juicio en su tono.

—¿Cómo de grave?

Oigo el arrastrar de una silla de fondo y me pregunto qué estará haciendo.

—Bastante grave —respondo, manteniendo la voz firme aunque la furia arda bajo la superficie—.

Kozlov ha enviado un mensaje y pretendía que lo oyera toda la ciudad.

Cambio el peso de un pie a otro, examinando la calle en ruinas mientras hablo, dejando que mi hermano oiga el acero en mi voz.

Me está juzgando en silencio, pero pienso demostrarle que no soy un hombre débil.

Hay un silencio durante un instante; luego Dimitri exhala bruscamente.

—Bueno, ¿cuál es tu respuesta?

Su voz está teñida de expectación, como si supiera la respuesta pero necesitara oírmela decir.

—Destrucción total —le digo, dejando claro que no quedará nada en pie de la operación de Kozlov.

Aprieto el teléfono con más fuerza y observo cómo los paramédicos se llevan otra camilla.

Mi mirada vuela hacia Inessa, que corre hacia ellos con la preocupación grabada en el rostro.

Esto tiene que parar.

Tengo que pararlo.

Dimitri lo entiende.

—¿Cuántos hombres necesitas?

Su voz se estabiliza, aunque lo conozco lo suficiente como para percibir el trasfondo de duda en su tono.

Me está siguiendo la corriente, pero intento demostrarle que soy el líder de esta familia por algo.

—Tengo suficiente —digo.

—Mantén las operaciones seguras mientras yo me encargo de Primorsky.

Busco a Inessa con la mirada entre los escombros; su pálido rostro está iluminado por las luces estroboscópicas de emergencia. Bajo la voz.

—Esto es personal.

Cuando termina la llamada, me guardo el móvil en el bolsillo y vuelvo con ella.

Está de pie ante las ruinas de su sala de exposiciones, con los hombros rígidos por la emoción reprimida.

Esta vez no llora, pero sé que las emociones la desbordan.

La he estudiado el tiempo suficiente como para saber que no olvidará este momento en el resto de su vida.

—¿Esto también ha sido cosa de Kozlov? —pregunta, con la voz rota y áspera.

—Sí —confirmo, y me quedo lo bastante cerca para que sienta mi aplomo, aunque la rabia se enrosca con más fuerza en mi pecho.

Entonces se gira hacia mí y veo cómo su dolor se transforma en algo más frío.

—¿Qué le va a pasar?

—Va a morir.

—¿Cuándo?

Ya no queda tristeza en su tono, ni compasión o piedad en su expresión.

Y, por una fracción de segundo, me pregunto qué he hecho, qué infierno he creado para que esta mujer viva en él y se despoje tan rápido de su dulzura para absorber mi brutalidad y mi violencia.

—Esta noche —digo, y ella aprieta los dientes.

—Tráeme su cabeza.

Los ojos de Inessa están tan oscuros como el cielo cuando se da la vuelta y regresa a la ambulancia para estar con su amiga, y yo no puedo moverme.

No estoy seguro de lo que acaba de pasar, pero no creo que me guste.

Volvemos a casa e Inessa permanece en silencio durante el trayecto, pero veo su reflejo en la ventanilla: la mandíbula apretada, los ojos todavía llenos de la misma furia fría que vi antes.

Es más fuerte de lo que jamás imaginé que podría ser.

Más fuerte de lo que Dominic fue nunca.

En el complejo, la dejo con Rosa, que la lleva al baño para que se aseé, y yo reúno a mi equipo en el estudio.

Oleg, Kirill, Alexei y otros cinco hombres, que entienden que el trabajo de esta noche requiere una minuciosidad absoluta.

Se colocan en semicírculo, listos para recibir órdenes, y estoy tan lleno de venganza y rabia que apenas puedo pronunciar las palabras.

—Equipo táctico completo —les digo.

—Armas con silenciador, chalecos antibalas. Entramos con todo y no dejamos nada que respire. —Kozlov no va a sobrevivir a esto.

Si lo encuentro, lo desangraré gota a gota, y si no, le enviaré un mensaje tan claro que no podrá fingir que no se lo habían advertido.

Kirill comprueba la mira de su fusil contra la pared del fondo; su punto rojo se centra en el mapa sobre San Petersburgo.

—¿Información sobre el objetivo?

—Es un almacén industrial de tres plantas. La seguridad es mínima después de medianoche. Kozlov mantiene un pequeño equipo para las operaciones nocturnas.

Yo también estoy ocupado, cargando mis armas, asegurándome de que cada una esté lista con una bala en la recámara.

—¿Estrategia de salida? —pregunta Oleg.

Sus manos se aferran a las correas de su chaleco de kevlar y saca la barbilla.

Él también tiene hambre de esto.

Si no estuviera tan furioso, me parecería ligeramente entrañable que mis hombres vayan a la guerra por mi mujer.

—Quemadlo todo. Sin pruebas, sin testigos.

Nos vestimos de negro y revisamos nuestras armas una última vez antes de salir.

Cada hombre sabe su papel y entiende lo que está en juego. Kozlov ha cruzado una línea hoy que exigía esta respuesta.

El almacén se encuentra en un distrito donde los negocios legítimos cierran al atardecer, pero el trabajo ilegítimo prospera en la oscuridad.

Nos acercamos desde el este, usando los edificios adyacentes como cobertura.

La valla perimetral es de tela metálica con una iluminación mínima; una seguridad de aficionados que no nos retrasará más de unos minutos.

Oleg corta la valla mientras Kirill se coloca en una azotea vecina.

El primer guardia muere de un disparo con silenciador en la cabeza antes de que pueda coger la radio.

Alexei se encarga del segundo con un cuchillo en la garganta, arrastrando el cuerpo a las sombras, pero al pasar por su lado, todavía distingo la mancha con forma de riñón que florece en un líquido espeso que refleja la luz de la luna.

Dentro, el almacén está hasta los topes del inventario de Kozlov en la planta baja: fusiles de asalto, explosivos, material militar sin ningún propósito civil legítimo.

Encontramos a sus hombres en el segundo piso, seis de ellos jugando a las cartas y bebiendo vodka mientras una vieja radio pone rock and roll americano por encima de un estruendo de estática.

Mueren rápidamente, los disparos con silenciador los abaten antes de que sepan qué los ha alcanzado.

El tercer piso sirve como oficina y vivienda de Kozlov.

Subimos las escaleras con las armas en alto, esperando una resistencia que no llega.

Parece demasiado fácil, como si nos estuvieran tendiendo una trampa.

Mis hombres están en vilo, despejando cada habitación, aunque están vacías.

Encuentro a Kozlov detrás de su escritorio, presionándose el abdomen con una camisa empapada en sangre.

El fuego cruzado de alguien debe de haberlo alcanzado y ha escapado.

Lleva sangrando al menos veinte minutos.

Su cara llena de cicatrices se ha vuelto gris por el shock y la pérdida de sangre.

—Yuri Gravitch —dice, con voz débil pero sin sorpresa.

Sabía que vendríamos, pero no creo que esperara estar aquí.

Alguien en algún lugar le ha fallado a este hombre, y voy a asegurarme de que nunca tengan la oportunidad de arrepentirse de ello.

—Mikhail.

—¿Ha venido a terminar el trabajo?

Me siento frente a él, observando el charco de sangre cada vez mayor bajo su silla.

—¿Quién ordenó el ataque al negocio de mi mujer?

Dejo mi arma sobre el escritorio, apuntándole, pero mantengo la mano ligeramente envuelta alrededor de la empuñadura.

Sabe que no estoy jugando.

Puedo ver la aceptación en sus ojos.

Ya se ha rendido y sabe que va a morir.

Un hombre así no tiene nada que perder, y no va a dar ninguna respuesta.

Tose, salpicando el escritorio de carmesí.

—¿Cree que trabajo para otra persona?

Se forma una risa oscura, pero se disuelve en más farfulleos y salpicaduras de sangre.

—Sé que es así. El momento, la selección del objetivo… esta no fue idea suya.

Niego con la cabeza.

—Tiene suficientes armas en ese almacén para armar a un país entero. No necesita el proveedor de Dominic. Solo dígame para quién trabaja y haré que su muerte sea rápida e indolora.

—Tal vez solo quería hacerle daño.

Me gruñe, pero el gruñido se convierte en una mueca de dolor cuando le sobreviene otro ataque de tos.

—Usted quería dinero. ¿Alguien le pagó para hacerle daño a ella, específicamente?

Sus ojos parpadean con diversión.

La herida del estómago lo matará en menos de una hora, independientemente de la intervención médica, pero todavía tiene secretos que proteger.

Kozlov intenta moverse en la silla y hace una mueca de dolor por el movimiento.

La sangre se filtra a través de su improvisado vendaje.

Pero ya está todo manchado de rojo.

Simplemente se añade al constante río carmesí que empapa sus pantalones.

—Incluso si alguien me contrató, ¿qué le hace pensar que se lo diría?

—Porque su familia en Volgograd depende de su cooperación.

El miedo reemplaza el desafío en su expresión. —¿No se atrevería?

—Póngame a prueba.

Me mira fijamente desde el otro lado del escritorio, sopesando sus opciones.

Es un moribundo, pero todavía está reuniendo el valor para seguir siendo leal a quienquiera que sea de quien ha estado recibiendo órdenes.

El rostro de Kozlov se tuerce en una sonrisa amarga, pero se niega a darme un nombre.

Tose, y la sangre le corre por la barbilla mientras intenta hablar de nuevo, y luego se desploma sobre el escritorio.

El último estertor sale de su garganta y se queda quieto.

Le busco el pulso, pero no encuentro nada.

Oleg aparece en el umbral de la puerta.

—El edificio está despejado. Las cargas están colocadas.

Echo un último vistazo al cadáver de Kozlov y luego me dirijo a las escaleras.

El almacén arderá en cuestión de minutos, consumiendo todas las pruebas del trabajo de esta noche.

Una vez fuera, observamos cómo las llamas anaranjadas trepan hacia las nubes bajas.

Es otro mensaje enviado en el único idioma que nuestro mundo entiende: ataca lo que me pertenece y enfréntate a la destrucción total.

Pero quedan preguntas sin respuesta.

Kozlov no actuó solo, de eso estoy seguro.

La guerra no es solo por el fallido negocio de armas de Dominic o las ambiciones de Kozlov.

Alguien más está moviendo los hilos, y cuando descubra quién es, aprenderá lo que significa cruzarse en mi camino.

INESSA

Mientras camino por los estériles pasillos del hospital con Rosa a mi lado, llevo un jarrón de flores que parece insignificante en vista de lo que les ha pasado a mis empleados.

Tres de mis costureras yacen en camas aquí por mi relación con el mundo violento en el que me crio mi padre.

Una hostilidad que no ha hecho más que aumentar desde su muerte y que, según Yuri, podría continuar durante un tiempo.

Llevo la culpa como un estandarte al entrar en la habitación de la primera paciente.

Las manos de Katya desaparecen bajo una gasa blanca de la que asoman las puntas de sus dedos por los vendajes.

Intentó salvar las muestras de tela cuando las llamas consumieron mi sala de exposiciones.

Ahora mira fijamente las baldosas del techo con los ojos vacíos, el rostro sin una gota de color.

—Inessa —susurra cuando se da cuenta de mi presencia, con la voz rota.

—Intenté salvar la colección de primavera.

—No te preocupes por el trabajo ahora.

Acerco una silla a su cama y dejo las flores en la mesita de noche.

—Céntrate en recuperarte.

Rosa ronda junto a la puerta, esperándome, y me siento reconfortada por su presencia maternal.

—¿Habrá trabajo cuando me recupere?

Su pregunta es lógica. A menudo, cuando negocios como el mío sufren tanto, acaban quebrando.

Que es exactamente lo que estoy segura de que los Kozlov esperan que ocurra, solo para castigar a Yuri o manchar el legado de mi padre.

Pero pienso luchar.

Le cojo con suavidad la muñeca que no tiene herida.

—Siempre habrá trabajo. Podemos reconstruirlo todo.

Pero en sus ojos no hay fe, y entiendo por qué.

Este ataque no ha sido casual.

Estaba diseñado para destruir algo más que telas y mobiliario.

Pretendía destruir la esperanza y, por la cualidad inerte de su mirada, veo que lo ha conseguido, al menos con ella.

Es desolador, pero el negocio solo sobrevivirá si yo sigo adelante, porque alguien tiene que seguir luchando.

Tras una breve visita, continúo.

En la siguiente habitación, Pyotr está sentado, erguido, a pesar de tener las costillas rotas y quemaduras en el brazo izquierdo.

Él se encargaba de la sala de exposiciones, recibía a los clientes y organizaba los escaparates con ojo de artista.

Ahora, unos hematomas amoratados le florecen en el pecho, donde los escombros lo golpearon durante el incendio.

—Pyotr.

Llamo suavemente a su puerta abierta antes de entrar.

—¿Cómo lo llevas?

—Inessa…

Su rostro se ilumina a pesar del evidente dolor.

—No esperaba que vinieras.

—Claro que he venido.

Arrastro la silla de visitas hasta su cama y me siento, inclinándome hacia delante para que no tenga que forzar la voz.

—Cuéntame qué ha pasado. Empieza por el principio.

Se mueve con cuidado, haciendo una mueca de dolor cuando sus costillas protestan por el movimiento, y se las presiona con la mano.

—Estaba en la trastienda, actualizando las hojas de inventario. Sobre las tres de la tarde, oí el timbre de la puerta principal. Un sonido normal, ya sabes. Los clientes entran y salen todo el día.

—Pero estos no eran clientes.

Suspiro, deseando poder hacer algo.

Pero me siento en silencio a escuchar mientras él continúa.

—No.

Su respiración se vuelve superficial mientras prosigue.

—Salí a recibirlos y tres hombres estaban en el área de exposición principal. Llevaban máscaras negras, del tipo que cubre toda la cara.

—Pasamontañas… —digo yo, y él asiente.

—El primero llevaba un bidón de metal con gasolina, me di cuenta más tarde. El segundo tenía una especie de dispositivo, quizá un temporizador. El tercero solo vigilaba la puerta.

La mirada de Pyotr se pierde en la distancia.

—Actuaban como si ya lo hubieran hecho antes. Y sabían exactamente dónde verter el acelerante para causar la máxima destrucción.

Vuelve a hacer una mueca y apoya la cabeza en la almohada.

—¿Te dijeron algo?

—El que vigilaba la puerta me dijo que saliera o ardería con el edificio, pero no me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que uno de ellos colocó una carga.

Los ojos de Pyotr reflejan terror, mirándome el rostro sin verme.

Se me revuelve el estómago.

—Pero no te fuiste inmediatamente.

—No podía.

Se le quiebra un poco la voz.

—Pensé en todas las horas que habíamos pasado montando esos expositores, en todas las piezas de la nueva colección.

Intenté coger lo que pude del perchero más cercano.

Sacude la cabeza y la deja caer.

—Ahí fue cuando te hiciste daño.

Me duele el corazón por él, pero no puedo hacer nada para cambiar lo que ha pasado.

La rabia se forma en mi pecho como una bola apretada que siento como si me hubiera tragado una piedra.

—El fuego se extendió tan rápido… Un perchero se cayó y me atrapó el brazo brevemente. Conseguí liberarme, pero no antes de que…

Señala su brazo vendado.

Le cojo la mano que no tiene herida y se la aprieto.

—Lo siento mucho, Pyotr. Esto no debería haberos pasado nunca, a ninguno de vosotros.

—No ha sido un acto de vandalismo al azar —dice en voz baja, pero no me mira a los ojos.

—Creo que esperaban herir a mucha gente o enviar algún tipo de mensaje.

Lo he recibido alto y claro.

Mis empleados han sufrido por las decisiones que he tomado, las alianzas que he aceptado, un matrimonio que he consentido contraer.

Su dolor se instala en mi pecho y alimenta la idea de la venganza.

Mi padre ya la habría ejecutado.

A estas alturas ya habría cadáveres en las calles.

Pero soy incapaz de luchar contra esos cabrones enfermos por mi cuenta, y sin los recursos que me proporciona mi negocio, ni siquiera puedo contratar a alguien para que lo haga. Tengo que confiar en Yuri.

Cuando Pyotr ha agotado sus energías y necesita descansar, visito cada cama, cada rostro vendado, cada persona que confió en mí lo suficiente como para trabajar en mi edificio.

Cuando me voy, el sol se está poniendo y mi culpa se ha endurecido hasta convertirse en una determinación de acero.

Esto no puede continuar.

Rosa me observa con la preocupación surcando sus facciones mientras el chófer de Yuri nos lleva de vuelta a casa.

No habla, pero retuerce las manos en su regazo.

Sabe lo que estoy pensando: que esto es culpa mía, que yo he traído la violencia a vidas inocentes.

Lo sé porque de camino al hospital, ha intentado convencerme de que no era verdad, pero sé que sí lo es.

Mi asociación con el líder de la mayor organización criminal de San Petersburgo es la razón por la que mi negocio está siendo atacado, y él va a ayudarme a parar esto.

Las puertas del complejo se abren de par en par, y en cuanto el coche se detiene, me bajo y voy directamente al despacho de Yuri.

Encontrar la puerta abierta me sorprende, hasta que entro y lo veo desplomado en su silla, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Manchas oscuras marcan los puños de su camisa y, cuando me acerco, veo que tiene sangre seca bajo las uñas.

Abre los ojos cuando mis pasos llegan hasta él.

Por un momento, no se mueve, solo me observa con agotamiento.

Tiene el pelo revuelto, la corbata floja y un corte sobre la ceja izquierda sin limpiar.

He entrado aquí esperando tener que pelearme con él para que hiciera algo, pero, extrañamente, me da la impresión de que ya ha estado en pie de guerra.

—¿Cómo están?

Su voz suena áspera.

Solo puedo imaginar de qué malvadas atrocidades es culpable de haber cometido en las últimas horas.

—Vivos.

Me detengo antes de llegar a su escritorio.

—Quemados y rotos, pero respiran.

Asiente lentamente, como si le doliera mover el cuello.

—Bien.

—¿Dónde has estado hoy?

Probablemente no tengo derecho a preguntar, pero la curiosidad me puede.

—Ocupándome de nuestro problema.

Se endereza en su silla, haciendo rodar sus anchos hombros.

—Esos hombres que incendiaron tu sala de exposiciones no volverán a provocar más incendios.

Quizá debería horrorizarme, pero el alivio me inunda tan de repente que me flaquean las rodillas.

Alguien ha luchado por fin por mí.

Alguien les ha hecho pagar por fin.

—¿Todos? —le pregunto, sin creer del todo que haya hecho eso.

Mi propia jodida madre nunca lo hizo.

—Todos.

No aparta los ojos de los míos.

—Junto con el hombre que los contrató.

—¿Quién era?

—El contacto de Kozlov en la ciudad. Un intermediario que pensó que la intimidación me llevaría a negociar más rápido.

La boca de Yuri se endurece como el granito.

—Se equivocaba.

Me hundo en la silla frente a él.

Las emociones de hoy —culpa, ira, alivio— se arremolinan hasta que no puedo separarlas.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero las veo como una debilidad y me niego a permitir que los hombres de Kozlov me hagan sentir débil.

Así que aprieto la mandíbula y busco en mi interior para contener el maremoto que amenaza con ahogarme.

—Mis empleados no se merecían esto.

—No, no se lo merecían.

Se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en el escritorio.

—Pero ya ha terminado.

—¿De verdad? ¿O habrá otro ataque mañana, otro incendio, otro mensaje?

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada.

—¿Cuánta gente tiene que salir herida antes de que esto termine?

—No lo sé, Inessa —dice con amargura.

—Pero terminará. Te doy mi palabra.

La determinación de su expresión me hace creerle.

A pesar de todo —el matrimonio forzado, la manipulación, la forma en que ha destrozado mi vida planeada—, creo que protegerá lo que me pertenece.

—Necesito asearme —dice él, levantándose lentamente.

—Y tú necesitas comer. Rosa ya tendrá la cena lista en la cocina.

Pero no quiero comida.

No quiero sentarme sola en ese comedor, picoteando de los platos mientras mi mente reproduce imágenes de manos vendadas y costillas rotas.

Quiero sentirme protegida, sentirme a salvo, olvidar por unas horas que mis decisiones tienen consecuencias que hieren a gente inocente.

Así que lo sigo escaleras arriba.

No me pregunta nada ni me echa, así que me siento en el borde de la cama mientras él desaparece en el baño.

El sonido del agua corriendo llega desde detrás de la puerta. Me miro las manos, intentando reconciliar a la mujer que construyó un imperio de la moda con la mujer que siente alivio por la brutalidad de su marido.

Cuando sale, lleva el pelo húmedo y solo un pantalón de pijama.

Cortes y moratones marcan sus nudillos, ahora limpios pero todavía una prueba visible de lo que ha hecho por mí hoy.

Mi pecho se oprime con emociones contradictorias.

Este hombre ha matado por mí.

Varias personas han muerto porque amenazaron lo que yo he construido. Debería estar horrorizada.

Debería sentirme mal.

Entonces, ¿por qué me siento reconfortada y atraída por él?

Me ha obligado a casarme con él, que es lo que ha empezado todo esto, ¿no?

O ¿decía la verdad cuando afirmaba que todo esto habría pasado independientemente de si me casaba con él?

Y sin él, estaría sola luchando contra estos hombres que quieren reducir mi mundo a cenizas.

—Ven aquí —digo.

Se detiene, estudiando mi rostro. —Inessa—

—Por favor.

Cruza hasta la cama y se sienta a mi lado.

Me acerco más y más, hasta que puedo acurrucarme contra su costado.

Su brazo me rodea automáticamente, su mano se posa en mi cintura.

—Sé que Batya no está aquí para detener lo que está pasando —susurro contra su pecho.

—Sé que eres el único que puede acabar con esto.

Su agarre se tensa.

—Ahora estás protegida.

—Necesito sentirme protegida, Yuri.

Me resulta dolorosamente vulnerable decirlo, pero hay que decirlo.

—Necesito saber que alguien luchará por lo que he construido, por la gente que depende de mí.

—Lo haré.

Su voz retumba bajo mi mejilla.

—Lo estoy haciendo.

Levanto la cabeza para mirarlo.

Sus ojos son oscuros, están cansados, pero también arden con un calor.

Un calor que se ha estado acumulando entre nosotros desde nuestra noche de bodas, la atracción que he estado combatiendo desde que me tocó por primera vez.

Este hombre es un asesino.

Ha torturado a gente hoy, probablemente con sus propias manos.

Es despiadado, frío, capaz de una violencia indescriptible.

Y estoy agradecida por ello.

Me siento atraída por ello.

—Ahora me perteneces —dice en voz baja.

—No por contratos ni alianzas. Sino porque te deseo.

Me aprieto más contra él, con la mano plana sobre su pecho, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi palma.

Él también me pertenece, me doy cuenta.

Mi mente está en guerra consigo misma.

La parte racional me grita que me distancie, que quizá busque a mi madre y le pida ayuda, pero su cercanía me atrae.

Me acurruco completamente contra él, con el rostro hundido en la curva de su cuello.

Su calor me envuelve mientras me abraza.

Esta es la paradoja de Yuri Grávich: capaz de una violencia extrema y una ternura inesperada, a menudo en la misma hora.

—Quédate —susurro.

—No voy a ninguna parte.

Su mano se mueve hacia mi pelo, sus dedos se enredan en los mechones oscuros, su tacto es tan suave, tan cuidadoso, completamente opuesto a la sangre que vi bajo sus uñas antes.

Dos caras del mismo hombre: destructor y protector, asesino y marido.

Cierro los ojos y me dejo hundir en su fuerza, permitiéndome reconocer lo que no he estado lista para admitir.

En algún punto entre el odio y el miedo, entre los votos forzados y las caricias elegidas, mis sentimientos por él han derivado hacia un territorio peligroso.

Alina se horrorizaría si supiera a dónde han ido mis pensamientos.

Mi mejor amiga, con su lealtad feroz y sus instintos protectores, me diría que me estoy perdiendo en el síndrome de Estocolmo.

Me recordaría que las relaciones sanas no se construyen sobre matrimonios forzados y asesinatos.

Pero Alina no ha vivido en mi mundo.

No ha visto cómo todo lo que ha construido casi se derrumba porque era demasiado débil para protegerlo ella misma.

No ha sentido el alivio de saber que alguien derramará sangre para mantenerla a salvo.

Me abraza mientras el sueño amortigua mi culpa y mi miedo.

En algún momento, se tumba, llevándome con él, y su respiración se uniforma bajo mi mejilla.

Me doy cuenta de que él también se ha quedado dormido, todavía abrazándome.

Todavía protegiéndome, incluso en la inconsciencia.

Mañana, lidiaré con la moralidad de mis sentimientos.

Esta noche, solo necesito sentirme a salvo.

YURI

De pie, tras la ventana de mi despacho, observo a Viktoria Mirova cruzar el patio como si el suelo que pisa fuera suyo, con el pelo rubio miel recogido y el abrigo ondeando a su espalda.

Incluso desde esta distancia, reconozco la fría determinación de su postura; la misma ambición despiadada que destruyó su matrimonio y la alejó de su familia hace años.

Si estuviera al frente de una familia como la mía, la destruiría en cuestión de meses.

No tiene ni idea de lo que hace.

Oleg la intercepta en la puerta principal y le bloquea el paso al complejo.

Gesticula de forma exagerada, y su voz llega hasta mí a través del patio, aunque no consigo distinguir las palabras.

Agita las manos de forma teatral; cada movimiento está diseñado para transmitir su justa indignación, pero es todo una farsa.

Semyon me advirtió de lo despiadada que es Viktoria, y mientras estoy apagando fuegos con los Kozlov, no tengo tiempo para ocuparme de ella, pero parece que no me queda otra.

Me sirvo un vodka y me acomodo en el sillón de cuero que da a la ventana.

Esta confrontación era inevitable desde el momento en que regresó a San Petersburgo.

Viktoria nunca se acerca sin una estrategia, nunca exige nada sin tener algo con lo que presionar.

La cuestión no es si quiere tener acceso a su hija, sino qué precio piensa cobrar por ese privilegio.

No se retirará de esta lucha por muchas veces que la ignore.

Bebo un sorbo mientras la observo sacar unos documentos del bolso y agitarlos agresivamente delante de Oleg.

Él permanece impasible, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho.

Ese hombre ha montado guardia para mí durante guerras, redadas y asesinatos.

Una mujer de mediana edad con papeles legales no supone ninguna amenaza para su compostura.

Tras diez minutos de discusión inútil, Viktoria se acerca a la verja y habla directamente a la cámara de seguridad montada sobre la entrada.

Mueve los labios con claridad, asegurándose de que pueda leer su mensaje aunque no haya sonido.

Sabe lo de los documentos falsificados.

Sabe que su derecho legal sobre el imperio Mirov sigue siendo válido.

Y lo destapará todo a menos que coopere.

Luego espera, mirando directamente al objetivo de la cámara, con la boca curvada en una sonrisa maliciosa que promete destrucción.

Cuando por fin se da la vuelta para marcharse, le entrega a Oleg un sobre cerrado y se aleja indignada, y yo me termino la bebida.

El vodka me quema la garganta mientras la veo retirarse.

Semyon la repudió por traición: por vender secretos familiares a la competencia, malversar fondos y acostarse con rivales para obtener información de mercado.

Pero antes de que pudiera despojarla de sus derechos legales sobre la empresa, desapareció.

Nunca le pregunté qué hizo para mantenerla alejada, pero ahora ha regresado para reclamar lo que nunca le quitaron como es debido.

Me aparto de la ventana sabiendo que pronto averiguaré de qué va todo esto, y en cuestión de minutos, el sobre aferrado en la mano llena de cicatrices de Oleg está frente a mí.

—Supongo que lo ha visto, ¿verdad? —pregunta, fijándose en que los monitores de mi ordenador muestran la señal de seguridad en directo.

—Sí —le digo, mirando el sobre que tiene en la mano con el ceño fruncido.

Lo deposita en mi escritorio y se retira, dejándome a solas con la munición que Viktoria haya preparado.

Es mejor arrancar la tirita de golpe, así que abro el sobre y me recuesto en el sillón para acabar con esto de una vez.

Dentro, las fotocopias de documentos legales originales se extienden sobre mi escritorio como un cáncer.

Documentos de propiedad de la empresa con firmas auténticas y sellos oficiales.

Certificados de matrimonio con fechas sin alterar.

Partidas de nacimiento que muestran la filiación legítima y los derechos de herencia.

Todo ello demuestra el derecho de Viktoria al cincuenta por ciento del imperio de la moda Mirov, y solo porque Semyon apoyó económicamente a su propia hija cuando empezó.

Jamás le habría exigido esto a Inessa, pero, en este caso, Viktoria es como un buitre acechando un cadáver en descomposición.

Estudio cada página mientras la furia crece en mi interior.

Estas copias son demasiado perfectas para ser falsificaciones. En algún lugar de la ciudad, Viktoria posee los originales que podrían destruir todo lo que Inessa ha construido.

Si estos documentos salen a la luz en un tribunal, mi mujer perderá su empresa, su independencia y toda su identidad.

La alianza empresarial que justificó nuestro matrimonio se desmorona, dejando nuestros dos imperios vulnerables a la adquisición por parte de depredadores más hambrientos.

Pero, más que eso, perder su empresa destruiría a la propia Inessa. La he visto volcar hasta la última gota de pasión y creatividad en ese negocio.

La define de una forma que va más allá de los márgenes de beneficio y la cuota de mercado.

Sin él, se convierte en una simple esposa de un hombre rico, dependiente de mi protección y generosidad para sobrevivir.

La idea me llena de una rabia asesina.

Llevo los documentos a la chimenea y los veo convertirse en cenizas.

Las llamas consumen cada página de la misma forma que yo quiero consumir a Viktoria Mirova y devolverla al agujero del que se ha

arrastrado.

Pero quemar copias no resuelve nada.

Seguramente conserva los originales, junto con cualquier otra prueba que haya reunido durante su exilio.

Si está en lo cierto y Semyon falsificó arrogantemente sus firmas, le arrebatará todo lo que Inessa ha tenido.

Su propia hija.

Su descaro enciende en mí un odio tan profundo que tengo que contenerme para no ordenar su ejecución de inmediato.

Sería demasiado obvio.

Los litigios legales tardarían meses en resolverse y generarían una publicidad que no beneficia a nadie.

El soborno podría funcionar temporalmente, pero las ambiciones de Viktoria van más allá del dinero.

Quiere poder, reconocimiento, venganza contra la hija que prosperó mientras ella sufría en el exilio.

Lo más preocupante de todo es que sospecho que ella está detrás de la escalada de ataques al negocio de Inessa.

El momento es demasiado oportuno: Viktoria regresa a San Petersburgo y, de repente, la gente de Kozlov ataca los almacenes y las salas de exposición de mi mujer.

Alguien les ha proporcionado información detallada sobre los horarios de seguridad y las rutinas de los empleados. Alguien como la madre de Inessa…

Viktoria posee esa información.

Ha estudiado el negocio durante meses antes de revelarse.

Ahora está aplicando ese conocimiento de forma sistemática, utilizando la violencia de Kozlov para debilitar la resistencia de Inessa mientras se posiciona como la solución a los problemas que ella misma ha ayudado a crear.

Es lo único que tiene sentido. Kozlov se cansaría de atacar a Inessa y vendría directamente a por mí en algún momento, y no lo ha hecho.

Creía que todo esto era por Dominic, pero nunca ha sido así.

Ha sido Viktoria todo el tiempo.

La estrategia revela su naturaleza fundamental: manipuladora, calculadora, dispuesta a sacrificar a gente inocente para lograr sus objetivos personales.

Usa a los empleados de Inessa para forzar la sumisión de su hija, para luego ofrecer protección maternal frente a las amenazas que ella misma ha orquestado.

Solo que no permitiré que la segunda parte de su plan se desarrolle, y por eso ahora viene a por mí.

Delibero sobre qué hacer durante toda la noche y, cerca de la medianoche, subo las escaleras hacia mi dormitorio, con el agotamiento pesándome sobre los hombros.

La violencia del día y las amenazas de Viktoria han agotado la poca paciencia que me quedaba.

Necesito descansar, claridad mental, tiempo para planear su destrucción como es debido.

Encuentro a Inessa dormida en la cama, con su pelo oscuro desparramado sobre las almohadas blancas.

Lleva una de mis camisas; la tela hace que su esbelta figura parezca diminuta mientras se acurruca bajo las pesadas mantas.

La luz de la luna se filtra por las ventanas e ilumina una expresión apacible que desearía que permaneciera en su rostro durante sus horas de vigilia, pero hasta que esta lucha termine, no creo que sea posible.

Su lugar está aquí, en mi cama, en mis brazos, porque eligió mi protección por encima de la independencia, mi violencia por encima de la vulnerabilidad, mi cama por encima del frío consuelo de la soledad.

Verla aquí, a salvo en mi espacio, refuerza mi determinación más allá de cualquier documento legal o cálculo empresarial.

Viktoria no me la quitará.

Ni a través de los tribunales, ni de la manipulación, ni de la violencia.

Enterraré a esa mujer antes de permitir que destruya lo que me pertenece.

Y tampoco se llevará lo que es de Inessa.

No lo permitiré.

No estoy seguro de cómo voy a detenerla y despojarla de sus derechos, pero lo haré aunque sea lo último que haga.

Me desvisto en silencio, con cuidado de no perturbar el sueño de Inessa.

Se mueve cuando el colchón se hunde bajo mi peso, acercándose inconscientemente hasta que su cuerpo se amolda al mío.

Su calor se filtra a través de la fina tela de la camisa, y su respiración se acompasa de nuevo.

Esto es lo que Viktoria amenaza: no solo los beneficios empresariales o la propiedad legal, sino la mujer que finalmente hizo que esta casa se sintiera habitada en lugar de meramente ocupada.

Inessa transformó estas habitaciones de espacios funcionales en un hogar con su sola presencia.

Sus bocetos están esparcidos por mi escritorio, sus libros en mi mesilla de noche, su aroma impregnado en mis sábanas.

No entregaré esa transformación a una mujer que abandonó a su familia por beneficio propio.

Mañana empezaré a reunir pruebas de la conexión de Viktoria con la organización de Kozlov, porque sé que existe.

Lo siento en los huesos.

Alguien orquestó esos ataques utilizando información interna, alguien que entendía exactamente cómo maximizar los daños y minimizar la exposición legal.

Viktoria debe de haber estudiado el negocio de su hija durante meses antes de revelarse.

De hecho, sospecho que también incitó a Kozlov a atentar contra la vida de Semyon.

Lo que significa que la sangre de Dominic mancha sus manos y que yo, por mi parte, no pararé hasta encontrar a su asesino.

Si es Viktoria Mirova, que Dios se apiade de su alma.

Una vez que demuestre su culpabilidad, Inessa verá la verdadera naturaleza de su madre: no la madre herida que busca la reconciliación, sino la depredadora calculadora que sacrificó a empleados inocentes para alcanzar sus objetivos personales.

La noción romántica del amor maternal se derrumbará ante la realidad de la maldad de Viktoria.

Solo entonces podré eliminarla permanentemente sin arriesgarme a la reacción emocional de Inessa.

Acerco a mi mujer, sintiendo cómo su cuerpo se relaja por completo contra el mío.

Ahora confía en mí de una forma que nunca pensé que lo haría.

Confía en mi juicio, en mi protección, en mi compromiso de preservar lo que ella construyó.

Esa confianza no tiene precio.

No la dañaré.

Viktoria amenaza ese vínculo mediante la manipulación legal y la violencia orquestada.

Cree que las reivindicaciones maternales y la simpatía fingida pueden abrir una brecha entre nosotros, pueden hacer que Inessa cuestione mis métodos y motivaciones.

Subestima la profundidad de lo que se ha desarrollado entre su hija y yo.

Pero no me apoyaré únicamente en los lazos emocionales para asegurar la lealtad de mi mujer.

Le presentaré a Inessa pruebas irrefutables de la traición de su madre; pruebas tan condenatorias que ni siquiera la obligación filial podrá justificar el perdón.

Y cuando lo haga, Inessa verá exactamente por qué la obligué a casarse conmigo.

Porque merece la pena luchar por el corazón que late contra mi pecho, y le hice una promesa a Semyon hace años, cuando acordamos la boda de Inessa y Dominic, de que garantizaría su supervivencia si algo le ocurría.

Y ni siquiera los insultos mezquinos de mi hermano me detendrán.

Inessa es mía para protegerla, y Viktoria va a pagar por esto.

INESSA

El sol me da de lleno a través de las ventanas del comedor mientras remuevo las verduras en el plato.

He perdido el apetito.

Ha habido demasiado drama y derramamiento de sangre como para aclararme las ideas desde la boda de hace semanas, y la idea de dar sepultura a mi padre consume mis pensamientos.

Cuando no estoy luchando contra mi ira hacia el régimen de los Kozlov y los ataques a mis exposiciones, estoy agotada hasta los huesos, tumbada en la cama en un bajón depresivo.

Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que mi corazón y mi mente puedan volver a la normalidad después de perder a Batya.

Rosa se sienta frente a mí como una madre cariñosa, preocupándose por mi bienestar.

Me riñe como una madre, y entiendo por qué Yuri la mantiene cerca, pero rechazo hasta sus mejores intentos.

Consigo dar unos cuantos bocados al pollo asado, aunque la comida me sabe a nada.

Solo necesito noticias del exterior, saber qué está pasando con mi negocio, con la investigación de la muerte de Batya.

Quiero empezar el duelo, pero parece que voy a estar perpetuamente atrapada aquí en el limbo hasta que tengamos un funeral y un velatorio en condiciones.

Yuri entra en el comedor, haciendo que ambas levantemos la vista hacia él.

Sus ojos oscuros recorren la habitación antes de posarse en mí.

Apenas le sostengo la mirada un segundo antes de dejar que vuelva a caer sobre mi plato.

Sé lo que va a decir, pero hoy no tengo energía emocional para escucharlo.

Todo parece tan pesado ahora.

No solo estoy perdiendo a mi padre o mi negocio.

Varios de mis empleados han muerto, sucumbieron a sus heridas.

Es desgarrador que otras personas, las que dependían de mí, estén sintiendo lo mismo que yo sentí cuando Batya fue asesinado.

—No estás comiendo —observa Yuri, ocupando la silla frente a mí cuando Rosa la deja libre y nos da algo de intimidad.

—Estoy bien —le digo, pero no vuelvo a mirarlo.

No sé por qué le importa.

—Eres muchas cosas, Inessa. «Bien» no es una de ellas.

Rosa le trae café sin que se lo pida y luego se retira para darnos más intimidad.

Durante un rato, la habitación se queda en silencio, de esa manera que ocurre cuando alguien no sabe qué decir.

Yuri y yo perdimos a alguien ese día, pero él actúa como si la muerte de Dominic no le afectara.

O quizá está desahogando su dolor masacrando a los Kozlov por lo que hicieron.

Ojalá yo fuera así: capaz de transformar en puños y furia el profundo vacío que se abrió paso en mi corazón ese día.

Pero no soy como él.

No soy una asesina y no soy una persona violenta.

Creo que podría serlo si tuviera que serlo, pero no quiero serlo.

Y solo pensar así me da náuseas.

—Necesito aire —le digo, y amago con levantarme, but él posa su mano sobre la mía y me detengo, relajándome de nuevo en el asiento.

—El aire de aquí es bastante real.

—Ya sabes a lo que me refiero —mascullo, renunciando a mi voluntad de luchar contra él.

Me duele el corazón de formas que él quizá nunca entienda porque no estoy segura de que sea capaz de amar de verdad como yo.

Yuri se recuesta en su silla, estudiándome con esos ojos penetrantes.

—Dime qué es lo que quieres de verdad.

La pregunta directa me pilla por sorpresa.

Dejo el tenedor y le sostengo la mirada.

—Quiero visitar a Alina. Todavía está en el hospital recuperándose, y no la he visto desde…

Dejo la frase en el aire mientras pienso en ello.

Estaba en la unidad de cuidados intensivos cuando visité a los demás.

No pude llegar hasta ella.

Ahora me siento como una mala amiga por no haberme esforzado más.

—No.

—Es mi mejor amiga. Casi muere por el caos que rodea a nuestras familias. Se lo debo….

—No le debes nada, *milaya*. Sus heridas fueron una desgracia, pero no fue culpa tuya.

Un ardor me estalla en el pecho.

—Todo lo que ha pasado está relacionado conmigo. Mi boda, mi negocio… Alina se vio atrapada en el fuego cruzado por ser leal a mí.

Me obligo a mantener la calma.

—Solo quiero ver a mi amiga.

Pero incluso mientras digo las palabras, mi mente se desvía hacia la llamada que hice esta mañana.

Necesité tres intentos para robarle el teléfono a Kirill cuando estaba distraído con lo que Rosa horneaba.

Su atención se había desviado hacia el pan recién hecho que se enfriaba en la encimera de la cocina, y yo había deslizado el aparato fuera de su chaqueta con dedos que apenas temblaban.

Necesito una conexión con el mundo exterior que sea algo más que malas noticias sobre otro bombardeo en una de mis instalaciones.

Quería oír la voz de mi madre, incluso si se negaba a ser la madre que yo necesitaba.

Así que la llamé, y no me arrepiento.

La conversación se repite en mi mente: su voz melosa prometiendo rescatarme, insistiendo en que solo quería traerme a casa, a donde

pertenezco, lejos de las garras de Yuri.

Ya no estoy segura de necesitar que me rescate de él, pero su deseo de reparar nuestra relación rota me conmueve el corazón.

La llamada duró quizá noventa segundos antes de que oyera pasos y tuviera que colgar, pero esas breves palabras reavivaron la esperanza que he tenido desde niña de que, de alguna manera, podría encontrar la forma de sanar a mi familia.

—Inessa.

La voz de Yuri irrumpe en mis pensamientos.

—¿Adónde te habías ido?

De vuelta al presente.

De vuelta a él observándome con esos ojos oscuros y sabios.

—A ninguna parte. Estoy aquí mismo.

—Tu cuerpo está aquí. Tu mente se ha ido a otro sitio por completo.

Me enderezo en la silla, echando mano de la compostura que me ha servido en muchas reuniones con clientes o sermones paternos.

—Necesito esto, Yuri. Una tarde con mi amiga. Dos horas, quizá three. Iré con escoltas, seguiré cualquier protocolo de seguridad que requieras. Pero necesito verla.

—¿Por qué es tan importante?

La pregunta es sencilla, pero su tono sugiere que ya sabe que hay algo más en esta petición que amistad.

Me inclino hacia delante, dejando que la vulnerabilidad se filtre en mi voz.

—Porque me estoy ahogando aquí. Porque perdí a mi padre y mi mundo entero cambió de la noche a la mañana, y la única persona que podría entender por lo que estoy pasando está tumbada en una

cama de hospital mientras yo estoy sentada en este recinto sintiéndome inútil.

La expresión de Yuri no se suaviza, pero algo cambia en su postura mientras continúo, y me doy cuenta de que quizá sí tengo algo de influencia aquí.

De verdad me está escuchando.

—Porque has sido increíble conmigo.

Las palabras se me escapan de la boca incluso mientras asimilo lo que estoy haciendo, y no son del todo falsas.

Puede que lo manipule para conseguir lo que quiero simplemente jugando con su deseo por mí.

—Me has protegido, me has cuidado, te has asegurado de que esté a salvo. Pero necesito sentirme humana de nuevo, no solo… conservada.

—Pero ahí fuera es peligroso para ti ahora mismo.

—Y también hay un depredador entre estos muros que me acecha.

A propósito, permito que mi tono se vuelva seductor.

La vergüenza me arrebola las mejillas.

Siento cómo me arden, pero rezo para que crea que es excitación y no una señal inequívoca de que le estoy mintiendo.

Quiero ver a mi madre, y él ya ha dejado claro que eso está descartado.

Así que si tengo que mentirle para que ocurra, haré lo que tenga que hacer.

Me levanto y rodeo la mesa, deteniéndome junto a su silla.

Mis dedos recorren el borde del cuello de su camisa, sintiendo el calor de su piel bajo la tela.

—Por favor, *suprug*, no sabes lo que significaría para mí.

Su mano atrapa la mía, el pulgar rozando mis nudillos.

—¿Sabes lo que quiero yo?

—Sé lo que te gusta —le digo, sintiendo la tensión entre nosotros mientras espero a ver si se ha dado cuenta de que me estoy aprovechando de su lujuria por mi cuerpo.

—Te deseo, Inessa. Deseo cada parte de ti.

El agarre de Yuri se tensa y sé que lo tengo justo donde quiero.

—Pues cógelo.

Me inclino más, dejando que mis labios rocen su oreja.

—Coge de mí lo que quieras, y luego déjame conseguir esa cosa.

Yuri se gira en la silla y posa la mano que tiene libre en mi cadera.

—Desnúdate.

La mirada diabólica de sus ojos hace que sienta un calor que me recorre de la cabeza a los pies.

La orden me envía una descarga eléctrica por toda la columna vertebral.

—¿Aquí?

—Aquí mismo. Ahora mismo.

El pulso se me acelera.

Rosa podría volver en cualquier momento.

Los guardias patrullan los pasillos.

Pero el ardor en la mirada de Yuri me dice que no le importa, y la necesidad desesperada de conseguir su permiso me impulsa.

Mis ojos se desvían nerviosamente hacia la puerta, pero no tengo elección.

Yo he provocado esto y tengo que llegar hasta el final, o sabrá que simplemente estoy usando mi cuerpo para conseguir lo que quiero.

Doy un paso atrás y me agarro el bajo del jersey para quitármelo por la cabeza con un movimiento fluido.

Yuri me bebe con la mirada y luego dice:

—Continúa.

Mis pantalones van después y quedan amontonados alrededor de mis tobillos.

Luego mi ropa interior, hasta que me quedo de pie, desnuda, en su comedor, con el corazón acelerado por la expectación y la emoción de saber que tengo este poder sobre él.

La mirada de Yuri recorre mi cuerpo con deleite, deteniéndose en las curvas y los ángulos antes de volver a mi cara.

—Ven aquí —ordena, y me acerco a él. Posa las manos en mi cintura y tira de mí hasta que estoy de pie entre sus piernas.

La tela de su traje es áspera contra mi piel desnuda.

—Estás preciosa cuando quieres algo —murmura, mientras sus dedos trazan dibujos en mis costillas—. La desesperación te sienta bien.

—¿Eso es un sí?

En lugar de responder, tira de mí para sentarme en su regazo, y puedo sentir la prueba de su deseo a través de los pantalones.

Su boca encuentra la mía en un beso que es a la vez castigo y recompensa, exigente y generoso a partes iguales.

Yuri no me da la oportunidad de pensar.

Su boca reclama la mía con fiereza, y su mano se cierra en mi nuca para mantenerme en mi sitio.

La silla cruje bajo nuestro peso mientras me arrastra por completo a su regazo, restregando mi piel desnuda contra la dureza que tensa sus pantalones.

Me agarro a sus hombros, sin aliento, con el roce de su barba incipiente quemándome los labios.

—Separa las piernas.

Su voz baja de tono, y sé que cada sílaba está pensada para ser obedecida.

Obedezco, dejando caer mis muslos sobre los suyos, y la vergüenza se enreda con la excitación.

No le importa que esté expuesta en medio de su casa.

Quiere que sea vulnerable, y yo se lo doy.

Su mano se desliza entre mis piernas, los dedos trazando la humedad que ya me ha sacado.

Gruñe contra mi boca, satisfecho, y luego se aparta lo justo para observar mi reacción mientras introduce dos dedos.

Echo la cabeza hacia atrás y se me escapa un gruñido a pesar de mis intentos de permanecer en silencio, y su pulgar traza círculos hasta que mis caderas se sacuden contra su mano.

—Mira qué sexi estás —murmura, su aliento caliente contra mi oreja.

—Estás chorreando por mí.

—Yuri…

Mi protesta se derrite en un gemido cuando enrosca los dedos, arrastrando la sensación a través de mí hasta que me aferro a él.

Su mano libre me agarra el muslo, manteniéndome bien abierta mientras me trabaja sin piedad, extrayendo los sonidos húmedos de mi cuerpo.

Es ruidoso y humillante, pero la sensación es increíble.

Le muerdo el hombro a través de la tela del traje, ahogando el sonido, pero él solo suelta una risa oscura.

—No te escondas. Que te oigan si pasan por aquí.

La idea me aterra, pero hace que mi pulso se acelere todavía más.

No puedo controlar los sonidos que se escapan de mi garganta mientras su ritmo aumenta, llevándome más y más alto hasta que me aprieto alrededor de sus dedos.

El calor me atraviesa en oleadas y mi clímax se desata antes de que pueda evitarlo.

Mi cuerpo se estremece y se sacude, y él solo reduce la velocidad lo suficiente para arrancarme hasta el último espasmo.

Cuando me desplomo contra él, temblando, saca la mano y presiona sus dedos resbaladizos contra mis labios.

—Prueba aquello por lo que me suplicas.

La vergüenza me abrasa, pero separo los labios y me los meto en la boca.

El sabor salado me llena, y sus ojos se oscurecen mientras observa.

—Buena chica —dice—. Ahora, cabálgame.

Se mueve, desabrochándose el cinturón con una mano mientras me sujeta con la otra.

El clic metálico de la hebilla resuena, seguido por el rasguido de su cremallera.

Me levanto lo suficiente para que él se baje los pantalones, liberándose.

La visión de él —grueso, duro, palpitando de necesidad— hace que se me cierre la garganta.

Me coloca encima de él, su agarre en mis caderas casi deja moratones.

—Ahora —ordena, y me bajo sobre él.

El estiramiento quema, cada centímetro forzándome a abrirme hasta que estoy completamente llena.

Se me escapa un grito ahogado, mis uñas se clavan en sus hombros mientras me empuja hacia abajo hasta que estoy completamente sentada.

—Joder, Inessa —gime, echando la cabeza hacia atrás por primera vez, perdiendo el control.

—¿Qué me estás haciendo? Tu cuerpo me sienta como un guante.

No me deja encontrar un ritmo.

Sus manos me suben y me bajan de golpe, una y otra vez; el ritmo brutal me arranca jadeos de la garganta.

Mi cuerpo rebota contra el suyo, la silla gime bajo nosotros como si fuera a romperse.

Cada embestida hunde su polla más profundamente, y el placer se enrosca con fuerza y rapidez dentro de mí de nuevo.

—Quiero oírte suplicar —exige, con su boca en mi oreja, sus dientes atrapando mi piel.

—Dime quién es tu dueño.

—Tú —jadeo, la palabra se derrama sin pensar—. Eres mi dueño.

Su gruñido vibra a través de mí, y su ritmo se vuelve salvaje.

El chasquido de la carne y el raspado de la madera contra el suelo llenan la habitación.

Le agarro la cabeza, forzando su mirada hacia la mía incluso mientras mi cuerpo se desmorona.

Mi clímax estalla de nuevo, violentamente, arrancando gritos de mi garganta mientras convulsiono a su alrededor.

Él no se detiene.

Me embiste con más fuerza, persiguiendo su propio final, el sudor humedeciendo sus sienes.

Su boca aplasta la mía, tragándose cada grito, hasta que con un gruñido gutural, se sacude debajo de mí.

Su polla late, llenándome mientras me aprieta con fuerza contra su regazo, negándose a dejar que me mueva hasta que se ha vaciado profundamente dentro de mí.

Me desplomo contra su pecho, ambos boqueando en busca de aire, sus manos todavía aferradas a mis caderas como si nunca fuera a dejarme ir.

El comedor da vueltas a mi alrededor, olvidado.

Rosa, los guardias, el riesgo… todo se desvanece bajo la cruda verdad de lo que acaba de pasar.

Me apoyo en su pecho, ambos respirando con dificultad.

Sus dedos recorren mi espina dorsal mientras espero su respuesta.

Una parte de mí siente que incluso si se niega, este sexo ha valido la pena, pero el anhelo sigue ahí.

Todavía quiero ir a ver a alguien familiar.

—Dos horas —dice finalmente.

—Oleg y Alexei te acompañarán. No los pierdes de vista, no haces ninguna parada y regresas directamente aquí.

El alivio me inunda, tan intenso que casi me desplomo contra él.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía.

Su mano se enreda en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Si traicionas mi confianza, no habrá una segunda oportunidad. ¿Entendido?

—Entendido.

Pero incluso mientras asiento, la voz de mi madre resuena en mi memoria.

Ven a casa, Inessa. Déjame ayudarte a escapar de esta prisión.

El pulgar de Yuri roza mi labio inferior.

—Espero que lo entiendas.

Me ayuda a vestirme con toques suaves y besos hambrientos.

Cuando vuelvo a estar vestida, me acerca para darme un beso más, este más suave pero no menos posesivo.

—Estate lista en una hora —me dice.

—Y no hagas que me arrepienta de esto.

Asiento y salgo del comedor, mi corazón late con expectación y culpa a partes iguales.

En sesenta minutos, estaré fuera de estos muros por primera vez en una semana.

Y quizás, si soy lo suficientemente inteligente, descubriré cómo reparar a mi familia, que ha estado rota tanto tiempo que no

recuerdo por qué se desmoronó.

20

YURI

La familia Gravitch se reúne alrededor de una mesa de metal llena de cicatrices, bajo una luz zumbante y la bruma del humo de los puros que nubla el aire.

Dimitri ha convocado esta reunión sin consultarme primero; una violación del protocolo que ya me está haciendo hervir la sangre.

Los otros hombres están sentados con sus trajes caros y sus rostros tallados en piedra, mientras una creciente tensión crea una neblina entre nosotros.

—El matrimonio ha sido un error —refunfuña Fyodor.

Su corpulencia ocupa la silla en el extremo de la mesa, y sus gruesos dedos tamborilean contra la superficie metálica.

Mi tío era el siguiente en la línea de sucesión para dirigir la familia si mi padre hubiera muerto antes que mi abuelo.

Por supuesto, se pone del lado de Dimitri.

El hombre está a un paso de ser demasiado senil para liderar a nadie.

—La chica no trae más que complicaciones.

—La alianza con los Mirova aseguró las rutas textiles a través de Europa del Este y nuestro comercio se duplicó posteriormente —replico, manteniendo la voz firme a pesar de la irritación que me araña el pecho—.

—Los ingresos aumentaron un treinta por ciento en el primer trimestre.

—Ganancias temporales —interviene Dimitri.

Se inclina hacia adelante, con los codos sobre la mesa, y su pelo canoso capta la dura luz.

—El trato de armas que Dominic inició sigue sin resolverse. Kozlov se está impacientando. Y la madre de su nueva esposa está disputando la propiedad del negocio por la vía legal, atrayendo una atención que no necesitamos.

Anton, uno de nuestros primos, asiente con la cabeza.

—Demasiadas variables. Demasiadas piezas en movimiento que podrían derrumbarse en cualquier momento.

Estos hombres no tienen ni idea de lo que hablan.

Kozlov está muerto.

Lo maté yo mismo, pero hasta que no sepa con certeza quién está detrás de los ataques, no se lo diré.

Estoy casi seguro de que es Viktoria, pero no descarto un conflicto intrafamiliar.

No me extrañaría que Dimitri empujara a uno de mis enemigos hacia mí.

Aun así, si él es el que mueve los hilos, ya se habría enterado de la muerte de Kozlov.

—Y luego está la cuestión de la percepción —añade Fyodor.

Sus manos llenas de cicatrices se cruzan sobre la mesa mientras habla.

—Los hombres susurran que Yuri Gravitch se ha ablandado. Que está comprometido por una esposa joven que lo lleva de la polla.

Las palabras son un desafío directo hacia mí, y también una burla.

Todos los hombres en esta mesa conocen las reglas: si le faltas el respeto al *pakhan*, te enfrentas a las consecuencias.

Pero Fyodor ha respaldado su declaración con el apoyo de otros, lo que complica la refutación.

Yo lidero esta familia, y si llamara a mis hombres y les diera la orden, recularían.

Pero son familia, y no quiero que la lealtad se fracture.

—Déjela a un lado —dice Fyodor.

—Busque una pareja más ventajosa. Alguien de la familia Kozlov, quizás. Para facilitar el trato de armas y al mismo tiempo conseguir una alianza más fuerte.

—El contrato matrimonial es vinculante —digo con los dientes apretados.

—Los contratos se pueden disolver. —El tono de Dimitri suena como si estuviera dando órdenes, algo a lo que no tiene derecho.

—Los accidentes ocurren. Las esposas desaparecen. El mundo sigue adelante.

Un escalofrío helado me recorre las venas al oír la naturalidad con la que habla de deshacerse de Inessa.

Estos hombres la ven como algo prescindible, una pieza que se puede mover o quitar cuando convenga.

No entienden lo que ella representa; no solo la alianza comercial, sino el fuego que se enciende cuando me desafía, la forma en que se niega a romperse incluso cuando está acorralada.

—Se queda.

Mi declaración los incomoda a todos.

Las cejas de Dimitri se arquean una fracción, la única señal de su sorpresa.

¿De verdad cree que voy a someterme a él cuando yo soy el líder?

—Esto no es una negociación, Yuri.

La voz de Fyodor se convierte en un gruñido.

—Las preocupaciones de la familia…

—Las preocupaciones de la familia han sido tomadas en cuenta. —Me levanto, y la silla raspa contra el suelo.

—Pero mi matrimonio permanece intacto. Busquen otras soluciones a las exigencias de la situación.

—¿Y cuando esto se agrave? —pregunta Fyodor.

Estos hombres han venido aquí esperando que obedeciera, que me doblegara a su voluntad colectiva porque me superan en número cinco a uno.

Pero lo único que han hecho ha sido revelar sus cartas.

Creen que me he vuelto débil, manipulable, gobernado por la emoción en lugar de la lógica.

—Entonces descubrirán por qué me convertí en el *pakhan*.

La expresión de Dimitri se ensombrece. —Yuri…

—Se ha acabado la reunión —les digo.

Me doy la vuelta y me dirijo con paso decidido hacia la puerta mientras las voces se alzan en una acalorada discusión, pero no miro atrás.

Pueden conspirar y tramar entre ellos.

Cuando hagan un movimiento contra mí —y lo harán—, estaré preparado.

Si quieren desafiarme, aprenderán lo que significa cruzarse en mi camino, porque el plomo de mis balas no diferencia entre familia y enemigo cuando aprieto el gatillo.

El viaje de vuelta a San Petersburgo dura cuatro horas a través de una campiña gris, lo que me da tiempo a considerar mis opciones.

Dimitri no actuará de inmediato.

Es cauteloso por naturaleza, prefiere crear consenso antes de atacar.

Pero los otros podrían resultar más impulsivos, especialmente si creen que mi apego a Inessa me hace vulnerable.

No se equivocan del todo.

La mujer se me ha metido bajo la piel de formas que no anticipé.

Lo que comenzó como un acuerdo pragmático ha evolucionado hacia algo más peligroso.

La familia percibe esta debilidad y quiere explotarla.

Pero subestiman lo que estoy dispuesto a hacer para conservar lo que es mío.

Cuando el coche finalmente llega a mi casa, Oleg me espera en la puerta, y su habitual expresión estoica ha sido reemplazada por una ansiedad apenas disimulada.

Algo va mal.

—Jefe, tenemos un problema.

Tose para disimular cómo se le quiebra la voz.

—Explíquese.

—La señora Gravitch ha vuelto de su visita al hospital con una… invitada. Ella insistió… y como es su esposa, Kirill las dejó pasar antes de consultar con seguridad.

Kirill, que parecía culpable de narices cuando se le interrogó sobre cómo desapareció su teléfono ayer.

Aprieto la mandíbula mientras las piezas encajan.

No estoy contento con Inessa, y ya hablaremos, pero por ahora, tengo que averiguar qué demonios está pasando.

—¿Dónde están ahora?

—En el salón, señor.

Atravieso la entrada principal con una rabia que crece a cada paso.

El sonido de voces femeninas llega desde la sala principal: el tono de Inessa y otra voz que es empalagosamente dulce y manipuladora.

Cuando llego a la puerta, la escena que tengo ante mí confirma mis peores temores.

Viktoria Mirova está sentada en mi sillón de cuero como si le perteneciera, sosteniendo un vaso de vodka de cristal en su mano de manicura perfecta.

Inessa está sentada en el borde del sofá, con la espalda rígida por la tensión.

Parece atrapada entre la lealtad y el anhelo, dividida entre la madre que la abandonó y el hombre que se casó con ella por la fuerza.

Leo su expresión como un libro y sé la confusión en la que probablemente está inmersa en sus pensamientos.

El sueño de toda niña es tener una madre que se preocupe por ella, e Inessa nunca lo ha tenido.

Ambas mujeres levantan la vista cuando entro, pero sus reacciones no podrían ser más diferentes.

La sonrisa de Viktoria es depredadora. El rostro de Inessa se queda sin color.

—¡Yuri! —Viktoria se levanta con la teatralidad de siempre—.

—Qué maravilla conocer por fin al marido de mi hija. Le estaba diciendo a Inessa lo preocupada que he estado por su bienestar.

—Fuera.

Mis palabras atraviesan la actuación de Viktoria como un cuchillo, y su sonrisa vacila durante una fracción de segundo antes de reafirmarse.

—¿Perdón?

—Me ha oído perfectamente. Fuera de mi casa.

No llego a señalar, pero dejo clara mi autoridad apartándome de su camino hacia la puerta.

—Estoy aquí para ver a mi hija…

—Está aquí porque ha conseguido acceder mediante el engaño y la manipulación.

Entro en la habitación y la cabeza de Inessa se inclina aún más.

—Ha vulnerado mi seguridad, corrompido a mi personal y violado la santidad de mi hogar. Esas no son las acciones de una madre preocupada.

—Yuri…

Inessa empieza a hablar, pero la corto con una mirada.

Esta conversación es entre Viktoria y yo.

—No sé qué cree que está consiguiendo —dice Viktoria, dejando el vaso—.

—Pero mantener a Inessa prisionera no…

—¿Prisionera?

La palabra explota en mi garganta como un cohete.

—Es mi esposa. Esta es su casa. La intrusa aquí es usted.

—Ella me llamó.

La voz de Viktoria se vuelve presuntuosa, casi triunfante.

—Me suplicó que viniera. Dijo que estaba desesperada, atrapada, que necesitaba la ayuda de su madre para escapar de esta jaula dorada que has construido a su alrededor.

Me vuelvo hacia Inessa, cuyo rostro confirma al menos parte de la verdad.

Ella contactó primero con su madre.

Se puso en contacto con esta mujer venenosa y la invitó a nuestras vidas, a mi santuario.

Quizás no suplicó ayuda, pero veo la culpa manchando su rostro abatido.

—Tiene treinta segundos para abandonar mi propiedad —le digo a Viktoria, con la voz convertida en un susurro letal.

—Si sigue aquí cuando ese tiempo expire, mis guardias la sacarán de la manera que consideren oportuna.

—No puede amenazarme…

—Veinticinco segundos.

Viktoria busca el apoyo de Inessa, pero mi esposa se ha quedado en silencio, con los ojos de color verde grisáceo muy abiertos por una mezcla de miedo y fascinación.

Me está viendo como realmente soy: no el hombre de negocios controlado que negocia contratos, sino el depredador que construyó un imperio derramando sangre y sembrando el terror.

—Esto no ha terminado —dice Viktoria, recogiendo su bolso con dignidad herida—.

—Inessa sabe dónde encontrarme cuando esté lista para volver a casa.

—Veinte segundos.

Se dirige hacia la puerta rápidamente, tratando de mantener la compostura.

Pero veo la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos tiemblan ligeramente mientras agarra el bolso.

Siente el peligro que emana de mí y comprende que su tiempo se está acabando.

La puerta principal se cierra tras ella y, a través de la ventana, la veo subir a un sedán negro y alejarse del complejo.

Solo entonces dirijo mi atención a Inessa.

No se ha movido del sofá, pero su respiración se ha acelerado.

Sabe lo que se avecina.

—Arriba. Al dormitorio. Ahora.

—Yuri, déjame que te lo explique…

—Muévete.

La única palabra contiene suficiente advertencia para impulsarla a la acción.

Se levanta sobre piernas temblorosas y camina hacia la escalera.

La sigo de cerca, tratando de mantener mi temperamento a raya.

Sea lo que sea lo que acaba de pasar, sé que Inessa solo quería acercarse para sanar una relación fracturada.

No tiene ni idea del peligro que representa Viktoria.

En la puerta del dormitorio, la abro de un empujón y espero a que entre.

Cuando está dentro, cierro la puerta y echo el cerrojo antes de enfrentarme a su figura temblorosa.

—¿Cuánto tiempo llevas en contacto con ella?

Inessa se abraza a sí misma, un gesto defensivo que no hace nada para calmar mi furia.

—Esta mañana. La he llamado esta mañana.

—¿Usando el teléfono de quién?

—De Kirill.

Está temblando.

Odio estar asustándola tanto, pero tengo que saber lo grave que es la hemorragia ahora mismo.

—¿Y organizaste esta reunión durante tu visita al hospital?

Asiente, incapaz de mirarme a los ojos.

—Mírame.

Cuando no obedece, me acerco más.

—Mí-ra-me.

Sus ojos de color verde grisáceo se elevan hacia los míos, nadando en lágrimas no derramadas.

Pero ahora estoy más allá de la compasión, más allá del cuidadoso equilibrio que hemos mantenido esta última semana.

—Has violado mi confianza. Has vulnerado mi seguridad. Has traído a mi enemiga a mi casa.

Cada acusación cae entre nosotros, construyendo un muro de traición ladrillo a ladrillo.

—¿Y para qué? ¿Para que pudiera envenenarte la mente con mentiras sobre fugas y rescates?

—Es mi madre.

—Es una puta manipuladora que te abandonó cuando le convino y regresó cuando olió una oportunidad.

Inessa se estremece ante el lenguaje grosero, pero no he terminado.

—¿Quieres saber lo que tu madre quiere de verdad? Quiere el control de tu empresa. Quiere usar tu matrimonio conmigo como palanca contra nuestras dos familias. Le importa una mierda tu felicidad o tu seguridad. No eres más que otro peón en su juego.

—¡Tú no la conoces! —solloza, y la primera lágrima rompe la presa.

—Tú tampoco. Pero estás a punto de aprender lo que cuesta la traición en mi mundo.

El cerrojo hace clic al girarme para irme.

Inessa permanecerá en esta habitación hasta que yo decida lo contrario, con guardias fuera de su puerta y sin medios de contacto con el mundo exterior.

Mientras me alejo, su voz me sigue a través de la madera.

—¡Yuri, por favor!

Pero sus súplicas ya no son suficientes.

La confianza, una vez rota, requiere más que palabras para repararse.

E Inessa acaba de descubrir que cruzarse con Yuri Gravitch tiene un precio que puede que no esté dispuesta a pagar.

INESSA

Me ha encerrado aquí.

Aprieto las palmas de las manos contra la fría puerta de roble y escucho cómo los pasos de Yuri se alejan por el pasillo.

El sonido arrastra su rabia, dejando tras de sí solo el recuerdo de su rostro pálido al ver a mi madre sentada en su salón.

Había esperado poder interceptarlo en la puerta para hacerle saber lo que había hecho, pero no oí su coche acercarse.

Me dirijo a la ventana y miro hacia el jardín.

Todo parece normal, pero sé que las cosas han cambiado.

Yuri no me ha encerrado en una habitación desde hace semanas, no desde la noche antes de nuestra boda, cuando me retuvo para asegurarse de que su plan funcionara.

Ahora lamento lo que he hecho porque ha cambiado su opinión sobre mí, como si yo fuera un trapo sucio en lugar de la mujer a la que tiene en alta estima.

Pero el perfume de mi madre todavía impregna mi ropa y sus palabras resuenan en mi mente.

He venido a llevarte a casa, cariño. Lejos de este monstruo.

La palabra cariñosa salió de su boca con tanta naturalidad, como si no hubieran pasado once años desde la última vez que me llamó algo en absoluto.

Como si no se hubiera marchado de mi vida cuando yo solo era una niña para no volver a mirar atrás jamás.

Su voz había sido cálida y densa, cargada de un amor y una preocupación maternales que hicieron que mi pecho doliera con una añoranza que creía haber enterrado.

Renuncié a la idea de volver a tener una madre y hoy ella ha vuelto a insuflar vida a esa esperanza.

Me hundo en la cama y me abrazo las rodillas.

Me llamó su prisionera.

Me dijo que estaba confundida sobre él y que, si conseguía alejarme de su comportamiento controlador, vería lo peligroso que es.

Pero ahora conozco a Yuri, mejor que nunca, y no creo que sea peligroso para mí.

Creo que quiere ayudarme y que ella se equivoca.

Pero ¿cómo sé qué creer?

Mi padre quería que me casara con alguien de esta familia, ¿no?

¿Por qué lo haría si Yuri era tan peligroso?

¿De verdad me habría llevado al altar para entregarme a cualquiera de los Gravitch si eran tan letales?

Sin embargo, cuando pronunció esas palabras, sus ojos se habían dedicado a catalogar la riqueza que nos rodeaba.

La lámpara de araña de cristal que colgaba sobre el vestíbulo.

El mármol importado bajo nuestros pies.

Los óleos que cubrían las paredes, cada uno de más valor de lo que la mayoría de la gente ve en toda una vida.

Había absorbido cada detalle con la mirada experta de alguien que evalúa bienes de gran valor.

Cierro los ojos y me obligo a recordar cada momento de nuestro reencuentro.

La forma en que me cogió la cara entre las manos, estudiando mis rasgos como si confirmara mi identidad.

Las preguntas que me hizo sobre mi rutina diaria, mi libertad para moverme por el recinto, las medidas de seguridad que regían mi vida aquí.

En ese momento, parecían fruto de la preocupación de una madre.

Ahora no sabía qué pensar.

Yuri estaba muy enfadado, sus ojos llenos de furia e ira.

¿Solo se estaba protegiendo a sí mismo o estaba de verdad tan preocupado por mí?

La comprensión se abre paso entre mis pensamientos de forma lenta y reticente.

Quiero desecharla, aferrarme a la fantasía de una madre que pasó once años buscando a su hija perdida.

Pero las incoherencias se multiplican cuanto más las examino.

Su ropa era cara.

No solo estaba bien hecha, sino que eran prendas de diseño que sé que solo llevan las mujeres de la alta sociedad.

Sus joyas eran discretas pero claramente costosas: un reloj que brillaba con oro auténtico, pendientes con diamantes genuinos engastados.

Llevaba el pelo peinado por un profesional, las uñas arregladas y la piel mostraba los signos reveladores de cosméticos caros y tratamientos de spa regulares.

Para ser una mujer que supuestamente había pasado más de una década en el exilio, apartada de su familia y su fortuna, parecía estar extraordinariamente bien cuidada.

Me levanto y camino de un lado a otro de la habitación, pero el movimiento no me ayuda a calmarme.

Niego con la cabeza, intentando deshacerme de la idea de que Yuri podría tener razón, pero esta echa raíces y se extiende.

¿Por qué iban los hombres de Yuri a tratar a mi madre como una amenaza?

Estaba sola, desarmada, presentándose como nada más que una madre preocupada.

Pero se resistieron a que la trajera aquí.

Y el propio Yuri se había quedado pálido en el momento en que la vio.

Nunca le había visto así y nunca había sufrido el extremo explosivo de esa ira, tampoco, no como hoy.

¿Qué podría hacer que un hombre como Yuri Gravitch tuviera miedo de mi madre?

Me siento en el pequeño escritorio y apoyo la barbilla en mis manos entrelazadas.

Las preguntas en mi cabeza se multiplican, cada una más preocupante que la anterior.

¿Dónde había estado?

¿De verdad me estuvo buscando alguna vez?

¿O estaba esperando al acecho, con la esperanza de que yo la introdujera en mi vida?

¿Y por qué esperó a que Batya se fuera?

La tarde da paso a la noche y permanezco inmóvil, atrapada en una red de dudas que se cierra más a cada minuto.

Me aprieto las sienes, luchando contra la comprensión que amenaza con hacer añicos lo que queda de las ilusiones de mi infancia.

La madre por la que guardé luto durante once años, la mujer que imaginé buscándome con lágrimas en los ojos y arrepentimiento en el corazón… esa mujer nunca existió.

Cuando unos pasos resuenan en el pasillo, no me muevo.

Gira la cerradura y Yuri entra.

Se ha cambiado la ropa de antes por un pantalón oscuro y una camisa blanca, con las mangas arremangadas para mostrar los tatuajes oscuros que cubren sus antebrazos.

Tiene el pelo todavía húmedo por habérselo lavado, peinado hacia atrás, y huele a jabón.

Siento que la tensión se acumula en mi pecho mientras me vuelvo para mirarlo.

Es su expresión lo que me llama la atención: la furia que arde bajo la superficie, la forma en que mantiene la mandíbula rígida incluso mientras cierra la puerta tras de sí.

Esta no es la rabia explosiva de antes, pero no está nada contento conmigo.

—Has tenido tiempo para pensar —dice, y yo asiento, sin fiarme de mi propia voz para hablar.

Se dirige a la silla que hay frente al escritorio y se acomoda en ella.

Sus ojos oscuros no se apartan de mi cara, leyendo cada microexpresión y cada cambio en mi postura.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —pregunta por fin.

Las palabras se me atascan en la garganta.

Admitir la verdad significa aceptar que todo lo que creía sobre mi infancia, mi familia y el amor de mi madre se construyó sobre mentiras.

Pero las pruebas están ahí y estoy cansada de vivir negándolo.

Si Yuri me está diciendo la verdad, tengo que admitir que quizá mi madre no busca lo mejor para mí y que él de verdad está intentando protegerme.

—No vino aquí a salvarme —digo, casi en un susurro.

—No. No lo ha hecho.

—Vino por otra cosa.

Su rostro muestra una sombría satisfacción, aunque no creo que disfrute haciéndome retorcer tanto como pensaba que lo haría.

—Muy bien. ¿Qué más?

Cierro los ojos, sintiendo cómo mis últimas ilusiones se desmoronan.

—Lo ha estado planeando. El momento, la forma de acercarse… nada de eso fue una coincidencia.

—Continúa.

—Y probablemente no esté trabajando sola.

Abro los ojos y le sostengo la mirada mientras algo se me ocurre.

—¿Está trabajando con tus enemigos?

Yuri se mete la mano en el bolsillo de la camisa y saca un sobre de manila, colocándolo sobre el escritorio entre nosotros.

El papel es grueso y me tiemblan las manos al cogerlo.

—Ábrelo —dice.

Las fotografías del interior están granuladas, pero son lo suficientemente claras como para reconocer los rostros.

Mi madre está sentada frente a un hombre que no conozco en lo que parece ser un restaurante de lujo.

Su postura es relajada, como si se hubieran reunido muchas veces antes.

En la siguiente imagen, está deslizando un sobre por la mesa. En la tercera, se están dando la mano por lo que parece un acuerdo de negocios.

El sello de tiempo indica que fueron tomadas hace tres días.

Dos días antes de que me derrumbara llamándola y ella apareciera, alegando un desesperado amor maternal.

—¿Quién es? —consigo preguntar, aunque ya sospecho que la respuesta destruirá lo que queda de mi mundo.

No quiero creerme nada de esto, pero las pruebas no juegan a su favor.

Me está arrancando el corazón casi tanto como lo hizo el día que murió mi padre.

—Arkady Volkov —me dice Yuri, y suena totalmente seguro.

—Trabaja para Kozlov.

Las fotografías se me escurren de los dedos entumecidos y se desparraman por el escritorio.

Un Kozlov… y mi madre, sentados el uno frente al otro como si fueran viejos amigos.

Está haciendo negocios con la misma gente que quiere destruir mi empresa.

—¿Qué le estaba dando?

El simple hecho de hacer la pregunta admite que creo que es verdad, y lo creo.

Yuri no tiene ninguna razón real para mentirme sobre esto. Ya lo tiene todo.

Mi empresa es suya para que la coja, y con mi nombre en un certificado de matrimonio que firmé voluntariamente, puede quedarse con todo sin discusión.

No necesita que me crea todo esto, pero está aquí intentando ayudarme.

Por mucho que me duela, necesito saberlo.

—Le está pagando. Supongo que varios millones de rublos.

Siento su traición como un maremoto que me arrastra y cada bocanada de aire se vuelve más pesada que la anterior.

Mi madre no solo me había abandonado hacía once años, sino que había regresado para venderme al mejor postor.

La mujer que me había cogido la cara entre sus manos y prometido protegerme estaba aquí para coaccionarme mediante la manipulación.

—Nunca vino a llevarme a casa —digo, mientras la comprensión me inunda con una claridad nauseabunda.

—¿Quiere mis empresas y quiere destruirte a ti? —Lo miro y tiene una expresión de compasión.

Por primera vez desde que lo conozco, parece que a Yuri Gravitch le importa.

—Entre otras cosas. Tus acciones en la empresa, la herencia de tu padre. Representas un valor considerable para los compradores adecuados. Viva, eres útil como medio de presión. Muerta, ella hereda todo como tu pariente más cercana.

—Y también puede devastar tus empresas… —murmuro, apoyándome en el escritorio para sostenerme mientras las piernas empiezan a flaquearme.

La naturaleza clínica del asunto me revuelve el estómago.

Mi propia madre había calculado el valor de mi sangre.

Contaba con ello, esperando poder aparecer como un buitre tras mi muerte para quedarse con todo lo que tengo.

Me había mirado a los ojos y había mentido con perfecta compostura mientras ya contaba el dinero que creía que iba a heredar.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—La he tenido bajo vigilancia desde que regresó a la ciudad. Cuando se acercó al recinto el otro día, supe exactamente a qué había venido. Por eso te advertí que no tuvieras contacto con ella.

Miro las fotografías esparcidas, pruebas de un engaño tan completo que reescribe todo lo que creía saber sobre mi vida.

Mi madre, mi infancia, las razones de la destrucción de nuestra familia… todo ello construido sobre mentiras que yo era demasiado joven y estaba demasiado desesperada para reconocer.

La niña que hay dentro de mí, que ha pasado años preguntándose qué había hecho mal, por qué su madre se había ido, por fin tiene su respuesta.

No fue abandonada porque no fuera digna de amor.

Fue desechada porque no era útil.

Hasta ahora.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto, sorprendida por la firmeza de mi propia voz.

El dolor y la traición que siento empiezan a unirse para formar algo cáustico en mi pecho.

«Rabia» no es una palabra lo suficientemente fuerte para describirlo.

Abominación, quizá, u odio amargo…

La expresión de Yuri se endurece. Desde que esta pesadilla comenzó, le he tenido pavor.

Pero ahora su frialdad no me asusta.

Al contrario, me llena de una expectación salvaje.

—Ahora —dice, recogiendo las fotografías—, nos aseguraremos de que Viktoria entienda exactamente lo que les pasa a quienes confunden a mi mujer con una presa.

YURI

Observo el rostro de Inessa mientras la verdad cala hasta sus huesos.

Sus ojos van de las fotografías esparcidas a mi cara mientras las recojo, buscando alguna explicación alternativa que no existe.

Los últimos vestigios de esperanza infantil se desvanecen de su expresión, dejando atrás la cruda realidad de lo que su madre es en verdad.

No llora, pero veo el momento en que su mundo se hace añicos por completo: el ligero temblor de sus manos, la forma en que su respiración se vuelve superficial.

Lucha por mantener la compostura mientras todo lo que creía sobre su familia se desmorona a su alrededor.

La observo asimilar mi promesa, veo cómo se le enderezan los hombros al aceptar lo que soy y lo que estoy dispuesto a hacer por ella.

Está enfadada, y con razón.

Ahora que se le ha caído la venda de los ojos, puede ver a su propia madre como el monstruo despreciable que es, y no hay nadie que pueda cambiar nada de eso.

Pero entonces su compostura se quiebra.

Las lágrimas brotan de golpe, años de abandono, traición y dolor derramándose en sollozos rotos.

Se lleva las manos a la cara, intentando contener el sonido, pero el cuerpo le tiembla con la fuerza de unas emociones que ya no puede reprimir.

Rodeo el escritorio sin pensarlo y la estrecho entre mis brazos.

Se resiste un instante y luego se derrumba contra mi pecho, aferrándose a mi camisa con los dedos.

Las fotografías se esparcen por el suelo mientras ella esconde la cara en mi hombro.

—La esperé —susurra entre lágrimas.

—En cada cumpleaños, en cada fiesta. Pensé que volvería a por mí.

La aprieto más fuerte.

Su dolor me atraviesa el pecho como un cuchillo que me abrasa la piel y me arranca el corazón, despertando mis instintos protectores.

Esto no va de asegurar un activo o mantener el control.

Va de la mujer que tiembla en mis brazos, la que confió en el amor de su madre y solo recibió devastación a cambio.

—Nunca le importé en absoluto —continúa Inessa, con la voz quebrada.

—Solo fui otra transacción para ella.

Le acaricio el pelo, seda oscura que se desliza entre mis dedos.

—Eh, shhh.

Y de repente, me veo transportado a otro tiempo, uno en el que mi anterior esposa sollozaba, en el que su cuerpo se debilitaba cada vez

más y no había nada que yo pudiera hacer para salvarla.

El cáncer es un enemigo contra el que no puedo luchar, pero Viktoria Mirova es una zorra despiadada que sentirá mi ira.

Y la he estado acumulando durante décadas, listo para desatarla.

—No es nada para ti, *milaya*. Y yo me encargaré de todo —gruño contra su cabeza antes de besarle suavemente el pelo.

La sinceridad es brutal, but ahora necesita más la verdad que el consuelo.

Las mentiras son lo que la han traído a este momento: mentiras sobre la familia, sobre el amor, sobre las personas que se suponía que debían protegerla.

No añadiré más a esa colección.

Llora con más fuerza ante mi confirmación, su cuerpo sacudido por sollozos que parecen arrancados de su alma.

La sostengo mientras dure, dejando que su dolor siga su curso mientras la furia crece en mi pecho.

Viktoria le quitó algo precioso a la mujer que tengo en mis brazos: no solo dinero o propiedades, sino la capacidad fundamental de confiar.

Ese robo exige un pago de sangre.

Finalmente, sus lágrimas se convierten en una respiración exhausta.

No se aparta y yo no la suelto.

Permanecemos abrazados mientras la oscuridad se adensa tras las ventanas.

Ambos hemos aprendido que la familia puede ser el arma más cruel de todas.

—Ya no sé quién soy —admite con voz ronca.

—Todo lo que creía sobre mi infancia, mi familia… todo era una invención.

—Eres exactamente quien siempre has sido. La mujer que construyó un imperio de la nada. La hija que honró la memoria de su padre. La esposa que se niega a romperse incluso cuando el mundo se desmorona a su alrededor.

Levanta la cabeza para mirarme y veo algo frágil en su expresión.

—¿Cómo voy a volver a confiar en alguien? ¿Cómo sé lo que es real?

Le ahueco la cara entre las manos, obligándola a mirarme a los ojos mientras le seco las lágrimas de las mejillas.

—Confías en mí.

—Me encerraste en este complejo. Forzaste este matrimonio…

—Para protegerte de lo que ha pasado hoy, exactamente. Te puse guardias porque tus enemigos ya se estaban moviendo en tu contra. Limité tu libertad porque hay gente que quiere hacerte daño y usarte como arma contra mí.

Mis pulgares apartan sus últimas lágrimas.

—Todo lo que he hecho ha sido para mantenerte con vida.

Estudia mi cara, buscando el engaño.

Pero dejo que vea la verdad: la necesidad posesiva que impulsa cada decisión relativa a su seguridad, la forma en que su bienestar se ha vuelto más importante que mi propia conveniencia.

Quizás al principio todo era por supervivencia, pero en algún momento la reclamé como mía, y nadie volverá a tocarla ni a hacerle daño.

—No te pido que perdones lo que te he quitado —continúo.

—Te pido que reconozcas lo que te he dado a cambio. Seguridad. Protección. Un marido que nunca te mentirá ni te abandonará.

Se le corta la respiración.

—¿Y qué quieres de mí?

—Tu confianza. Tu lealtad. Tu aceptación de que este matrimonio es real y permanente.

posido se arrastra pesadamente contra su muslo, palpitando de necesidad.

Se mantiene en silencio durante un largo momento, con los dedos todavía enroscados en mi camisa.

Entonces se pone de puntillas y me besa, desesperada y hambrienta, buscando una conexión entre los restos de su mundo.

Respondo de inmediato, dejando que mi control se fracture al primer contacto con sus labios.

La necesidad en carne viva nos consume a ambos mientras sus manos se enredan en mi pelo.

La levanto sobre el escritorio, dispersando las pruebas restantes de la traición de su madre.

—Haz que me olvide —susurra contra mi boca.

—Hazme sentir algo que no sea esto.

Aparto los papeles de debajo de sus piernas y le agarro la cintura.

Sus muslos se abren para mí sin dudarlo, y se aferra a mis hombros como si yo fuera lo único que la anclara a esta tierra.

Su boca se arrastra contra la mía con desesperación, los dientes rozándome, la lengua buscando.

El beso sabe a la sal de sus lágrimas, pero el hambre pronto domina al dolor.

Mi mano se desliza bajo su blusa.

Los botones saltan bajo la presión de mis dedos hasta que la tela se abre y deja al descubierto su pálida piel.

Su sujetador ofrece poca resistencia.

Lo bajo y libero la turgencia de sus pechos.

Se arquea ante mi contacto, jadeando cuando mis palmas la ahuecan con firmeza.

Sus pezones se endurecen contra mis pulgares, y el sonido que se escapa de su garganta vibra directamente en mi sangre.

—Inessa —murmuro contra sus labios.

—Mírame.

Sus ojos están húmedos y salvajes, la tormenta de su interior liberándose.

Bajo la boca a su pecho, tomando un pico tenso entre mis dientes, succionando hasta que tiembla.

Sus piernas se cierran alrededor de mi cintura.

El escritorio cruje bajo el movimiento de su cuerpo mientras se retuerce, atrayéndome más cerca.

Metí la mano entre ellas y busqué el cierre de sus pantalones.

El botón cede bajo mi pulgar y bajo la cremallera.

—Quítatelos —ordeno contra su boca.

Se incorpora, bajándoselos por las caderas con manos temblorosas.

Agarro la tela a la altura de sus tobillos y se los quito.

Me desnudo, listo para tomarla, pero la visión de ella extendida sobre papeles y fotografías me revuelve las tripas de asco.

Merece algo más que ser follada donde aún persiste la traición de su madre.

Paso las manos por debajo de sus muslos y la levanto.

Jadea, sus brazos volando alrededor de mi cuello, sus dedos aferrándose a mi camisa.

Su aliento se entrecorta contra mi garganta mientras la llevo los pocos pasos que nos separan del otro lado de la habitación.

Entonces la bajo sobre la cama, extendiéndola sobre las sábanas, y la visión de ella allí casi me deshace.

La blusa abierta, el pelo alborotado, la piel sonrojada por mis manos y mi boca… está deshecha y esperando, pero sus ojos permanecen clavados en los míos como si me desafiara a tomarlo todo.

Sus dedos se clavan en mis hombros.

—No pares ahora —susurra.

Me quito la camisa por la cabeza, la dejo caer al suelo y me subo sobre ella.

Mi polla se arrastra pesadamente contra su muslo, palpitando de necesidad.

Se arquea, abriendo las piernas para atraerme hacia ella.

—Eres mía, Inessa.

Su voz se quiebra, pero asiente.

—Entonces, cógeme.

Me hundo en ella lentamente, forzando a su cuerpo a aceptar cada centímetro hasta que estoy enterrado hasta la empuñadura.

Su respiración se quiebra contra mi boca.

Un jadeo se funde en un gemido bajo.

Sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura y tiran de mí más adentro.

La mantengo ahí, atrapada bajo mi cuerpo, pecho contra pecho.

—Nadie más —le digo, con la voz áspera en su oído.

—Solo yo.

Sus manos se aferran a mis hombros, las uñas clavándose en mi piel.

—Solo tú.

Me retiro y me hundo en ella de nuevo.

El ritmo se intensifica.

Cada estocada penetra más hondo y le arranca otro grito de los labios.

Se mueve conmigo, las caderas se elevan para encontrarse con las mías.

Su blusa se le resbala de los hombros.

Sus pechos se aprietan contra mi pecho.

Su corazón late con fuerza contra el mío.

Le ahueco la cara en la palma de mi mano, obligándola a mantener sus ojos en los míos.

—No apartes la mirada.

No lo hace.

Su mirada se mantiene firme mientras el placer la arrastra.

Su cuerpo se contrae con fuerza a mi alrededor.

Un escalofrío la recorre y sé que está cerca.

—Yuri… —Su voz se fractura en mi nombre.

Me clavo en lo profundo, manteniéndola ahí y moliendo contra el punto que la hace temblar.

Grita, su espalda arqueándose mientras su cuerpo se convulsiona.

Su orgasmo la desgarra, y la mantengo inmovilizada, recibiendo cada espasmo y cada grito hasta que se desploma bajo mi cuerpo.

Su cuerpo se relaja bajo el mío.

La mantengo atrapada, enterrado hasta la base, hasta que el apretado agarre de sus paredes me arrastra.

La liberación me desgarra en pesadas explosiones candentes, dejándome vacío dentro de ella.

Me quedo ahí, con el pecho presionado contra el suyo, nuestras respiraciones chocando en un ritmo áspero.

—Nunca volverás a estar sola —le digo.

Abre los ojos, con lágrimas aferradas a sus pestañas, pero me devuelve la mirada sin apartarla.

Me agarra la espalda con ambos brazos y tira de mí hacia abajo.

No me separo de ella, manteniéndonos unidos, negándome a darle ni un centímetro de distancia.

Yacemos enredados en la oscuridad, su cabeza descansando en mi pecho mientras recupero el aliento.

Su respiración por fin se ha estabilizado, los últimos temblores de dolor y pasión desvaneciéndose en el agotamiento.

—¿Qué le va a pasar? —pregunta en voz baja.

—¿A Viktoria? Desaparecerá… permanentemente.

—¿Le dolerá?

Considero la pregunta, sopesando la honestidad contra la piedad. —Sí.

—Bien.

La palabra surge sin dudarlo, y me sorprende.

Mi inocente esposa ha aprendido a aceptar lo necesario.

Se queda callada durante varios minutos, y luego: —Sigo esperando sentirme culpable por quererla muerta. Pero no lo siento.

—La culpa es un lujo que no te puedes permitir. Renunció a tu piedad cuando eligió cazarte.

—¿Es eso lo que te dices a ti mismo? ¿Cuando mandas matar a gente?

—Me digo a mí mismo que algunas amenazas solo se pueden eliminar, nunca negociar con ellas. Tu madre entra en esa categoría.

Inessa asiente contra mi pecho, aceptando esta realidad con el pragmatismo que he llegado a respetar en ella.

La mujer que entró en este matrimonio como una víctima ha evolucionado hasta convertirse en algo más duro, más peligroso.

Una compañera digna del apellido Gravitch.

—Lo decía en serio antes —susurra.

—Lo de confiar en ti.

La acerco más a mí, sellando este momento en mi memoria.

—Entonces nos entendemos.

—Sí. Nos entendemos.

Y mientras se duerme en mis brazos, me doy cuenta de que he cruzado una línea que juré no volver a pisar.

En algún punto entre proteger mi activo y reclamar a mi esposa, me he enamorado perdidamente de la mujer que podría destruirme.

No se me escapa la ironía.

Me casé con ella para asegurar una alianza, pero se ha convertido en mi mayor debilidad.

Y si mis enemigos se enteran, no necesitarán mujeres como Viktoria Mirova para animarlos a atacar.

Pero esta vez, estaré preparado.

INESSA

Yuri me lleva por pasillos que no había visto nunca, pasando por habitaciones que no sabía que existían en este extenso complejo.

Aquí las paredes son más gruesas, las puertas más pesadas, y comprendo sin que nadie me lo diga que estamos entrando en el verdadero centro de sus operaciones.

Se detiene frente a una puerta de acero que requiere tanto una tarjeta de acceso como un escáner biométrico para abrirse.

El mecanismo hace clic dos veces, y luego entramos en una sala que me deja sin aliento.

La sala de guerra es exactamente lo que esperaría de un hombre que dirige una organización tan grande y violenta.

Unos monitores enormes cubren todas las paredes, mostrando mapas, datos financieros, imágenes de vigilancia e interceptaciones de comunicaciones.

Una larga mesa de conferencias domina el centro del espacio, con su superficie cubierta de archivos, fotografías y documentos.

Baterías de ordenadores zumban silenciosamente a lo largo de una pared, sus pantallas parpadeando con constantes actualizaciones.

Pero es el panel de pruebas lo que capta mi atención: un panel montado en la pared cubierto de fotografías, hilos y notas que trazan conexiones que todavía no puedo descifrar.

En el centro de todo hay un retrato profesional de mi madre, rodeado de docenas de otras caras y lugares.

—Siéntate —dice Yuri, señalando una silla en la cabecera de la mesa.

—Hay cosas que tienes que ver.

Me acomodo en el asiento de cuero y observo cómo se acerca a uno de los ordenadores.

Sus dedos vuelan sobre el teclado y, de repente, el monitor principal muestra una hoja de cálculo financiera que hace que se me encoja el estómago.

Las cifras son asombrosas: millones de dólares que entran y salen de cuentas que no reconozco.

—Esto es lo que nuestros investigadores han descubierto sobre las operaciones de tu madre en los últimos seis meses —dice, pero su voz es clínica y distante.

—No ha estado creando una red criminal, Inessa. Ha estado expandiendo una que ya existía.

La pantalla cambia para mostrar una red de empresas interconectadas, todas con un hilo común: la implicación de mi madre.

Empresas de importación, empresas de transporte, constructoras e incluso varias boutiques de alta gama que reconozco del distrito de la moda de San Petersburgo.

Cada una está conectada por líneas de propiedad que, en última instancia, se remontan a cuentas en paraísos fiscales controladas por Viktoria Mirova.

—Ha estado usando mis negocios —susurro, empezando a comprender.

—Más que eso. Los ha estado usando para blanquear dinero para gente muy peligrosa.

Otra pulsación de tecla muestra registros de transacciones que revelan cómo los fondos de traficantes de armas, tratantes de personas y cárteles de la droga fluyen a través de un laberinto de negocios legítimos antes de emerger limpios por el otro lado.

Mi imperio de la moda —la empresa que construí de la nada, los diseños en los que puse mi alma, los empleados que consideraba mi familia— todo ha sido corrompido por el veneno de mi madre.

Había tomado algo puro y lo había torcido hasta convertirlo en una herramienta para criminales, usando mi reputación y los contactos de mi padre para legitimar dinero manchado de sangre.

Algo mucho peor que lo que la alianza de Yuri había sido nunca.

Esta traición es, de alguna manera, incluso peor que su rechazo personal hacia mí.

No se había limitado a abandonarme.

Había pervertido todo lo que había trabajado para construir.

Era como si me hubiera dado a luz solo para usarme como una herramienta.

—¿Cómo?

La pregunta emerge apenas como un suspiro.

Yuri pulsa para mostrar otra pantalla, esta vez con expedientes de personal.

Reconozco la mayoría de las caras: empleados que había contratado, en los que había confiado, a los que había ascendido.

Pero ahora los veo de otra manera, marcados con anotaciones en rojo que indican sus verdaderas lealtades.

—Lleva más de un año colocando a gente dentro de tu organización —explica él.

—Contables que podían acceder a tus sistemas financieros. Jefes de planta que podían sabotear la producción. Guardias de seguridad que podían proporcionar información sobre tus rutinas y vulnerabilidades.

Cada rostro es una puñalada en mi corazón.

Marina, mi jefa de costura, que había elogiado mis diseños mientras informaba en secreto de cada uno de mis movimientos.

Liam, el supervisor del almacén que parecía tan desolado por el incendio… un incendio que él mismo había ayudado a organizar.

Incluso la dulce y anciana Galina de contabilidad, que me traía té y consejos maternales mientras robaba sistemáticamente a mi empresa.

Todos estaban compinchados, todos conectados a ella.

—Todos lo sabían —digo con voz hueca.

—Todos me mintieron.

—Les pagaban por mentirte. Y muy bien, por cierto.

Saca registros bancarios que muestran pagos a mis empleados, depósitos mensuales que eclipsan sus salarios legítimos.

—Tu madre entendió que la lealtad tiene un precio, y estaba dispuesta a pagarlo.

Estudio las pruebas que tengo delante, cada pieza más condenatoria que la anterior.

La corrupción sistemática de mi negocio no era algo reciente: llevaba meses, quizás años, ocurriendo.

Mientras yo me centraba en los diseños y el crecimiento, mi madre había estado vaciando mi imperio desde dentro.

Y Batya no sabía nada al respecto.

Pero la traición financiera no es nada comparado con lo que viene después.

Yuri saca interceptaciones de comunicaciones: llamadas telefónicas, mensajes de texto, correos electrónicos encriptados a los que su gente había accedido de alguna manera.

Las conversaciones son entre mi madre y varios criminales, pero son las marcas de tiempo las que me hielan la sangre.

—Esta llamada se hizo tres horas antes del incendio del almacén —dice, reproduciendo un archivo de audio.

La voz nítida y profesional de mi madre llena la sala mientras habla con alguien a quien no reconozco.

—El cargamento llega esta noche. Asegúrate de que el edificio esté vacío antes de prenderle fuego. No necesito cadáveres que compliquen las cosas.

—¿Y el inventario de la chica? —pregunta el hombre.

—El seguro cubrirá las pérdidas. Es más importante que se sienta vulnerable. La gente desesperada toma malas decisiones. Vendrá corriendo a mí.

La llamada termina y me quedo mirando la pantalla en estado de shock.

Había ordenado la destrucción de mi almacén con el mismo tono despreocupado que alguien podría usar para hacer una reserva para cenar.

El sustento de mis empleados, mis meses de trabajo, las piezas personalizadas que había diseñado para clientes leales… todo reducido a daños colaterales aceptables en su plan maestro.

—Hay diecisiete llamadas más —dice Yuri en voz baja.

—Cada una planeando otro ataque a tu negocio, a tu reputación, a tu vida. Ella coreografió cada momento de tu desesperación.

Reprodujo otra grabación, esta de solo unos días antes de su visita al complejo.

De nuevo la voz de mi madre, hablando con alguien cuyas respuestas están filtradas por una distorsión electrónica.

—La chica está a punto de romperse. Un empujón más y aceptará cualquier salvavidas que le ofrezca.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces pasamos a la solución permanente. De cualquier manera, obtengo el control de sus activos.

¿La solución permanente?

¿Mi madre estaba planeando mi asesinato?

En estas conversaciones, no soy su hija.

No soy más que un obstáculo que hay que eliminar o un recurso que hay que explotar.

Y llevaba años planeándolo.

Pienso en los meses de amenazas crecientes, en la forma en que cada ataque parecía diseñado para llevarme más cerca de la desesperación.

El incendio del almacén que destruyó mi colección de primavera.

El robo en mi sala de exposiciones que dañó mi reputación con los clientes de alta gama.

Y nunca até cabos.

Todo fue orquestado por la mujer que me dio a luz.

—Me estudió —susurro.

—Cada debilidad, cada miedo, cada detonante que me haría vulnerable.

—Es muy buena leyendo a la gente. Así es como ha sobrevivido tanto tiempo en un mundo que no perdona los errores.

Yuri saca el último conjunto de documentos: perfiles psicológicos detallados que me ponen la piel de gallina.

Mi madre había contratado a profesionales para analizar mi comportamiento, mis patrones de toma de decisiones, mis respuestas emocionales al estrés.

Habían trazado un mapa de mi personalidad, identificando los puntos exactos donde se podía aplicar presión para obtener el máximo efecto.

Leí descripciones de mí misma que se sienten como una violación por su precisión.

Mi tendencia a culparme cuando las cosas van mal.

Mi necesidad desesperada de mantener el control en situaciones caóticas.

Mi disposición a sacrificar la felicidad personal por el éxito empresarial.

Incluso mi complicada relación con las figuras de autoridad y mi profundo miedo al abandono.

Había convertido mi psicología en un arma contra mí.

—Este nivel de planificación —digo lentamente—, no es por dinero.

—No. Es por venganza.

—¿Contra Batya?

Levanto la vista para mirarlo, y puedo ver cuánto le molesta mostrarme esto, pero me alegro de que lo haga.

—Contra tu padre, contra mí, contra cualquiera que se interpusiera en su camino. Pero sobre todo, contra ti.

La verdad me golpea con una claridad sorprendente.

Mi madre no solo quiere mi dinero o mi negocio.

Quiere destruirme por completo.

Represento todo lo que ella podría haber sido si hubiera elegido de otra manera.

Y me odia por ello.

—Quiere que fracase —susurro.

—Quiere verme rota, desesperada y dependiente de su misericordia.

—Quiere demostrar que eres débil. Que sin su guía, te desmoronarás bajo presión.

Pero no me he desmoronado.

A pesar de todo lo que me ha lanzado, sigo aquí, sigo luchando, sigo negándome a rendirme.

Y ese fracaso por su parte la ha desesperado lo suficiente como para pasar a la acción directa.

Yuri se pone a mi lado, y su voz es tierna cuando dice: —¿La pregunta ahora es qué hacemos al respecto?

Estudio la pared de pruebas, este mapa de traición sistemática que abarca meses de cuidadosa planificación.

Mi madre ha construido una red diseñada para destruir todo lo que me importa, usando a mis propios empleados y mi propio negocio

como armas contra mí.

Me ha robado, me ha mentido, ha intentado matarme y ha planeado controlarme o eliminarme por completo.

La rabia que se acumula en mi pecho no es la ira caliente y explosiva que he sentido antes.

Esto es algo más frío, más concentrado. Más letal.

Y se me ocurre un pensamiento que nunca querría tener, pero no puedo desecharlo una vez que se ha posado en mi mente.

—¿Ella mató a mi padre? —le pregunto, mirando la imagen de mi madre clavada en el panel.

—Kozlov mató a tu padre, Inessa, pero parece haber indicios de que ella sabía que iba a ocurrir.

Quizás pensó que serías tú la que estaría en el coche con él, no mi Dominic.

La voz de Yuri se quiebra mientras lo miro.

Su chico, con el que se suponía que debía casarme, está muerto y probablemente por culpa de la mujer que ahora me doy cuenta de que odio más que a nada en mi vida.

—Quiero destruirla —digo, sorprendida por la firmeza de mi propia voz.

—No solo detenerla, sino destruirla por completo.

La sonrisa de Yuri es afilada y de aprobación.

—Buena chica.

Me levanto y me acerco al panel de pruebas, estudiando la red de conexiones que componen el imperio criminal de mi madre.

Cada línea representa dinero robado, vidas arruinadas, confianza traicionada.

Pero también representa una vulnerabilidad: puntos donde se puede aplicar presión, debilidades que se pueden explotar.

—Ha construido esta red usando mi reputación y los contactos de mi padre —digo, trazando las líneas con el dedo.

—¿Qué pasa cuando esas conexiones se vuelven contra ella?

—Explícate —dice pensativo.

—Todos los empresarios legítimos con los que se ha asociado creen que están trabajando con la hija honesta de Semyon Mirov. Confían en ella porque confiaban en él. Pero ¿y si se enteraran de la verdad sobre para qué está usando realmente sus asociaciones?

La comprensión se dibuja en los ojos de Yuri.

—Cortarían los lazos de inmediato. Nadie quiere que se le asocie con el blanqueo de capitales y el tráfico de armas.

—Más que eso. Estarían furiosos por haber sido utilizados, por haber puesto en riesgo su propia reputación. Algunos de ellos tienen conexiones con las fuerzas del orden, con funcionarios del gobierno, con organizaciones de comercio internacional.

Me muevo a otra sección del panel, señalando los registros financieros.

—Ha tenido mucho cuidado de mantener el dinero sucio separado del dinero limpio, pero hay puntos de cruce. Comisiones por transacción, cambios de divisas, correlaciones de tiempo que serían obvias para los contables forenses.

—Quieres exponer toda la operación.

—Quiero reducirla a cenizas. —Puedo sentir el odio impregnado en mis palabras y me sienta bien, como una droga que me devuelve a la vida.

—Quiero que vea cómo todo lo que ha construido se derrumba a su alrededor. Quiero que sus socios se vuelvan contra ella, que sus

empleados la abandonen, que su reputación sea destruida tan a fondo que nadie vuelva a confiar en ella nunca más.

Yuri me estudia con un nuevo respeto, y me doy cuenta de que he pasado algún tipo de prueba.

No me ve como una víctima a la que hay que proteger, sino como una aliada capaz de pensamiento estratégico y acción despiadada.

—Llevaría tiempo orquestarlo —dice.

—Una cuidadosa coordinación con las agencias de la ley, los reguladores financieros, los socios internacionales.

—Pero sería exhaustivo.

—Completamente. Para cuando terminemos, no solo estará arruinada, sino que será radiactiva. Ninguna organización criminal se arriesgaría a asociarse con ella.

El plan comienza a tomar forma en mi mente, cada paso construyéndose sobre el anterior.

Necesitaríamos coordinar las revelaciones con cuidado, asegurarnos de que cada aspecto de su red fuera expuesto simultáneamente para que no pudiera mover recursos o advertir a sus socios.

Requeriría paciencia, precisión y el tipo de pensamiento estratégico que mi madre me enseñó a través de su propia traición.

Cometió un error crítico en su planificación.

Había asumido que yo era débil, que me quebraría bajo presión y volvería arrastrándome a ella en busca de salvación.

En cambio, me ha dado una clase magistral de guerra estratégica, mostrándome exactamente cómo identificar vulnerabilidades y explotarlas sin piedad.

Ahora usaré esas lecciones contra ella.

—Hay algo más —digo, volviéndome hacia Yuri.

—Los empleados que colocó en mi empresa. Quiero usarlos.

—¿Cómo?

—Esperan informarle a ella, ¿verdad? ¿Actualizaciones semanales sobre mis actividades, mi estado emocional, mis planes?

—Según las interceptaciones, sí.

—Entonces les daremos información para que informen. Información falsa que le haga pensar que su plan está funcionando a la perfección mientras nosotros desmantelamos sistemáticamente todo lo que ha construido.

La sonrisa de Yuri se vuelve genuinamente depredadora.

—Alimentarla exactamente con lo que quiere oír mientras posicionamos nuestras propias piezas en el tablero.

—Exacto. Cree que me conoce, cree que puede predecir mis respuestas. Usaremos esa arrogancia en su contra.

Siento que algo despierta en mi pecho: un hambre feroz y primario de poder.

Esto ya no es solo cuestión de supervivencia.

Se trata de demostrar que soy más fuerte, más inteligente y más despiadada que la mujer que intentó destruirme.

Mi madre quería enseñarme sobre la debilidad y la dependencia.

En cambio, me ha enseñado sobre estrategia, sobre el valor de la paciencia, sobre la importancia de entender a tu enemigo por completo antes de atacar.

Ha creado su propia destrucción, y yo voy a ayudarla a terminar el trabajo.

—¿Cuándo empezamos? —pregunto.

La respuesta de Yuri es inmediata. —Ahora.

YURI

El piso franco está vacío y a la espera en uno de los distritos más tranquilos de San Petersburgo; un lugar que he mantenido durante años pero que rara vez he utilizado.

Tres dormitorios, una cocina equipada con lo básico y seguridad suficiente para que pasemos desapercibidos mientras planeamos nuestros próximos movimientos contra Viktoria.

Y lo que es más importante, es un lugar donde podemos existir sin la presencia constante de guardias, de vigilancia y sin que mi imperio escuche cada una de nuestras conversaciones.

Los dedos de Inessa recorren los muebles como si estuviera comprobando si algo de todo esto es real.

Guardó silencio durante la mayor parte del trayecto hasta aquí, procesando todo lo que descubrimos en la sala de guerra.

La magnitud de la traición de su madre destrozaría a la mayoría de la gente, pero ella sigue en pie, sigue pensando, sigue planeando.

Admiro esa fortaleza, aunque reconozco el precio que le está pasando factura.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos? —pregunta, acomodándose en el sofá del salón principal.

—Hasta que estemos listos para actuar. Unos días, quizá una semana. —Sirvo vodka de una botella que guardo en la cocina, dos vasos que llevo hasta donde está sentada.

—El tiempo suficiente para coordinarlo todo adecuadamente.

Acepta la bebida, pero no se la toma de inmediato; acuna el vaso entre las palmas de las manos.

—Es extraño estar lejos del complejo. Me había acostumbrado a la rutina de allí, aunque sigo echando de menos a mis amigos y a los empleados que me son leales.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto, y me siento a su lado.

Sus ojos gris verdoso se encuentran con los míos y veo la incertidumbre en ellos.

—Ya no lo sé. Todo lo que creía entender sobre mi vida, mi familia, yo misma... todo se ha reescrito.

Me acerco a ella en el sofá, lo suficiente como para que nuestras rodillas se toquen.

—Eres exactamente quien siempre has sido, Inessa. Lo único que ha cambiado es tu comprensión de la gente que te rodea.

—Pero eso lo cambia todo, ¿no? Si me equivoqué con mi madre, si me equivoqué con los socios de mi padre, si me equivoqué con mis propios empleados... ¿cómo voy a volver a fiarme de mi propio juicio?

Le da un largo trago al vodka y observo cómo se le mueve la garganta al tragar.

El alcohol le da color a sus pálidas mejillas, pero no borra la expresión de desolación de sus ojos.

—No te equivocaste con ellos —le digo.

—Te traicionó gente muy buena en el arte del engaño. Hay una diferencia.

—¿La hay? ¿O es que soy una ingenua, una niñita protegida que construyó un imperio de la moda sin entender el mundo real en el que se movía?

El dolor en su voz me atraviesa el pecho.

Está cuestionándose todo sobre sí misma, dudando de unas capacidades que le he visto demostrar en repetidas ocasiones.

Luchó contra mí con más fuerza que hombres hechos y derechos que no tenían nada que perder.

Ese tipo de agallas no se consigue fácilmente y ahora parece haber perdido parte del fuego que hizo que la deseara.

—¿Quieres saber lo que veo cuando te miro? —pregunto.

Asiente y su expresión vulnerable me conmueve de tal manera que mi instinto de protección se dispara.

—Veo a alguien que construyó algo hermoso de la nada, a pesar de no tener ningún sistema de apoyo ni respaldo familiar. Veo a alguien que sobrevivió a repetidos ataques a su empresa y a su vida sin venirse abajo. Veo a alguien que observó las pruebas de la peor traición imaginable e inmediatamente empezó a planear una venganza estratégica.

Su risa suena hueca.

—Venganza estratégica. ¿Así es como lo llamamos?

—Lo llamamos justicia. Tu madre intentó destruir todo lo que eres, todo lo que has construido, todo lo que te importa. Contraatacar no es debilidad. Es supervivencia.

Se termina el vaso de un trago y lo deja a un lado, luego se acurruca en la esquina del sofá con las piernas metidas debajo.

La postura la hace parecer más joven, más frágil que la mujer serena que estaba a mi lado en la sala de guerra hace un rato.

Recuerdo que, para algunos hombres de mi edad, parecería una niña.

Era, después de todo, la hija de Semyon Mirov, de la misma edad que mi hijo cuando murió.

Pero yo veo mucho más.

—No dejo de pensar en los empleados que me traicionaron —dice en voz baja.

—Especialmente Marina. Llevaba tres años trabajando para mí. La ascendí, le di aumentos, le confié mis proyectos más importantes. Y durante todo ese tiempo, le estaba contando todo a mi madre.

—El dinero cambia las lealtades de la gente.

—Pero ¿qué dice eso de mí como líder? ¿Como jueza del carácter de las personas? ¿Cómo pude estar tan ciega a lo que pasaba en mi propia empresa?

Vuelvo a llenar nuestros vasos antes de contestar.

—Dice que eres humana. Dabas por hecho que la gente era honesta porque tú lo eres. Confiabas porque eres digna de confianza. Esas no son debilidades, aunque se aprovechen de ellas.

—Ahora mismo me hacen sentir débil.

—Todo te hace sentir débil cuando estás procesando una traición tan profunda. Es temporal.

Me estudia por encima del borde de su vaso.

—Hablas como si lo supieras por experiencia.

He pasado años construyendo muros alrededor de los recuerdos que casi me destruyen, pero aquí sentado con Inessa, viendo cómo su

dolor refleja el mío de hace tanto tiempo, esos muros me parecen más frágiles que de costumbre.

Ha dado casi en el centro de la diana y no estoy preparado para ello.

Pero ya no seré el hombre endurecido que responde con un mordisco.

Al menos no con ella.

—Lo sé —admito.

—¿Tu mujer?

Nunca he hablado en detalle de Yelena con nadie, ni siquiera con los hombres que servían conmigo cuando murió.

Pero Inessa ha compartido su dolor conmigo, me ha confiado su vulnerabilidad.

Quizá sea el momento de devolverle esa confianza.

—Se llamaba Yelena —empiezo y la emoción ya brota de un lugar muy profundo de mi interior.

Perder a alguien a quien amas profundamente es una herida que no cicatriza rápidamente.

—Estuvimos casados ocho años.

—¿Qué le pasó?

—Fue cáncer y fue agresivo. Los médicos no lo descubrieron hasta que fue demasiado tarde.

Tomo un trago, sintiendo el ardor del alcohol y del recuerdo.

La expresión de Inessa se suaviza con compasión.

—Lo siento.

—Lo peor no fue perderla, aunque eso casi me mata. Lo peor fue verla sufrir y ser completamente incapaz de detenerlo. Podía eliminar

cualquier amenaza humana, resolver cualquier problema empresarial, pero no podía luchar contra la enfermedad que la devoraba por dentro.

Los recuerdos vuelven a mí a borbotones a pesar de mis intentos por contenerlos.

Yelena adelgazaba día a día, su hermoso rostro demacrado por un dolor que intentaba ocultarme.

La forma en que sonreía y me decía que se sentía mejor, incluso cuando los tratamientos la hacían vomitar.

La noche en que dejó de fingir y me pidió que la abrazara mientras lloraba.

—Hizo que le prometiera que no me convertiría en un monstruo cuando ella ya no estuviera —continúo—. Tenía miedo de que el dolor me convirtiera en algo que no reconocería.

—¿Lo hizo?

Considero la pregunta con sinceridad.

—Durante un tiempo, sí. Me volví más frío, más despiadado. Dejaron de importarme los daños colaterales, dejé de ver a la gente a la que hacía daño como seres humanos con sus propias vidas y familias. Era más fácil no sentir nada que arriesgarme a volver a sentir ese nivel de dolor.

—¿Cuándo cambió eso?

—No ha cambiado. No del todo.

La miro a los ojos. —Hasta hace poco.

La comprensión se dibuja en su expresión y veo el momento en que se da cuenta de lo que estoy admitiendo.

Que ella ha devuelto a la vida algo en mí que creía muerto con Yelena.

Que preocuparme por su supervivencia ha despertado emociones que he pasado años reprimiendo.

—Yuri…

—No te estoy pidiendo nada —digo rápidamente.

—Solo te explico por qué entiendo por lo que estás pasando. Los cuestionamientos, las dudas sobre ti misma, el miedo a no poder volver a confiar en tu propio juicio... He pasado por eso.

Deja su vaso y se pone a horcajadas sobre mí en el sofá, su mano encuentra la mía.

—¿Cómo lo superaste?

—Con tiempo. Trabajo. Centrándome en las cosas que podía controlar en lugar de en las que no.

Giro la mano con la palma hacia arriba, dejando que sus dedos se entrelacen con los míos.

—Y, al final, aceptando que hay personas por las que merece la pena correr el riesgo de preocuparse.

—¿Aunque puedan dejarte?

—Incluso entonces.

Por un momento, el silencio se adueña de la habitación, su mano cálida en la mía mientras el vodka hace efecto en nuestros cuerpos.

Existimos en una burbuja de honestidad que se siente peligrosa, pero necesaria.

Tengo que confiar en ella o no tiene sentido intentar una relación y, durante el último mes, mientras he estado luchando para mantener a Inessa a salvo, honrar la promesa que le hice a su padre y, de rebote, encontrar al asesino de Semyon y Dominic, algo ha cambiado en mí.

Quiero esto con ella.

Por muy mal que suene, por muy chocante que pueda resultar para cualquiera que vea a un hombre de mi edad enamorado de una mujer tan joven... pero la quiero.

—Tengo miedo —admite.

—¿De qué?

—De todo. De mi madre, de lo que planeamos hacerle, de lo que siento por ti, de en quién me estoy convirtiendo.

Me mira con unos ojos que albergan demasiado dolor para alguien tan joven.

—Siento que me estoy perdiendo, que me estoy convirtiendo en alguien más dura y más fría. Alguien que puede planear la destrucción de otra persona y sentirse entusiasmada por ello.

—Te estás convirtiendo en alguien que puede protegerse a sí misma. No hay nada de malo en eso.

—¿No? Hace tres meses, estaba diseñando vestidos y preocupándome por los envíos de telas. Ahora estoy planeando una guerra psicológica contra mi propia madre. ¿En qué me convierte eso?

—En una superviviente. En alguien que se adapta. Más fuerte de lo que esperaban tus enemigos.

Retira la mano y se pone de pie, caminando hacia la ventana.

—Ahora me miro en el espejo y no reconozco a la persona que me devuelve la mirada. Todo lo que creía saber sobre mí, sobre mis valores, sobre lo que era capaz de hacer... todo ha cambiado.

Me uno a ella junto a la ventana, lo suficientemente cerca como para sentir la tensión que irradia su cuerpo.

—El cambio no siempre es una pérdida, Inessa. A veces es una evolución.

—Pero ¿y si evoluciono hacia alguien que no quiero ser? ¿Y si me convierto en el monstruo que mi madre intentó hacer ver que eras?

—No lo harás.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque a los monstruos no les preocupa convertirse en monstruos. El hecho de que te estés cuestionando a ti misma, de que tengas miedo de perder tu humanidad, eso demuestra que no la has perdido.

Se vuelve hacia mí y veo que las lágrimas amenazan con asomar por las comisuras de sus ojos.

—Ya no sé quién soy.

—Eres mi mujer. Eres una superviviente. Eres la mujer que vio las pruebas de una traición sistemática y eligió luchar en lugar de rendirse.

Levanto las manos para acunarle la cara.

—Eres más fuerte de lo que crees y, desde luego, no estás sola en esto.

Las lágrimas se derraman entonces y se derrumba contra mi pecho.

La rodeo con mis brazos, abrazándola mientras llora meses de dolor y miedo acumulados.

Este no es el arrebato comedido de antes.

Esto es un duelo puro por la vida que creía tener, la familia que creía que la quería, la inocencia que nunca podrá recuperar.

La llevo al dormitorio cuando le fallan las piernas y nos acomodamos ambos en la cama, con ella acurrucada a mi lado.

Llora hasta que el agotamiento se apodera de ella, su cuerpo finalmente se relaja mientras el vodka y la liberación emocional se combinan para arrastrarla hacia el sueño.

—Quédate conmigo —susurra contra mi pecho.

—No voy a ir a ninguna parte —digo, besándole la sien.

Qué disonante se siente ser tan tierno en un mundo tan hostil, pero ella me ha robado el corazón y esta ternura se ha ganado con una violencia que continuaré ejerciendo para siempre mientras ella permanezca en mis brazos.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Permanece callada tanto tiempo que pienso que se ha dormido, pero entonces su voz emerge suave y vulnerable en la oscuridad. —Te quiero.

Sus palabras son suaves, pero me conmocionan, dos palabras que reescriben todo lo que creía entender sobre nuestra relación.

No gratitud, no síndrome de Estocolmo, no la aceptación práctica de un matrimonio concertado.

Amor.

Amor real, honesto y peligroso.

—Inessa…

—Sé que no lo pediste. Sé que lo complica todo. Pero necesito que lo sepas.

Levanta la cabeza para mirarme, sus ojos serios a pesar de las lágrimas que aún se aferran a sus pestañas.

—No al hombre que me obligó a este matrimonio. No al monstruo que todos creen que eres. Quiero al hombre que ha luchado por mí

cada día desde que empezó todo esto. Al hombre que nunca me ha mentido, nunca me ha abandonado, nunca me ha hecho sentir que no valgo nada.

La beso con cuidado, saboreando las lágrimas saladas, el vodka y algo puramente suyo.

Responde de inmediato, su boca se mueve contra la mía hasta que su mano se cierra sobre mi bíceps y sus ojos vuelven a derramar lágrimas por su rostro.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente en la suya.

Pero no puedo responder porque no sé cómo.

Todo lo que puedo decir es: —Te necesito.

La confesión me aterra porque necesitar a alguien significa darle el poder de destruirte, significa aceptar que tu felicidad depende de su supervivencia y bienestar.

Juraría que nunca más volvería a ponerme en esa posición después de la muerte de Yelena.

Pero Inessa ha tomado esa decisión por mí simplemente siendo quien es.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Ahora dormimos un poco. Mañana, continuaremos planeando la destrucción de tu madre. Y después de eso… —le aparto un mechón de pelo de la cara.

—Después de eso, averiguaremos cómo construir algo bueno de todo este caos.

Asiente y se acurruca de nuevo contra mi pecho, su respiración se normaliza gradualmente a medida que el sueño la reclama.

Yo permanezco despierto más tiempo, mirando al techo mientras proceso todo lo que ha cambiado entre nosotros esta noche.

Vine aquí para planear una estrategia contra un enemigo.

En cambio, he admitido verdades que he pasado años ocultando y he aceptado sentimientos que creía enterrados para siempre.

La mujer que tengo en mis brazos se ha convertido en algo más que una esposa, un activo o incluso una socia.

Se ha vuelto esencial.

Y no dejaré que nadie vuelva a poner eso en peligro.

25

INESSA

Me despierto con el sonido de la respiración acompasada de Yuri a mi lado.

Su brazo sigue rodeándome la cintura, manteniéndome pegada a su pecho incluso mientras duerme, y, por primera vez en meses, no siento el impulso inmediato de examinar mi entorno en busca de amenazas.

El piso franco existe en su propia burbuja, aislado del caos que ha definido mi existencia «normal» durante las últimas seis semanas.

Anoche me dijo que me necesita, aunque no estoy segura de qué significa eso en su cabeza.

Cuando lo miré a los ojos, le creí, pero claro, yo acababa de decirle que lo amaba.

Porque lo amo, en contra de mi buen juicio, sin ninguna buena razón.

Mi corazón simplemente se enamoró.

Pero Yuri no dijo que me amaba.

Dijo que me necesita.

También me hace sentir inadecuada y nerviosa, y me pone inquieta.

Me muevo con cuidado, intentando no despertarlo, pero abre los ojos al instante.

Veo un destello de alerta cuando abre los ojos de par en par y luego su mirada se posa en mí.

Me agarra la muñeca, pero luego se relaja y deja que sus párpados se cierren de nuevo.

—¿Cómo has dormido? —pregunta, con la voz todavía pastosa por el sueño.

—Mejor que en años.

Me acerca más a él y me da un beso en la coronilla mientras me tumbo sobre su pecho.

—Bien.

Me siento cómoda en la cama junto a él, con su brazo rodeándome.

Observo cómo el sol empieza a salir por la ventana del este y siento los dedos de Yuri danzar sobre la piel desnuda de mi brazo.

No tiene prisa por levantarse, así que nos quedamos ahí, pero no dice nada.

Con la presión que tenemos encima para terminar este trabajo y asegurarnos de que las malvadas garras de mi madre se mantengan lejos de lo que queda de mi negocio y del suyo, disfrutar de estos momentos de ternura no tiene precio.

Sin embargo, al final, el hambre nos saca de la cama.

Me escabullo yo primero y me visto con su camiseta y unos calzoncillos suyos, y me dirijo a la cocina.

Él aparece poco después con unos pantalones cortos limpios y nada más.

Tiene el pelo revuelto, pero la fuerza ruda y masculina de su cuerpo sigue siendo atractiva.

—¿Tortitas? —sugiero, mientras encuentro harina y huevos.

Rebusco en los armarios hasta dar con un cuenco y un vaso medidor, y Yuri va a por la cafetera.

—¿Sabes hacer tortitas?

—Nuestra ama de llaves me enseñó cuando era pequeña. Batya pensó que sería una buena idea.

Mido la harina en un cuenco mientras la memoria muscular guía unos movimientos que no he realizado en años.

—Dijo que toda mujer debería saber cocinar para la gente a la que quiere.

Yuri se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con sus brazos mientras trabajo.

—Un hombre listo.

Me da besos en un lado del cuello y yo me inclino hacia ellos.

—Tenía sus momentos.

Preparo la masa mientras Yuri calienta la sartén y, durante unos preciosos minutos, no somos más que una pareja que prepara el desayuno junta.

Me habla de los libros que estaba leyendo antes de que mataran a Dominic y a Batya: historia militar.

Y yo le describo la colección de diseños en la que estaba trabajando antes de que todo se viniera abajo: vestidos de noche inspirados en paisajes invernales que probablemente nunca se producirán.

Eso si esos diseños siguen todavía en mi despacho o en lo que queda de él.

—Podrías empezar de nuevo —dice él mientras vierto la masa en la sartén.

—Cuando todo esto con tu madre termine. Construir algo nuevo.

—¿Me dejarías?

—No eres mi prisionera, Inessa. Eres mi esposa. Las medidas que he tomado para protegerte no existirán siempre. Solo mientras exista la amenaza.

Su tacto es tierno cuando se aparta para llenar dos tazas de café mientras la cafetera termina de prepararlo.

Se apoya en la encimera y mira su móvil mientras yo termino de cocinar y servir nuestro desayuno, e imagino cómo podría ser realmente la vida con Yuri como mi marido.

Es increíble cuando se trata de hacerme sentir placer sexual, pero ¿qué sabe un hombre de su edad sobre cuidar a una mujer tan joven?

Me pregunto si acabaría tratándome como a una niña.

Hay algo en ello que no me parece bien, pero cuando lo miro mientras comemos, todo lo que veo es a un hombre que se preocupa profundamente por mi bienestar.

Quizá me ame, aunque no quiera admitirlo.

Así podría ser la normalidad entre nosotros: él sentado frente a mí para desayunar y cenar, llegando a casa y contándome su día.

Yo compartiendo mis diseños y organizando cenas para él y sus invitados.

Podría vernos siendo felices... si es que la felicidad es alguna vez alcanzable cuando tu corazón está tan desesperadamente de luto.

La ilusión se hace añicos cuando suena su teléfono.

La actitud de Yuri cambia por completo en el momento en que ve el identificador de la llamada.

El hombre relajado que disfrutaba de sus tortitas desaparece, reemplazado por el estratega frío que tan bien conozco.

Responde con un saludo seco y escucha mientras la persona al otro lado le da su informe.

Veo cómo se le tensa la mandíbula, cómo su mano libre se cierra en un puño sobre la mesa.

Lo que sea que está oyendo no son buenas noticias.

—¿Cuándo? —pregunta al fin.

Estoy en el borde de mi silla mientras me esfuerzo por oír la voz de su interlocutor.

Sus ojos se encuentran con los míos a través de la mesa, y veo disculpa mezclada con rabia en ellos.

—No. No os mováis todavía. Me encargaré de esto personalmente.

Cuelga y deja el teléfono sobre la mesa, pero veo cómo sus hombros se han tensado en menos de veinte segundos.

—¿Qué pasa?

—Tu madre ha estado ocupada mientras nosotros planeábamos. Ha presentado requerimientos judiciales de urgencia en tres tribunales diferentes, alegando que estás retenida contra tu voluntad y exigiendo el control inmediato de tus bienes restantes para tu protección.

Casi me atraganto con un trozo de tortita y me enderezo para protestar.

—No puede hacer eso.

—Puede si soborna a los jueces adecuados. Cosa que ha hecho.

Su voz se mantiene nivelada, pero puedo ver la furia acumulándose en sus ojos.

—Los requerimientos se presentaron esta mañana. Para el final de la semana, tendrá autoridad legal para embargar todo: las acciones de tu empresa, tus cuentas personales, incluso la herencia de tu padre.

La vista se me nubla de una rabia tan pura que me deja sin aliento.

—Me lo está robando todo.

—Sí.

Me levanto bruscamente, y la silla raspa el suelo.

—Me está borrando del mapa.

—Inessa...

—No.

La palabra estalla en mi pecho.

—Estoy harta. Harta de reaccionar a sus movimientos, harta de que me protejan mientras destruye toda mi vida, harta de que me traten como algo frágil que necesita estar a salvo mientras todo lo que me importa arde a mi alrededor.

Cojo mi vaso de agua vacío de la encimera y lo lanzo contra la pared.

Se hace añicos en una satisfactoria explosión de cristales, y la violencia del acto sienta bien, como si purgara mis emociones reprimidas.

Apenas he tenido tiempo de llorar a mi padre y mi madre viene a destruirme.

Nada de esto está bien.

Yuri se levanta lentamente, con las manos en alto en un gesto tranquilizador que solo hace que mi furia arda con más fuerza.

—Tienes que mantener la calma.

—¿Que mantenga la calma? Está robando mi identidad, el trabajo de mi vida, mi futuro, ¿y quieres que mantenga la calma?

—Quiero que pienses racionalmente a lo que nos enfrentamos...

—¿A lo que nos enfrentamos?

No debería pagarlo con él, pero es tan absorbente que no sé dónde meter mi rabia.

—No. A lo que me enfrento yo. Es mi madre, mi negocio, mi vida lo que está destruyendo. Y me tratas como una víctima indefensa que necesita ser controlada y protegida mientras los adultos se ocupan del trabajo de verdad.

—Esto no es un juego, Inessa. La gente con la que tratamos no duda en matar a quien se interponga en su camino. Tu madre ya ha demostrado que está dispuesta a que te asesinen si le sirve a sus propósitos.

—Entonces quizá sea hora de que yo demuestre que estoy dispuesta a contraatacar con la misma dureza.

Incapaz de comer, cojo mi plato y lo tiro en el fregadero.

Las tortitas y el sirope salpican la encimera y me agarro al borde para mantenerme firme.

—No entiendes la realidad de este mundo...

—Para —espeto.

Luego me giro para encararme con él, más enfadada que nunca.

—Deja de tratarme como a una niña que no entiende las consecuencias. Sé perfectamente de lo que es capaz mi madre. Conozco los riesgos y te estoy diciendo que no me importa.

Yuri se acerca y veo un brillo peligroso en sus ojos oscuros.

—Debería importarte. Esta guerra es más sangrienta de lo que puedas imaginar. Una vez que cruzas ciertas líneas, no hay vuelta atrás a quien solías ser.

—Bien. No quiero volver a ser quien era. Aquella mujer era ingenua, confiada y débil. Dejó que la gente la traicionara porque no podía imaginar que nadie fuera lo bastante cruel como para herir a alguien a quien decía amar.

Doy un paso hacia él, sin retroceder ante la intensidad de su mirada.

—Ya no soy ella.

—¿Y quién eres ahora?

—Soy tu mujer. Tu igual. La mujer que va a ayudarte a destruir a quienes intentaron destruirnos.

Levanto la mano para ahuecarle el rostro y siento la tensión de su mandíbula bajo mis palmas.

He olvidado lo que era ser débil y dejar que alguien me guiara.

Ya no quiero eso.

Estoy abrazando esta nueva versión de mí misma: la enfadada, la violenta.

Porque esta versión de mí puede protegerse a sí misma.

—Deja de intentar protegerme de esta lucha. Ya estoy metida en ella, te guste o no. La única cuestión es si lucho a tu lado o si lucho sola.

Mis ojos buscan los suyos y él me frunce el ceño.

Sé que no quiere que me involucre, y esa es la mitad de la razón por la que me mantuvo encerrada sin contacto con el mundo exterior, pero es demasiado tarde.

Ahora estoy involucrada y tiene que respetarme.

—¿Quieres participar en la planificación? —pregunta por fin.

—Quiero participar en todo.

—Las reuniones con mis lugartenientes pueden ser brutales. Esos hombres no se andan con rodeos al hablar de estrategia y algunas de sus sugerencias podrían sorprenderte.

—Que lo intenten.

Algo cambia en su expresión entonces.

Realmente se lo está pensando.

Me está viendo de otra manera, reconociendo que la mujer que tiene delante no es la misma con la que se casó hace meses.

—Hay una reunión programada para esta tarde —dice lentamente.

—Una sesión de estrategia de alto nivel sobre cómo responder a las maniobras legales de tu madre.

—Estaré allí.

—Algunas de las cosas que trataremos…

—Serán necesarias para proteger lo que es nuestro. Lo entiendo.

Estudia mi rostro durante un largo momento y luego asiente.

—Vístete. Nos vamos en una hora.

Mientras me dirijo al dormitorio para cambiarme de ropa, dejo que la ira furiosa que mi madre encendió en mi interior llegue a su punto de ebullición.

Me alimento de ella, deleitándome con el dolor y el sufrimiento para permitir que toda mi mente, mi cuerpo y mi alma se consuman en esa furia.

Lo que ha hecho es inaceptable y tengo que hacérselo pagar.

Yuri se une a mí unos minutos después y nos vestimos en silencio.

Ahora lo entiendo: su rutina por la mañana.

No me queda espacio en la mente para conversar mientras me abotono la impecable blusa blanca y me subo la cremallera de los pantalones negros que he elegido.

Solo puedo pensar en las ganas que tengo de destruir a esa mujer.

—¿Lista? —pregunta cuando los dos estamos vestidos y de pie en el cuarto de baño, frente al espejo.

—Lo estoy —digo en voz baja, y me miro a los ojos por última vez.

No hay vuelta atrás.

O ella o yo.

Si no soy lo bastante fuerte para detenerla, acabará conmigo, y no puedo permitir que eso ocurra.

La mano de Yuri descansa en mi muslo mientras su conductor nos lleva al lugar de la reunión.

Es una conexión que siento tanto posesiva como de apoyo.

Siento una energía nerviosa creciendo en mi pecho, pero es más expectación que miedo.

Estoy demasiado enfadada para tener miedo ahora mismo, y quizá sea bueno.

Si sintiera el más mínimo atisbo de miedo, sé que podría echarme atrás.

Durante demasiado tiempo he estado reaccionando a los movimientos de otras personas: los ataques de mi madre, la protección de Yuri, la sensación constante de que mi vida sucedía a mi alrededor en lugar de ser consecuencia de mis propias decisiones.

Eso se acaba hoy.

La estrategia a largo plazo de poner a sus socios en su contra no va a funcionar.

Se está moviendo demasiado rápido.

Tenemos que actuar con más celeridad y estoy ansiosa por oír lo que sus lugartenientes tienen que decir.

Cuando llegamos al anodino edificio de oficinas que sirve de tapadera para las operaciones de Yuri, sus hombres nos están esperando.

Reconozco algunas caras del complejo, pero otras son nuevas: individuos de aspecto más duro y peligroso que me estudian con indisimulada curiosidad.

Se preguntan qué hago aquí, si soy lo suficientemente fuerte como para soportar las cosas que van a discutir, pero no me conocen.

Están a punto de descubrirlo.

Yuri me presenta simplemente como su mujer, pero hay algo en su tono que comunica claramente mi nuevo estatus.

No es una cortesía social ni un gesto para mantenerme ocupada.

Es una declaración de que ahora formo parte del proceso de toma de decisiones.

Los hombres gruñen en señal de reconocimiento, pero me doy cuenta de que algunos se enderezan y dejan de mirarme directamente a los ojos.

La sala de conferencias es espartana pero funcional, dominada por una gran mesa cubierta de documentos y fotografías.

Tomo el asiento que Yuri me indica, justo a su derecha, y sostengo la mirada de cada hombre mientras se sientan alrededor de la mesa.

Desplazar a Oleg no fue idea mía, pero los hombres se mueven hacia abajo sin queja ni el más mínimo ceño fruncido.

—Caballeros —comienza Yuri—, tenemos un problema.

Mientras expone las maniobras legales de mi madre, observo los rostros alrededor de la mesa.

Son hombres que se han pasado la vida resolviendo problemas mediante la violencia y la intimidación.

La idea de librar batallas en los tribunales con jueces y requerimientos judiciales les frustra claramente.

—¿Por qué no eliminarla y ya? —pregunta un hombre al que no reconozco.

—Hacer que parezca un accidente. Problema resuelto.

—Porque ha previsto esa respuesta —digo antes de que Yuri pueda contestar.

—Se ha posicionado como una madre preocupada que lucha por salvar a su hija de un matrimonio abusivo. Si muere misteriosamente ahora, especialmente mientras estos procedimientos legales están en curso, solo validará sus afirmaciones y dará a sus aliados más munición para usar en nuestra contra.

El hombre que había sugerido matar a mi madre me mira con renovado interés.

—Entonces, ¿qué propones?

Miro a Yuri y él asiente de forma casi imperceptible, dándome permiso para continuar, reconociendo que esta es mi área de especialización.

Me inclino hacia delante, sintiendo la familiar emoción de la planificación estratégica.

—Le damos exactamente lo que cree que quiere y luego lo usamos para ahorcarla.

La sala se queda en silencio mientras expongo mi idea.

Dejar que mi madre piense que está ganando.

Permitir que el proceso legal siga adelante mientras reunimos discretamente pruebas de sus actividades delictivas.

Luego, en el momento de su aparente victoria, lo publicamos todo simultáneamente: a las fuerzas del orden, a los medios de comunicación, a cada juez y funcionario que ha sobornado.

Será más rápido que intentar volver su red en su contra.

—Quedará destruida profesional y personalmente —continúo.

—Su red criminal la abandonará para salvarse. Los jueces que ha sobornado la dejarán en la estacada para proteger sus propias carreras. Y cuando esté completamente aislada, desacreditada y sin poder… entonces la rematamos.

El silencio que sigue es reflexivo más que escéptico.

Veo a estos hombres reevaluándome, reconociendo un pensamiento estratégico que se corresponde con su propio pragmatismo despiadado.

—Es elegante —admite el hombre que había querido matarla inmediatamente.

—Complicado, pero elegante.

La mano de Yuri encuentra la mía bajo la mesa y sus dedos se entrelazan con los míos.

Cuando lo miro, veo orgullo en su expresión mezclado con reconocimiento.

He evolucionado hasta convertirme exactamente en la compañera que necesita, y todo lo que ha hecho falta ha sido un poco de presión.

—¿Alguna objeción? —pregunta Yuri a la sala.

No hay ninguna.

Ni un solo hombre en esta sala tiene una idea mejor ni se opone a mi estrategia.

Soy parte del equipo.

Cuando la reunión finalmente termina y volvemos en coche al piso franco, Yuri se acerca y me coge la mano de nuevo.

—¿Cómo te sientes?

—Peligrosa —admito.

—Y enfadada.

—Bien. Porque eso es exactamente lo que necesitamos ahora mismo.

Me vuelvo para observar su perfil y estudiar su rostro.

—¿Te arrepientes de haberme dejado formar parte de esto?

—No. Me arrepiento de haber tardado tanto en reconocer quién eres de verdad.

Niega con la cabeza y me aprieta la mano con más fuerza.

—¿Y quién soy?

Se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos.

—Mía.

YURI

Las escaleras del juzgado están abarrotadas de periodistas y cámaras cuando llegamos.

Debería haberlo previsto. Viktoria nunca desperdicia una oportunidad para montar un espectáculo público.

Ha convertido lo que debería haber sido un procedimiento legal rutinario en un espectáculo mediático, con fotógrafos y periodistas afines que ya han decidido qué narrativa planean contar.

Me pregunto cuánto les habrá pagado.

Ayudo a Inessa a salir del coche, manteniendo mi mano en la parte baja de su espalda mientras nos abrimos paso entre la multitud.

Nos bombardean con preguntas desde todas las direcciones, nos apuntan con micrófonos a la cara mientras las cámaras no dejan de disparar sus flashes.

La cacofonía es abrumadora, pero con los años he aprendido a desconectar del caos mediático.

Lo que me preocupa es lo pálida que se ha puesto Inessa, cómo su respiración se ha vuelto superficial a pesar de su compostura externa.

—Señor Gravitch, ¿es cierto que retiene a su esposa en contra de su voluntad?

—Señora Gravitch, ¿necesita ayuda para escapar de su matrimonio?

—¿Cómo responde a las acusaciones de encarcelamiento doméstico?

No respondo a ninguna.

Las puertas del juzgado nos proporcionan un refugio temporal del circo de fuera, pero la verdadera función ni siquiera ha comenzado todavía.

Dentro, Viktoria espera con su equipo de abogados, y ahí es donde empieza la verdadera batalla.

Cuando ve a Inessa, su expresión se transforma en una preocupación maternal tan convincente que engañaría a cualquiera que no supiera lo que es en realidad.

—Oh, querida. Mira lo que te ha hecho.

Viktoria se lleva una mano a la boca y se le llenan los ojos de lágrimas forzadas.

Me da asco.

Inessa no responde, pero siento la tensión que irradia su cuerpo.

Su madre está actuando para un público que incluye a funcionarios del juzgado, periodistas y curiosos que han conseguido asegurarse un sitio para la vista.

Realmente se merece un premio por el espectáculo.

Pasando de largo, encontramos nuestros asientos en el lado izquierdo de la sala, junto a los hombres que he contratado para que interpreten un papel aquí.

Todo esto le parecerá eficaz a Viktoria, pero el verdadero trabajo se está haciendo a sus espaldas mientras Oleg, Kirill y Alexei se dedican

a sacar trapos sucios.

El juez entra y todos nos ponemos en pie.

Es mayor, con el pelo plateado y la autoridad para detener todo esto.

Pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos mientras observa la sala abarrotada.

Es culpable, con las manos manchadas del dinero de sangre que alguien le ha pagado para asegurarse de que esto vaya en la dirección que le han ordenado.

Una jugada astuta por parte de Viktoria, y una que yo mismo podría haber empleado en otras circunstancias.

El abogado principal de Viktoria se acerca primero al estrado, y acerco más a Inessa hacia mí mientras habla.

—Su Señoría, estamos aquí hoy porque una madre teme por la seguridad y la libertad de su hija. La señora Mirova tiene pruebas convincentes de que su hija está retenida en contra de su voluntad en lo que solo puede describirse como una jaula de oro.

Saca una carpeta de manila llena de fotografías que hacen que apriete la mandíbula.

Imágenes de Inessa con aspecto agotado, pálido y enfermo.

Estas fotos muestran el duelo que está pasando, y yo nunca las habría compartido con nadie.

Han sido extraídas de las grabaciones de vigilancia de mis propias cámaras de seguridad.

Alguien ha hackeado mi sistema y las ha robado.

Las imágenes cuentan una historia de cautiverio y abuso que no tiene ningún parecido con la realidad, pero, aun así, son condenatorias.

—Estas fotos fueron tomadas durante las últimas semanas —continúa el abogado.

—Muestran a una joven que claramente está sufriendo, claramente aislada de su familia y de su red de apoyo. La señora Mirova simplemente pide a este tribunal que le devuelva la libertad a su hija y el control de sus activos empresariales a alguien que vela por sus mejores intereses.

El juez estudia las fotografías con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

Puedo verlo procesar lo que parece ser una prueba de daño, sopesándolo contra las complejidades legales de interferir en un matrimonio entre adultos.

—Su Señoría —empieza mi propio abogado, pero el de Viktoria aún no ha terminado.

—Además, tenemos el testimonio de empleados del acusado que pueden dar fe del aislamiento y la angustia de la señora Gravitch. Personas que han sido testigos de su reclusión de primera mano.

Por supuesto que los tiene.

Los mismos empleados que le han estado pasando información durante meses están ahora preparados para mentir bajo juramento sobre el trato que recibe Inessa.

Tomo nota mental de encargarme personalmente de esa traición una vez que este circo termine.

El juez se dirige a Inessa.

—Señora Gravitch, es usted libre de hablar por sí misma. ¿Está siendo retenida en contra de su voluntad?

La sala se queda en silencio.

Este es el momento que Viktoria ha orquestado, la escena que ha estado planeando desde que regresó a la ciudad.

Su hija, enfrentada a una pregunta directa de un juez, con las cámaras grabando y los periodistas pendientes de cada palabra.

Inessa se levanta lentamente, y su postura es rígida, con los hombros rectos.

—No, Su Señoría. No lo estoy.

—Entonces, ¿es usted libre de abandonar la casa de su marido en cualquier momento?

—Soy libre de tomar mis propias decisiones sobre mi vida y mi matrimonio.

Es una respuesta cuidadosa, técnicamente veraz sin reconocer las complejidades de nuestra situación.

Pero el abogado de Viktoria se abalanza sobre la ambigüedad de inmediato.

—Su Señoría, con el debido respeto, eso es exactamente lo que esperaríamos que dijera si ha sido amenazada o coaccionada. El síndrome de Estocolmo está bien documentado en casos de cautiverio prolongado.

El juez frunce el ceño, claramente incómodo en esta situación.

Sus ojos se desvían hacia Viktoria y veo un atisbo de desagrado antes de volverse de nuevo hacia Inessa.

—Señora Gravitch, necesito que sea completamente honesta con este tribunal. ¿La ha amenazado su marido o alguien que actúe en su nombre a usted o a su seguridad si se marchara?

Observo a Inessa procesar la pregunta, entendiendo que su respuesta determinará no solo el resultado de esta vista, sino posiblemente el futuro de nuestro matrimonio.

Si admite sentirse amenazada, es probable que el juez conceda la petición de Viktoria de inmediato.

Si lo niega con demasiada rotundidad, se arriesga a parecer instruida o coaccionada.

—Mi marido me ha protegido de gente que quiere hacerme daño —dice finalmente.

—Incluida mi madre.

Los murmullos se extienden por la sala.

El rostro de Viktoria permanece perfectamente compuesto, pero capto el destello de ira en sus ojos antes de que lo oculte bajo su fingida preocupación maternal.

—Su Señoría —dice el abogado de Viktoria—, este es claramente un caso de manipulación psicológica.

La señora Gravitch ha sido aislada y se le ha lavado el cerebro hasta el punto de que ve a su captor como su protector.

—¡Protesto! —interrumpe mi abogado.

—El letrado está haciendo diagnósticos psicológicos sin las credenciales ni el examen adecuados.

—Admitida —dice, volviéndose hacia el abogado de Viktoria.

Pero lo que debería ser un ceño fruncido se parece más a una mueca de dolor.

Puedo ver cómo se debate entre ambas opciones: conceder la petición de Viktoria y separar potencialmente a una esposa de su marido en contra de sus deseos expresos, o denegarla y dejar potencialmente a una mujer en una situación de abuso.

Este es un hombre moral en una circunstancia muy inmoral.

Viktoria se levanta de su asiento, con lágrimas corriendo por su rostro en una actuación digna de teatro profesional.

—Su Señoría, llevo once años sin ver a mi hija. Cometí errores cuando era joven, errores terribles por los que he pasado más de una década tratando de redimirme. Pero la quiero más que a mi propia vida, y no puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo un hombre con un historial de violencia la controla y manipula.

Las lágrimas son perfectas: ni demasiado abundantes, ni demasiado teatrales, solo lo justo para sugerir una genuina angustia maternal.

Está actuando para todos los padres de la sala, para cada persona que pueda imaginar el horror de ver a su hijo en peligro.

—Todo lo que quiero es la oportunidad de ayudarla a sobrellevar el duelo por la muerte de su padre —continúa.

—Darle el apoyo y los recursos que necesita para tomar decisiones verdaderamente libres sobre su futuro.

Siento que la mano de Inessa aprieta la mía.

El dolor en sus ojos es inconfundible mientras escucha a su madre usar el amor paternal como un arma contra ella.

Esto es guerra psicológica en su forma más refinada: usar emociones genuinas y miedos universales para enmascarar la manipulación.

El juez nos mira alternativamente, visiblemente indeciso.

Las fotografías sugieren maltrato, las lágrimas de la madre sugieren desesperación, pero la compostura y las preferencias expresadas por la esposa complican cualquier versión simple de los hechos.

—Señora Gravitch —dice finalmente—, voy a preguntárselo una vez más, y quiero que piense muy bien su respuesta. Si pudiera irse de aquí hoy con su madre, volver a su antigua vida, recuperar el control de su negocio… ¿querría hacerlo?

El juez espera, y yo mantengo una expresión neutra, pero se me encoge el pecho ante la posibilidad de que Inessa pueda siquiera

considerar la oferta.

No porque quiera marcharse, sino porque la presión de este momento, el peso del escrutinio público y la autoridad judicial, podrían empujarla hacia lo que parece ser la opción más fácil.

En lugar de eso, se gira para mirarme directamente.

No busca permiso ni consuelo, sino que deja clara su postura.

Luego se encara de nuevo con el juez.

—No, Señoría. No querría.

—¿Incluso si eso significara recuperar su independencia y su patrimonio?

—Nunca me arrebataron mi independencia. Mi patrimonio está a buen recaudo donde está. Y mi lugar está con mi marido.

Mientras habla, coloca su mano libre sobre las nuestras entrelazadas.

El gesto es pequeño, pero en este entorno, es una declaración pública.

Me está eligiendo a mí, eligiendo la vida que hemos construido juntos a pesar de sus complicaciones y peligros.

El juez estudia nuestras manos unidas, y luego mira las fotografías que cuentan una historia muy diferente.

—Voy a hacer un breve receso para considerar las pruebas y los testimonios presentados hoy.

La sala estalla en un caos mientras los periodistas se apresuran a enviar sus crónicas y los espectadores debaten lo que han presenciado.

La actuación de Viktoria ha sido impecable, las respuestas de mi mujer han sido sinceras, y el juez está claramente lidiando con una

decisión que podría tener consecuencias de gran alcance.

Durante el receso, esperamos en una pequeña sala de conferencias mientras nuestros abogados discuten la estrategia.

Inessa permanece en silencio, mirando por la ventana a la multitud de periodistas que todavía se congregan en las escalinatas del juzgado.

Puedo verla procesando no solo las ramificaciones legales de lo que está sucediendo, sino también el coste emocional de que su vida privada sea diseccionada en público.

—Pase lo que pase —le digo en voz baja—, lo afrontaremos juntos.

Ella asiente, pero no responde.

Esto claramente le está pasando factura, aunque lo está manejando con una entereza notable.

Cuando volvemos a la sala, la expresión del juez no da ninguna pista sobre su decisión.

Se acomoda en su silla y examina la abarrotada sala antes de hablar.

—Este caso presenta circunstancias inusuales que no encajan exactamente en las categorías legales habituales —comienza.

—Por un lado, tenemos pruebas que sugieren una posible coacción y control. Por otro lado, tenemos a una mujer adulta y competente que expresa claramente sus preferencias sobre su propia vida.

Mi abogado se tensa a mi lado, listo para objetar si el fallo va en nuestra contra.

Viktoria se inclina hacia delante, con el rostro convertido en una máscara de esperanzada expectación.

—Sin embargo —continúa el juez—, la ley es clara sobre el derecho de los adultos casados a tomar sus propias decisiones sobre sus relaciones, incluso cuando esas decisiones puedan parecer poco

sensatas para los demás. Sin pruebas claras de un peligro físico inmediato o de una incapacitación total, este tribunal no puede invalidar las preferencias expresadas por la señora Gravitch sobre su propia vida.

Me inunda una oleada de alivio, pero no esbozo ni la más mínima sonrisa.

Mostrar triunfo ahora solo alimentaría la narrativa de los medios sobre un comportamiento controlador.

—Por lo tanto, la petición de custodia de emergencia e incautación de bienes queda denegada. La señora Gravitch retiene el control sobre sus intereses comerciales y decisiones personales.

El mazo golpea y el caos estalla.

La fachada de compostura de Viktoria se resquebraja por un instante, revelando la rabia que ha estado ocultando.

Sus abogados comienzan inmediatamente a discutir opciones de apelación mientras los periodistas gritan preguntas y los flashes de las cámaras disparan sin cesar.

Ayudo a Inessa a ponerse de pie, manteniendo mi cuerpo entre ella y la multitud mientras nos dirigimos hacia la salida.

El circo mediático no ha hecho más que intensificarse cuando salimos.

Los fotógrafos se abalanzan, gritando preguntas mientras acercan las cámaras a nuestros rostros.

—Señora Gravitch, ¿por qué ha elegido quedarse con su marido?

—¿Teme lo que sucederá si se marcha?

—¿Tiene algún mensaje para su madre?

Me abro paso entre la multitud, usando mi tamaño y mi presencia para crear un camino hacia nuestro coche.

Cuando un fotógrafo se acerca demasiado, casi pegando su objetivo a la cara de Inessa, le agarro la cámara y lo empujo hacia atrás con la fuerza suficiente para que tropiece con varios otros.

—Atrás —gruño, mi autocontrol por fin se quiebra lo suficiente como para mostrar la violencia que ha estado cociéndose a fuego lento bajo la superficie todo el día.

Esta gente son buitres, y aunque ahora me irritan, estoy deseando ver cómo despellejan a Viktoria cuando Inessa y yo hayamos acabado con ella.

Es lo mínimo que se merece.

El fotógrafo recupera el equilibrio, pero mantiene la distancia mientras llegamos al coche.

Ayudo a Inessa a entrar y luego me deslizo a su lado mientras mi chófer se aleja del bordillo.

Detrás de nosotros, la multitud continúa gritando preguntas y haciendo fotos, pero por fin estamos libres de su presión inmediata.

Inessa se deja caer contra el asiento, su agotamiento finalmente visible ahora que estamos lejos del escrutinio público.

—¿Ha terminado?

—Por ahora. Apelará, intentará otros ángulos legales, pero el fallo de hoy establece que actúas por tu propia voluntad. Eso hace que los futuros recursos sean mucho más difíciles.

Ella asiente, pero no responde.

El coste de defender nuestra relación tan públicamente la ha dejado claramente agotada, y tomo nota mental de asegurarme de que tengamos varios días de privacidad para recuperarnos de este calvario.

Odio que la estén arrastrando por todo esto, pero hasta que no acallemos los argumentos de Viktoria, tengo las manos atadas.

De vuelta en el complejo, acuesto a Inessa en la cama para que duerma la siesta y me retiro a mi despacho para ordenar mis ideas.

Mi teléfono suena.

Cuando veo el nombre de mi hermano en el identificador de llamadas, se me retuerce el pecho.

Es como si tuviera un sexto sentido para saber cuál es el peor momento para llamar y lo ignorara a propósito.

—Toda la familia está hablando —dice antes de que yo siquiera pueda saludarlo.

—Este drama judicial, la cobertura mediática, la forma en que nuestro nombre está siendo arrastrado por la especulación pública… tiene que parar.

—El recurso legal se ha resuelto.

—Por ahora. Pero esta mujer no ha terminado, y cada día que esto continúa, parecemos débiles. Como si no pudiéramos controlar nuestros propios asuntos.

Me acerco a la ventana, observando a los guardias patrullar el perímetro.

—¿Qué sugieres? —pregunto, aunque ya sé hacia dónde se dirige esta conversación.

—Ponle fin. Para siempre. Esta noche, si es necesario. Haz que parezca un accidente, échale la culpa a sus socios criminales… no me importa cómo se haga. Pero esta distracción se acaba ahora.

—No.

—No es una petición, Yuri. Es un asunto de familia, y estás dejando que los sentimientos personales comprometan nuestros intereses.

Dimitri está sugiriendo que asesine a Viktoria a sangre fría, algo a lo que no me opongo.

Pero sería demasiado obvio y lo relacionarían conmigo en segundos.

No es una opción.

—Mi mujer es un asunto de familia.

—Tu mujer es una carga que nos está convirtiendo a todos en objetivos. Cuanto más se alargue esto, más atención atraeremos de las fuerzas del orden, los medios de comunicación y las organizaciones rivales. Cada día que ella permanece viva es otro día en que nuestros enemigos pueden usar esta situación en nuestra contra.

Pienso en Inessa en mis brazos, en cómo admitió con ternura que me quiere.

En cómo me sentí tan profunda y fuertemente obligado a decirle que la quiero a cambio, pero las palabras no me salían.

No permitiré que muera y no haré nada que empeore esto para ella.

—No pienso renunciar a ella —le digo a Dimitri.

—Entonces la estás eligiendo a ella por encima de tu propia familia.

—Estoy eligiendo a mi mujer por encima de tu conveniencia.

La línea se queda en silencio por un momento, y me doy cuenta de que está pensando.

No se está saliendo con la suya, y sé que no parará hasta que lo consiga.

De alguna manera, abordará esto desde otra dirección e intentará forzarme la mano.

Tampoco puedo permitir que eso suceda.

—Tienes cuarenta y ocho horas para resolver esta situación. Después de eso, la familia la resolverá por ti. Y no seremos tan cuidadosos con los daños colaterales como lo has sido tú.

La línea se corta, y me quedo mirando el teléfono por un momento, procesando lo que mi hermano acaba de decirme.

Un ultimátum respaldado por el consenso familiar, con la clara amenaza de que negarse a cumplir resultará en acciones que no puedo controlar ni prevenir.

Lo que no se dan cuenta es que no voy a dar marcha atrás.

Soy el líder de esta familia, y no permitiré que mi hermano o mis tíos sobrepasen mi autoridad.

Cuando termine de limpiar este embrollo con Viktoria, acabaré con ellos también.

Y solo tendrán una oportunidad de pedir clemencia.

INESSA

El pitido del teléfono en la mesita de noche me arranca del sueño.

Me froto los ojos mientras Yuri contesta de inmediato.

Las llamadas tan temprano por la mañana nunca son buena señal, pero espero a oír lo que tiene que decir antes de dejar que el pánico se apodere de mí.

Con todo lo que está pasando, sé que debe de tener algo que ver con mi madre.

Me apoyo en un codo y observo cómo se le contrae el rostro mientras habla con quienquiera que sea.

—Estaremos allí en veinte minutos —dice, terminando la llamada y volviéndose hacia mí.

Ya está doblando la manta, saliendo de la cama.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha llegado hasta Alina en el hospital. La han envenenado.

Cojo la ropa antes incluso de poner los pies fuera de la cama y el corazón se me empieza a acelerar.

Alina se estaba recuperando tras el ataque a mi sala de exposiciones.

Debería haber estado a salvo.

Pero mi madre ha encontrado la manera de llegar hasta ella incluso allí, de convertir lo que debería haber sido un santuario en otro campo de batalla.

Me visto y me pongo en marcha antes de que el pensamiento consciente se haga con el control.

Los hombres de Yuri ya esperan junto al coche con el motor en marcha cuando llegamos al vestíbulo.

Agradezco que se queden despiertos toda la noche para vigilar y estar preparados para cosas como esta.

Mi madre no se contenta con destruir mi negocio o robar mis bienes.

Está escalando hasta atacar a la gente que me importa, demostrando que en mi vida no hay lugar ni persona a salvo de su alcance.

El mensaje es claro: ríndete por completo o mira cómo todos a los que quiero sufren por mi desafío.

El Hospital General de San Petersburgo bulle de actividad nocturna cuando llegamos.

La UCI está en el séptimo piso, y solo se puede acceder a ella a través de puertas cerradas y controles de seguridad.

No tengo ni idea de cómo ha podido llegar nadie hasta ella, salvo porque han sobornado al personal del hospital.

Aun así, he sido yo quien ha llevado a mi madre directamente al lado de la cama de Alina.

Si hubiera sabido lo que tramaba cuando la invité a que nos viéramos aquí la semana pasada…

El médico que nos recibe es joven, está cansado y claramente intimidado por el equipo de seguridad que acompaña nuestra llegada.

Explica el estado de Alina en términos clínicos, pero tiene el rostro contraído por la frustración.

—Los resultados de toxicología son coherentes con un envenenamiento deliberado —admite.

—La dosis ha sido calculada para causar una enfermedad grave sin una muerte inmediata. Quienquiera que haya hecho esto quería que sufriera, no que muriera.

Así que mi madre no quería que Alina muriera al instante; si no, ya estaría muerta.

No sé muy bien cómo tomarme eso.

La distinción es importante, porque una amiga muerta sería una tragedia, pero una amiga que sufre es un arma que puede usar para apretarme más las tuercas.

Mi madre quiere que vea lo que cuesta a otras personas desafiarla, quiere que cargue con la culpa de haber traído este dolor a la vida de Alina.

El médico sigue hablando, pero yo me vuelvo hacia la ventana de su habitación.

A través del cristal de la UCI, puedo ver a mi mejor amiga conectada a máquinas que monitorizan cada función de su cuerpo debilitado.

Sus rizos oscuros están apelmazados contra la almohada, su piel pálida excepto por el rubor de una fiebre que no remite.

Parece frágil y nunca la había visto así.

Ella siempre ha sido la fuerte, y ahora esos papeles se han invertido.

—¿Puedo verla? —pregunto, volviéndome hacia el médico.

—Solo familiares, me temo.

Yuri da un paso al frente y algo en su postura hace que el médico se lo replantee de inmediato.

Traga saliva con fuerza y parpadea cien veces en menos de un segundo.

—Por supuesto, es prácticamente de la familia. Solo… que sea breve —dice el cobarde, retrocediendo bajo la sombra de Yuri.

Su habitación huele a desinfectante y a ese particular aire viciado que acompaña a las enfermedades graves.

La respiración de Alina es superficial, pero constante, asistida por máquinas que zumban y hacen clic.

Cuando le cojo la mano, la noto demasiado fría, demasiado seca, no hay nada familiar en su tacto.

Está durmiendo, pero sus dedos se contraen entre los míos y casi me echa a llorar.

—Lo siento —susurro, aunque no sé si puede oírme a través de la sedación.

—Esto es culpa mía. Todo.

Sus dedos no vuelven a responder a mi presión, pero el monitor cardíaco continúa con su pitido constante.

Sigue viva, pero a duras penas, sufriendo porque eligió la lealtad por encima de la seguridad, porque se negó a creer que quererme pudiera ser peligroso.

Me quedo hasta que las enfermeras insisten en que el horario de visitas ha terminado, hasta que la suave presión de Yuri en mi hombro me recuerda que no podemos quedarnos indefinidamente en lugares públicos.

El trayecto de vuelta al complejo es silencioso, pero lo paso llorando suavemente sobre su pecho, con sus brazos rodeándome con fuerza.

¿Cuándo terminará esto?

¿Cuándo dejará mi madre lo que está haciendo y cesará por fin el dolor?

En casa, bebo vodka directamente de la botella que Yuri guarda en su despacho y lo trago sin saborear nada.

El alcohol quema el olor a antiséptico que se me ha quedado en las fosas nasales, pero no puede ni rozar la fría furia que todavía me abrasa el pecho.

—Se va a recuperar —dice Yuri, sentándose en el gran sofá de cuero.

Me sienta sobre su regazo y me sujeta allí, pero no me quita la botella de la mano.

—Esta vez. ¿Y la próxima? ¿Qué pasará cuando mi madre decida que no le basta con enviar mensajes?

—No le daremos la oportunidad de que haya una próxima vez.

Bebo otro trago y luego me giro para mirarlo directamente.

—Se acabaron las estrategias defensivas. Se acabó la planificación cuidadosa. Se acabó esperar el momento perfecto para contraatacar.

—Inessa…

—Ha envenenado a mi mejor amiga para dejarme claro algo. No la ha matado, la ha envenenado. La ha hecho sufrir lo justo para demostrarme que todos los que me importan están a su alcance.

Bebo otro trago, las manos me tiemblan por la rabia que me recorre.

—¿Quiere jugar con la vida de la gente? Perfecto. Juguemos.

Los brazos de Yuri se aprietan alrededor de mi cuerpo y siento cómo me estabiliza.

—No hay vuelta atrás del nivel de guerra del que hablas. Una vez que cruzamos ciertos límites, nos convertimos en personas completamente diferentes.

Una risa emerge de mi boca tan amarga y cortante que casi temo sonar como ella.

—Nunca hubo vuelta atrás desde el momento en que dije «sí, quiero» a punta de pistola. Todo desde entonces ha sido adaptación, supervivencia, convertirme en quien necesitaba ser para seguir con vida en este mundo.

—No entiendes lo que estás pidiendo —advierte Yuri.

Sé que quiere que tenga cuidado, pero es que ya me importa una puta mierda.

—¿Que no? Entiendo que mi madre no parará de escalar hasta que yo esté muerta o lo esté ella. Entiendo que todos a los que he querido se convertirán en un objetivo cuanto más dure esto. Entiendo que jugar según las reglas civilizadas contra alguien que no tiene límites es una forma garantizada de perderlo todo.

Me levanto y me acerco a la ventana, mirando los muros del complejo que se han convertido a la vez en prisión y santuario.

Más allá se extiende una ciudad donde mi madre se mueve libremente, planeando su próximo ataque contra cualquiera que tenga la mala suerte de quererme.

—Lo ha convertido en algo personal cuando ha ido a por Alina —continúo.

—Quiere hacerme daño destruyendo a todos los que me importan, para luego obligarme a ver cómo se lleva el mérito de salvarme de las consecuencias de mis propias decisiones.

—¿Y qué quieres tú?

Mi respuesta sale helada y absoluta, con una certeza funesta.

—La quiero muerta.

La expresión de Yuri cambia mientras procesa lo que le estoy diciendo.

No soy la esposa protegida que busca su guía, sino una compañera que exige acción inmediata.

Alguien que ha superado el miedo y la cautela.

Y no voy a cambiar de opinión.

—El plazo que discutimos…

—Cambia esta noche. Cualesquiera que sean los recursos que necesitemos, los riesgos que tengamos que asumir, las líneas que tengamos que cruzar… todo sucede ahora.

—El ultimátum de mi familia… —dice, pero lo interrumpo.

—Se vuelve irrelevante si nos movemos lo suficientemente rápido. Para cuando Dimitri se dé cuenta de lo que estamos haciendo, será demasiado tarde para que interfiera.

Vuelvo a mi asiento, inclinándome hacia adelante con la misma intensidad que él me muestra.

—A no ser que no estés dispuesto a acelerar las cosas porque crees que no puedo soportar las consecuencias.

—Ese no es el problema —dice, y percibo incertidumbre en su tono.

Nunca duda de nada, así que ¿por qué esto? ¿Por qué ahora?

—Entonces, ¿qué es?

Permanece en silencio durante un largo momento, sopesando las palabras que remodelarán todo nuestro enfoque en este conflicto.

Cuando habla, siento su compasión hacia mí.

Está luchando por contener a su monstruo justo cuando más lo necesito.

—Inessa, tú no eres esta persona. Esta no eres tú…

—Lo soy —le digo, pero incluso al hacerlo, me doy cuenta de que tiene razón.

No soy una asesina. Solo estoy enfadada.

—No lo eres.

—Entonces hazlo tú por mí. Porque tiene que hacerse.

El corazón me late con fuerza y el alcohol me está mareando.

—¿Es eso realmente lo que quieres? ¿Que yo asesine a tu madre? Porque no puedo concebir la idea de que me mires de otra manera cuando todo haya terminado.

Ahí está… esa maldad viciosa que sé que existe dentro de él.

—Ha envenenado a mi mejor amiga para enviarme un mensaje. Planea matar a todos los que quiero para forzar mi rendición. Ella ya ha elegido la eliminación como su estrategia preferida. —Le miro a los ojos sin pestañear—. Estoy preparada para darle exactamente lo que se ha ganado.

Yuri asiente, aceptando mi respuesta sin juicio ni sorpresa.

—Entonces, nos moveremos mañana por la noche. Para cuando salga el sol, el mundo de Viktoria Mirova estará en llamas.

—¿Qué necesitas de mí?

Bebo otro trago y por fin siento que la revancha está a mi alcance.

—Ni dudas, ni piedad, ni vacilaciones cuando llegue el momento de apretar el gatillo de todo lo que hemos planeado.

—Lo tienes.

—Y después, cuando veas lo que hemos hecho, cuando te des cuenta en lo que te has convertido… no podrás culparme por la persona en la que has elegido convertirte.

Me siento de nuevo en su regazo y dejo que me quite la botella de las manos.

Cuando acepté casarme con Dominic, era una mujer ingenua y sin sentido común.

Esa mujer murió en el momento en que Yuri Gravitch me puso una pistola en las costillas y me obligó a casarme con él.

Ahora no soy más que una hija con una ira asesina que tiene asuntos pendientes.

—Lo entiendo completamente —le digo.

—Mañana por la noche, destruiremos a la mujer que me dio la vida.

Espero que lo apruebe, que me sonría como lo habría hecho mi padre cuando tomaba una buena decisión.

Pero no me ofrece nada más que una expresión calmada, como si no disfrutara de esto.

—Entonces tenemos trabajo que hacer.

Si tengo que hacerlo yo misma, lo haré.

Y si nunca me ofrece su aprobación o elogio, aun así sabré que esta ha sido una buena decisión.

Ni siquiera necesito saber por qué mi madre se fue del lado de mi padre hace años o por qué él la echó.

Conocer la maldad que vive dentro de ella es suficiente.

Si sigue presionando, se llevará todo lo que tengo, y no voy a aceptarlo sin más.

YURI

Cuando termina la reunión y los hombres se marchan, poso la mano de forma posesiva en la parte baja de la espalda de Inessa y la guío por la casa hacia el coche.

No ha habido ningún incidente aquí en mi complejo, ni ninguna amenaza, pero no pienso correr riesgos con mi posesión más valiosa.

—¿Quieres que le diga a Rosa que te traiga ropa para cambiarte?

Le pregunto mientras pasamos por delante del dormitorio, pero ella se apoya en mí y suspira.

—Espero que esto se resuelva mañana y que estemos en casa, en nuestra cama, antes de que sea necesario.

La forma en que Inessa habla ahora de mi casa como si fuera la suya es conmovedora.

Hace menos de dos meses, la llamaba su prisión, y ahora duerme en mi cama y come en mi mesa como si ese fuera su sitio.

—Además, solo quiero descansar. Estoy agotada y lista para dejar esto atrás.

—Sí, yo también.

Asiento con la cabeza hacia Alexei cuando lo cruzamos al pasar el umbral y él saca pecho ligeramente.

Luego la llevo al coche y la ayudo a entrar.

Todo esto ha sido agotador para todos, y estamos muy cerca de zanjar el asunto.

—Tus hombres —dice ella mientras Oleg mete el coche en la calle.

—La forma en que me han tratado hoy..., me han hablado con respeto...

Su mirada recorre mi rostro con asombro, y con razón.

En mi mundo, el respeto se gana, pero en su caso, se le concede porque ahora es mi esposa.

Antes de que ella misma lo supiera, esos hombres la veían como mi igual simplemente porque lleva mi apellido, y morirían por ella como lo harían por mí.

Pero ahora se lo ha ganado.

—Ahora ven fuerza en ti —le digo.

—La forma en que te has desenvuelto en ese tribunal, la forma en que te has mantenido firme tanto ante el juez como ante tu madre, y la forma en que has anunciado tus intenciones en la sala de guerra... eso se ha ganado su respeto.

Se vuelve para mirarme, con esos ojos gris verdoso escrutando mi expresión.

—¿Es así como me ves tú también? ¿Como a una igual?

No puedo creer que todavía sienta la necesidad de preguntarlo.

Después de todo lo que hemos pasado, después de verla transformarse de una novia asustada a una mujer capaz de exigir la sangre de su madre, todavía cuestiona su lugar a mi lado.

—Has sido mejor que yo desde el primer momento en que te vi, Inessa. Pero el hecho de que ahora lleves mi apellido significa que eres intocable. Eres demasiado buena para mí.

Enganchando mis dedos en su nuca, la atraigo hacia mí y le doy un beso en la frente.

La forma en que lo absorbe todo en silencio me dice que no se lo cree de verdad, pero es cierto.

Esta mujer es demasiado buena para mí en todos los sentidos, y soy un hombre mejor porque es mía.

—Cuéntame tu plan —digo, acomodándome para escuchar.

—¿Cómo crees que podemos acorralar a Viktoria y hacer que pague?

Sus ojos se desvían, una ansiedad fugaz cruza su rostro antes de que su determinación se endurezca y mire por la ventanilla.

—Me reúno con ella cara a cara. Dejo que piense que ha ganado, que el drama del juzgado me ha afectado lo suficiente como para reconsiderarlo. Creerá que puede manipularme para volver a tenerme bajo su control.

La estrategia tiene su mérito, pero también pone a Inessa directamente en peligro.

—¿Y entonces?

No estoy seguro de que me guste nada, pero por nada del mundo dejaré que piense que no creo en ella.

—Le digo exactamente lo que se le viene encima. Cada crimen que ha cometido, cada robo, cada traición... todo quedará al descubierto. Los documentos falsificados, el juez sobornado, los empleados que ha puesto en mi contra. Quiero que sepa que su imperio construido sobre mentiras está a punto de derrumbarse.

Estudio su rostro mientras habla, buscando cualquier rastro de duda o miedo.

En su lugar, solo encuentro una fría resiliencia.

Ha caminado por el infierno y le ha robado la corona al diablo, y ahora se la pone como la reina que es, y creo que es arrebatadoramente hermoso.

—Creerá que me está atrayendo de nuevo —continúa Inessa—, pero yo la estaré destruyendo financiera y legalmente.

Arrebatarle todo lo que robó, todo lo que construyó, todo lo que cree que la hace intocable.

Veo algunos fallos en su plan, pero no es nada que no pueda solucionar.

Tenemos que programar su reunión con su madre a la perfección para darles a Oleg y Kirill tiempo de exponer la oscuridad de la organización de Viktoria a los hombres adecuados.

Las cucarachas se dispersarán al mismo tiempo que Viktoria se dé cuenta de que hay un plan en marcha para eliminarla, pero será demasiado tarde.

La distracción de Inessa será suficiente para darnos margen de maniobra.

—Tu madre es experta en la manipulación —le advierto.

—Ha tenido años para perfeccionar sus técnicas, y sabe exactamente qué resortes emocionales tocar para usarlos en tu contra.

La risa de Inessa es fría y amarga.

—Ya no. Cualquier poder que tuviera sobre mí murió cuando envenenó a Alina. Cuando convirtió mi dolor por Batya en un arma contra mí. Y pensar que está trabajando con los mismos hombres que lo mataron...

Niega con la cabeza y, finalmente, sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Cómo puedes quedarte de brazos cruzados sabiendo que es muy posible que ella hiciera que mataran a Dominic?

Una esquirla de rabia se abre paso en mi pecho y esta vez soy yo el que tiene que apartar la mirada.

—Lo he considerado, pero si me permito tomar esa venganza, te robaré lo que tienes que hacer, *milaya*.

Cuando me vuelvo para mirarla, veo compasión en sus ojos.

—Te ha robado mucho más de lo que jamás podría soñar con quitarme a mí, y mientras reciba lo que se merece, me conformo con permitirte ejecutar esa venganza.

—Bueno, pues va a pagar. No voy a dejar que se salga con la suya.

La convicción en su voz me dice que ha superado el punto en el que la manipulación materna podría influir en ella.

Pero necesito estar seguro, porque una vez que este plan se ponga en marcha, no habrá oportunidades para dudar.

—¿Estás segura de que puedes enfrentarte a ella sin dejarte influenciar? ¿Sin dejar que el sentimentalismo nuble tu juicio?

—Estoy segura.

Se vuelve para mirar por la ventanilla la ciudad que pasa.

—La mujer que me crio está muerta. Lo que queda es una extraña que comparte mi sangre, y las extrañas no pueden destruir todo lo que he construido.

Mientras habla, siento que algo cambia en mi pecho.

He pasado meses convenciéndome de que lo que sentía era posesión, protección, el instinto natural de proteger lo que me pertenece.

Pero al verla transformarse de víctima a depredadora, al verla salir de cada prueba más fuerte y peligrosa que antes, ya no puedo negar la verdad.

Amo su valor, cómo se mantiene firme incluso cuando se enfrenta a adversidades abrumadoras.

Amo su lealtad, el hecho de que me eligiera públicamente cuando elegir a su madre habría sido una lucha menor.

Sobre todo, amo que se haya convertido en alguien capaz de sobrevivir en mi mundo sin perderse por completo a sí misma.

Se ha adaptado, ha evolucionado, ha crecido en el papel de mi compañera de formas que nunca esperé cuando le impuse este matrimonio.

El amor es una debilidad en mi mundo, una vulnerabilidad que los enemigos pueden explotar.

Pero ahora tengo algo que vale la pena proteger que va más allá de los intereses comerciales o las obligaciones familiares.

Tengo a alguien cuya felicidad y seguridad importan más que mi propia comodidad o conveniencia.

Alguien cuyos enemigos se convierten automáticamente en mis enemigos, cuyo dolor se convierte en mi responsabilidad vengar.

—Ya hemos llegado —anuncia Oleg, deteniéndose frente al piso franco.

Aparca y luego nos abre la puerta.

Dejo que Inessa salga primero, luego me uno a ella, y esta vez mi mano recorre la curva de su culo, sintiendo cómo se flexiona el músculo con cada paso.

Cuando le doy un apretón, veo que la comisura de su boca se levanta en una sonrisa de suficiencia.

Ha sido un día largo, y un mes aún más largo.

No deseo nada más que llevarme a mi mujer a la cama y sentir el calor de su cuerpo envuelto en el mío.

Y en cuanto entramos en la casa y se cierra la puerta, me vuelvo hacia ella, mi mano encuentra su cadera bajo el grueso abrigo que lleva.

—¿Sabes lo que me haces?

Le pregunto, avanzando hacia ella hasta que está de espaldas a la pared.

Su respiración se acelera, pero sus ojos no se apartan de los míos.

—Me hago una idea bastante buena —dice, su voz bajando a apenas un susurro.

—Pero me gustaría que me lo mostraras.

El espacio entre nosotros desaparece mientras me acerco más, mis manos se apoyan en la pared a cada lado de su cabeza.

El aroma de su piel, el calor que irradia de su cuerpo, la forma en que me mira con total confianza y deseo... es embriagador.

—Inessa —le digo, con la voz ronca por la necesidad—, necesito que entiendas algo.

—¿El qué?

—Te quiero.

Las palabras salen arrastradas de mi pecho, es la primera vez que se las digo, y veo la verdad de ellas brillar en sus ojos antes de estampar mi boca contra la suya.

No hay espacio para preguntas, no hay lugar para nada más que el calor que nos domina a ambos.

Su cuerpo cede contra el mío mientras la levanto, llevándola los pocos pasos hasta el sofá, y cuando la dejo caer sobre los cojines, me arrastra sobre ella con los puños enredados en mi camisa.

La abro de un tirón, los botones se esparcen por el suelo, y sus uñas me arañan el pecho mientras le bajo el abrigo por los brazos y le quito el jersey por la cabeza.

Su sujetador se abre bajo mi mano y se lo quito, llevando sus pechos a mi boca uno tras otro mientras ella se retuerce debajo de mí, su aliento rompiéndose contra mi oído.

Muerdo, succiono y la saboreo hasta que jadea pidiendo más, luego arrastro mi boca por su estómago mientras mis manos rasgan los cierres de sus vaqueros.

La tela vaquera se resiste y pierdo la paciencia, arrancando el botón y bajándoselos por las caderas mientras ella se levanta para ayudarme.

Se los quito de las piernas y los lanzo a un lado, dejándola desnuda salvo por la fina tira de encaje que llama bragas, la cual arranco.

Ella agarra mi cinturón, lo abre, me baja los pantalones, y entonces su mano está sobre mí, acariciando con la fuerza suficiente para hacerme gruñir en su cuello.

—Eso es mío —susurra contra mi mandíbula, y le respondo agarrando sus muslos y abriéndola de par en par debajo de mí.

Me alineo y presiono contra ella, la punta roma de mi polla abriéndose paso a través del apretado calor de su cuerpo centímetro a centímetro hasta que estoy completamente hundido dentro de ella.

Sus ojos se cierran, un sonido sube por su garganta que no es ni palabra ni grito, solo placer puro.

Me quedo quieto, enterrado en ella, sintiendo cómo me aprieta, y la contención que se necesita para no darle todo de una vez me quema en cada vena.

Cuando me araña la espalda en señal de exigencia, salgo casi por completo antes de volver a embestirla con una fuerza que la hace arquearse y jadear.

Su voz se quiebra contra mi hombro mientras encuentro un ritmo y cada embestida reclama más de ella.

Se aferra a mí con los dientes en mi garganta y las uñas arañando mi piel, su cuerpo se encuentra con el mío embestida tras embestida.

La habitación se llena con el sonido de sus jadeos, su aliento, sus gemidos, todo ello impulsándome con más fuerza.

Le cojo la boca de nuevo, tragándome cada sonido, embistiendo más profundo hasta que tiembla bajo mi cuerpo.

La quiero desesperada, exhausta, deshecha bajo mis manos, y no pararé hasta que me dé hasta el último trozo de sí misma.

Sus piernas se cierran alrededor de mis caderas.

Sus talones se clavan en mí, atrayéndome más cerca con cada embestida.

Martilleo dentro de ella, hasta que el sonido de su respiración se vuelve entrecortado y sus uñas se clavan en mis hombros.

—Córrete para mí —le digo.

Mi boca está en su oído, mis palabras no dejan lugar a la negativa. —Ahora.

Jadea cuando me inclino más adentro.

Su cuerpo se sacude bajo la presión y su cabeza cae hacia atrás contra el sofá.

Le atrapo las muñecas por encima de su cabeza y uso mi otra mano para empujar su muslo más abierto, manteniéndola abierta para mí.

Cada impulso de mi verga roza el punto que la lleva más alto.

Se arquea, gime y se retuerce debajo de mí, pero la mantengo inmovilizada.

Su voz se rompe en un grito. —Yuri.

Sus gruesas paredes se aprietan con fuerza, las pulsaciones me arrastran con ella mientras su clímax se desata.

Solloza mi nombre y se azota contra los cojines, su orgasmo obliga a su cuerpo a contraerse y relajarse a mi alrededor en ráfagas agudas.

Sigo moviéndome a través de él, empujando más fuerte, prolongando cada segundo hasta que se queda lacia bajo mi cuerpo y su pecho se agita contra el mío.

Cuando sus muñecas se liberan, me agarra por los hombros y se aferra, con la cara presionada contra mi garganta.

Su aliento llega caliente y entrecortado contra mi piel, su cuerpo temblando.

Presiono mi boca en la línea de su pelo y saboreo la sal de su sudor antes de retirarme.

Sus ojos se abren de nuevo.

Están nublados, todavía atormentados por el placer, pero el hambre en ellos está lejos de haber desaparecido.

—Joder —resopla, y yo sonrío ante su desesperación.

—Buena chica —digo, y le doy la vuelta, presiono su cara contra el sofá y levanto sus caderas en alto.

Mis manos la abren, exponiéndola, y me deslizo de nuevo en el calor húmedo de su cuerpo con una embestida castigadora.

Su grito se desgarra contra los cojines.

Su chillido se ahoga en el sofá y sus dedos arañan la tela mientras embisto dentro de ella.

El sonido de mi carne golpeando la suya llena la habitación, cada embestida nos empuja a ambos más cerca del borde.

Le agarro las caderas con la fuerza suficiente para dejarle moratones, arrastrándola hacia atrás para recibir cada golpe.

Se mece contra mí, su voz se rompe en maldiciones y súplicas, y yo enseño los dientes al verla entregarse por completo.

—Tómalo —gruño, embistiendo dentro de ella con toda mi fuerza.

—Sí —grita, con la voz ronca.

—No pares.

Me clavo más profundo, forzando la separación de sus rodillas, doblegándola para que me reciba.

El sudor perla mi frente y corre por mis sienes, pero no aflojo.

Observo el temblor que recorre su cuerpo, oigo el jadeo entrecortado que me advierte que está cerca de nuevo, y la mantengo ahí, atrapada entre la necesidad y el punto de ruptura.

Sus gritos aumentan, más altos, más agudos, su coño espasmándose a mi alrededor mientras otro orgasmo la desgarra.

Se encabrita contra los cojines, sus manos desesperadas por agarrar cualquier cosa, y su sollozo de liberación me lleva al límite.

Le agarro el pelo, le echo la cabeza hacia atrás para que su garganta se arquee, y mi orgasmo se libera en un torrente que me quema por dentro.

Me entierro hasta la empuñadura, derramándome en lo profundo de ella, embistiendo a través de los espasmos hasta que estoy agotado.

Cuando la dejo caer hacia adelante, se desploma sobre los cojines, su cuerpo húmedo de sudor, su respiración entrecortada y rota.

Me bajo sobre ella, cubriendo su espalda con mi pecho, mi boca rozando su hombro.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. El aire solo transporta el sonido de nuestra respiración irregular.

Gira la cara, con la mejilla presionada contra el cojín, y sus ojos se encuentran con los míos por el rabillo del ojo.

Sus labios se curvan en una leve sonrisa.

—Yo también te quiero.

Beso la línea húmeda de su espina dorsal, cada ápice de mí saciado y en carne viva, y la rodeo con mi brazo por la cintura para mantenerla ahí, reacio a dejarla ir incluso ahora.

Inessa es mía, en sangre, promesa y lecho, y sé que nunca dejaré pasar otro día sin recordárselo.

INESSA

El ascensor sube hacia el ático de mi madre y sé que estoy preparada para este enfrentamiento, sin importar las preocupaciones que Yuri expresó antes de que lo dejara en el coche.

La mujer reflejada en las pulidas puertas de acero no se parece en nada a la niña asustada que una vez le rogó a su padre que dejara volver a su madre a casa.

He crecido mucho desde entonces, y la mayor parte se lo debo a Yuri.

Las puertas se abren para revelar su apartamento, no el pasillo que esperaba.

Sabe que voy a venir porque la he llamado, me he hecho la desvalida, he actuado como si necesitara que «mami» viniera a ayudarme, después de todo.

Y se lo ha tragado enterito.

Salgo del ascensor e, inmediatamente, me golpea lo pretenciosos que son los gustos de mi madre.

Todo el lugar, con su mármol blanco y su cuero, parece diseñado para alardear de la cantidad de dinero que tiene, lo cual es el polo

opuesto de lo que imaginé durante más de una década de mi vida mientras me preguntaba qué estaría haciendo, dónde estaría.

Ahora lo sé.

Mi madre espera cerca de las ventanas, con un elegante vestido de seda color crema que realza su figura, y, por detrás, podría pasar por una mujer décadas más joven.

Pero cuando se da la vuelta, la frialdad de sus ojos revela lo que es en realidad.

Y, al principio, no parece muy contenta de verme, pero no esperaba que estuviera entusiasmada.

Espera destruirme.

Por supuesto, su actuación fallará de vez en cuando.

—Inessa. Mi hermosa hija.

Su sonrisa fingida irradia calidez.

Lástima que yo sepa lo que se esconde bajo la superficie.

—Sabía que al final entrarías en razón.

He venido aquí por una única razón: para mantenerla distraída y ocupada mientras su imperio cae. Y si debo soportarla durante unas horas, eso es lo que tengo que hacer.

Me quedo cerca del ascensor, sintiéndome rígida y fuera de lugar.

Meses viviendo con Yuri y la genuina calidez que me muestra a pesar de su personalidad dominante me han ayudado a saber lo que es sentirse segura, y este apartamento no me parece nada seguro.

—Ha dicho que teníamos que vernos —le digo.

Mis pies se acercan a ella mientras estudio su rostro.

Me asombra parecerme tanto a ella y, sin embargo, que mi corazón no sea en absoluto negro y esté marcado por el odio como el suyo.

—Dije que quería salvarte del terrible error que has cometido.

Se acerca a un mueble bar antiguo, elige una botella de vodka de un estante y me hace un gesto con la cabeza.

—Casarte con ese animal, vivir en su fortaleza, convertirte en parte de su imperio criminal. Nada de eso representa quién eres en realidad.

Sirve dos copas y agita una en el aire.

—No voy a morder, querida —me reprende mientras levanta una ceja y espera a que vaya a cogerla.

Acepto la copa que me ofrece, pero no bebo.

La confianza murió junto con mi padre.

La he visto servirla, pero no tengo ni idea de lo que había en la copa antes de que lo hiciera.

—Usted mató a Batya —digo, observando su rostro en busca de cualquier atisbo de reacción.

—Te liberé de un hombre que se pasó años llenándote la cabeza de veneno sobre mí.

Bebe un sorbo con perfecta compostura, como si no estuviéramos hablando de un asesinato.

—Puso a mi propia hija en mi contra, te convenció de que yo era una especie de monstruo que merecía ser expulsado y olvidado.

—Usted robó a nuestro negocio familiar…

Dejo la copa y ella me observa atentamente.

El fingimiento se está desvaneciendo poco a poco a medida que su expresión pasa de un afecto empalagoso a la amargura despiadada

que yace debajo.

—Cogí lo que me pertenecía por derecho de matrimonio y sociedad. Lo que tu padre me prometió cuando nos casamos y luego intentó negar cuando decidió que me había vuelto un inconveniente para sus planes.

La ira parpadea en su voz antes de que la controle.

—Me echó de mi propia casa, me negó el acceso a mi propia hija, esperaba que desapareciera en la pobreza y la oscuridad.

Las justificaciones fluyen de su boca como si las hubiera estado memorizando para una obra de teatro cada día desde que salió por esa puerta.

Ha ensayado este discurso innumerables veces, ha pulido cada racionalización hasta que se las cree por completo.

En su retorcida versión de la historia, cada crimen se convierte en una justificada autodefensa.

—¿Así que esperó todo este tiempo para vengarse?

Mis acusaciones no son nada sutiles.

Tiene que saber que no estoy aquí para suplicarle piedad y ayuda.

No soy tan buena actriz como ella, lo que me honra de tener un corazón de verdad, aún intacto por las cosas más oscuras de este mundo.

—Esperé once años para reclamar lo que me robaron.

Se acerca a mí lentamente, rodeando el extremo de la barra.

—Pero incluso cuando te di todas las oportunidades para tomar la decisión correcta, lo elegiste a él por encima de mí.

Este es un nivel de delirio en el que no tenía ni idea de que vivía.

Creía genuinamente que orquestar el asesinato de mi padre me llevaría a sus brazos, que le agradecería su intervención.

—¿Impugnó mi matrimonio en los tribunales? —pregunto, más por mi propia curiosidad—. ¿Por qué?

—Te ha lavado el cerebro, *kotyonok*.

Extiende la mano e intenta tocarme, pero me pongo rígida.

Sus dedos se sienten fríos contra mi piel y la locura arde en sus ojos.

Se ha vuelto completamente loca.

La necesidad de castigar a mi padre por haberla echado la ha hecho perder la cabeza.

—Usted envenenó a Alina —trago la bilis que me sube por la garganta.

Han pasado menos de diez minutos y tengo que sobrevivir a esto hasta que mi teléfono suene con una llamada de Yuri.

—Te proporcioné una motivación para que tomaras mejores decisiones. Tu amiga se recuperará por completo. Me aseguré de que la dosis estuviera cuidadosamente calculada, solo el sufrimiento suficiente para demostrar lo que sucede cuando continúas desafiándome.

Mis manos se cierran en puños. No le queda ningún límite moral en absoluto.

Cualquiera que se interponga entre ella y sus objetivos se vuelve prescindible, su dolor es una mera herramienta de manipulación.

Me pregunto si esta es la mujer con la que Batya se casó y de la que se enamoró.

¿Le ocultó a él también su malvado y negro corazón y, cuando lo descubrió, fue cuando se deshizo de ella?

—¿Y los ataques a mi sala de exposiciones? ¿El incendio del almacén?

—Tácticas de presión diseñadas para demostrar que tu marido no podía protegerte ni a ti ni a tus bienes.

Se dirige a las ventanas y mira hacia San Petersburgo.

—Pero heredaste la terquedad de tu padre. Tuviste que aprender a través del sufrimiento que oponerte a mí no consigue nada.

La sigo hacia el cristal, dándome cuenta de que estamos a treinta pisos por encima de la calle.

Una caída desde esta altura sería mortal al instante.

Un pequeño empujón desde su balcón y me libraría de ella.

Ese pensamiento oscuro me hace estremecer y detenerme lo suficientemente lejos como para no poder tocarla.

No seré como ella.

—Usted ha subestimado a Yuri.

—¿Lo he hecho? Tu marido posee inteligencia y crueldad, ciertamente. Pero sus respuestas siguen siendo predecibles. Los hombres como él siempre eligen la violencia primero, la estrategia después. Eso los hace fáciles de manipular una vez que entiendes sus patrones.

Se equivoca con él, pero no corrijo su error.

La arrogancia me servirá cuando esta conversación llegue a su inevitable conclusión.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto—.

—Ha confesado múltiples asesinatos. ¿Espera gratitud por destruir mi vida para salvarla?

—Espero que reconozcas que todo lo que he hecho ha sido para tu beneficio final.

Se vuelve hacia mí y, por fin, veo las grietas en los bordes de su máscara.

Ni siquiera es consciente de que me está fulminando con la mirada.

—Tu padre envenenó tu mente contra mí desde la infancia, te convenció de que yo era la encarnación del mal. Pero soy yo la que lo arriesgó todo para liberarte de su control y, después, de la dominación de tu marido.

El delirio es más profundo de lo que imaginaba posible.

Ha reescrito la historia de forma tan completa que se ve a sí misma como una madre heroica que hace nobles sacrificios.

Los asesinatos, la manipulación, la destrucción sistemática de mi felicidad… todo justificado por su pervertida versión del amor.

—¿Liberarme para convertirme en qué? ¿En su marioneta en lugar de la de ellos?

—En ti misma. En la mujer que estabas destinada a ser antes de que los hombres empezaran a controlar cada aspecto de tu existencia.

Me agarra las manos con una fuerza sorprendente, su agarre es casi doloroso.

—Vete conmigo esta noche. Aléjate de San Petersburgo, de Rusia si es necesario. Reconstruiremos tu negocio en algún lugar limpio y nuevo, en algún lugar donde tu pasado no pueda seguirte.

A pesar de todo lo que ha hecho, cree de verdad que podemos establecer una relación normal de madre e hija.

Que puedo olvidarme de los cadáveres que deja a su paso y aceptarla como familia.

—¿Y qué hay de Yuri? No me dejará desaparecer sin más.

—Tu marido estará muerto antes de que termine la semana. Tengo socios que se especializan en hacer desaparecer los problemas de forma permanente.

La forma en que lo dice —como si ya tuviera los planes en marcha— me hiela la sangre.

La amenaza lo cristaliza todo para mí.

Esto ya no va de dinero, ni de negocios, ni siquiera de venganza.

Esta mujer está tan consumida por su propia historia que es capaz de asesinar a cualquiera que la amenace.

Y lo que da miedo es que creo que también me matará si no le sigo la corriente.

—Está usted completamente loca —le digo.

Su rostro se transforma por la rabia y, por primera vez esta noche, veo al monstruo que se esconde bajo su actuación maternal.

—¿Loca? Soy la única persona que piensa con claridad en toda esta situación.

Tu padre te lavó el cerebro en mi contra desde que naciste.

Tu marido te ha corrompido hasta convertirte en su cómplice criminal.

Todos en los que confías han destruido pedazos de tu alma, y yo soy la única que lucha por salvar lo que queda.

Su voz se eleva con cada acusación, y la saliva sale despedida de sus labios mientras su cuidada compostura finalmente se hace añicos.

Este es su verdadero yo: una mujer enloquecida por años de resentimiento enconado y autojustificación delirante.

—Batya nunca me hizo daño ni usó la violencia para enseñarme —digo, retrocediendo hacia el centro de la habitación.

—Elegí a Yuri porque él es sincero sobre su naturaleza. A usted ni siquiera la conozco.

—¿Cómo te atreves?

Avanza hacia mí con paso amenazador mientras yo retrocedo.

—Yo te di a luz. Te cuidé cuando estabas enferma de niña, guié tus primeros pasos, te quise más que a mi propia vida. Y tú defiendes a los hombres que destruyeron a nuestra familia.

—¡Usted destruyó a nuestra familia cuando se fue!

La acusación la empuja más allá de cualquier control que le quedara.

Se abalanza sobre el escritorio antiguo y abre un cajón de un tirón para revelar una pistola cromada.

Le tiemblan las manos al apuntarme al pecho, pero sus ojos arden con absoluta convicción.

—Prefiero matarte a perderte de nuevo —dice, con la voz convertida en un susurro letal.

—Si no puedo salvarte de aquello en lo que te has convertido, entonces te salvaré de aquello en lo que te estás convirtiendo.

Su lógica es retorcida, pero veo que no bromea.

En su mente enferma, asesinarme constituiría un acto de piedad, ahorrándome una mayor corrupción.

—No apretará el gatillo —le digo, aunque la certeza me elude.

—¿Que no? Mira en lo que te han convertido. Estás casada con el criminal más peligroso de San Petersburgo. Le estaría haciendo un favor al mundo.

La pistola tiembla en su mano, pero su dedo permanece en el gatillo.

Se está convenciendo a sí misma para tomar la decisión de disparar, de que matarme es la elección correcta.

—Baje el arma y hablaremos de esto racionalmente.

—Se acabó la discusión. No más oportunidades para que te equivoques. Has elegido tu bando y no es el mío.

Las lágrimas le corren por la cara, pero su determinación parece fortalecerse en lugar de debilitarse.

—Tendría que haber hecho esto hace años. Tendría que haberte alejado de tu padre antes de que pudiera llenarte la cabeza de mentiras.

Me acerco sigilosamente, sin apartar la vista del arma.

No está entrenada como una profesional.

Si consigo ponerme a su alcance, desarmarla es posible.

Pero tendré que controlar mi corazón desbocado si quiero vivir.

—¿Quieres saber la verdad sobre tu precioso padre? —pregunta, manteniendo el arma apuntada a mi pecho.

—No me desterró por un robo.

Me exilió porque tenía ambición. Quería hacer algo más con mi vida.

—¿Así que decidió que el asesinato era la respuesta adecuada?

—Decidí convertirme en lo que fuera necesario para proteger a mi hija. Pero ya no eres una niña y has tomado tu decisión final.

Su agarre en el arma se vuelve firme.

Va a disparar.

Puedo leerlo en su postura, en la forma en que su cuerpo se prepara para el retroceso.

Solo tengo una fracción de segundo para reaccionar a su cambio de postura, y mi cuerpo se abalanza antes de que pueda terminar de pensar en lo que debo hacer.

Me lanzo a un lado mientras la pistola dispara, la bala hace añicos la ventana donde estaba yo hace un instante.

Los cristales caen en cascada mientras ruedo detrás del sofá, usándolo como cobertura mientras ella ajusta su puntería.

—No puedes escapar de esto —grita, y ahora parece inquietantemente tranquila.

—Conozco cada rincón de esta habitación. No hay dónde esconderse.

El segundo disparo atraviesa el cuero cerca de mi cabeza, y el relleno estalla en todas direcciones.

Tiene razón en que conoce el espacio, pero se equivoca en mis intenciones.

No me estoy escondiendo.

Me estoy posicionando para contraatacar.

El vaso de vodka está en la barra, a mi alcance.

Moviéndome rápidamente, lo cojo y se lo lanzo a la cabeza con todas mis fuerzas.

Ella se agacha instintivamente, dándome la oportunidad que necesito para cargar hacia delante.

Chocamos cerca del escritorio, ambas luchando desesperadamente por el control del arma.

Es mayor, pero está impulsada por años de rabia y delirio. Pero mi edad no disminuye mi rabia ni mi desesperación.

El arma se dispara de nuevo, la bala se incrusta en el techo mientras forcejeamos.

Sus uñas me arañan la cara, haciéndome sangre, mientras yo le clavo la rodilla en las costillas con fuerza.

Chocamos contra el escritorio, los papeles y los objetos se desparraman y caen al suelo.

—Pequeña zorra desagradecida —gruñe, intentando apuntar con la pistola a mi cabeza.

—Debería haberte estrangulado al nacer en lugar de malgastar años queriéndote.

Toda pretensión se desvanece ahora.

No hay calidez maternal, ni falsa preocupación, solo odio puro por la hija que se atrevió a rechazar su enfermiza versión del amor.

Le golpeo la muñeca contra el borde del escritorio repetidamente, tratando de hacer que suelte el arma.

Grita pero no la suelta, y levanta la mano libre para arañarme los ojos con las uñas.

Ahora ambas sangramos, ambas reducidas a una desesperación salvaje.

Consigo rodear el cañón de la pistola con los dedos, girándolo a pesar del calor del disparo reciente que me quema la palma de la mano.

Aprieta el gatillo por reflejo, pero he apartado el arma de nuestros cuerpos.

La lucha se convierte ahora en una cuestión de pura fuerza física.

Quien gane el control, vive.

Quien pierda, muere.

De repente, la pistola se nos escapa de las manos, dando vueltas lejos de nosotras hasta caer con un estrépito en el suelo.

Ambas nos lanzamos a la vez, gateando y arrastrándonos.

Pero yo la alcanzo primero, mis dedos se cierran alrededor de la empuñadura.

Cuando me giro, ella ya se está moviendo hacia mí, con el rostro desfigurado por la rabia y la desesperación.

—Dame esa arma —exige, como si yo siguiera siendo una niña que obedece la autoridad materna sin rechistar.

Pero Batya me enseñó a disparar, y Yuri me enseñó a confiar en mis instintos.

—No sabes lo que estás haciendo —sisea.

—Entiendo perfectamente lo que estoy haciendo —le digo.

Se detiene, reconociendo finalmente que el poder ha cambiado por completo, y un miedo genuino se introduce en su expresión.

—No dispararás a tu propia madre —dice, y el tono empalagosamente dulce regresa a su voz al instante.

—Usted iba a matarme.

Mis manos ni siquiera tiemblan mientras doy un paso hacia delante.

—Inessa, por favor…

—Usted orquestó la muerte de mi padre y de mi prometido. Envenenó a mi mejor amiga. Ha intentado repetidamente destruir a todos los que me importan.

Niego con la cabeza, entornando los ojos hacia ella.

—Se ha ganado exactamente lo que está a punto de recibir.

El terror sustituye a la arrogancia en sus facciones.

Finalmente está comprendiendo que la hija que intentó controlar se ha convertido en alguien capaz de acabar con su vida sin dudarlo.

—Por favor —susurra.

—Sigo siendo tu madre.

—No. Usted es la mujer que me dio a luz. Yo no tengo madre.

El primer disparo le da en el centro del torso, haciéndola girar hacia las ventanas destrozadas.

Se tambalea pero permanece de pie, mirando la mancha carmesí que se extiende con incredulidad.

—No puedes —jadea, apretándose la mano contra la herida. Un sonido ahogado brota de su garganta antes de decir—: Soy toda la familia que te queda en este mundo.

—Tengo un marido que quemaría ciudades enteras para protegerme. Eso es más familia de lo que usted me ha proporcionado jamás.

El segundo disparo le da en el estómago, doblándola por la mitad de dolor.

Cae de rodillas mientras la sangre florece en el suelo bajo ella con la forma de un riñón.

Se agarra el pecho y el estómago, boqueando en busca de aire.

Sus palabras son apenas audibles.

—Mira en lo que te has convertido —susurra.

—Mira en lo que han convertido a mi preciosa hija.

El tercer disparo acaba con ella para siempre, y ni siquiera dudo en efectuarlo.

Pueden encerrarme y tirar la llave para siempre, pero ahora soy libre.

Nunca volverá a hacerme daño.

Me quedo de pie junto al cadáver, sin sentir satisfacción, solo alivio.

Me tiemblan las manos mientras dejo el arma sobre el escritorio y, vagamente, oigo sonar mi móvil, pero estoy perdida en un entumecimiento hueco del que no puedo salir mientras la miro morir.

Cuando el ascensor se abre y Yuri sale, capta la escena con una sola mirada.

Cristales rotos, muebles volcados, un cadáver sangrando.

Corre hacia mí, atrayéndome a sus brazos.

—¿Estás herida? —pregunta.

—No.

Sigo entumecida, sigo sintiendo un odio helado.

—Pero no estoy bien.

Me doy la vuelta, hundo la cara en su pecho y aspiro su olor.

Las lágrimas se niegan a salir, pero sé que esto se ha acabado.

Llamará a quien tenga que llamar para limpiarlo o enterrarlo, y yo volveré a casa, a su complejo, donde sentiré el peso de haber perdido a todos los que conocía.

Pero se ha acabado.

Y estoy a salvo.

30

YURI

El salón principal del complejo ha sido transformado para el luto.

Telas negras cubren las ventanas y cientos de velas parpadean sobre todas las superficies, su luz danzando contra las fotografías enmarcadas de los difuntos.

Semyon Mirov nos mira desde una docena de imágenes: algunos retratos formales de negocios, otras instantáneas de reuniones familiares a lo largo de los años.

Dominic parece más joven en sus fotos, capturado antes de que la imprudencia que definió sus últimos meses se apoderara por completo de él.

El funeral debería haberse celebrado hace semanas, pero el caos y una investigación demasiado exhaustiva impidieron una ceremonia adecuada.

Las conspiraciones de Viktoria, los desafíos legales, la constante amenaza de violencia… todo ello hacía que reunir a la familia fuera demasiado peligroso.

Ahora que está muerta y su red destruida, por fin podemos honrar nuestras pérdidas sin tener que mirar por encima del hombro.

Los miembros de la familia llenan mi casa con conversaciones silenciosas y reverentes.

Tíos de Moscú, primos de Novosibirsk, aliados que han servido al apellido Gravitch durante décadas.

Rosa ha preparado comida suficiente para alimentar al doble de gente, aunque el apetito escasea cuando el dolor llena la habitación.

El olor a cera quemada se mezcla con el aroma de su comida, creando una atmósfera solemne y extrañamente reconfortante a la vez.

Inessa está de pie a mi lado, cerca de la fotografía más grande de Semyon, con un sencillo vestido negro que resalta su piel pálida y su pelo oscuro.

Ha estado callada toda la mañana, procesando la finalidad que representa esta reunión.

Su padre se ha ido de verdad y, sin embargo, sigue vivo.

La alianza empresarial que nos unió ha evolucionado hacia algo más profundo, más permanente.

—Le habría gustado ver a todo el mundo aquí —dice, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Batya siempre decía que la familia lo es todo.

Estudio la fotografía a la que se dirige: Semyon en su escritorio, con un bolígrafo en la mano.

Era un hombre prudente, metódico en su enfoque de los negocios y protector de los intereses de su hija.

Su muerte inició toda esta violencia, pero esta noche, por fin cerramos ese capítulo.

—Te crio para que sobrevivieras en este mundo —le digo.

—Ese es el mayor éxito de un padre.

Mi hermano Dmitri se acerca desde el otro lado de la habitación, y sus ojos se desvían para mirar a Inessa.

Por ahora hemos dejado a un lado la mayoría de nuestras agrias diferencias, pero nunca dejará de presionarme para que le ceda el control de esta familia.

Aun así, por ahora ha llegado la paz, y eso es todo lo que puedo pedir.

—La gente de Kozlov ha sido convencida para buscar otras oportunidades —dice Dmitri, manteniendo la voz lo suficientemente baja como para no interrumpir las conversaciones cercanas.

—Convencida permanentemente.

El traficante de armas que amenazó nuestras operaciones tras los tratos no autorizados de Dominic ha sido silenciado.

Se acabaron las exigencias para cumplir los contratos que mi hijo nunca debería haber iniciado.

Se acabaron las amenazas contra los negocios de Inessa o los intereses de nuestra familia.

Otro cabo suelto atado.

—¿Todos? —pregunto.

—Cada socio, cada matón, cada contacto que pudiera haber causado problemas en el futuro.

La oscuridad en su tono me muestra lo minuciosos que han sido mis hombres.

—El férreo control de Viktoria ha sido eliminado.

Alexei asiente confirmándolo, con sus manos llenas de cicatrices cruzadas respetuosamente a la espalda.

La operación de limpieza requirió coordinación en varias ciudades, pero la reputación de mi hermano por su minuciosidad nos sirvió de mucho.

Cuando Dmitri decide eliminar una amenaza, no queda nada que pueda causar complicaciones más tarde.

—¿Y qué hay de sus territorios de negocio? —pregunta Inessa, y me rodea el brazo con los suyos mientras apoya la cabeza en mi hombro: su lugar de honor.

—Tu mujer piensa estratégicamente —me dice Dmitri, aunque sus ojos permanecen en Inessa mientras habla.

—Juzgué mal sus capacidades al principio.

Mi hermano no se disculpa ni admite un error fácilmente, sobre todo en lo que respecta a las decisiones familiares.

Su reconocimiento de que Inessa pertenece a nuestro círculo representa un cambio fundamental en cómo será tratada por nuestra extensa red.

—Juzgué mal toda la situación —continúa, y es lo más parecido a una disculpa que jamás oiré.

—La familia es más fuerte por haber esperado —convengo, aunque en privado recuerdo lo cerca que estuvimos de seguir su enfoque preferido.

Doy una palmadita en la mano de Inessa y le doy un suave beso en la coronilla.

Inessa acepta una copa de vino de Rosa, que se mueve por la reunión asegurándose de que las necesidades de todos estén cubiertas.

Se detiene para apretarle suavemente el hombro a Inessa, ofreciéndole un apoyo sin palabras.

Dimitri les da espacio a las mujeres mientras se abrazan brevemente, y Rosa asiente hacia mí, quitándome la copa vacía de la mano.

—Los negocios se están estabilizando —informa Inessa una vez que Rosa pasa a atender a otros invitados.

—Esta semana se han renovado tres contratos importantes y los compradores internacionales están volviendo. Los ataques dañaron nuestra reputación temporalmente, pero la calidad habla por sí sola.

Su imperio de la moda, casi destruido por el sabotaje de su madre, se está reconstruyendo bajo mi protección.

La seguridad que le proporciono le permite centrarse en el diseño y la producción en lugar de defenderse constantemente de las amenazas.

La asociación beneficia a nuestras dos organizaciones al tiempo que refuerza el matrimonio que comenzó en circunstancias tan difíciles.

—La reconstrucción del almacén va adelantada —continúa ella.

—La nueva instalación será más grande y segura que la que perdimos. A veces, la destrucción crea oportunidades de mejora.

No puedo creer lo mucho que ha cambiado desde la muerte de su padre.

La mujer que iba a casarse con Dominic para proteger su negocio habría visto el incendio del almacén como una auténtica catástrofe.

La mujer que se casó conmigo entiende que los contratiempos pueden convertirse en ventajas estratégicas con una gestión adecuada.

El padre Aleksander llega de la iglesia ortodoxa, su túnica negra y su barba plateada imponen un respeto inmediato a todos los presentes.

Se mueve entre la multitud, bendiciendo fotografías y ofreciendo oraciones por los muertos.

Su presencia confiere autoridad espiritual a nuestra reunión. Incluso en nuestro mundo de violencia y delincuencia, la fe mantiene su lugar.

Cuando comienza la bendición formal, observo el rostro de Inessa mientras escucha las antiguas palabras.

Su expresión permanece serena, pero me doy cuenta de cómo su respiración se hace más profunda durante las oraciones, la ligera tensión en sus hombros cuando el sacerdote menciona a Semyon por su nombre.

El dolor todavía vive en ella, aunque ha aprendido a sobrellevarlo sin dejar que la consuma.

—Tu padre estaría orgulloso —le digo en voz baja.

Aparta la vista de la fotografía de Semyon para mirarme directamente, y veo admiración y respeto en sus ojos.

Hace meses no estaban ahí, pero ahora nunca se me pasa por alto.

—¿Lo estaría? ¿Incluso sabiendo de lo que soy capaz ahora?

La pregunta revela la profundidad de su transformación.

Inessa se ha convertido en una mujer hecha y derecha, alguien capaz de las cosas más letales.

Pero conserva la calidez y el corazón que siempre tuvo, algo de lo que Semyon estaría verdaderamente orgulloso.

—Sobre todo sabiendo de lo que eres capaz —digo, acercándome a ella hasta poder hablarle en voz baja cerca del oído.

—Crio a una hija lo suficientemente fuerte como para proteger lo que ama. Ese es el sueño de todo padre.

Su mano encuentra la mía, los dedos se entrelazan tan completamente que me pregunto si ahora hay alguna diferencia entre nosotros.

Hace dos meses, se encogía cuando la tocaba.

Ahora busca el contacto de forma natural, encontrando consuelo en mi presencia en lugar de simplemente tolerarla.

—Nunca pensé que podría vivir en tu mundo —admite en voz baja, para no perturbar la oración.

—Ahora no puedo imaginarme existiendo en ningún otro lugar.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —pregunto, aunque sospecho que sé la respuesta.

—Tú.

Sus ojos gris verdosos se encuentran con los míos sin vacilar.

—La forma en que me protegiste cuando no tenía nada que ofrecer a cambio. La forma en que me escuchaste cuando tenía ideas sobre negocios. La forma en que nunca intentaste convertirme en alguien que no era.

La honestidad de su respuesta me oprime algo en el pecho.

He pasado meses viéndola adaptarse a mi mundo, pero nunca consideré cómo mi comportamiento podría haber influido en su transformación.

—Siempre tuviste algo que ofrecer —le digo.

—Solo tuve que aprender a reconocerlo.

El tío Fyodor aparece a nuestro lado, interrumpiendo nuestro momento privado cuando las oraciones llegan a su fin.

Lleva su habitual vaso de vodka y una sonrisa cordial.

—Las familias de Moscú están impresionadas con cómo has manejado las dificultades recientes —me dice, aunque sus ojos incluyen a Inessa en la conversación.

—Aprecian particularmente que se hiciera justicia personalmente en lugar de a través de intermediarios.

Se refiere a la muerte de Viktoria, aunque no lo mencionará directamente en este entorno.

La familia entiende lo que pasó, pero un reconocimiento público sería inapropiado durante un funeral.

—Los asuntos familiares deben ser manejados por la familia — responde Inessa antes de que yo pueda contestar.

Me encanta que haya asumido su papel de esposa con tanta confianza.

Él asiente con aprobación.

—Exactamente la perspectiva correcta. Tu mujer entiende lo que a muchos hombres les cuesta comprender sobre nuestras tradiciones.

El elogio no es un halago casual.

Mi tío representa los valores de la vieja escuela y no ofrece respeto fácilmente, especialmente a las mujeres que se han casado dentro de la familia.

Su aprobación significa que Inessa se ha ganado de verdad su lugar entre nosotros.

La multitud comienza a dispersarse a medida que la velada avanza hacia su conclusión natural.

Los parientes mayores presentan sus últimos respetos antes de marcharse y, gradualmente, la atmósfera formal da paso a algo más íntimo entre los que se quedan.

Mi corazón nunca volverá a ser el mismo ahora que mi hijo se ha ido, pero he ganado tanto después de aquello que es difícil estar enfadado con Dios por lo que ha permitido que suceda.

Rosa se acerca con un pequeño plato de comida, insistiendo en que Inessa coma algo a pesar de sus protestas de que no tiene hambre.

La atención maternal es exactamente lo que Inessa necesita, y le guiño un ojo a Rosa en agradecimiento mientras regaña a Inessa.

—Se preocupa por ti —observo mientras Rosa se va a importunar a otros miembros de la familia.

—Todavía hay lugar para la amabilidad y el cuidado en tu brutal mundo, *muzh*.

Sus palabras encienden mi corazón, ese término de respeto, una muestra de cariño que nunca pensé que oiría de ella. Inessa da un pequeño bocado para satisfacer las preocupaciones de Rosa.

—Necesitaba ese recordatorio esta noche.

Hoy ha sido un día largo.

Han sido unas semanas largas. Inessa ha estado callada y de luto, pasando gran parte de su tiempo en su sala de exposición o en su cuarto de arte.

Yo he pasado largos días trabajando incansablemente para alinear nuevas estrategias y ayudar a reconstruir donde era necesario, y aparte de las noches llenas de calor y conexión, hemos pasado de largo como fantasmas en la oscuridad.

—¿Te arrepientes de lo que pasó con Viktoria?

Le pregunto, dándole permiso para expresar sus dudas si es que existen.

—No.

Ni siquiera duda en responderme.

—Pero a veces me pregunto en qué clase de persona me convierte eso. Las hijas normales no planean la muerte de sus madres.

—Las hijas normales no crecen en familias donde las madres orquestan el asesinato de padres y prometidos —señalo.

—Respondiste a una situación extraordinaria con medidas extraordinarias.

—¿Es así como justificas la violencia en tu propia vida?

Su pregunta sobre mi marco moral es reveladora.

Está lidiando con lo que eso significa sobre ella como ser humano y como mi esposa.

Y no puedo realmente tranquilizarla o hacerle saber que lo que hizo está bien, porque no tengo autoridad moral para absolverla.

Todo lo que puedo decirle es que lo entiendo.

—No lo justifico. Lo acepto como algo necesario para proteger lo que valoro.

Estudio su rostro mientras hablo, buscando juicio o desaprobación.

—Algunas personas crean problemas que solo pueden resolverse mediante la eliminación.

—Como mi madre.

—Como tu madre.

Los matrimonios corrientes nunca tendrán el vínculo que nosotros tenemos, uno compartido sobre las oscuras líneas que hemos cruzado para luchar por lo que tenemos.

Mi mano encuentra la suya de nuevo y la aprieto para tranquilizarla.

—Te quiero —susurra, y nunca me canso de oírlo.

—Yo también te quiero —respondo.

Cada vez que se lo digo me resulta más fácil.

El recuerdo de Yelena se está desvaneciendo en mi mente, pero no mi capacidad de ser tierno o de cuidar de una mujer.

Inessa me enseña ahora cada día cómo ser un hombre mejor.

Pero todavía tengo mis dudas a veces.

—¿Incluso sabiendo de lo que soy capaz? ¿Incluso después de verme matar a alguien a sangre fría?

El labio de Inessa tiembla mientras me pregunta eso, y algo protector surge en mi pecho.

—Sobre todo entonces.

Me giro para mirarla de frente, ignorando las conversaciones que continúan a nuestro alrededor.

—Me enamoré de tu fuerza, no de tu inocencia. Me enamoré de alguien que podía estar a mi lado en lugar de detrás de mí.

Su sonrisa transforma todo su rostro, revelando a la mujer que podría haber sido en un mundo diferente, en circunstancias diferentes.

Pero no cambiaría la versión que tengo ante mí por ninguna alternativa hipotética.

—Entonces somos la pareja perfecta —dice ella, poniéndose de puntillas para darme un beso suave.

El beso es breve, apropiado para el lugar público, pero conlleva la promesa de una intimidad más profunda una vez que estemos solos.

Noto varias miradas de aprobación en nuestra dirección mientras me ajusto la corbata.

Pueden ver en lo que nos hemos convertido juntos.

—El primer domingo de noviembre —dice Inessa mientras empezamos a apagar las velas del funeral.

—Deberíamos convertir esto en una tradición anual.

—Cada año —acepto, apreciando tanto el sentimiento como los beneficios prácticos de las reuniones familiares regulares.

—Entonces vamos a pasar los últimos momentos con nuestra familia antes de que te lleve a la cama, viejo —dice ella en tono juguetón, y me aparta de la foto de Semyon.

Sonrío solo de pensar en las cosas que me hará cuando las luces estén apagadas y los invitados se hayan ido.

—De acuerdo, *milaya*, pero sé una niña buena o tendré que azotarte.

El comentario hace que el calor enrojezca sus mejillas y le doy un beso en el dorso de la mano.

Ella me mantendrá joven, y yo la mantendré a salvo.

Así es como debe ser.

EPÍLOGO

INESSA

Me despierto con la boca de Yuri en la garganta, sus dientes rozando la piel sensible donde mi pulso martillea bajo la superficie.

Mi cuerpo se arquea hacia él antes de que mi mente emerja por completo del sueño.

—Estabas soñando —murmura contra mi clavícula.

Su voz es grave, cargada de sueño y hambre—. Me llamabas.

—¿Ah, sí? —Mis dedos encuentran el pelo espeso de su nuca, sujetándolo más cerca.

El bebé se agita en mi interior en respuesta a nuestro movimiento, y la mano de Yuri cubre inmediatamente la curva de mi vientre a través de la fina seda de mi camisón.

No estoy de mucho, pero era inevitable con la forma en que devora mi cuerpo cada noche.

—Siempre inquietos.

Su palma se extiende, posesiva.

—Los dos.

Sus dientes continúan su asalto a mi cuello, pero sus manos son ávidas, tirando de mí contra su cuerpo para que pueda sentir su

dureza presionar contra mi muslo.

Su piel desnuda bajo mi tacto es ardiente, y los tatuajes que serpentean por sus brazos y decoran su piel no hacen más que mostrar externamente su naturaleza y la personalidad que lleva dentro.

Resigo el cuerpo sinuoso de la serpiente que se enrosca en su hombro.

—La serpiente te va como anillo al dedo —le digo.

—Tú me vas mejor.

Me besa, succionando mi labio inferior mientras desliza su mano por mi espalda y tira de mi pelo para que mi cabeza se vea forzada hacia atrás, dándole acceso a mi cuello.

Cuando se aparta, sus ojos tienen esa mirada, la que todavía hace que se me corte la respiración después de seis meses de matrimonio.

Hambre mezclada con ternura, posesión atemperada por la adoración.

—Rosa ha preparado *blinis* —dice, aunque ninguno de los dos se mueve para levantarse.

—Lleva cocinando desde el amanecer, convencida de que necesitas comer más.

Desde que Rosa se enteró de que había un nuevo heredero Gravitch, me ha estado cuidando como una madre más que nunca.

Le estoy agradecida por tenerla en mi vida.

No sé qué haría sin alguien que me ayudara a guiarme a través de todas estas hormonas.

—Como más que de sobra.

Mi mano se mueve para cubrir la suya, que descansa sobre mi vientre.

—El bebé está sano.

—Nuestro bebé.

Lo dice con la misma reverencia que utiliza cuando me dice que me quiere.

Todo lo importante recibe ese tono de su parte: concentración absoluta, compromiso total.

Eso me hace sonreír porque sé lo letal que es este hombre, lo aterrador que es.

Y, sin embargo, elige ser tierno conmigo, y eso me derrite cada vez.

—Nuestro bebé —convengo, y siento el aleteo del movimiento bajo nuestras manos unidas.

Hace dos meses, cuando el médico confirmó lo que yo sospechaba, Yuri no habló durante diez minutos enteros.

Luego me levantó sobre su escritorio, apartó todo lo demás e hicimos el amor como si fuera nuestra noche de bodas otra vez.

Es horrible expresando lo que siente, pero estoy aprendiendo a leerlo como un libro abierto, y cuando está listo, me lo expresa con palabras.

Ahora sigue cada una de mis respiraciones, vigila mi sueño y hace que Rosa le informe de todo lo que como.

Esa atención asfixiaría a la mayoría de las mujeres.

A mí me embriaga.

Su sobreprotección es entrañable, y solo puedo decir eso porque en el instante en que le digo que se calme, lo hace.

—Hoy tengo que revisar los contratos de Milán —digo, pero no tengo ninguna prisa por abandonar la cama donde yacemos desnudos y enredados.

Se está calentito, y el aire de esta habitación está enfriado a una temperatura agradable gracias a su aire acondicionado.

—Pueden esperar.

—Los compradores de Tokio llegan esta tarde.

—Dmitri puede encargarse de la reunión inicial.

Su rechazo a las responsabilidades de negocios me habría horrorizado en otro tiempo.

Ahora lo entiendo.

Algunos momentos importan más que los márgenes de beneficio.

Para él, este momento debe importar más.

Así que me acurruco más cerca de él, deslizo mi mano bajo la manta para rodear su erección y lo encuentro receptivo a mi tacto.

—¿Te arrepientes de haberme obligado a casarme contigo en lugar de encontrar a alguien que te eligiera libremente?

Mi mente divaga sobre ese tema con demasiada frecuencia como para dejarlo pasar, y ya le he hecho esta pregunta antes, pero me encanta escuchar su respuesta porque siempre enciende el hambre que siente por mí.

La risa de Yuri es oscura, divertida.

—¿Crees que no me elegiste?

—Creo que tenía una pistola apuntándome a las costillas.

—Para la ceremonia, sí. —Su pulgar traza círculos en mi vientre—. Pero me elegiste cada día después. Cuando podrías haber huido, te

quedaste. Cuando podrías haber luchado contra mí, luchaste a mi lado.

Recuerdo el día en que maté a mi madre, cómo Yuri se quedó detrás de mí después, dejándome procesar lo que había hecho.

Cuando finalmente me volví hacia él, esperando un juicio o asco, solo encontré aceptación.

Fue en defensa propia, y no se suponía que fuera así, pero no puedo deshacer el pasado.

Creo que ese fue el momento en que me di cuenta de por qué mi padre quería que me casara con alguien de esta familia.

Si no hubiera sido Yuri, Dominic lo habría hecho por mí.

He cambiado, me he convertido en una mujer diferente a la que era, y la persona que era antes nunca habría sobrevivido aquí sin Batya.

—Me hiciste más fuerte —admito.

—Revelé lo que ya estaba ahí.

—Lo mismo da… —Sigo acariciándole, sintiendo su cuerpo pulsar con deseo por mí.

Estos momentos íntimos no tienen precio para mí.

No solo nuestros cuerpos están desnudos; son nuestras almas.

Estamos exponiendo nuestros corazones el uno al otro, y el hecho de que Yuri esté dispuesto a ser tan vulnerable conmigo significa que seremos fuertes juntos en otros ámbitos.

Lo siento en mis entrañas.

—No.

Su mano sube para ahuecar mi pecho, el pulgar rozando el sensible pezón a través de la seda.

—Tenías la capacidad de ser fuerte desde el principio. Solo necesitabas a alguien que te lo exigiera.

El calor se acumula en la parte baja de mi vientre, la familiar respuesta a su tacto magnificada por las hormonas del embarazo.

Me muevo contra él, sintiendo su cuerpo responder de inmediato mientras sus caderas empujan con más fuerza contra mi mano acariciadora.

—Deberíamos levantarnos —digo con un tono hueco, pero no lo digo en serio.

—¿Deberíamos?

Su boca encuentra ese punto detrás de mi oreja que me hace jadear.

—Se me ocurren mejores formas de pasar la mañana.

—Rosa se preguntará dónde estamos.

—Rosa sabe exactamente dónde estamos y qué estamos haciendo.

Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja.

—Todo el recinto lo sabe.

La idea envía otra ola de calor a través de mi sistema.

Que lo sepan.

Que oigan cuán a fondo su *pakhan* reclama a su esposa, cuán completamente ella se rinde a él.

Sé lo escandaloso que les parece a muchos de ellos, que tengo la mitad de su edad y, sin embargo, soy tan completamente suya.

No me importa.

Soy de mi amado y él es mío, y no voy a disculparme por lo que quiero y por quién soy nunca más.

Yuri me hace rodar para ponerse encima de mí, con cuidado de mi vientre, su peso apoyado en sus antebrazos.

Bajo esta luz, con el pelo cayéndole sobre la frente y los ojos oscuros de lujuria, parece más joven.

No es el hombre que aterroriza a los enemigos e impone una lealtad absoluta, sino simplemente el hombre que me ama.

—Soñé contigo anoche —le digo, mis manos deslizándose por los duros planos de su espalda mientras abro las rodillas y dejo que se acomode contra mi pelvis.

—¿Qué soñaste?

—Éramos viejos. Canosos y arrugados, sentados en el jardín mientras nuestros hijos jugaban a nuestros pies.

—¿Hijos? ¿En plural?

—Tres. Dos niños y una niña.

Puedo verlos claramente incluso ahora: niños de pelo oscuro con los ojos de Yuri y mi barbilla terca.

—La niña era la más pequeña y la más peligrosa.

La sonrisa de Yuri es salvaje.

—Tendría que serlo, para sobrevivir en nuestro mundo.

Nuestro mundo…

Hace un año, pensaba en él como su mundo, el mundo de mi padre, un lugar de violencia y poder en el que me veía obligada a vivir.

Ahora entiendo que es nuestro porque nosotros lo hacemos nuestro.

Somos socios e iguales, y él me lo hace entender más cada día.

—Será preciosa —continúo, perdida en la visión.

—Preciosa y letal, con hombres haciendo cola para cortejarla y tú amenazando con matarlos a todos.

—Mataré a cada uno de ellos.

—¿Incluso si ella quiere a uno?

—Especialmente entonces.

Su mano se mueve hacia mi garganta, sus dedos gentiles pero posesivos alrededor de la columna de mi cuello.

—Nadie será lo suficientemente bueno para nuestra hija.

—Tú no eras lo suficientemente bueno para mí, según la mayoría de la gente.

—La mayoría de la gente no importa.

—No —convengo, atrayéndolo hacia mí para otro beso.

—No importan.

Sus labios aplastan ávidamente mi boca mientras su mano aplica una suave presión en mi cuello.

Mis uñas arañan su piel mientras sus caderas se restriegan contra mí.

Está tan cerca de ser perfecto, pero si lo fuera, ¿cómo podría mejorar?

Y lo hace, cada día.

Cada momento con él es mejor que el anterior.

—Solía imaginar cómo sería sentirse amada —digo cuando sus labios se apartan de los míos para mordisquear mi oreja de nuevo.

—¿Y?

—Pensaba que sería algo tierno y seguro.

Me río suavemente.

—Nunca imaginé que sería como ahogarse y volar al mismo tiempo.

—¿Es eso lo que sientes?

—Sí.

Levanto la cabeza para encontrar su mirada.

—Aterrador y estimulante y absolutamente necesario.

Su expresión se vuelve seria.

—Nunca esperé volver a amar. Después de que Yelena muriera, pensé que esa parte de mí estaba enterrada con ella.

Rara vez habla de ella.

Creo que intenta respetarme en eso, pero no me importa.

No estoy compitiendo con el fantasma de su difunta esposa.

—¿Crees que ella lo aprobaría? —pregunto.

—Lo entendería.

Su mano se mueve para acunar mi cara.

—Ella sabía lo que nuestro mundo exige, lo raro que es encontrar a alguien lo suficientemente fuerte como para estar a tu lado en lugar de detrás de ti.

Ambos sabemos que es verdad.

Entre los escombros de nuestras pérdidas por separado —su hijo, mi padre, mi futuro cuidadosamente planeado— descubrimos algo que ninguno de los dos esperaba.

Y ahora estamos mejor por ello.

La sociedad que estamos formando, una alianza entre el legado de mi familia y su imperio, controlará todo San Petersburgo en menos

de cinco años, y quizás toda Rusia algún día.

El sonido de voces en el jardín atrae nuestra atención hacia la ventana.

El profundo murmullo de Oleg se mezcla con el tono más ligero de Alexei mientras discuten las rotaciones de seguridad.

Sonidos normales de nuestro mundo protegido, tan familiares ahora como respirar.

—Debería revisar los informes de anoche —dice Yuri, aunque todavía no hace ningún movimiento para levantarse de la cama.

—Y yo debería revisar los horarios de producción.

Me acomodo más a gusto contra él.

—En unos minutos.

—Unos minutos —acepta mientras sus labios cubren mi boca de nuevo.

Esta vez, el calor es abrasador y su cuerpo más exigente.

Me rindo a él mientras me llena y sus dientes mordisquean mi piel cerca del punto donde late mi pulso.

—Te quiero —le digo, y es una promesa renovada con cada amanecer.

—Y yo te quiero a ti.

Gira la cabeza para capturar mi boca de nuevo.

—Mi esposa. Mi reina. La madre de mis hijos.

Me río contra sus labios.

—Solo este hijo por ahora.

—Por ahora.

Su sonrisa contiene promesas que hacen que mi pulso se acelere.

—Pero no para siempre.

—¿Me mantendrás descalza y preñada?

Digo en tono de broma mientras sus caderas comienzan a moverse contra las mías.

—Mientras tu cuerpo siga haciéndome lo que me está haciendo ahora, puedes despedirte de tu figura femenina —gruñe y me agarra las muñecas, sujetándomelas por encima de la cabeza.

Jadeo, me río tontamente y luego me entrego a él por completo.

Puede tomarlo todo porque todo lo que soy, todo lo que tengo y todo lo que seré, es suyo para siempre.

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Clan Gravitch Serie

Su Novia Forzada

Noche de Paz, Noches de Pecado Serie

Sangre y Nieve || Su Ajuste de Cuentas Navideño || Sangre & Muérdago

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia || La Rosa del Capo || La cautiva del asesino

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta || La Novia del Pakhan